

An aerial photograph of a wide, busy city street, likely in Buenos Aires, Argentina, showing a dense crowd of pedestrians and tall buildings on either side. A teal-colored rectangular box is overlaid on the upper portion of the image, containing the title and author's name in white text.

**LA CIUDAD
COMPARTIDA**
Conocimiento,
afecto y uso

María-Ángeles Durán

Ediciones SUR

Últimas publicaciones

Ferías libres. Espacio residual de soberanía ciudadana (Reivindicación histórica).

Gabriel Salazar V. (2003).

Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad? Carlos de Mattos, María Elena Ducci, Alfredo Rodríguez y Gloria Yáñez Warner, eds. (2004).

Santa Ana, donde la ciudad tiene memoria. Aproximación a la historia y actualidad de un barrio de la ciudad de Talca. Junta de Vecinos Barrio Santa Ana, Talca / Surmaule, Centro de Estudios Sociales y Promoción para el Desarrollo (2005).

Los con techo. Un desafío para la política de vivienda social. Alfredo Rodríguez y Ana Sugranyes, eds. (2ª ed., 2006).

Democracia y derechos ciudadanos. Un balance de Novib y sus contrapartes en Chile. Liesbeth van der Hoogte y otros (2006).

Chile: identidad e identidades. Serie Proposiciones 35 (marzo 2006).

Ciudades para convivir: sin violencias hacia las mujeres. Ana Falú y Olga Segovia, eds. (2007).

Entre el sonido y la furia: juventudes rebeldes de ayer y de hoy. Serie Proposiciones 36 (agosto 2007).

Espacios públicos y construcción social. Hacia un ejercicio de ciudadanía. Olga Segovia, ed. (2007).

Fotografía de portada:
Diego Rodríguez M.
Santiago, Chile (2002)

La ciudad compartida es un proyecto en colaboración entre la socióloga y profesora María-Ángeles Durán, autora del volumen subtítulo *Conocimiento, afecto y uso*, y el arquitecto y urbanista Carlos Hernández Pezzi, autor del volumen denominado *El género de la arquitectura*. En sus textos, y cada uno desde su particular disciplina, exploran la visión sociológica y arquitectónica de las relaciones entre el género y la ciudad, las formas de conocimiento y usos urbanos, la creciente vinculación de lo femenino a la solución de los problemas metropolitanos y la aplicación de nuevas perspectivas al proyecto y a la noción de ciudad.

En el marco de su reflexión sobre ciudad, violencia y género, SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación, con el apoyo del Programa Regional "Ciudades sin violencia hacia las mujeres, ciudades seguras para tod@s", del Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM), ha preparado una versión para América Latina de *La ciudad compartida: Conocimiento, afecto y uso*, cuya primera edición fue realizada en Madrid en 1998, por el Consejo Superior de Colegios de Arquitectos de España.

María-Ángeles Durán es catedrática de Sociología y profesora de Investigación del Instituto de Economía, Geografía y Demografía en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Fue la primera directora del Instituto de la Mujer, en la Universidad Autónoma de Madrid, y ha participado en numerosos debates sobre las ciudades y el modo de vivirlas. Es Premio Nacional de Investigación en 2002, y fue investida Doctora *Honoris Causa* por la Universidad Autónoma de Madrid en 2008. Sus temas principales de trabajo en la actualidad son la estructura social y la dimensión social de la economía, en particular la contribución del trabajo no remunerado de las mujeres a la economía.

LA CIUDAD COMPARTIDA

LA CIUDAD COMPARTIDA
Conocimiento, afecto y uso

María-Ángeles Durán

Versión revisada para su publicación en América Latina

Ediciones SUR

VERSIÓN ORIGINAL:

© Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, 1998
consejo.internacional@arquinox.es – <http://www.arquinox.es>

Publicado en Madrid por el Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España /
Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales / Instituto de la Mujer

VERSIÓN ACTUAL:

Revisada para su publicación en América Latina, con autorización de la autora y del Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España.

© María-Ángeles Durán, 2008

© Ediciones SUR, 2008

J. M. Infante 85, Providencia, Santiago de Chile
corporacionsur@sitiosur.cl – <http://www.sitiosur.cl>

Inscripción RPI N° 172.001

ISBN N° 978-956-208-080-4

Adaptación para América Latina:	María-Ángeles Durán y Alfredo Rodríguez
Revisión de texto de esta versión:	Paulina Matta V.
Diseño de colección:	Paula Rodríguez M.
Fotografía de portada:	Diego Rodríguez M.
Diagramación:	Andoni Martija M.
Corrección de pruebas:	Edison Pérez B.
Gestión editorial:	Luis Solís D.
Impresión:	LOM Ediciones
	Fono (56-2) 672 2236 - Fax (56-2) 673 0915
	impresos@edicioneslom.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

CONTENIDO

Prólogo a la segunda edición	7
Presentación a la primera edición	11
Capítulo I Los nuevos sujetos de la arquitectura	15
1 Sobre experiencias compartidas y ausencias	17
2 La búsqueda del sujeto del conocimiento: tensiones entre fenomenología y empirismo	19
3 Arquitectura y posmodernidad	22
4 Desorden, heterodoxia y creación en las imágenes urbanas	25
5 Mujeres y hombres en el desarrollo de la arquitectura	28
Capítulo II Memoria y deseo de la ciudad	39
1 Memoria y deseo	41
2 La invención de la memoria urbana: Hermes y Hestia	43
3 Arquitectura y memoria privilegiada	47
4 La memoria construida: itinerarios y espacios escénicos	51
5 Extrañamiento y recuperación. El potencial simbólico de los edificios	53
6 La casa del lenguaje. Viaje a los nombres de Madrid	56
7 Los iconos de la memoria	63
8 La estatuaría urbana: ejercicios de retórica en Madrid	69
9 La seducción publicitaria: iconos precederos en el paisaje urbano	72
Capítulo III Los que viven la ciudad	77
1 Los sujetos de la ciudad	79
2 Las formas de relación con la ciudad: conocimiento, afecto, uso	80
3 Identificación espacial y multilocalidad	83
4 La percepción de los problemas de la ciudad por sus habitantes	84
5 La ciudad repartida	85
6 La reacción frente a la ciudad: el nuevo arcadismo	98
Capítulo IV Análisis sensorial de la ciudad	101
1 Bases sensoriales de la percepción y disfrute de la ciudad	103
2 Percepción visual	105
3 La música y el estruendo de la ciudad	111
4 La percepción olfativa de la ciudad	117
5 El tacto de la ciudad	122
6 Un lugar para el hedonismo: el cuidado sensorial de la ciudad	123

Capítulo V Los tiempos de la ciudad	125
1 Los sujetos del tiempo	127
2 El tiempo de los ciudadanos	130
Capítulo VI Fronteras domésticas: la construcción social de la vivienda y la casa	137
1 La casa como centro del mundo	139
2 La construcción ideológica de la casa en la tradición española: el modelo de “La perfecta casada”	141
3 La vivienda y sus intérpretes modernos	147
4 Efectos queridos y no queridos de las políticas de vivienda	149
5 Tipología, tamaño y equipamiento de las viviendas actuales	156
6 Deseos y aspiraciones. La metonimia del “adosado”	164
Capítulo VII El deseo de futuro y los proyectos de cambio	169
1 El contrato social y la ciudad del futuro	171
2 El espacio de la libertad	172
3 El patrimonio histórico, cultural y artístico	175
4 La ciudad compartida	177
Agradecimientos	179
Obras citadas	181
Bibliografía	186
Índice de Ilustraciones	207

Prólogo a la segunda edición

Debo confesar que siento una envidia colosal de María-Ángeles Durán y Carlos Hernández Pezzi por haber concebido un título tan maravilloso como *La ciudad compartida*, que a nosotras las mujeres no solo nos ofrece sumar conocimientos de la ciudad desde el ser mujeres, sino también nos brinda un horizonte político: esa es la ciudad que queremos. Exactamente y por oposición, no es la ciudad violenta, la discriminatoria, la desigual, fragmentada: es la ciudad compartida. Ni tuya ni mía, ni de ellos ni de ellas. Porque si compartir es distribuir algo en partes, también es *participar* en algo, y lleva consigo un deseo de futuro: una ciudad de la que todos seamos partícipes.

Cuando hace casi una década María-Ángeles Durán tuvo la deferencia de invitarme a dar clases en el curso de verano que ella organizó en Huelva, me brindó adicionalmente el gusto de conocer y escuchar a Carlos Hernández Pezzi y compartir temas de preocupación común.

“La ciudad, las ciudades —como cierra María-Ángeles su libro—, son al mismo tiempo compartidas y excluyentes. A quienes las viven y las aman les toca transformar su realidad para acercarlas al modelo que aspiran para el próximo futuro”. Y cómo hacerlo. El texto no ofrece recetas —que, por supuesto, son imposibles—, pero sí varias pistas, complejas, donde se conjugan la tradicional apuesta por el conocimiento con las menos usuales del afecto y del uso, caminos estos últimos llevan a la identificación entre quienes viven en una ciudad y esa ciudad en la que viven.

Pero esto por sí solo aún no es suficiente para situarnos en la perspectiva de mirar la ciudad y la arquitectura desde las mujeres, y creo que hay consenso en que hay muy poco conocimiento construido desde ese ángulo, y un enorme desafío por delante. La mayor parte de lo elaborado lo ha sido desde la mirada de los hombres. No es mucho el tiempo transcurrido desde que algunos colectivos y expertas han venido aportando a una mirada que amplíe, sume, complejice e incluya a las mujeres como actoras por sí mismas y merecedoras del disfrute de la ciudad, del derecho a sus espacios públicos, a su oferta laboral, educativa, recreativa, política. Y aquí —nos advierte María-Ángeles—, si nos limitamos a reemplazar las visiones dominantes por las de grupos sociales tradicionalmente excluidos, es poco lo que estaremos avanzando. Para equilibrar perspectivas, dice, las mujeres tenemos que razonar y transferir nuestras

experiencias sobre *nosotras mismas*, sobre los *otros* y sobre el *conjunto*. Ningún aspecto de los que atañen a la vida en las ciudades es ajeno a la calidad de vida de las mujeres y al ejercicio de sus derechos ciudadanos. A las mujeres, nos dice María-Ángeles Durán, “una vez puestas a pensar y a decir lo que piensan, y a pretender ser escuchadas, ningún ámbito de la vida humana les es ajeno: ni la urbe o la *civitas*, ni las representaciones del poder, ni el nombre de Dios”.

Con este punto de partida, el libro se abre en múltiples direcciones: analiza las relaciones entre diseño, ideología y compromiso; explora la memoria y los tiempos de la ciudad, sus iconos, itinerarios y espacios escénicos; examina el modo en que los que viven en la ciudad se relacionan con el entorno urbano y los espacios domésticos. Y realiza este viaje no solo con un enorme bagaje de información, sabiduría y conocimientos —baste ver su exhaustiva bibliografía—, sino experimentando la ciudad desde su propio cuerpo de mujer, en el peso, luces y sombras, colores, texturas, sonidos y olores urbanos.

María-Ángeles puede hacer esto porque no solo se ha construido como una eximia investigadora, sino que además es capaz de ampliar su mirada analítica y crítica para darle contenido, contexto y, lo mejor, transferirla. Licenciada en Ciencias Políticas y Económicas en la Universidad de Madrid (1964), en 1971 obtuvo en la Universidad Complutense el doctorado *Cum Laude* en Ciencias Políticas. Realizó estudios posdoctorales en 1972 becada por la Comisión Fulbright, especializándose en socialización diferencial de género y desigualdades sociales en el Institute for Social Research (ISR), University of Michigan. Ha realizado estancias para impartir docencia o llevar a cabo investigación en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro (1981), University of Cambridge (1988 y 1997), University of Washington, Seattle (1989) y en el Instituto Europeo de Florencia (1997). Catedrática de Sociología y profesora de Investigación del Instituto de Economía, Geografía y Demografía en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, fue la primera directora del Instituto de la Mujer en la Universidad Autónoma de Madrid, y ha participado en numerosos debates sobre las ciudades y el modo de vivirlas. Premio Nacional de Investigación en 2002, fue investida Doctora *Honoris Causa* por la Universidad Autónoma de Madrid en 2008.

Como le he dicho a María-Ángeles Durán, siempre aprendo algo nuevo con ella, de sus libros, de sus conversaciones, de sus presentaciones. Por esto me da tanto gusto introducir esta publicación.

Quiero muy especialmente agradecerle, en mi nombre y en el de Corporación SUR, por la oportunidad de publicar esta versión de su libro, preparada por Alfredo Rodríguez (SUR), Ediciones SUR y Olga Segovia (UNIFEM), que se publica en el marco del Programa Regional “Ciudades sin violencia hacia las mujeres, ciudades seguras para tod@s”, que ejecuta el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM) y se realiza con el apoyo de AECID, la Agencia Española de la Cooperación Internacional para el Desarrollo. Esperamos que esta ‘traslación’, que acercamos en particular a América Latina, nos permita aportar una reflexión a la agenda urbana y multiplique los caminos por

los que mujeres y hombres puedan aproximarse a un mejor conocer, usar y transformar las ciudades.

UNIFEM y SUR agradecemos también de manera especial al Arq. Carlos Hernández Pezzi, presidente del Consejo Superior de Colegios de Arquitectos de España, por autorizarnos la publicación de esta versión del libro, cuya primera edición se realizó bajo el sello de ese Consejo Superior.

Ana Falú

Directora Regional

Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM)

Oficina de Brasil y Países del Cono Sur

Presentación a la primera edición

Una presentación sirve para preparar al lector sobre lo que va a encontrar. A veces se prefiere la sorpresa, o la falta de aviso, y el preámbulo es solo un manojito de páginas que nada tienen que ver con lo que sigue. Yo he estado muy tentada de evitar este paso, y de cruzar sobre él de puntillas para eludir encararme con dos o tres preguntas clave: *por qué, para qué*. Al final no he podido, o no me han dejado, y no tengo otro remedio que hacer de tripas corazón y poner sobre el papel los resultados de este ejercicio de conciencia.

Entre el *por qué* y el *para qué* hay una transición de tiempos: el *por qué* se refiere a la historia del libro, y el *para qué* a sus pretensiones para el futuro. Pero entre uno y otro hay una trabazón íntima y carecen de sentido si se tratan de ver por separado. No es solo que el futuro herede el pasado, sino que el presente se vive ya como anticipación del futuro deseado o temido. Tampoco la respuesta se produce en un solo plano, ni lo que predominó en un momento del proceso es lo mismo que sobrevive al final, o lo que impregna con más fuerza el conjunto. En cinco años (1993–1998) caben muchas distinciones, muchos giros y nuevos impulsos, e incluso estas fechas son paréntesis artificialmente acotados, porque nacen de un antes y se prolongan en un después.

El libro tiene dentro muchas historias igualmente verdaderas y parciales: la historia psicológica, la intelectual, la de las instituciones. Comenzando por la más externa, tengo que decir que son las instituciones las que han puesto el marco general a la obra, aunque su generosidad no haya tenido límite respecto a la libertad del contenido. Es un texto escrito para ser publicado por el Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España (CSCAE), y aunque lo haya desarrollado sin interrumpir mis proyectos de investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ambas instituciones han estado muy presentes en la redacción de cada página.

En el plano personal, el libro corresponde a una época de mi vida, a oportunidades y problemas concretos. En realidad, si tuviera que marcar una fecha de gestación, diría que comenzó hace quince años, simultánea a la de mi cuarto y último hijo. Es inseparable de los largos trayectos en tren, cuando intentaba combinar una familia en Madrid y una cátedra en la Universidad de Zaragoza. Aquella situación exasperó las contradicciones estructurales entre el ámbito laboral, el doméstico y el afectivo. Me forzó a visibilizar las dificultades de ajuste espacial que todos padecemos en mayor o menor grado, y sobre las que

existe poco debate, porque por interés o por miedo preferimos que pasen inadvertidas. En esas circunstancias aprendí el valor del lugar de origen y referencia, y pagué el precio del retorno y de la ausencia. También, esta última maternidad me hizo más consciente del peso de las transformaciones corporales: al intensificar la percepción de mi propia singularidad (compartida, por otra parte, con más de la mitad de los seres humanos), me ayudó a desafiar una tradición excesivamente conceptualista de nuestra Academia, que con frecuencia olvida o minusvalora los contornos corporales del espacio que vivimos. Fue mi propia debilidad y problemas de salud los que me obligaron a percibir la ciudad de un modo más rico y matizado, y a reconocermé en la variedad de sujetos que la habitan sin ocupar más que ocasionalmente el centro del pensamiento culto.

La invitación del CSCAE a participar en un proyecto sobre “Nuevas visiones del espacio público y privado” me llegó en un momento propicio, cuando estaba tratando de extender las actividades del Instituto Universitario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid a dos ámbitos que en la propia universidad no había podido cubrir: la creatividad artística y la ingeniería aplicada. De hecho, en el primer momento creí que la invitación de Isabel León, Secretaria General del CSCAE, tenía que ver con un posible debate sobre pintura para el que ya habíamos mantenido conversaciones con algunas personas. La confusión no duró más que algunos minutos, pero en cierto modo su proyecto encarnó, con mayor concreción, recursos y empuje de lo que yo hubiera podido aspirar, muchos de los problemas que pretendían plantearse en el otro proyecto apenas esbozado. Fue una oportunidad magnífica de entrar en contacto con profesionales de un campo que me resultaba al mismo tiempo próximo y desconocido, y en el que es obligada la reflexión humanista y la preparación técnica.

Trabajamos muy duro en los dos años que duró el proyecto NOW (New Opportunities for Women), con una dedicación sin horarios que cuajó en acalorados debates y en buenas amistades. Mi vieja afición a viajar y a poner casas encontró allí una horma intelectual que, probablemente, necesitaba sin saberlo. Un libro sobre estructura social y salud que tenía ya casi acabado fue la principal víctima de este hallazgo y quedó postergado en el cajón, porque la reflexión sobre el espacio y la ciudad se le antepuso. Espero que al retomararlo no haya envejecido demasiado y todavía quiera hablar conmigo.

Después del proyecto NOW, otras ocupaciones más urgentes me apartaron durante algún tiempo del intento de sintetizar la experiencia de aquellos dos años en un texto. No obstante, la idea se mantuvo viva, respondiendo a una necesidad intensa de entender mejor las bases sociales y culturales del espacio habitado. Fue en ese momento cuando Isabel León nos propuso, a Carlos Hernández Pezzi y a mí, que escribiésemos conjuntamente sobre ello. Ambos aceptamos con entusiasmo. Desde agosto de 1996 hasta hoy, la ciudad ha vuelto a ocupar un lugar central en mi reflexión. Ha sido la primera vez que intento escribir una obra extensa junto con otro autor, en un trabajo de síntesis que va mucho más allá del mero reparto de epígrafes o funciones. No hemos podido llegar hasta el final tal como planeamos

al principio, revisando y rehaciendo juntos cada una de las páginas, pero el grado de mutua influencia es mucho mayor de lo que pudieran sugerir dos volúmenes separados. No pretendemos solamente análisis e interpretación, sino debate e inducción al cambio social; y este es un riesgo y una responsabilidad que nunca hubiera aceptado sola. El papel de Carlos Hernández Pezzi ha sido esencial en este proceso, y por eso lo cito repetidamente en el acápite de agradecimientos.

En cuanto al proceso intelectual de preparación del libro, ha sido dificultoso y grato al mismo tiempo. Mi objetivo principal era expresarme como sujeto de conocimiento, de afecto y de esperanza, y por ello he recurrido a la imaginación y la introspección tanto o más que a la búsqueda de datos y al estudio de textos ajenos. Pero un libro promovido por otro autor debe respetar unos umbrales mínimos. Buena parte de los ejercicios de introspección se han quedado aparte, para ser publicados en otro contexto más intimista.

El lector encontrará siete capítulos (número que tanto se asocia con *Las moradas de Santa Teresa* como con las plataformas del zigurat) dedicados al proceso de conocimiento, la creación de la memoria, los nuevos sujetos de la ciudad, el papel de los sentidos en la vida urbana, la organización del tiempo, la frontera doméstica y el contrato social explícito e implícito. No sé si el lector lo agradecerá o lo echará de menos, pero en la versión definitiva han desaparecido varias docenas de tablas estadísticas que agobiaban (o enriquecían, según se mire) la versión intermedia. También he reducido el material gráfico inicial, aunque espero continuar trabajándolo en el próximo futuro.

Queda por explicar el para qué de este libro. Siempre me fascinó la historia, casi leyenda, de Concepción Arenal hace siglo y medio, disfrazándose de varón para poder acceder a las aulas de la universidad española. Aunque ya no sea necesario el embozo externo, quedan todavía muchas presiones y autocensuras que fuerzan a las mujeres a “pasar inadvertidas” y a que intelectualmente acepten la experiencia acumulada en su ausencia como si fuese universal y propia. Para recordar que el artículo 14 de la Constitución es un punto de partida y no de llegada, y para aportar mi modesta contribución a una cultura compartida, es por lo que he escrito estas páginas.

Cierra el volumen una larga bibliografía, recogida para facilitar el trabajo a otras personas e instituciones que quieran recoger el testigo donde lo hemos dejado. Mi deseo es que sirva para contribuir al pensamiento y a la acción, apoyando las peticiones de todos los que quieren compartir plenamente la ciudad, haciendo de ella su lugar y su casa.

María-Ángeles Durán
Madrid, 1998



Capítulo I
Los nuevos sujetos de la arquitectura

1 Sobre experiencias compartidas y ausencias

Estamos acostumbrados a aceptar que el modo en que conocemos afecta el modo en que vivimos. Pero no es tan frecuente lo inverso, esto es, que el modo en que vivimos afecta el modo en que conocemos. La producción de un texto —de un libro, en este caso— es un proceso de conocimiento en el que caben distintas dosis de repetición y de innovación. Muchos libros, y algunos de ellos meritorios, no son otra cosa que recopilaciones ordenadas de otros textos, de cosas ya dichas. Incluso cabe a algunos autores la habilidad de saber escuchar lo que otros dijeron tan bajito o tan encubierto que apenas se les oyó, o de forzar diálogos entre textos ajenos sin necesidad de modificarlos, haciendo brotar de ellos ante el lector lo que sin ese contraste hubiera pasado inadvertido.

Sin embargo, hay algunos raros proyectos intelectuales que se empeñan en hacer las cosas al revés de lo común y sitúan la experiencia de lo vivido en su punto de arranque, al comienzo del proceso. En esos casos, el problema de la relación entre el sujeto cognoscente y el objeto del conocimiento se plantea con toda dureza. Puede hacerse explícito, consciente, o quedar soterrado, pero sus efectos son decisivos sobre el modo en que se llega a conocer: arrastra y tira de las categorías, de los focos de luz, de los intereses que sostienen las indagaciones.

La mayor parte de lo que se ha escrito sobre las ciudades se ha hecho prescindiendo del análisis del sujeto que producía el conocimiento, dándose por sentado que este era un sujeto cognoscente universal, transparente y puro. De alguna manera, este sujeto se las arreglaba para encarnar una sabiduría o una capacidad de conocer incontaminada de sus rasgos personales. Por eso, la subida a la palestra del conocimiento de aquellos colectivos que históricamente han estado excluidos del acceso a la producción sistemática de conocimiento no puede quedar limitada a las fichas de matrícula o a una simple ocupación de los puestos docentes. Afecta también a la crítica del sujeto cognoscente anterior, que pierde su cobertura de representante universal en la producción del conocimiento y se hace muy visible en sus perfiles personales y sociales.

En el siglo pasado, y en este, ha habido importantísimas producciones intelectuales dimanadas de la conciencia de que una sola clase social no podía hablar en representación de todas. En este fin de siglo XX y comienzos del

XXI, les toca a las mujeres un acceso generalizado a la conciencia colectiva, a la posibilidad —por primera vez en la historia— de re-pensar o re-crear la cultura desde su propia experiencia histórica y presente, que ha sido y sigue siendo todavía muy diferente a la de los varones.

La misma experiencia personal se vive de forma diferente en distintas ocasiones o por distintas personas. Puede, incluso, vivirse “como si no se viviera”, porque de esa manera produce menos impacto negativo al que la sufre o a quienes la contemplan. O porque se carece de las herramientas intelectuales y morales imprescindibles para interpretarla y juzgarla. Muchos varones se ponen nerviosos cuando en una conversación general aparecen temas “de mujeres”. Hasta tal punto no los asumen como suyos, que empiezan a removerse inquietos en el asiento, carraspean o abandonan el lugar para buscar socorro en otro sitio, a salvo de contaminaciones. En cambio, lo contrario es pauta común: igual que la gramática, que siempre convierte en masculinos los plurales compartidos.

Las estrategias personales de vida y las estrategias intelectuales ante este hecho son diversas: o mimetizarse y hacer como si no se fuera mujer, o plantar cara a las distintas memorias históricas y al hecho diferencial de los cuerpos y las biografías. Muchas mujeres piensan que no tienen más remedio, para entrar en la llamada vida pública (o sea, en la *cívitas*), que renunciar a lo que las hace distintas de los hombres. Disimularlo, como Concepción Arenal,¹ o reducirlo al mínimo. Casi piden disculpas por no ser tan varoniles como los propios varones, y cifran su desafío en la cantidad. Creen, o dicen, que pueden hacer o valer *tanto como* los hombres. Pero el problema de la diferencia intelectual no radica en la cantidad (que también importa), sino en la *calidad*, en si vale la pena convertirse en réplica, en analogía, en hacer solo lo mismo que otros hacían.

18

El reconocimiento de la circunstancia, de la experiencia diferente, tampoco resuelve por sí solo el problema de la identidad, porque se es diferente solo en algo y solo en algunos momentos. La definición ontológica de los sujetos requiere establecer el núcleo de lo básico y separarlo de lo accesorio. Pero la delimitación de estas fronteras es una construcción social. Eso lo saben muy bien las mujeres, que han vivido en carne propia el horror de la apropiación de su identidad colectiva por el mero rasgo del cuerpo que las capacita para ser madres, como inconscientemente hizo Linneo al asimilar la especie humana a los rasgos femeninos de los mamíferos y asociar, en cambio, el rasgo de *sapiens* a los *homo*. Sin embargo, no todas las mujeres son madres, ni aspiran a serlo. Cuando el embarazo se ha convertido en acto de libertad, el número de mujeres embarazadas ha caído drásticamente. Se debe, al menos en parte, a que antes se vivió como una imposición, como una consecuencia no deseada de otras conductas y obligaciones. Hoy, el número de años de vida se alarga y el número de hijos se acorta, por lo que la maternidad ha perdido la capacidad configuradora de la vida de las mujeres que antes tuvo.

Una buena organización de la convivencia tiene que permitir la participación

1 Con Concepción Arenal (1820–93) nace el feminismo en España, pues desde joven luchó por romper los cánones establecidos para la mujer, rebelándose contra la tradicional marginación del sexo femenino y reivindicando la igualdad en todas las esferas sociales para la mujer. Las obras que presentan esta vocación en ella son: *La mujer del porvenir*, *La educación de la mujer*, *El estado actual de la mujer en España*, *El trabajo de las mujeres*, *La mujer de su casa* y *El servicio doméstico*. [N. de E.]

en lo común, pero también salvaguardar la protección a lo distinto, a lo específico. El reconocimiento de la circunstancia o experiencia diferente no hace más que abrir el camino al problema de la identidad: ¿diferentes a qué, a quién? Lo que prima es la igualdad, lo común, las experiencias compartidas. Lo diferente resalta sobre el fondo; pero el fondo está hecho también de agregaciones, y es la existencia de ese plano último lo que permite entrar y salir del proscenio, lo que hace factible la continuidad, la cohesión y el cambio. Tan engañoso es no reconocer la diferencia como no darse cuenta del valor de lo común, de lo que permite a cada uno reconocerse en el otro y ser, desde uno mismo, un Otro anticipado o retenido en la memoria.

El cuerpo como origen de la percepción, y la percepción y la experiencia como bases del conocimiento, son temas antiguos de la tradición filosófica, que interesan en principio más a quienes han sido definidos como cuerpos no principales, no canónicos: como cuerpos no nacidos del barro primigenio, sino del hueso ya formado de la primera y mítica costilla. Pero ni siquiera entre los filósofos es común la reflexión sobre el cuerpo. La mayoría, como dicen sus propios críticos, son “profesionales de la disciplina”, y no están a disposición de los no-colegas cuando estos necesitan su ayuda para repensar los fundamentos de sus propias materias. Con todo derecho, esa responsabilidad nos la devuelven a nosotros mismos y, más allá de algunas referencias básicas impagables, la reflexión sobre las categorías con que cada uno de nosotros desarrolla su actividad profesional cotidiana se hace en soledad, todos abandonados a la penuria de nuestras escasas capacidades y fuerzas. No es raro que se sucumba a la presión de la prisa y que se ofrezca poca resistencia a la dirección que marquen las corrientes dominantes.

19

2 La búsqueda del sujeto del conocimiento: tensiones entre fenomenología y empirismo

En urbanismo y en arquitectura pueden adoptarse perspectivas intelectuales muy diferentes, y lo que hay es solo una parte muy pequeña de lo que podría haber habido. La altura del ojo del observador marca el punto de fuga, el centro de la visión; pero ni el lenguaje ni el ojo son capaces de superponer fácilmente perspectivas contrarias, porque la imagen se deforma y los paisajes devienen, como las figuras de Escher, rompecabezas imposibles. De ahí el riesgo y la tentación de adoptar perspectivas canónicas como si fuesen válidas para todos. En el mejor de los casos, ellas corresponden a la media aritmética o ponderada de las alturas reales: la del niño, la del viejo, la del hombre, la de la mujer, la del alto y la del bajo. Pero ni siquiera con la mejor voluntad resuelve la media la disparidad de lo concreto, la variedad que rodea el artificio intermedio. ¿Desde qué perspectiva se ha —o hemos— construido la ciudad, la casa, la fábrica y el parque?

En algunas comunidades científicas, la referencia al sujeto del conocimiento levanta anatemas metodológicos. Están convencidos algunos pensadores de que solo es científico el conocimiento de lo externo y experimentable, y la preocupación por la lógica interna de sus hallazgos los lleva a orillar la influencia del contexto del descubrimiento: se olvidan de que únicamente salen adelante

los planes de investigación y los laboratorios que cuentan con adscripciones de recursos, con medios de expresión, con apoyos y garantías. No solo piensan que su ciencia es ciencia, sino que tienden a convertirla en única y no les inquieta la ausencia de otras ciencias y conocimientos que no han podido desarrollarse.

En las ciencias sociales también se plantea la tensión entre el tipo de conocimiento desde dentro y el que se genera desde fuera, pero es más un asunto de matices que de verdadera definición disciplinar. No hay campos en los que los partidarios de la comprensión no hayan dejado huella. Aunque en los límites epistemológicos de la sociología, la economía o la lingüística las pretensiones de formalización se aproximen a las que dominan en física o astronomía, el componente humanista se resiste vigorosamente a desaparecer, a ser engullido por la ferocidad de las ecuaciones y los números.

La arquitectura y el urbanismo están atravesados de la misma contradicción metodológica que las ciencias humanas y sociales. De un lado, la pretensión científica y técnica domina los duros procesos de aprendizaje, el entrenamiento para resolver con éxito las dificultades de la construcción o el diseño de los espacios. Pero la ordenación o jerarquía de estos espacios únicamente puede hacerse si se conoce el modo en que se va a vivir dentro. El arquitecto no puede limitarse a los materiales y las formas. Cuando proyecta, subordina su obra a un sentido, incluso cuando no es consciente de ello. En todas las construcciones hay un sentido implícito, una idea generatriz a la que debe servir el espacio. Pero a veces impera el desconcierto y no se sabe para qué o a quién se debe servir, cuál es el orden moral que subyace en el diseño.

20

La conciencia de la idea y de la jerarquía dista mucho de ser frecuente. No solo forma parte de las creencias y de las ideas del proyectista, sino de las ideas y creencias de su grupo más próximo y de su época. Ortega señaló lo difícil que resulta la pérdida de tierra que provoca la mera duda sobre las propias creencias.

La indagación sobre las *ideas* que han estado tras la aparición de tipos nuevos de ciudades es necesaria, imprescindible. Pero tanto o más que las ideas, que son explícitas o al menos relativamente conscientes, lo que gobierna la creación y mantenimiento de las ciudades son las creencias, aquellos pensamientos elementales, primarios, tan asentados que ni se repara en ellos ni se hacen conscientes o explícitos.

Bajo la rúbrica “quién es” se agrupan muchos “quienes”, con historias y voluntades distintas. Lo que algunos viven como ideas, otros lo viven como creencias. El tránsito de la creencia a la idea tiene una fuerza de revelación, explosiva. Es un incendio en la palabra. Un rasgo característico del tránsito del siglo XX al XXI es la acentuada conciencia de la fragmentación de los sujetos. Los grandes nombres (la Patria, la Humanidad, la Razón, la Historia, etc.) han perdido mucho predicamento, y el sujeto del conocimiento (quien lo hace, recibe y expande) es generalmente identificado como un sujeto de amalgamas, lleno de roturas e intersecciones, que no refleja por entero los deseos y aspiraciones de ningún grupo humano concreto: es lo que Derrida llama “un trabajo coral”. Con todo, es más fácil rastrear la huella (jurídica, artística, organizativa, arquitectónica) de las presencias que de las ausencias. Los sujetos presentes, aunque fragmentarios e incompletos, son accesibles. Pero, ¿cómo detectar las

no-presencias, las negaciones, los olvidos planificados y no casuales? ¿Qué ejercicio de reflexión nos llevará hasta ello? ¿Por qué caminos se logra el equilibrio de razón y sentimiento, de lógica, técnica y deseo?

Algunos acontecimientos funcionan como acicates, como precipitadores de la duda. Unas veces son acontecimientos personales. Otras, institucionales o colectivos. A los investigadores se nos enseña, como parte del oficio, a olvidarnos del sujeto y a aparentar que no somos nosotros quien piensa, escribe o dibuja, sino un *se* impersonal que solo revelamos. Como si la misma ciencia insuflase su espíritu en nuestra boca o en nuestra pluma, a la manera de un viento de Pentecostés racionalista y laico. Hasta tal punto parece de mal gusto, e intelectualmente endeble, el recurso a la experiencia propia, que da vergüenza poner por escrito las circunstancias personales de las que nace realmente la energía necesaria para sacar adelante los proyectos intelectuales. ¿Hay que mentirse a sí mismo y, por mera prudencia, ocultarlo? ¿Hay que imponer el disfraz igualador, la visión deformadora del espejo que borra las experiencias más fuertes y profundas? Si se tratase meramente de sacar un informe o cubrir un expediente, el camino más rápido y sencillo sería sin duda esconderse en el *se*, en el impersonal y aparentemente objetivo sujeto que conoce sin contagiarse de emociones. Es bastante fácil acumular páginas sobre la ciudad o la casa a partir de lo que otros, mucho más ilustres, ya han visto y medido, acumulándolo al conjunto de conocimientos admitidos. Pero en ese conocimiento acumulado han tenido hasta ahora poca cabida las mujeres, o los "otros" que también se apartan del canon. ¿Se puede, realmente, confiar en que la representación intelectual de los "otros" haya sido fidedigna en épocas anteriores? Cada vez parece más evidente la parcialidad de lo que nos ha llegado como si fuese el "todo". Por eso se valora más la experiencia personal, la aproximación fenomenológica frente a las mediciones externas.

El problema radica en que las dos tradiciones principales de la ciencia social, la positivista y la fenomenológica, hablan lenguajes difícilmente compatibles. Las mediciones son necesarias y es apreciable la contribución de las fuentes estadísticas; pero por sí mismas no son gran cosa, si no van acompañadas de una reflexión detenida sobre el significado de las cifras. Así que la disyuntiva entre ahondar u olvidar las experiencias personales, entre dejar fluir la experiencia del sujeto que escribe o silenciarlo, se presenta en cada epígrafe del texto del mismo modo que se plantea ahora.

Contra lo que algunos creen e incluso desearían, la capacidad de reflexión de las mujeres no se limita (si es que no les niegan la posibilidad de intentarlo) a ese entorno ceñido a sí mismas que es la vida doméstica, el propio cuerpo o la casa. Una vez puestas a pensar, y a decir lo que piensan, y a pretender ser escuchadas, ningún ámbito de la vida humana les es ajeno: ni la urbe o la *cívitas*, ni las representaciones del poder, ni el nombre de Dios. Una vez perdido el miedo y el confinamiento, todo ha de ser revivido desde la libertad de expresarlo.

Pero el acceso a la libertad de conocer es, para la mayoría de las mujeres, muy reciente. Ahora, sin ira y con calma, pero sin perder memoria, hay que entrar en el pensamiento ya acumulado metiéndose dentro y no, como pudo ser en una primera etapa de integración en la cultura culta, solo aceptándolo o recibéndolo pasivamente desde fuera.

Sería pedir demasiado que en el corto tiempo de un par de generaciones creasen las recién llegadas un monumento de ideas similar al que la acumulación de siglos ha construido durante su ausencia. Falta lenguaje, depuración de conceptos; tiempo, en definitiva, para transferir la experiencia de la vida a las ideas. Pero no se puede olvidar que esta experiencia ha sido distinta y lo sigue siendo, y que todavía sigue sin voz pública la mayoría de las mujeres del mundo. Por si no fuesen pocas las dificultades de emerger, y de crear conciencia y lenguaje, y de hacerse oír, a eso se añade el frágil estatuto intelectual de la experiencia innovadora. ¿Cómo marcar los límites entre la experiencia personal y la anécdota? ¿Cómo elevar la experiencia conocida, todavía tan escasamente explícita y sistematizada, al nivel de categoría?

Hay muy pocas publicaciones sobre la ciudad y la arquitectura hechas *desde* la perspectiva de las mujeres, y en eso estamos todos de acuerdo. Pero casi nadie se detiene en el hecho de que las publicaciones que sí hay sobre ciudad y arquitectura, a las que acudimos para formarnos o entendernos y para adoptar decisiones, ha sido escritas *desde la perspectiva de los varones*, incluso la mayoría de las que definen las relaciones entre la ciudad y las mujeres. Para equilibrar perspectivas, no basta que las mujeres —y otros grupos sociales tradicionalmente excluidos— razonen y transfieran sus experiencias sobre *sí mismas*, sino que han de hacerlo sobre *los otros* y sobre *el conjunto*. En ese sentido, cualquier aportación desde las perspectivas innovadoras es al mismo tiempo un avance y una aspiración frustrada; y ello porque, por comparación con el complejo edificio de las ideas ya tratadas, de los millones de experiencias “otras” que han filtrado y les dieron la base experiencial para transformarse conceptualmente, los esfuerzos por filtrar y conceptualizar las experiencias nuevas son muy modestos, muy insuficientes. Intelectualmente, la apuesta comporta inevitablemente el desgarrar de saberse parte de una cultura construida sobre experiencias ajenas y de carecer al mismo tiempo de elementos suficientes para construir la propia, y fundirlas.

22

3 Arquitectura y posmodernidad

Muchos de los términos de los filósofos se traspasan al vocabulario de la arquitectura. En la medida en que la obra construida tiene que interpretarse, describirse o criticarse, hace falta traducir el lenguaje arquitectónico a palabras, y estas se rigen por los estilos literarios del momento. Son las obras más celebradas o polémicas las que crean vocabulario y lo difunden, pero eso no significa que las obras inadvertidas carezcan de conexión con corrientes ideológicas. Simplemente, su contenido ideológico es implícito y aflorarlo requiere más esfuerzo de análisis. Recordando un adagio común, podría decirse que *la falta de política, o de palabras, es una forma específica de lenguaje y de política*.

En *Architecture Today* (1993), el influyente crítico de arquitectura Charles Jencks ha resaltado el carácter pluralista y tecnológico del mundo actual. La pervivencia y la contemporaneidad de estilos arquitectónicos diferentes dificultan la tarea de identificación y clasificación de tendencias, pero Jencks acepta el desafío de dar nombre, singularizar y datar las corrientes principales, estableciendo su conexión con los movimientos ideológicos. Distingue en el siglo

XX las épocas del modernismo (años veinte a sesenta), el tardo-modernismo y el posmodernismo. El tardo-modernismo trajo el *revival* de los años veinte, la *stick-tech* y la retórica de las corporaciones. Sus espacios han sido, sobre todo, expresiones de agnosticismo. Junto a estas innovaciones, se mantuvo lo que Jencks denomina “el blanco e ideal pabellón de la vida privada”.

Con el posmodernismo se produce la huida del historicismo hacia el eclecticismo radical, la ornamentación distorsionada para lograr la recreación del sentido comunitario a través de signos vernaculares. Metáfora y metafísica se confunden en el espacio posmoderno, que intenta dotar a las ciudades recién levantadas, de la memoria edificada de que carecen. Los signos vernáculos son gestos breves, *ad hoc*, superpuestos a signos de otras memorias que buscan el efecto de la elisión y la sorpresa.

A partir de 1980, la arquitectura de vanguardia se sumerge en un nuevo expresionismo, monumental y de alto impacto sobre el paisaje urbano, que utiliza un vocabulario abstracto. Son proyectos extraordinariamente costosos que requieren grandes dispendios económicos y solo están al alcance de las corporaciones. Sobre ellos se libran batallas comerciales y de imagen, constituyendo así el campo de ensayo y demostración de las altas tecnologías. Para Jencks, un edificio como el Banco de Hong Kong, de Norman Foster, que en su momento fue el más caro del mundo, es una apuesta para representar la fuerza, la solidez, la estabilidad y la imagen de la compañía bancaria en los próximos cincuenta años. La distribución espacial interna de este edificio se inspiró en la catedral de Wells, en Inglaterra, y guarda alguna similitud con la proporción interior de sus naves. Iba a ser rojo, el color de China, pero finalmente se eligió el gris, como si se tratara de un buque insignia o un navío de guerra. La altura de esta torre impide ahora la vista del Palacio del Gobernador, con su implícito contenido simbólico; pero con ello no hace sino explicitar los nuevos poderes fácticos: quiénes son realmente los nuevos gobernadores de la ciudad.

Los arquitectos y constructores del fin de siglo se enfrentan a dos retos diferentes: por una parte, dar expresión material a sus ideas; por otra, satisfacer las necesidades de vivienda y alojamiento de los ciudadanos. A ello se unen otras necesidades menos materiales que el cobijo, pero no menos exigentes, como las de memoria histórica y arraigo en el lugar. En tanto que las corporaciones manejan recursos millonarios, los programas públicos o privados de alojamiento padecen graves estrecheces presupuestarias, que hacen más difícil el ensayo de técnicas nuevas o la expresión de legítimas ambiciones retóricas. La ironía o el juego cómplice van bien en el ámbito privado, pero encajan mal con la necesidad de eficiencia en la asignación de recursos públicos para la satisfacción de necesidades materiales perentorias.

Dos arquitectos muy espectaculares, como Calatrava y Gehry, son conocidos por sus bellísimos edificios / objeto o puentes / escultura, que han transformado la escenografía de las ciudades. Ninguno de los dos se ocupa preferentemente de resolver problemas sociales: son creadores de formas, de representaciones, y ceden a otros las funciones éticas y sociales de la arquitectura.

Para Taubeneck, la posmodernidad es un movimiento intelectualmente débil, poca cosa para suceder a la gran energía del modernismo. El movimiento modernista nació de la interacción entre muchas formas de conocimiento

diferentes y fundió en un clima común las aportaciones literarias, filosóficas, arquitectónicas, musicales, psicológicas y pictóricas. Nombres como Brecht, Gropius, Le Corbusier, Mies van der Rohe, Frank Lloyd Wright, Picasso, Stravinsky, Adorno, Freud y Wittgenstein comparten más fundamentos ideológicos de los que derivan de su mera coexistencia histórica. En cambio, el presente es tan plural y fragmentario que parece haber poco en común entre los varios autores, incluso entre las obras de un mismo autor. La abundancia de citas, marcos y metáforas arquitectónicas produce una teatralidad alucinadora, lo que a propósito de las obras de R. Venturi y J. Sterling en Stuttgart, Jencks ha calificado de *ghost buildings* o edificios fantasma. Los críticos de la posmodernidad acusan a sus intérpretes (Eisenman, Gehry, Tschumi, Hadid) de subvertir la tipología clásica de la arquitectura, tal como ventanas, puertas, rectángulos, columnas y columnatas, contrastando a veces un primer lenguaje fracturado con un lenguaje convencional.

Esta interpretación, que muchos comparten, es excesivamente pesimista. No solo carece de la perspectiva temporal que depurará las similitudes, sino que estima muy a la baja el valor creativo de la deconstrucción. Cuando señala que “la filosofía ha ido apartándose de las grandes ideas fundantes como Verdad, Dios, Hombre, Naturaleza o Mundo, y, al de-divinizarlas, solo queda el lenguaje o la descripción metafórica”, no se da cuenta de que esas ideas fundantes estaban presionadas por sujetos históricos concretos, muy excluyentes, que ahora se tambalean, y que es necesaria la ruptura formal como expresión de un malestar o búsqueda más profunda, insatisfecha. Aunque filósofos como Derrida, Lyotard, Baudrillard o Rorty no conecten personalmente bien con las construcciones de Eisenman, Stern, Sterling o Tschumi, eso no quiere decir que respiren atmósferas intelectuales ajenas.

24

La crítica de que filósofos como Nietzsche, Wittgenstein, Heidegger, Lyotard o Derrida producen sobre todo lenguaje o narración escrita, solo es negativa en la medida en que se ignore el poder de creación y destrucción que tiene la lengua. Únicamente quienes no han padecido las negaciones de identidad que esconde a veces un plural o un pronombre pueden dar por sentadas la transparencia, la naturalidad o la no-necesidad de cambio de las palabras y las reglas gramaticales vigentes en cada momento.

Derrida dice que no se deconstruye desde fuera, sino desde dentro, tomando prestados de las viejas estructuras los recursos de subversión. Pero aunque en la arquitectura posmoderna, igual que en la filosofía y la literatura, haya “inflación de lenguaje” (en otras disciplinas hay una equivalente “inflación de cifras”), trabajos como los de Eisenman son recibidos con gratitud por el público lego en profundidades filosóficas, que los percibe como des-centramientos de antiguas ideas centrales. De ahí el éxito de Eisenman cuando se atreve a teorizarse a sí mismo y usa expresiones que circulan entre los movimientos sociales, como excavación, palimpsesto, cantera, superposición, *scaling* o figuración, sin mucha preocupación por la paternidad concreta o la generación de cada idea. Para la conexión entre autor y audiencia es necesario cierto carisma personal y habilidad comunicativa.

Sin duda el sistema publicitario desempeña un papel relevante y los medios de comunicación contribuyen a agigantar los personajes estelares. Pero hay

que reconocer el talento de quienes se adelantan a los deseos de una época vertebrando esperanzas y angustias, dándoles forma. Son los intérpretes afortunados de conciencias individuales que no habrían sabido expresarse por sí mismas y que concentran sobre ellos su agregada fuerza.

4 Desorden, heterodoxia y creación en las imágenes urbanas

La tensión entre orden y desorden es tan antigua como las propias ciudades. Según señala Morris en su *Historia de la forma urbana* (1984) en los planos de las ciudades caldeas y sumerias coexisten ya trazados geométricos y orgánicos, los primeros en respuesta a un plan premeditado y los segundos a la espontaneidad del crecimiento sin regla.

El orden no es solo el desarrollo de un principio generador sobre sí mismo, sino que se extiende alrededor: únicamente en un vacío absoluto (de espacios infinitos, de culturas y circunstancias únicas) podría imaginarse un “orden para sí” que no fuera también una imposición sobre ajenos. A diferencia de los meros poblados, las ciudades expresan espacial y arquitectónicamente un orden social interno. Es lo que Tzonis ha llamado la capacidad originaria del *témenos*, como punto privilegiado a partir del cual se ordenan el territorio y la ciudad. No obstante, y precisamente porque la ciudad es un orden, el desorden se hace más nítido y vivo en ella. No solo el desorden arquitectónico y urbanístico, sino el desorden humano, la marginalidad social del contraorden.

El desorden urbano tiene distintas intensidades, causas y manifestaciones. También varía la evaluación de sus intérpretes, la medida en que lo asocian con la vida o el peligro. Los intelectuales han estado desde siempre divididos entre los *flâneurs* y los partidarios del orden. Los primeros se rinden ante la heterogeneidad y el desorden porque lo consideran inevitable, en tanto que los segundos aspiran a la planificación estricta. A veces, los partidarios del orden no lo son del orden presente sino del orden venidero que imaginan, para el que diseñan estrategias y batallas políticas. La revolución, para ellos, no es el desorden, sino el precio imprescindible de la sustitución de un orden exhausto por uno emergente.

En la ciudad aparecen inevitablemente espacios sociales confusos, bordes que ocupan gentes marginales: desplazados, víctimas, fueros de ley, extranjeros y extraños. Los marginales han tenido un tratamiento histórico y literario muy variado. Todavía hoy, gran parte de lo que se escribe ha bebido de fuentes del siglo XIX o principios del XX, cuando la ciudad por antonomasia era París, que Walter Benjamin bautizó como “capital del siglo XIX”. A diferencia de la mayoría de los filósofos/políticos que, como Marx, despreciaban a los marginales como fisuras en el frente revolucionario, los literatos se han inspirado a menudo en los personajes “fuera de orden”. Víctor Hugo inmortalizó a “los miserables”, y de su mano siguen triunfando hoy tanto en la música como en el *comic*. Baudelaire pensaba que los marginales, con su vida y escritos, reflejaban el sentido y la poesía urbana. Zola eligió protagonistas destruidos por el insaciable apetito de la gran ciudad. Proust se inspiró en los círculos de lesbianas y gays de la Belle Epoque. Toulouse-Lautrec pintó en abundancia borrachos y prostitutas.

La reconstrucción literaria y pictórica de las ciudades tiene tanta o más fuerza que la de sus muros reales y pervive más en el tiempo. En su biografía más extendida, París es la ciudad de la excitación, del placer y del consumo que atrae e intoxica: todo lo referente a París se ha sexualizado. Un siglo más tarde, y a pesar de su potencia actual, París sigue siendo en gran parte lo que dijeron o pintaron de ella sus pintores y escritores y los procedentes de otros países. Interpretándola, le crearon una vida.

A diferencia de París, la imagen de Londres era puritana, estricta, represiva. Dickens reflejó la soledad de las calles vacías en domingo; una soledad que, salvo en lugares puntuales, sigue manteniéndose hoy por obra y gracia de las *garden cities*. La vida oculta de las ciudades, la ajena al código moral victoriano, no tuvo tradición de expresión abierta —en las calles— hasta que fueron ocupadas en la segunda mitad del siglo XX por las generaciones rebeldes de los Beatles, las minifalderas y los punkies y heavies. Sin necesidad de cambios climáticos, la ciudad expresa ahora abiertamente un margen mayor de tolerancia al desorden y lo convierte en atracción, señuelo, mercancía.

El tema del orden social deriva hacia otros temas conexos, como el del orden estético. El “Manifiesto futurista de la arquitectura”, escrito en 1914, saludaba y daba la bienvenida a una serie de elementos que hasta entonces habían rechazado los reformadores sociales por perturbadores: el ruido, el tumulto, la fealdad, la inhumanidad. Trataban de construir una ciudad sin pretensión de belleza externa, alejada de catedrales, palacios y ayuntamientos. Su belleza, su orden, derivaba de la eficiencia y pureza con que servía a las nuevas funciones: una ciudad de inmensas carreteras, de estaciones de ferrocarril, de grandes hoteles y galerías comerciales brillantemente iluminadas. Para ello se necesitaba re-ordenar la ciudad. O, lo que es lo mismo, derruir y deshacer el viejo orden arquitectónico y urbano. La influencia de esta corriente ideológica y constructiva, identificada como “internacionalismo”, tuvo algo que ver, además de con sus planteamientos, con la aureola que le proporcionó su condena por los nazis. A la euforia del internacionalismo se debe también multitud de pérdidas irreparables. Pero a partir de los años sesenta, la expansión de este movimiento encuentra mayores resistencias: se redescubre el valor de lo insustituible, de lo propio. Se les otorga función a lo y los que no la tienen, a los excedentes del orden principal.

Con Betty Friedan y su *Mística de la feminidad*, publicado en 1963 en Estados Unidos y en 1974 en España, la crítica de los suburbios se había hecho abiertamente feminista. Jane Jacobs, a contracorriente en el momento en que publicó su obra *Muerte y vida de las grandes ciudades*, los años sesenta, difundió en todo el mundo la idea de que son preferibles las ciudades mezcladas. Más recientemente, E. Wilson, en *The Sphinx in the City* (1991), ha analizado las implicaciones ideológicas de este tipo de hábitat para las mujeres y las ventajas de la heterogeneidad de la ciudad, su relativo anonimato, que diluye las rígidas asignaciones de papeles.

Sin embargo, los límites a la asociación entre ciudad y libertad son claramente culturales y sociales. En *Sueños desde el umbral*, Fátima Mernissi contrapone desfavorablemente (al menos, en la época de su propia niñez en Marruecos) la experiencia de libertad personal de las mujeres rurales y la de las mujeres

del harem urbano. Amin Maalouf se adelantó literariamente en *El primer siglo después de Béatrice* (publicada originalmente en 1992) a lo que los demógrafos ya han confirmado mediante las estadísticas: que en algunos países orientales faltan millones de niñas, no llegadas a nacer por la conjunción de su desvalor y las técnicas médicas. Son las niñas que sobran en el orden de preferencias entre lo masculino y lo femenino, los bordes irrelevantes para el núcleo duro de dominio.

En las grandes ciudades de hoy, cada vez más homogéneas en arquitectura y trazado, el desorden no solo viene de dentro, sino de fuera; llega de la mano de imparable oleadas de inmigrantes que dejan sus tradicionales ámbitos rurales, o que abandonan país y continente en busca de mejores oportunidades en otros territorios. El mundo entero se somete a una ordenación global, aunque sus efectos de limpieza y prosperidad se concentren en unos pocos lugares y el resto soporte sus consecuencias desestructuradoras y su obligado desorden.

Mientras la unificación de la tecnología hace cada vez más parecida la apariencia externa de las ciudades de todo el mundo, las metrópolis se hacen más y más segmentadas interiormente. El mayor ejemplo de ciudad interiormente segmentada es Los Angeles, que ha dado pie a un nuevo concepto, el de "heterópolis", acuñado por Jencks (1993). La heterópolis es la ciudad plural, en la que conviven sin mezclarse grupos étnicos, poderes económicos y estilos de vida diferentes, sin que ninguno domine suficiente como para imponer su orden.

No hay mayorías estables, sino un rompecabezas de minorías y fragmentos, un orden coyuntural que estalla ocasionalmente en desórdenes o disturbios callejeros. El mercado y la policía son las dos fuerzas que disciplinan la ciudad, y el miedo y la violencia forman parte tan intrínseca de la vida cotidiana que se inscriben en el diseño arquitectónico y urbano. No es raro que Gehry, al rehacer en 1985 una de las bibliotecas públicas vandalizadas de Los Angeles, la rodease de muros de más de siete metros de altura, como una fortaleza, y usara el mismo sistema de verjas de acceso correderas que se usan en las prisiones. La heterogeneidad favorece la mezcla ecléctica de formas y estilos, la construcción en que cada cual decide y hace lo que quiere. No obstante, también de la heterogeneidad puede surgir un denominador común, un vehículo expresivo. Jencks señala que algo de esta función integradora puede hallarse en el estilo que puso de moda la Sci Art, el Instituto de Arquitectura de Southern California: es el llamado *dead-tech*, o *en-formality*, de cemento descubierto y hierros de pátina oxidada, voluntariamente despojados y ascéticos. Su ascetismo y su fealdad dan forma a una nueva aspiración de espiritualidad que se muestra a través de la alta arquitectura.

La tradición de la calle y la plaza, que es la esencia de la polis mediterránea, no es compartida por las ciudades noreuropeas. Especialmente en el ámbito anglosajón predomina una fuerte tradición romántica a favor de las ciudades pequeñas, de "tamaño humano", y del alojamiento de la población en dispersos reductos individuales. A filósofos y políticos como Adam Smith o Thomas Jefferson les inquietaba el crecimiento de las ciudades industriales, porque resultaban inmanejables; o, lo que es lo mismo, no sometibles al orden. La diferente tradición cultural y urbanística de las sociedades del norte y del sur de Europa, trasladada en parte a sus respectivos continuadores en otros

continentes, genera también imágenes y evaluaciones subyacentes a las que no escapan los ensayistas y académicos. El predominio del mundo anglosajón en la economía y cultura de la segunda mitad del siglo XX ha sido tan fuerte que las imágenes de la propia identidad cultural vienen proyectadas desde fuera con una fuerza considerable. No es raro el sentimiento de incomodidad y extrañeza que se experimenta al leer textos en los que el mundo latino o mediterráneo parece inexistente, o contemplado casi exclusivamente desde una perspectiva negativa o conmisericordiosa. Como botón de muestra, el libro *The European City*, de Burtenshaw, Bateman y Ashworth (1991), confunde las ciudades y su vida social con la lectura política de los planes gubernamentales de urbanismo. España o Italia no reciben más menciones que las connotadas por el fascismo o el franquismo. El rico juego de las relaciones interpersonales, el poder unificador de la calle y la plaza, la vecindad real aunque no regulada formalmente, que es el principal valor urbano, escapa por completo a su consideración. Algo parecido, aunque en menor medida y referido a otros periodos históricos, puede decirse de la —por otra parte excelente— *Historia de la forma urbana*, de Morris.

5 Mujeres y hombres en el desarrollo de la arquitectura

5.1 Diseño, ideología y compromiso

28

Las implicaciones ideológicas del trabajo profesional son más visibles en los pioneros que en los profesionales que constituyen la mayoría de cualquier campo o disciplina. Por eso las mujeres pioneras de la arquitectura y el urbanismo son un buen exponente de la necesidad de establecer opciones en cuanto al tipo de hábitat o viviendas preferidas y en cuanto al tipo de funciones y marcos organizativos en que desean instalarse.

En España, la incorporación de mujeres a las Escuelas Técnicas Superiores (ETS) ha sido algo tardía: la primera mujer que obtuvo la titulación en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid fue Matilde Ucelay, en 1936. Muy anteriores a las pioneras españolas han sido otras arquitectas europeas y americanas. En Estados Unidos alcanzó gran influencia en el siglo XIX Catharine Beecher, con sus diseños de hogares unifamiliares. Fue autora de libros de éxito, consejera mediática y organizadora. En *Women in American Architecture* (1977), Dolores Hayden ha realizado un lúcido análisis del papel de Beecher en la creación del sueño americano, en el ideal de modo de vida del suburbio. Beecher ejemplifica la contradicción en que se debaten muchas mujeres de pensamiento conservador que han adoptado un estilo personal de vida moderno y activo. Como consecuencia de la herencia ideológica del puritanismo inglés, consideraba los hogares como comunidades y a las mujeres como sus sacerdotisas. Dedicó su enorme energía, capacidad intelectual y dotes para la filosofía política y moral, a defender que las mujeres debían autoexcluirse de las carreras profesionales. Idealizó la domesticidad de la mujer y la condición femenina del trabajo doméstico. El ideal de hogar que proyectaba arquitectónicamente debía facilitar la vida de una mujer sacrificada, como esposa cristiana y madre. En los hogares que diseñaba, el espacio servía simultáneamente a las

funciones religiosas y a la eficiencia consumista, en una fusión de cristianismo y capitalismo que ha marcado el diseño de los *ideal homes* estadounidenses durante más de un siglo. Todavía hoy, las mujeres que pretenden otros tipos de diseños espaciales tienen que luchar contra esa corriente moral-arquitectónica que encontró en Beecher su mejor exponente. El éxito de esta diseñadora se debe también a que supo responder con sus diseños a las necesidades de la emergente clase media norteamericana, moderadamente rica pero sin ayuda ninguna de sirvientes, en un contexto en que el taylorismo o eficiencia organizativa y ahorro de costos superfluos se imponía no solo en la industria, sino en todos los ámbitos de la vida cotidiana. Hayden remata su retrato de Beecher con cinco adjetivos que hacen reflexionar sobre la frecuente y desatinada idea de que basta ser mujer para desear el cambio social: era, según dice, una mujer “indómita, notable, con talento, terrible e intensa”.

Otro trabajo pionero, realizado en 1866 en Estados Unidos, fue el proyecto de edificación colectiva, llamado “The Women’s Commonwealth”, en el que treinta familias se reunieron para construir sus viviendas conjuntamente, compartiendo algunos servicios. Fue una iniciativa de mujeres y una experiencia muy diferente a la tendencia dominante, que prefería las casas individuales, muy homogéneas en su estilo decorativo y distribución. El proyecto se realizó con éxito, pero no intentaron extenderlo porque sabían que requería condiciones muy peculiares y no prosperaría en otros sitios.

En el campo del urbanismo fue pionera la escocesa Elizabeth B. Mitchell, que colaboró regularmente en la revista *Town and Country Planning*. Como expone Jean Lindsay (1993), Mitchell fue profundamente religiosa, presbiteriana, procuró conservar intactos los paisajes de Edimburgo que admiraba y sus terrazas descendentes hacia el río. A partir de 1930, participó del movimiento socio-urbanístico que intentaba construir nuevas ciudades para aliviar la congestión de los hogares de clase trabajadora en Glasgow. Se concentró en la colaboración con las asociaciones de defensa de las *garden cities*, oponiéndose a la edificación en torres de altura y previniendo contra el impacto del paso de las nuevas carreteras por el centro de las ciudades.

Un foro de debate y encuentro, iniciado en España en 1995 a partir de las inquietudes de un grupo de arquitectas madrileñas (Gloria Chacón, Genoveva Christoff, Ana Estirado, Cristina García-Rosales, Isabel Navarro), titulado “La Mujer Construye”, recoge los nombres de la pionera irlandesa Eileen Grey (1878–1976), la finlandesa Aino Marsio Aalto (1894–1949), la escocesa Margaret McDonald Mackintosh (1865–1933), la inglesa Allison Smithson (1928–93), la francesa Charlotte Perriand, la norteamericana Ray Eames, junto a algunas otras. De las mujeres citadas, cuatro trabajaban conjuntamente con sus esposos o compañeros y son conocidas en gran parte por su colaboración con ellos en aspectos relativamente accesorios.

También en el urbanismo moderno, o al menos en algunas de sus manifestaciones, puede reconocerse la fuerza interna de compromiso con el cambio social entre las arquitectas y urbanistas. A veces tiene connotaciones religiosas, sobre todo en los proyectos de construcción de viviendas en los que participan organizaciones no gubernamentales sin ánimo de lucro, en países del Tercer Mundo.

La proporción de mujeres que trabajan en este tipo de actividades es más alta que la media de las que trabajan en los proyectos de edificaciones de carácter empresarial. En *Women, Human Settlements and Housing*, editado por C. Moser y L. Peake (1987), se relatan experiencias con participación de mujeres en varios países (Brasil, México, Kenia, Sri Lanka, Ecuador y otros), muchas de ellas para la autoconstrucción de viviendas. Pero se concluye que constituyen excepciones a la regla. No por la abundante presencia de mujeres profesionales en este tipo de trabajos comprometidos, sino porque es raro que los proyectos de construcción y desarrollo tomen tan claramente a las mujeres como destinatarias. Como a cualquier otro recurso, las mujeres acceden con más dificultad a los fondos, subvenciones y ayudas externas al desarrollo, que rara vez priorizan sus necesidades específicas.

En varias de las experiencias analizadas por Moser y Peake se pretendía resolver situaciones de carencia extrema. Los niños y los ancianos suelen ser las principales víctimas de la pobreza y son generalmente las mujeres quienes se hacen cargo de ellos. Para la ejecución de estos proyectos de ayuda al desarrollo, contaban con la participación activa de las mujeres que iban a recibir directamente los beneficios del programa (servicios, vivienda). Sin embargo, en varios casos los programas despertaron hostilidades entre la población masculina local, tanto por la asignación de fondos como por la participación organizada de las mujeres, y solo pudieron llevarse a cabo por la visibilidad internacional del asunto o la presión de los propios gobiernos.

La situación no es exclusiva de regiones pobres o de lugares remotos. En las raras ocasiones en que las propuestas urbanas de los colectivos de mujeres se priorizan por sobre las de otros colectivos sociales, las resistencias sociales son considerables. La idea de que las mujeres deben seguir "sacrificándose" por los demás u ocupando lugares subordinados está muy arraigada, incluso en medios sociales y organizaciones occidentales que propugnan formalmente el cambio social y las políticas progresistas.

5.2 La conciencia de la diferencia

A mediados del siglo XX empezaba a ser visible, y no excepcional, la presencia de mujeres en los órganos de planeación y gestión de las ciudades, frecuentemente con una formación previa como juristas, geógrafas o sociólogas, más que como arquitectas.

Una pregunta que inquieta a muchos profesionales, y a muchos usuarios, es si la presencia de mujeres en las escuelas u organizaciones de arquitectos va a cambiar en algo el tipo de edificaciones y diseños urbanos. Esta preocupación es de doble signo. Para algunos, más que preocupación es miedo a que introduzcan cambios negativos: miedo a que compitan por los puestos tradicionalmente reservados a los varones, o a que hagan descender el prestigio y recursos de la profesión, o a que generen un tipo de diseños o atiendan a aspectos de la arquitectura considerados de menor valor. En el lado opuesto se encuentran quienes esperan consecuencias beneficiosas de la incorporación de las mujeres a estas profesiones: son quienes consideran positivo el hecho mismo de su presencia, sin necesidad de otro tipo de cambios; y, sobre todo, quienes esperan que las mujeres arquitectas o urbanistas tengan una influencia

cualitativa en su trabajo, incorporando sensibilidades y soluciones nuevas para problemas o aspiraciones de amplios sectores de la población que hasta ahora apenas han encontrado respuesta.

En medio de estos dos polos se hallan quienes no asignan ningún valor sustantivo al acceso de las mujeres a las profesiones relacionadas con la arquitectura o el urbanismo, porque creen en la neutralidad del fenómeno.

El impacto de la presencia de mujeres entre los profesionales de la arquitectura ha sido objeto de estudios sobre todo en dos aspectos: en la estructura interna de la profesión y en el tipo de obra producida.

Esta gradación de expectativas es más compleja de lo que pudiera parecer a simple vista, porque en ella subyacen cuestiones intelectuales y estratégicas. Aunque hay más hombres que mujeres entre los temerosos del cambio, y más mujeres que hombres entre los partidarios, las lindes distan mucho de estar determinadas por el género. Hay muchas mujeres que se aferran a la solución neutral (“no hay ningún cambio en el modo de trabajar”, “nunca me han tratado de un modo especial por ser mujer”), tanto porque así es su experiencia psicológica como porque estratégicamente deciden que así debe ser. Aunque no son muy numerosas, también hay mujeres que expresan abiertamente su temor a las consecuencias de la feminización de los grupos de elite y desearían (poniendo los medios para ello) ser las únicas excepciones a la regla. Por eso dificultan la llegada de otras mujeres, negándose a cualquier intento de explorar las diferencias en las condiciones o estilos de trabajo y beneficiándose, en algunos casos, de todas las ventajas a que puede llevar el *charme* y la relación personal (y femenina) con profesionales o personajes poderosos en su medio laboral. O también, a veces, aprovechando eficientemente el difuso sentimiento de culpa que la conciencia de la discriminación despierta en el entorno profesional y político. A la inversa, y aunque no abundan extraordinariamente, tampoco son escasos los varones que participan de las expectativas positivas respecto al acceso de las mujeres a las profesiones arquitectónicas y urbanísticas y a su entorno intelectual y político.

En Europa, uno de los casos más conocidos de intervención de mujeres en el diseño arquitectónico y el urbanismo ha sido el colectivo inglés Matrix. Se inició como un grupo multidisciplinario en el que colaboraban arquitectas, docentes, investigadoras y madres de familia. Muchas formaron parte del New Architecture Movement de fines de los años setenta. Una alta proporción, la mitad, vivía en hogares colectivos, solas o con sus compañeros y familia. En 1979 formaron un pequeño grupo llamado “Mujer y Espacio”, que se hizo más formalizado en 1980. Montaron una exposición titulada “Home Truths”, y desde entonces se han mantenido como organización, como paraguas de cobertura a actividades que abarcan desde el diseño y encargos de proyectos hasta la frecuente participación en foros de debate. En su texto de autopresentación (Matrix, *Making Space. Women and the Man-Made Environment*, 1984) comienzan reconociendo que no tienen una clave o “caja de herramientas” para producir una arquitectura feminista, una fórmula de “hágalo usted mismo” que resuelva correctamente cualquier duda. Confiesan que cuando alguien cree que las mujeres construyen edificios redondeados y los hombres torres falocráticas, les entra risa. Les parece una caricatura y un reduccionismo de los problemas

implicados. Su trabajo consiste sobre todo en hacer al lector (o al espectador, o al cliente) más consciente de su entorno, y de las equivalencias arquitectónicas o urbanísticas que se producen al contraponer las ideas de “casa, privado, cálido, estable, confortable”, y las de “público, competitivo, agresivo, estimulante”. No creen que el medio construido en que de hecho viven sea el resultado de una conspiración contra las mujeres, sino de que otras prioridades, por ejemplo la de hacer negocios y buscar beneficios, se imponen a los intereses y necesidades de la mayoría de la gente.

Matrix, como grupos similares de otros países, ha constatado que no todo el mundo, ni todas las mujeres, esperan lo mismo del medio construido. Aunque el medio no determina ni controla completamente las vidas individuales, refleja los valores dominantes de la sociedad en que se produce. La simple inserción en el mundo académico y profesional de la arquitectura o el urbanismo, como en otros medios tradicionalmente masculinos, requiere de las mujeres un proceso de adaptación en el que han de elegir entre opciones no siempre explícitas de asimilación (en qué, hasta qué grado) y de diferencia. Phelps y Ghirardo (ambos en Lillyman et al. 1994) han analizado el papel de las convenciones en la práctica arquitectónica y las dificultades que comporta oponerse a su inercia. Lo que hace eficaces las convenciones es que generalmente no son explícitas y no pueden confrontarse abiertamente.

La mayoría de las mujeres arquitectas se asimila al patrón común y lo hace de un modo natural, sin plantearse siquiera si podría haber otras formas de entender la arquitectura o si les puede corresponder a ellas una tarea renovadora en este campo. Su principal objetivo es sobrevivir en un contexto altamente competitivo, en que las cualidades asociadas a lo masculino se valoran más positivamente, en general, que las vinculadas a lo femenino. En las épocas de crisis del mercado de construcción, en que descienden los encargos para todo el mundo, las firmas menos conocidas tienen menores posibilidades de conseguirlos.

Al combinarse dos elementos tan distintos como la experiencia personal diferenciada por razón de sexo y el reconocimiento público de esta experiencia, se producen cuatro tipos de situaciones: quienes han vivido experiencias diferenciadoras y así lo manifiestan; quienes no han vivido situaciones diferenciadoras y lo hacen explícito; quienes han vivido situaciones diferenciadoras pero no lo reconocen o explicitan, e incluso lo niegan; y quienes no habiendo vivido personalmente estas experiencias, no obstante las afirman y publicitan.

Sobre esta clasificación esquemática de las situaciones, la realidad ofrece un panorama aún más rico y matizado de procesos, que cambian de época a época o de lugar a lugar y se combinan con otros elementos experienciales, ideológicos y estratégicos.

La investigación reciente sobre el mercado laboral de los profesionales de la arquitectura ha mostrado diferencias importantes en el tipo de ejercicio de mujeres y varones, las que en parte se deben a elecciones voluntarias y en parte a presiones estructurales a las que resulta difícil oponerse. En todo el mundo, solo una minoría de arquitectos o diseñadores puede construir sus propios proyectos. La mayoría se limita a algunos procesos intermedios entre el primer esbozo y la obra final, y esto es especialmente frecuente entre las mujeres. Incluso entre las que trabajan en estudios de arquitectura es más frecuente que

se ocupen de los procesos intermedios que de los contactos directos con los clientes. Por eso algunas mujeres reclaman que se conceda mayor importancia de la que actualmente se da al diseño y la producción intermedia. Así lo hace, por ejemplo, Diana Agrest en *Drawings by Architects* (1982). A menudo el dibujo o la maqueta son los únicos medios que permiten al arquitecto o al urbanista expresar sus ideas. El dibujo hecho para su conversión inmediata en construcción no es igual, no responde al mismo propósito, que el dibujo dirigido a arquitectos. En las competiciones, lo que se contraponen no son obras acabadas, sino ideas que van más allá de la simple representación y que permiten avanzar nuevos conceptos o visiones. Como contrapartida de esta ventaja de presentación didáctica, el dibujo o el esquema puede manipularse muy fácilmente. Al seleccionar aspectos limitados y presentarlos bajo perspectivas muy favorables, los resultados son altamente idealizados. De eso tienen constancia los movimientos ciudadanos, y no es sorprendente que tanto el grupo Matrix como el grupo La Fuerza del Lugar, de Los Angeles, hayan incluido entre sus actividades la enseñanza de interpretación de planos de viviendas y de proyectos de remodelación o desarrollos urbanos.

La tensión entre oposición o colaboración entre varones y mujeres alcanza su máxima intensidad en las parejas de igual formación que trabajan juntos. Ya hemos señalado que las más conocidas entre las arquitectas pioneras lo fueron en parte por compartir nombre y vida con arquitectos famosos. La biografía de algunas de estas mujeres, o de sus compañeros, permite ver la fragilidad de los límites entre apropiación y colaboración, entre participación real y reconocimiento colectivo.

En un artículo emocionante de Denise Scott Brown, titulado "Room at the Top? Sexism and the Star System in Architecture" (1989), la famosa arquitecta narra el impacto que tuvo su matrimonio sobre su propia imagen profesional.

Mi historia incluye anécdotas triviales y grandes traumas. Una forma poco usual de discriminación me sobrevino cuando, a mitad de mi carrera profesional, uní mi vida y mi trabajo al de mi esposo. Contemplé cómo a él lo convertían en un gurú de la arquitectura, en buena parte sobre la base del trabajo que habíamos hecho conjuntamente en nuestro estudio. Incluso trabajos o críticas firmados por mí se le atribuyeron a él. Cuando escribimos *Learning from Las Vegas* [Venturi, Scott Brown e Izenour 1972], para anticiparnos a posibles malentendidos, mi marido redactó una nota introductoria en que precisaba la coautoría. Incluso, en la hoja sinóptica de presentación de nuestra empresa se consignan expresamente los cometidos que solemos realizar cada uno de nosotros. Pero no ha servido de mucho. Los críticos de arquitectura, los editores de libros, los publicistas, tienden a ignorar mi nombre, con algunas raras excepciones dignas de agradecimiento. Estas experiencias me han obligado a luchar, me han acarreado dudas y confusión, y me han hecho perder una gran cantidad de energía. Si me quejo, mis reclamaciones desagradan a los críticos y algunos desencadenan hostilidades, un riesgo que los arquitectos no nos podemos permitir. Yo misma no me gusto en este papel conflictivo, que mina mi autoconfianza. (Traducción de la autora)

Reproducimos este largo fragmento como homenaje a quien ha tenido el valor de reconocer abiertamente las dificultades que su condición de mujer le acarrea en el ejercicio profesional, a pesar de que sus relaciones personales y

familiares sean excelentes. Son muchas más las que podrían contar experiencias parecidas, y al ocultarlo impiden la generación de una conciencia colectiva y el cambio social necesario. Scott Brown reconoce haber escrito este artículo casi veinte años antes de su publicación, y no haber querido darlo a la luz antes por sentirlo demasiado devastador. Solo pudo hacerlo cuando se sintió más fuerte y segura. Como dice en el cierre del texto:

... quienes me han producido sufrimiento son generalmente personas ignorantes. Son los críticos que no leen suficiente y los clientes que no saben por qué han venido a nosotros. Me ha ayudado a darme cuenta de esto que los profesionales cuyo trabajo respeto más, los clientes cuyos proyectos nos seducen y los promotores cuya amistad nos inspira, no tienen problemas para entender mi papel. Gracias a ellos, en parte, he ganado fuerza y he podido hacer mi trabajo en los últimos años. A pesar de algunos tropiezos, he alcanzado el respeto de mí misma.

5.3 La incorporación de las mujeres a la organización profesional del urbanismo y la arquitectura

La participación en la construcción y el uso de lo construido

La arquitectura ha sido, hasta ahora, asunto de hombres. Sin embargo, en algunos aspectos importantes de la arquitectura, como su uso, las mujeres han participado históricamente con la misma intensidad que los varones. En otros aspectos, como el diseño o la gestión, su participación es reciente, y solo ha llegado de la mano de otros cambios culturales y políticos de carácter general que permitieron su incorporación a la vida profesional.

La participación de las mujeres en las tareas materiales de construcción en las sociedades industrializadas es baja y la presencia que recogen las estadísticas laborales se concentra en tareas de administración y ventas. No obstante, no ha sido siempre así a lo largo de la historia. En los alojamientos más primitivos, como chozas o tiendas, el papel de las mujeres fue importante en el tejido o trenzado de los materiales (paja, juncos, ramas, etc.) y en el curtido de pieles o hilado de lanas, y sigue siéndolo todavía en los pueblos nómadas. También han participado activamente en muchas labores complementarias de la construcción, como el acarreo y acopio de materiales (piedras, madera, arena, estiércol y agua).

Como usuarias, todas las mujeres establecen relación con la arquitectura de los ámbitos privados y públicos. En la medida en que su *uso* de los espacios construidos tenga características actuales o históricas diferenciadas de las del resto de la población, su relación con la arquitectura revestirá también una condición especial. En cuanto al *diseño* de la arquitectura, que en sentido amplio incluye la proyección de edificios, la dirección de obras o el planeamiento urbano, la participación de las mujeres ha sido históricamente reducida, casi inexistente. En los gremios y colegios profesionales y escuelas que tienen más directamente que ver con estas funciones, la presencia masiva de mujeres no se ha producido hasta el último tercio del siglo XX en Europa y Estados Unidos.²

2 Para los países europeos, la proporción de mujeres en el conjunto de colegiados activos a comienzos de la década de los noventa variaba entre el 38 por ciento de Grecia y el 10 por ciento de Suiza (Ottes et al. 1995). A España le correspondía un 14 por ciento.

Relaciones de clientela, gestión y mantenimiento

Al tratar las arquitecturas vernáculas en su obra sobre la “arquitectura sin arquitectos” (1964), Rudofsky destaca el papel de las mujeres en las construcciones locales modestas, a menudo muy bien adaptadas a la climatología y a las posibilidades y necesidades del terreno. Duly (1979) constata algo similar en varios estudios sobre pueblos no desarrollados, en los cuales el levantamiento de viviendas y abrigos es una tarea comunitaria.

En tanto que inspiradoras o clientes, el papel de las mujeres ha sido muy importante en el ámbito doméstico, bastante más de lo que suele reconocerse. Las mujeres dirigen gran parte de su esfuerzo económico a conseguir vivienda y a mantenerla en condiciones adecuadas. En el ámbito público su influencia ha sido históricamente menor, aunque las mujeres de los grupos dominantes han tenido algunas veces la posibilidad de influir o participar directamente, expresando sus preferencias e ideas, en el diseño de ciudades enteras o conjuntos monumentales. La participación de Isabel la Católica en el trazado de la pequeña ciudad granadina de Santa Fe está bien documentada. En otro ámbito, también han ejercido un papel relevante las mujeres de las órdenes religiosas, de cuyos conventos, iglesias, escuelas y casas principales pueden encontrarse restos no solo en Europa, sino en todo el mundo.

La participación en la gestión de la arquitectura y el urbanismo ha crecido al mismo ritmo que la entrada de mujeres en los puestos de trabajo cualificados del sector servicios, especialmente en el ámbito público y corporativo. Un aspecto diferente de la gestión es la representación política, especialmente a través de las concejalías, direcciones generales y otras organizaciones de la planeación urbana y de la vivienda. En algunos países europeos hay programas específicos de participación de asociaciones o de plataformas políticas de mujeres en el planteamiento urbano (Ottes et al. 1995).

El mantenimiento de los espacios construidos es una función que desempeñan mayoritariamente las mujeres en las sociedades desarrolladas, aunque haya escasa conciencia social de ello. Para resumirlo gráficamente, podríamos decir que el parque de viviendas constituye la mayor parte del espacio construido, y son las mujeres quienes lo mantienen habitable (limpieza, ventilación, vigilancia, gestión, pequeñas reparaciones). También mantienen habitables otros espacios públicos, como las iglesias, con su trabajo voluntario no remunerado, y son mujeres quienes realizan el grueso del mantenimiento (esto es, su limpieza) en los edificios de comercio y oficinas. El tiempo necesario para construir un alojamiento (medido *grosso modo* por el número de horas de trabajo invertidas) es por lo menos cinco años menor que el tiempo invertido en mantenerlo limpio, caliente y seguro, así como en reparar los pequeños desperfectos o tener al día la gestión de pagos y contribuciones, tareas todas ellas desempeñadas mayoritariamente por las mujeres que habitan estos espacios, aunque colaboren en ello técnicos y expertos remunerados.³

3 En cuanto a la *formación* en arquitectura, en 1998 las mujeres constituían ya la mayoría entre los estudiantes matriculados en la ETS de Arquitectura de Madrid y en otras escuelas. Las ETS eran el último reducto docente civil que faltaba por acceder a las mujeres, y en España ha sido en Arquitectura donde primero se ha producido su entrada. El carácter integrador de la formación técnica y humanista que imparte ha sido un elemento de atracción para muchas mujeres, así

La investigación, la docencia y la crítica se ejercen principalmente en los institutos científicos, en las universidades y en los medios de comunicación. La presencia de mujeres en la crítica arquitectónica, en la producción tecnológica y en la reflexión sobre el papel social y cultural de la arquitectura es todavía reducida y reciente, pero de expansión rápida. Inevitablemente, la actividad reflexiva y crítica llevará a plantearse, antes o después, si la propia presencia de mujeres afecta de algún modo la situación previa o si, por el contrario, ni la arquitectura se ve afectada por su presencia ni las mujeres por su acceso a una profesión tradicionalmente masculina.

A juzgar por la frecuencia con que sexualidad y género aparecen en las publicaciones de algunos destacados centros universitarios, como el Massachusetts Institute of Technology o la Universidad de Princeton, no parece que esta presencia vaya a pasar intelectualmente inadvertida.

En los años ochenta y noventa algunas mujeres arquitectas han conocido el éxito internacional, como Gae Aulenti, especialmente por su trabajo en el museo del Quay d'Orsay, en París. Para muchas profesionales, no obstante, es agri dulce la referencia a ellas como *mujeres arquitectas*, y preferirían no hacer explícita su condición de mujeres o ser conocidas solamente por el apellido o el nombre de la firma en que trabajan. No obstante, los medios de comunicación tienen actualmente una importancia extraordinaria en la fabricación de carreras, y en el *star system* nada llama tanto al éxito como el éxito mismo. O a la inversa.

Es poco frecuente la reseña de obras de mujeres en los ensayos de crítica arquitectónica, en parte porque son más jóvenes y tienen menos prestigio en su conjunto, pero también porque su visibilización es precaria. Por eso han aparecido obras de referencia dedicadas exclusivamente a mujeres. Hasta ahora, los criterios de aglutinación más frecuente para la crítica arquitectónica habían sido los cronológicos, de nacionalidad, de estilo o de función de las construcciones, pero ahora emerge este nuevo criterio de género como uno más entre los posibles. No hay muchos textos o exposiciones todavía, pero se está trabajando en varios países y asociaciones para lograr un mejor conocimiento desde esta perspectiva.

Una ilustración de este tipo de trabajo es el libro de Clare Lorenz, *Women in Architecture: A Contemporary Perspective* (1990), que contiene una antología de arquitectas de varios países, con una breve biografía profesional y algunas fotos y comentarios sobre su obra. Para el ámbito español, e incluyendo también a mujeres urbanistas, el Instituto de la Mujer ha publicado una relación de cien nombres de profesionales activas en este campo, con algunas referencias. Muchas de ellas no tienen relación directa con la edificación, sino con el diseño, la planeación urbana, la docencia, la gestión organizativa, la investigación o la crítica. Hay muchas más arquitectas y urbanistas de las recogidas en esta publicación, pero cuanto más concentrado se halla su trabajo en tareas de cálculo, o lo que C. Cardinal-Pett (1996) ha llamado el *detailing* (el detallado), más improbable es que aparezca su nombre en listados, censos, antologías o *Who is*

como las expectativas de ejercicio profesional en entornos organizativos menos duros que las ingenierías de similar prestigio y remuneración en el mercado de trabajo. El elemento familiar de transmisión también desempeña un papel más importante en arquitectura que en las ingenierías, donde son menos abundantes las firmas privadas o el ejercicio liberal de la profesión.

Who profesionales. En el proceso de producción de la arquitectura y la ciudad colaboran más mujeres de las que luego se recogen en los análisis o atribuciones de autoría en las obras terminadas. No es nada nuevo, y hace ya tiempo que las historiadoras de arte que estudian los manuscritos miniados medievales acuñaron una frase que se ha convertido en referencia común: “el anónimo es femenino”. Sin duda, este tipo de reseñas da una imagen más ajustada del conjunto de la actividad de los profesionales que la que se deriva exclusivamente del sistema estelar, que reproduce hasta la saciedad, monopolísticamente, los mismos nombres, y juega con las leyes del mercado con la misma eficiencia e inversión publicitaria y tácticas de venta que las multinacionales de cualquier otro producto o servicio.

5.4 Modelos arquitectónicos

Un artículo de N. Leach titulado “Architectural Models” (1996), del que tomamos el título para este epígrafe, plantea algunas de las dificultades (o de la fuerza, en casos excepcionales) que derivan de la coincidencia de los diferentes papeles profesionales y los modelos corporales y sociales, sobre el arquitecto o arquitecta. Leach recoge de Vitrubio la anécdota de Dinócrates, un arquitecto griego que se vistió con piel de león y untó su cuerpo de aceite para llamar la atención de Alejandro Magno. Aprovechó su belleza personal para ser contratado para un proyecto de obras en el monte Athos: aunque el proyecto nunca llegó a concretarse, porque era impracticable, él consiguió hacerse famoso y rico. En todas las profesiones existe la tentación y la oportunidad de superponer funciones, pero, según Leach, “en una profesión como la arquitectura, que fetichiza tanto la imagen, hay más riesgo de autoexhibición, de convertirse en objeto de consumo que se rinde a los prejuicios de género del mercado”. El riesgo afecta a todos, pero la posición de las mujeres “como mujeres” está minada por la de la mujer “como imagen”.

Es una queja común entre las mujeres la de tener que ajustarse en su trabajo simultáneamente a varios códigos (profesionales, estéticos, sexuales, etc.), a menudo contradictorios y no explícitos, o en cualquier caso difícilmente alcanzables y mantenibles. Estos modelos no figuran en contrato, y aunque la legislación laboral y la acción explícita de las organizaciones profesionales van en contra de ellos, forman parte de la cultura implícita, del sobreentendido que solo ocasionalmente se abre o rompe por desacuerdo y destapa el malentendido. Las mujeres (y los hombres también, aunque con menor compulsión) desarrollan diferentes estrategias personales y colectivas para lidiar con este problema, en el contexto de una fuerte competencia interpersonal destinada a lograr un lugar en el mercado. Algunas y algunos lo convierten en ventaja, usándolo del mismo modo que lo hiciera Dinócrates. Pero la gran mayoría trata de lograr una síntesis soportable entre los varios papeles, poniendo el mayor esfuerzo en los profesionales y fijando estándares personales de auto-presentación relativamente modestos. A diferencia de las profesiones en las que el modelo de referencia tiene obvias connotaciones estético-sexuales (por ejemplo, las azafatas; e incluso aquí habría que matizar considerablemente), en las profesiones que requieren un gran esfuerzo de entrenamiento previo, como arquitectura o medicina, las mujeres pueden des-identificarse más fácilmente

con estos requerimientos y con frecuencia crean *contra-códigos implícitos*, líneas de resistencia generalizada a la presión de modelos de apariencia externa no compartidos. Es un modo de cortar de raíz la tendencia que empuja a todas las mujeres en el mercado de trabajo, y también en la vida política o religiosa, a retomar los papeles tradicionalmente femeninos de la doncella y la madre. Se resisten a representar la imagen bella, sexualmente atractiva, de la mujer joven que se convierte en icono y como tal vende; no solo a sí misma, sino al conjunto que representa. O de la madre generosa que prescinde de su identidad para reforzar la de los otros y consiente en ceder sus derechos (a la promoción, al mejor salario, al reconocimiento, a la actividad creativa) sin otro motivo que su propia afectividad, su feminidad difusa transferida al trabajo. La defensa frente a estas demandas implícitas que la prensa recoge, a veces, en casos explícitos y flagrantes, es muy costosa en energía y toma la forma de una lucha indefinida en la que ganar una batalla no garantiza que se evite la siguiente. A lo largo de la carrera profesional, y de su simultáneo ciclo de vida, las opciones y los riesgos se suceden, sustituyéndose.

Pero no terminan nunca, porque la presencia de mujeres en el contexto laboral cualificado es una innovación en términos históricos, un producto social nuevo que tiene que definirse cada día y encontrar poco a poco su lugar. Un lugar en que, por ahora, a menudo no coinciden las aspiraciones y las expectativas de las muchas partes implicadas.





Capítulo II
Memoria y deseo de la ciudad

1 Memoria y deseo

La memoria, según el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE, 22ª edición, 2001), es, en primera acepción, “la facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado”; y como segunda acepción, “en la filosofía escolástica, una de las potencias del alma”. Si esta fuese la única forma posible de memoria, solo la alcanzarían las almas o sujetos individuales, y solo ellos lograrían retener o recordar lo pasado. Pero no es así. Junto a la capacidad o ejercicio inmaterial del recuerdo, hay otras formas de memoria que se ayudan y refuerzan mediante objetos materiales. También tienen memoria las instituciones, como la tienen las ciudades. De hecho, son muchos los macro-sujetos que se obligan formalmente a un ejercicio de recuento cada año, presentando sus recordatorios en un acto público al que llaman precisamente “la aprobación de la memoria”. Su memoria, porque no es individual sino compartida, necesita la negociación y el consenso de los interesados; y es de este componente colectivo de la memoria urbana, de este pacto de recuerdos, de lo que tratarán las páginas siguientes.

También tratarán del deseo. ¿Deseo de qué, de quién, por quién? Hay otras palabras próximas que podrían sustituir a “deseo” en este título. Por ejemplo, “proyecto”, “voluntad”, “aspiración” o “planes”, pero ninguna reúne los muchos matices del deseo. La “voluntad” es excesivamente firme y consciente. La “aspiración” marca con intensidad la distancia entre el plano de lo que hay y lo que podría haber, cortando la relación entre los dos niveles. El “proyecto” o el “plan” tampoco valen para empezar, porque resultan demasiado elaborados para un ejercicio de acercamiento, de descubierta. Llevan visiblemente aparejadas las ideas de organización, de acuerdos, de plazos y entregas, de instrumentos y objetivos. Intimidan un poco a las ideas que aún no se han explorado o a los sentimientos que no han sabido emerger; los asustan y achican. Por eso “deseo” es una buena palabra para empezar. Tiene, además, otras ventajas. El deseo aparece en la base de la voluntad, de la aspiración, del proyecto y del plan. Anterior a todos ellos, los absorbe y expande, los panteíza y contagia. Es el deseo lo que los pone en marcha, como primera señal de una apertura interior insatisfecha que se abre y extiende. El deseo es más que la simple expresión intelectual del proyecto, y es más persistente y firme que sus

concreciones de obra. El deseo, el querer, enciende la voluntad, pero también, simultáneamente, los sentidos. Además de la visión de la ciudad, el deseo despierta el olor, y el oído, y el tacto, y las querencias de las temperaturas y la orientación, y la serenidad de las aceras o el reconocimiento de la fuerza que empuja el viento en los cruces de las calles.

Deseo de la ciudad. A propósito queda el enunciado en una redacción poco precisa, donde sujeto y objeto no se hacen evidentes. ¿Nos referimos al deseo nuestro sobre la ciudad o a los deseos de la ciudad para sí misma? ¿O, mejor aún, a la relación entre el deseo que nosotros sentimos por la ciudad y el que la ciudad nos devuelve, rechazándolo o haciéndolo propio, correspondido? El deseo acoge incluso la leve disposición favorable, poco más que un rumor afectivo. Pero también admite el fulgor, la necesidad imperiosa del remedio. Deseo de ciudad, como una carta de amor que se espera correspondida.

¿Qué queda hoy de la capacidad de atracción y de estímulo que han tenido en otras épocas las ciudades? ¿Cómo se enfrentan, especialmente las más próximas, a la integración de los sujetos que las componen en sus aspiraciones y sus deseos?

Los griegos pensaban que no había civilización fuera de la polis. Como los romanos, que elevaron la categoría de ciudadano a una dignidad. En nuestro propio territorio, las ciudades medievales acuñaron —por contraposición a las condiciones de dependencia y servidumbre de los siervos en las tierras feudales— la más hermosa y rotunda declaración de principios: “El aire de la ciudad hace libre”. Sus leyes y condiciones de vida, que se transferían al cabo del año a quien residiese o se asilara en ella, eran mejores que las de los restantes lugares. Primaba el presente de la ciudad, su capacidad de integración, sobre las circunstancias del acceso, y limpiaba de rastros a los huidos, a los llegados de fuera y sin raíz.

Si las memorias individuales son tornadizas y complejas, las memorias colectivas son aún más inextricables, enredadas en un entramado de memorias singulares y comunes que requieren expertos para interpretarlas. A medida que los sujetos individuales desaparecen, el poso de su memoria particular se aligera y solo en parte se traspasa a la memoria de los vivos. Hanna Arendt define la ciudad como una memoria organizada. Memoria, sí, ¿pero de quién, de qué? La ciudad la componen sus gentes, igual que sus edificios y dotaciones. Girouard, en *Cities and People* (1985), ha visto bien esta relación entre historia social e historia arquitectónica. En España el tema ha ocupado a muchos autores, y rara es la ciudad que no publica primorosos libros sobre su historia y la evolución de su trazado y sus construcciones. Estas memorias se ofrecen al viajero, al visitante, como cartas de presentación. Son condensaciones de presente y pasado y cubren una completa geografía del recuerdo. Pero la historia que cuentan abunda en hechos notables y en hombres en los que poco se reconoce la gente de a pie. Se echa en falta generalmente una memoria más precisa, más dedicada o activa. El sujeto colectivo de la ciudad cuyas trazas se han buscado y recogido en estas obras ha engullido la historia de las mujeres como si de historia irrelevante o menor se tratase. ¿Dónde mirar, entonces, para reconocerse?

La mayoría de las memorias ofrece a las mujeres y a la gente común solo una

identidad vicaria. Han de reconocerse en la memoria de otros, en la narración ajena. Y sin embargo, como Sennet pone magistralmente de relieve en *Carne y piedra* (1996), las construcciones hablan un lenguaje propio, lleno de sentido, que proporciona a quien vive entre ellas una señal de identidad. ¿Cómo escapar a la determinación de las formas? ¿Cómo construir o reconstruir identidades colectivas nuevas, levantándolas sobre el agobio de una ausencia compacta y espesa? Las piedras y el cemento imponen a la carne el peso ideológico de su lenguaje sólido, de su resistencia a la voluntad de cambio.

La memoria configura poderosamente la identidad, en un proceso que hacemos entre cada uno y los otros, al que no escapamos. No hay refugio suficientemente protegido que permita mantenerse a cubierto de la identidad que otros nos asignan, a la que nos fuerzan y doblegan. Si la ciudad, si los múltiples sujetos individuales y colectivos que la componen nos otorgan una identidad histórica incompatible con la identidad que reclamamos para el futuro, la tarea de desidentificación es previa y doblemente costosa que la de proyectar y hacerse. ¡Qué confusión de direcciones, qué agotador consumo de energía en la fricción!

Un deseo de historia y de memoria, sí. Pero no demasiada, ni la que otros nos adscriban sin nuestro consentimiento.

2 La invención de la memoria urbana: Hermes y Hestia

Lo que diferencia la memoria de una caótica yuxtaposición de fragmentos es que la memoria tiene sentido. La memoria requiere e impone un orden, una organización. Por eso la memoria, tanto la individual como la colectiva, necesita sujetos y argumentos, etapas y desenlaces. En cierto modo, la memoria es una narración o relato. Pero este relato no se produce en el vacío ni pasa a nuestro lado como el rayo de sol, sin rompernos ni mancharnos. La memoria crea identidad, ilumina y destruye a la par. Levanta y deshace sujetos y episodios, volcando sobre ellos el haz de su linterna o dejándolos a oscuras. Kerby (1991) llega a decir que el *self*, la identidad, va emergiendo en la práctica de la narración, de la interpretación de la historia, a medida que se anudan las narraciones de otros y las autonarraciones.

Para conducir la memoria, para dotarla de sentido, caben aproximaciones muy diferentes. Los historiadores reclaman a veces una capacidad de reconstrucción, un realismo que los aproxima a la ciencia y a las perspectivas científicas más positivistas. Su historia, su historio-grafía, es una recomposición de lo que fue; pero lo que ha sido es demasiado múltiple como para aglutinarlo en un sujeto único, ni siquiera en un sujeto principal. Se viven muchas historias simultáneamente, en el mismo tiempo y lugar (así Fernando Pessoa desdoblado en Ricardo Reis, Álvaro de Campos, Bernardo Soares, Alberto Caeiro) y solo unas pocas se recuerdan y ordenan desde otros lugares, otros sujetos y otros tiempos. Limitación obligada que lleva inevitablemente a lo que Tusell llamó recientemente “los silencios estrepitosos”, en la presentación del libro *Historia de las mujeres en España* (Garrido et al. 1997). Historias llenas de silencios: de los que no pudieron hablar y de los que, años después, tampoco escuchan, ni oyen.

Hay que preguntarse si los hombres y las mujeres que han compartido la vida en la ciudad han vivido su historia de la misma manera. Si sus épocas, si los acontecimientos que organizaron su memoria, son los mismos. Siglo contra siglo, nombre contra nombre: ¿Hubo alguna vez, para las mujeres, un Renacimiento? ¿Qué llegó a las mujeres de la pasión por descubrir el mundo que propiciaban el telescopio y la brújula? ¿Qué les llegó de la ruptura con la obediencia escolástica y de la conquista del cuerpo que parecen caracterizar aquellos siglos? Todo eso pasó junto a ellas sin que pudieran tocarlo. Ahora llega de la mano de otros conocimientos y de otras formas de organizarse. De la mano de las ciencias biológicas y la medicina, que liberan al cuerpo de la servidumbre y riesgo de las ovulaciones. De la mano de los nuevos códigos jurídicos, decenas de decenios posteriores a la equívoca —por pretenciosa— Declaración Universal de los Derechos del Hombre, que poco aportó a las mujeres, salvo un sueño intocable, como sed y agua fuera del alcance de la mano. Llega ahora de la mano de una técnica que multiplica la fuerza del brazo, la embestida, doblegándola a la sutileza y la precisión de la tecla, del botón minúsculo y suave.

Claro que cada época trae la pretensión de ser nueva y de renacer, por lo que en cada pretendido renacimiento hay siempre el riesgo de un sueño ilusorio, lo que Panofsky prevenía como un autoengaño. Para que una época se acepte como nueva se requiere un borde, un umbral que separe las identidades del antes y el después; y la admisión de esa frontera de separación entre dos identidades tiene mucho de acto de voluntad, de imposición o consenso. ¿Qué sujetos cambiaron y, al cambiar ellos, proyectan su cambio sobre los que se mantuvieron fijos? ¿Quién tiene capacidad de imponer la interpretación de la continuidad y el cambio?

Para Hans-Georg Gadamer, el pasado no tiene sentido por sí mismo, salvo para mí y ahora. “Elegimos” la historia cada día desde el presente, aunque dentro de límites. El pasado impone límites a las posibilidades de reinterpretación. Pero esos límites, que para algunos son muy estrictos, para otros son tan flexibles, tan abiertos, que en la práctica no tienen sustancia. No tanto porque se contradigan, diciendo “sí” donde otros han visto y dicho “no”, cuanto porque borren lo que otros vieron y vean lo que otros borraron. A fin de cuentas, el ejercicio de mirar y reconocer es agotador y solo caben dentro unos pocos sujetos y hechos priorizados. La mayoría queda fuera de visión y el historiador es, igual que el arquitecto, un jerarquizador o introductor de *arché*, de orden, que edifica la memoria del tiempo.

En el otro extremo del arco intelectual, los antropólogos y literatos se ocupan también de la memoria de las ciudades. Pero a diferencia de los historiadores o arquitectos, que la reconstruyen, ellos la interpretan o inventan. La capacidad de la literatura para inventar la memoria de la ciudad alcanza cotas altísimas en algunos autores. No solo descubren aspectos desconocidos o insólitos de la memoria, sino que se instalan en la memoria de los lectores como un cristal o un anteojo y funden sobre él su visión de la ciudad, a menudo anticipándose o anteponiéndose a cualquier otra.

Para los sujetos de memoria abandonada, empujados fuera del marco de luz, olvidados, la tentación literaria es permanente. Si la verdadera y conspicua

Historia historiográfica no devuelve la propia imagen, ¿por qué esperar a que aparezcan las lentísimas, fugaces pruebas de una anterior presencia? ¿Hay que renunciar por ello a reencontrarse, a saber que ya se estuvo allí?

Claro que por todas partes hay ahora mujeres, y algunos hombres, empeñados en la lucha por recuperar la historia. En España se ha celebrado como una fiesta, por parte de muchas mujeres, la aparición del compendio *Historia de las mujeres en España* (1997), en el que cuatro historiadoras (E. Garrido, C. Segura, M. Ortega, P. Folguera) ofrecen una visión conjunta de nuestro pasado. Para ello han necesitado del trabajo previo de cientos de investigadores, mujeres en su mayoría, que han alumbrado aspectos parciales de la historia antes descuidados. Recuperar la historia es recuperar el tiempo, potenciar la esperanza de futuro, que es el tiempo todavía no llegado. Casi todo este trabajo de desescombros y visibilización se ha realizado en los últimos veinte años, como parte de un profundo y extenso movimiento de renovación intelectual. Pero es una lucha difícil, a pesar de sus avances y progresos evidentes, porque se enfrenta a la carencia de pruebas irrefutables y bien conservadas.

Las ciudades gastan enormes sumas de dinero en conservar su patrimonio histórico, en rehabilitarlo. Pero en la acumulación de sedimentos y sucesiones que es la biografía de cualquier ciudad —dos centímetros de polvo cubrirían cada año las calles de Roma si no se las barriese, cada siglo dos metros—, la recuperación de la historia plantea siempre el problema ontológico de la verdad: ¿cuál es la verdadera historia de una ciudad? ¿Es más verdadero el periodo romano que el medieval, el renacentista que el barroco o el actual que el modernista? ¿Es más verdadera la ciudad ennoblecida que se somete al *lifting* de la “gentrificación” o la ciudad que evidencia decrepitud y vejez, palacios parcelados y alijares techados de uralita?

Junto a la historia de los acontecimientos, la memoria se entrevera de otras referencias sin pretensión de autenticidad. Son los mitos. Su capacidad de ordenar el recuerdo —y empujar el futuro— es tan fuerte como la de los acontecimientos, y aunque inventados, falsos o no comprobables, sus consecuencias son igualmente verdaderas y reales. En cierto modo, los mitos son más poderosos que la historia, porque son más dúctiles y no requieren certificación. Se crean, cambian y olvidan con mayor facilidad, y responden mejor a las urgencias del presente. Aunque, a veces, la linde entre historia y mito es tan débil que el uno alimenta o ciega a la otra, y viceversa.

Las ciudades crean y recrean constantemente sus propios mitos, sus interpretaciones fantásticas. Solo algunos de ellos se refieren al pasado o a figuras humanizadas; y de entre la variedad de mitos que pueblan la memoria de la ciudad y los ciudadanos, cabe al des-velador la tarea de elegir para su recuerdo los que mejor cuadren en su composición de la memoria. Cándida Martínez (1995) ha analizado el papel de los mitos griegos —origen de tantas pervivencias actuales— en la asignación de los espacios públicos y privados, respectivamente, a hombres y mujeres. De los dioses de la cosmogonía griega, solo Hermes y Hestia habitaban en la Tierra entre los hombres. Hermes es y representa el mensajero, el que protege los espacios públicos, la información y los caminos. Hestia, que es diosa y no dios, protege y guarda los hogares, el interior de las cosas, el corazón de la ciudad. A los hombres les correspondía

identificarse con el espacio público, con la competición y la palabra discutida en el ágora, mientras las mujeres debían recluirse en el interior de las viviendas (en el interior de los interiores) y algunas de entre ellas se consagraban como vírgenes al culto de Hestia. Jenofonte (*Económico*) y Aristóteles (*Política*) promovieron esta separación de espacios, esta polaridad, como esencial a la estructura urbana. En Roma, Hestia continuó bajo la advocación de Vesta, y en sus templos redondos se guardaba, bajo la custodia de las vestales, el permanente fuego sagrado de la ciudad.

En el pensamiento monoteísta cristiano, la división de espacios es igualmente generizada y radical, aunque toma distintos fundamentos. La geografía de las creencias descubre otra ordenación en planos contrapuestos, casi irreconciliables. El primero corresponde al Cielo, y se articula alrededor de la figura del Padre que lo habita: es el espacio del “padre nuestro, que estás en los cielos”. El segundo corresponde a la Tierra y se ordena a partir de la madre. Pero no de la madre intemporal y mayúscula, equivalente en rango al Padre, sino de una madre menor, cuyo cuerpo es la extensión del vientre que centra el mundo: “bendito sea el fruto de tu vientre; bendita eres entre todas las mujeres”. El lugar del Padre es permanente, no padece alteración ni herida. Así, abre camino a la identificación de los varones humanos con el principio de eternidad. Pero ningún varón se reconoce, como origen o destino, en el cuerpo henchido de la madre, al que nombran precisamente por su capacidad de abrirse y de guardar vida. A las hembras humanas, a las que son no-hombres y no-padres, ¿qué vías de identificación con lo eterno y lo intemporal les facilita esta división de espacios, este orden? Es inevitable que el peso de la conversión de la biología en ethos, en historia, se sienta en carne propia como una carga.

La memoria es poco estable y responde enseguida a las labores de abono y poda. Por eso se somete constantemente a curas de embellecimiento, borrado, ampliación y olvido. Los mitos desempeñan un papel importante en este proceso, y si los mitos no resuelven las necesidades del momento, siempre cabe reinventarlos o hacerlos aparecer bajo contenidos nuevos. Eso fue en cierto modo lo que a comienzos del siglo XV intentó Cristina de Pizán en su libro *La ciudad de las damas*, en que repasa mitos e historias de mujeres desde su perspectiva más favorable.

Igual que las piedras y los caminos, los mitos contribuyen a crear la ciudad. Un buen mito da tanto juego, o más, que un escudo heráldico o una muralla. Ello ha sido contado magníficamente en la historia de la ciudad de Prato editada por Braudel (1986): la pequeña urbe italiana había alcanzado ya en el siglo XII los elementos materiales (agrupación de edificios y vecinos) y sociales (era libre de señor, no dependía de la poderosa Florencia) suficientes para sentirse como una ciudad, pero le faltaban elementos de identidad simbólica. Y este vacío lo cubrieron (porque eso era lo que demandaba la época) las reliquias traídas por un devoto desde Tierra Santa, aceptadas como el cinturón o cingula de la mismísima Virgen María. La ciudad construyó templos para albergar la reliquia, honrándose a sí misma al honrarla. Al recibir a los fieles que la visitaban, Prato alcanzó el hito de referencia que antes le faltaba ante otros vecindarios y otras ciudades. Tras sufrir la profanación de la reliquia y dar muerte al profanador,

se construyeron nuevos y más amplios y seguros templos y se redobló su capacidad de ritual, de referencia. Entonces fue aceptada verdaderamente como una ciudad entre sus iguales.

Más recientemente, y más cerca, María Cátedra (1997) ha realizado sobre la ciudad de Ávila estudios similares a los de Braudel, en los que analiza el papel de los restos de San Segundo y Santa Barbada en la constitución de su memoria. La memoria (en este caso, la atribución de identidad a unos restos óseos casualmente descubiertos en el siglo XVI) no es resultado de un proceso lineal. Es un pacto no exento de rupturas y conflictos entre las fuerzas sociales organizadas (comuneros, Iglesia, poder real) que se disputan el poder en la ciudad y, por tanto, su representación y sus mitos.

Resulta, sin embargo, embarazosa la confusión del presente urbano, la inutilidad de los antiguos mitos. Ni Hermes ni Hestia sirven ya para representarnos. Entre otras cosas más prosaicas o fútiles, Hermes es el nombre de un programa de e-mail, que sirve para enviar señales a casa. Hestia sigue aguardando en el hogar, pero hoy hay pocas vestales que le rindan tributo. El cielo es un espacio profanado por las rutas aéreas y el Olimpo cubierto de nieve y nubes se desliza bajo el avión como un monte cualquiera, coronado por la estela de burbujas brillantes que dejan tras sí las aeronaves.

Se han borrado los perfiles de los mitos que había, porque están huecos y no saben ya hablar. Pero no han nacido los mitos nuevos, los que reflejen la nueva figura de las mujeres carnales y menores, al mismo tiempo viajeras como Hermes y guardadoras de hogar como Hestia. No se puede aguardar más. Si las ruinas, las leyes y la ciencia no bastan para devolver a las mujeres una memoria que nunca tuvieron, habrá que llamar en su ayuda a los inventores de cuentos, a los que urden historias cautivadoras con las palabras.

47

3 Arquitectura y memoria privilegiada

Los griegos llamaban palimpsestos a las tabletas de arcilla o pergaminos que habían sido escritos o inscritos dos o tres veces, y en los cuales el o los textos anteriores habían sido borrados imperfectamente, por lo que eran todavía visibles. Las ciudades son palimpsestos también, en toda su extensión, porque lo que sucede y deja de suceder en ellas deja tras de sí un trazo o una huella. El rastro se conserva, por ausencia y presencia, en el trazado de la ciudad y en su emplazamiento. En las edificaciones preservadas y en las ruinas, en los nombres y en los ritos, en los olvidos voluntarios o impuestos. Si la memoria es una acumulación organizada, un acopio sin bordes evidentes, ¿quién podrá resguardarla y mantenerla?, ¿quién recibirá su legado?

Una de las experiencias más conocidas de defensa de la memoria de grupos sociales en riesgo de perderla es la de Dolores Hayden en Los Angeles, a través de una pequeña corporación sin ánimo de lucro llamada "The Power of Place". Sus integrantes comenzaron su trabajo en 1984, como parte del esfuerzo por entender la ciudad en que vivían, y en el experimento han colaborado vecinos, historiadores, diseñadores y artistas. Trataron (y siguen en ello, tras la publicación de un libro de Hayden con el mismo título en 1995) de "situar la historia de las mujeres y de los grupos étnicos en el centro de la ciudad, en los lugares

públicos". Para ello definen el paisaje urbano como una historia pública, y se oponen a un conservacionismo que se vea limitado a los edificios ricos o de los arquitectos famosos. No les interesa el tipo de reconstrucciones que distorsionan el pasado real, exagerando la riqueza y poder de unos pocos y denigrando el presente. Su sentido del lugar es más complejo, más participativo, y debe más al esfuerzo cotidiano y a los humildes y poco bucólicos paisajes del trabajo que a los esplendores palaciegos y el brillo de los días de fiesta.

Sobre el suelo de la ciudad convergen muchas historias territoriales, y no solo las de las crónicas o documentos oficiales. Entre estas historias parciales (¿no son parciales, también, las otras?), cobran vida las historias de clase, las de mujeres, las de grupos étnicos (viviendas, locales de inmigración). La memoria de la reproducción social no es romántica ni se presta fácilmente a engalanamientos, pero es verdadera. Su destrucción, a menudo presentada como un ejercicio de limpieza o embellecimiento de la ciudad, priva de lugares reales de referencia a quienes no tuvieron otros a los que acceder y aferrarse. En cierto modo, el barrio tiene más identidad, se vive más y es un signo de identidad personal más fuerte que el que ofrece el conjunto de la ciudad. En el archivo arquitectónico en que poco a poco, inevitablemente, se convierten las ciudades, siempre hay una tensión entre lo auténtico y su falsificación. ¿Son las ruinas más verdaderas que la reconstrucción de lo que fueron? Dolores Hayden ha dado voz a un movimiento social, pero su trabajo no es utópico. Al contrario, lo que pretende es dotar de *topos*, de lugar, a los que no lo tienen y evitar que lo pierdan quienes ya lo tuvieron y aspiran a conservarlo.

48

Recordar es construir y, como señaló Max Weber, nada nos libra de la necesidad de elegir: elegir entre las épocas múltiples, entre los sujetos desiguales y contrapuestos. Girouard ha acuñado el concepto de "ciudades triunfales". Hay memorias triunfantes, privilegiadas, que se instalan insolentemente sobre la memoria ajena. Pero también hay memorias rechazadas, humilladas, escondidas. La memoria varía de época a época, de grupo a grupo. Es selectiva y excluyente. A veces, pero solo a veces, alcanza la categoría de explícita, como resultado de una negociación en la que los recordadores con mayor capacidad de dominio la imponen sobre los otros. Como contrapunto a esta memoria postiza, obedecida pero no sentida, surgen las memorias secretas o invisibles y las memorias soñadas. Contra viento y marea, contra la conmemoración del edicto y la piedra, del acero y el cristal, las memorias frágiles se protegen del acoso externo envolviéndose en sí mismas y rehuyendo el embate de la confrontación directa con memorias más poderosas.

Junto a las memorias limpias hay también memorias vergonzosas, incómodas. El ejercicio de recordar no es siempre fácil ni amable. Requiere una lucidez desacostumbrada, un valor especial que —con palabras de Forman— convierte a veces su práctica en un duro y penoso trabajo.

La ciudad privilegia algunas interpretaciones, algunos episodios de su vida, y olvida otros. Pero además de su propia memoria colectiva y pública, la ciudad es el escenario de múltiples memorias privadas que sobre ella discurren. Son las memorias *en* la ciudad, enlazadas y fundidas en la historia *de* la ciudad que más importa al sujeto que recuerda. Así lo hizo, por ejemplo, Walter Benjamin a lo largo de una colección de escritos (*Infancia en Berlín*) que

ahora —casi un siglo más tarde— se leen a la vez como una guía de la ciudad y una introducción a su memoria.

La memoria privilegiada es la memoria retenida, expuesta, hecha presente. Su cara opuesta es la memoria ausente, invisibilizada, no explícita. En la perduración del recuerdo interviene el que recibe el legado, pero también el testador. No todos, no todas, tienen la misma ambición de posterioridad, de perduración o vida entre los otros después de terminar la propia. Aunque influya en esta actitud diferente, no es solo cuestión de poder. También se debe al modo en que se encara el sentido del tiempo, el proyecto personal. En *La jornada interminable* (Durán 1987), se distinguía entre las visiones cíclicas y las visiones lineales del tiempo. Entre las mujeres, por una síntesis de naturaleza y cultura, ha arraigado más la interpretación cíclica: pesa más en el proyecto propio la vida y el tiempo de las generaciones anteriores y de las siguientes, de los padres y los ancianos, de los hijos y los niños. En los varones, el proyecto vital es más solitario, más centrado en la especificidad del tiempo y del hacer propio. Cuando va a morir, la mujer se sabe viva en la carne y cuerpo de los que ha engendrado, y siente plenamente la continuidad de las generaciones. El varón termina —siempre hay excepciones y distancias culturales, pero es por ahora un patrón extendido— su proyecto personal sin que la continuidad le aporte consuelo y se desbarata como sujeto en la misma proporción en que vivió como individuo aislado.

No todos tienen, decía, la misma vocación de dejar recuerdos. Ni los dejan. No todos pretenden que su firma (en los cuerpos, en las palabras, en las construcciones) sea reconocible, impactante, imperecedera. Bertolt Brecht, en su *Antología para los habitantes de las ciudades*, comienza un poema diciendo *efface tes traces*, “borra tus huellas”. ¿Quién elige, y en qué medida es voluntaria o compelida la elección, el paso inadvertido por la vida, por la profesión, por la memoria?

El tema de la ausencia en la arquitectura se plantea a muchos niveles. Uno de ellos, y no el menor, es el de la ausencia o reconocibilidad del autor de los proyectos. Como figuras extremas, se contraponen la megalomanía del arquitecto-rey, del *star system* aplicado al diseñador de edificios y ciudades, a la actividad callada del ejecutor de proyectos, del responsable de la gestión, el dibujo y el cálculo. Megalomanía y desapercibimiento que cuadran en términos generales con la imagen estereotipada del arquitecto-varón y la de la mujer-arquitecto, ambas dudosamente ciertas y parcialmente verdaderas.

Respecto a la ausencia en la arquitectura o en la memoria construida, hay un importante texto de Peter Eisenman titulado “Moving Arrows, Eros and other Errors”, traducido al español y publicado en 1988 en la revista *Arquitectura* con el título “Castillos de Romeo y Julieta”. El texto es un ejercicio de arquitectura y un discurso filosófico al mismo tiempo, y cuenta con el respaldo de un nutrido grupo de arquitectos, delineantes y maquetistas que colaboraron en su proyección. No extraña que varios años más tarde Lillyman, Moriarty y Neuman recogiesen en su libro *Critical Architecture and Contemporary Culture* (1994) una polémica entre Eisenman y Derrida, desatada precisamente a partir de este artículo.

En el texto referido, la policromía de las ilustraciones sirve para asignar

colores diferentes, fácilmente reconocibles, a las curvas de nivel en la orografía de Verona, a las ruinas conservadas y atribuidas al castillo o torre de Romeo, a la cripta de Julieta, al *cardo* y *decumano* sobre el suelo de la ciudad. A partir de esta constatación, similar a la de innumerables ejercicios de recuperación arquitectónica de la memoria, Eisenman y sus colaboradores introducen una nueva escala de realidad. Agrandan los espacios de las memorias ausentes, conectan —desplazándolas— las arquitecturas que en su día fueron distantes, hacen hueco para los deseos y las ensoñaciones, materializan lo que nunca hubo y lo dotan de tangibilidad y forma. El título del artículo, en castellano, es descriptivo y fácilmente comprensible, pero hace falta, para entenderlo bien, releer el título original, “Moving Arrows, Eros and other Errors”, flechas móviles, Eros y otros errores. La flecha es la iconografía tradicional del tiempo que se mueve, y Eisenman introduce en su análisis la idea de la no-inmutabilidad de los hechos, de las verdades cambiantes. También, y no por casualidad, trae a colación a Eros, como principio motor del cambio. Eros como responsable del abandono del Paraíso, origen de la expulsión por el ángel flamígero. Eros dulce de esplendor y vida, contradictorio Eros que conduce a Julieta y Romeo a la cripta de Tánatos. Para no insistir en exceso en la tragedia, el título se destaca de la presión de las imágenes previas, sugeridas por “arrow” y “Eros”, con un juego fonético y simbólico: solo son *errors*, errores, sueños. La realidad rota y fragmentada, reconstruida tras el ejercicio de maquetación y cambio de proporciones y texturas, vuelve al redil del canon, despierta de la utopía para reencontrar lo cotidiano.

50

En un escala infinitamente más modesta, sin otro apoyo formal que una foto vulgar y un plano trasladados a acetato, otros autores también han tratado de jugar, antes de conocer este estudio, al mismo juego en que Eisenman se revela como maestro. En el caso de quien esto escribe, no se trataba de Verona, sino de Madrid. No había castillos, sino un triángulo poblado de figuras en piedra y el gran letrero que anuncia el Congreso de los Diputados. La cripta de Julieta era el esquema de una cocina, una habitación estándar poco elaborada de las que sirven para el diseño de las viviendas de protección oficial (VPO)⁴ y que usan los vendedores de fregaderos y hornos eléctricos. Contra la memoria solemne, política y externa de las mujeres mitológicas del frontispicio, se superponía la memoria del quehacer de cada día, la cocina y el fregadero, el espacio ritual de la privacidad engañosa y el trabajo incesante. Sobre el nombre bronceo, algunas letras se correspondían, por pura coincidencia, con las formas redondas del desagüe y los círculos de las placas sobre el fuego. Memorias de historia, de vida, de trabajo. Memorias deconstruidas y vueltas a levantar. Eros como justificación en la segregación de los espacios, en la ausencia del Congreso. ¿Será posible enderezar la flecha del tiempo, resarcirse del error de la ausencia?

La pobreza y el dolor de la memoria merecen algo más que un tratamiento paliativo. Quienes solo estuvieron presentes en la excusa de la piedra, necesitan recuperar memorias queridas e incitadoras que puedan sentir como vivas y propias. No les basta el esporádico divertimento, el juego, el ensayo. Antes o

4 Viviendas de protección oficial o declaradas como protegidas son aquellas que en España están sujetas a precio máximo de venta o adjudicación por metro cuadrado, parcialmente subvencionadas por la administración pública. [N. de E.]

después, será necesaria la sustitución de las estatuas y las formas, el cambio de la perspectiva y de la escala.

4 La memoria construida: itinerarios y espacios escénicos

Las ciudades se representan y se re-presentan. Según el texto clásico de Lynch, *Imagen de la ciudad* (publicado originalmente en 1960), las ciudades contribuyen activamente a la creación de su "imagen global, que es la representación generalizada de su mundo físico exterior". La imagen actúa como marco de referencia de las creencias y el conocimiento y proporciona la materia prima para los símbolos y recuerdos colectivos de comunicación del grupo. Las ciudades, o quienes actúan en nombre de ellas, tratan de elegir y fijar su imagen más conveniente, expurgándola de contenidos indeseables y potenciando los aspectos sobre los que desean enraizarse o llamar la atención. En su búsqueda recurren a la historia, a la arquitectura, a la publicidad y a todas las formas posibles del Arte. Las exposiciones, la exhibición pública de grandes proyectos urbanísticos, como las que permanentemente sostienen París o Tokio, son declaraciones explícitas de intención, del deseo de atraer unos sujetos y funciones y no otros (Coupland 1997).

Algunas ciudades tienen imágenes abigarradas, confusas o inconvenientes. La búsqueda de una imagen más acorde con la que de sí mismos tienen sus gobernantes ha llevado de modo periódico a la remodelación de las ciudades, a la búsqueda (reconocimiento en lo ya existente o nueva construcción) de rasgos de identidad. La ciudad se hace panorama o busca dentro de sí lo pintoresco que han visto antes, generalmente, los observadores extranjeros.

Una ciudad contiene muchas ciudades, cada una con su verdad propia. Las ciudades no se muestran enteras ni uniformes y cuesta trabajo acceder a lo que esconden tras sus apariencias obvias. El viaje por los circuitos explícitos se desliza fácilmente por códigos simples, los que dominan. Pero no son los únicos, ni serán los mismos para siempre. Frente a la lectura estandarizada de la ciudad (el circuito, la guía oficial, el trayecto turístico), hay otras formas más trabajosas, pero igualmente verdaderas, de acercarse a ella. Son las aproximaciones desde la ausencia, la queja y el deseo de cambio, que buscan el sentido por encima o más allá de los aparentes significados neutrales de las cosas.

Más que de viajeros, las ciudades reciben hoy la visita de turistas, que son su versión masificada. Para el turismo y para la poderosa corriente de dinero que el turismo mueve, la ciudad expurga sus recuerdos en la búsqueda de la imagen mejor y más vendible. Las guías para turistas ofrecen con frecuencia una disección de la ciudad, dividida entre lo que conviene ver y lo que no. Los edificios, panorámicas, parques o museos se categorizan por estrellas: tres, dos, una, nada. El nada de las guías turísticas cubre a menudo la ciudad real, la habitada, la que se transforma y participa de la transformación universal. En el caso de Madrid, la guía de M. Jacobs (*Madrid. Architecture, History, Art*, 1992) sitúa con rotunda claridad la frontera de estrellas en el Puente de Toledo y recomienda que solo lleguen hasta allí los turistas "very dedicated": "Allí comienza el sur desolado y pobre. En su época, el puente debió proporcionar una bella entrada a Madrid, pero ahora los alrededores no pueden ser menos

atractivos, con bloques de apartamentos ennegrecidos, fábricas y una gran *spaghetti junction*. El paisaje urbano se vuelve todavía peor hacia el sur del Manzanares, porque esta es tradicionalmente el área pobre de Madrid y mucho de lo que aquí se ha hecho careció completamente de planificación” (p. 60).

La ciudad de imagen inconfundible, panorámica, tiene mucho de teatralidad, de museo. Algún autor un poco reticente ha llamado a este tipo de ciudades *exquisite corpses*, “cadáveres exquisitos”. La ciudad se reconoce a sí misma como un espacio escénico. Se prepara para ello facilitando lugares abiertos para la representación: balconadas y observatorios, lugares dominantes (una plaza, una encrucijada, un montículo o patio) que crean el teatro sin necesidad de edificio. Una representación continuada de sus personajes y relaciones, donde unos pocos tienen papel propio y la mayoría son coro, o ni siquiera eso. En fechas señaladas, el teatro toma corporeidad. Deja de ser solamente un lenguaje de signos arquitectónicos, o ese nivel intermedio que es la ciudad argumentada para los espectáculos de luz y sonido, y se hace representación pura en la fiesta o en el carnaval.

La ciudad es un señuelo, una oferta permanente de identidades, una invitación a la fusión; pero, ¿fusión en qué, a costa de qué? Si la memoria urbana es parte de la identidad colectiva, y si la identidad colectiva es el terreno del que emergen las identidades privadas, ¿cómo podrá afirmarse la identidad y la memoria de quien no ocupa lugar en la escena, en la representación? ¿Qué formas de identidad propician las ausencias, las posiciones vicarias o derivadas, adoradoras incluso de las identidades ajenas?

La construcción es un espejo, y también un inductor de las relaciones sociales (Greed 1994): entre otras muchas, dejan su impronta en el desarrollo arquitectónico las relaciones de género. Sin embargo, son todavía pocos los estudios que aplican la categoría de género al análisis urbano. Por ejemplo, el género no aparece como elemento explícito de la reflexión en el trabajo de Christine Boyer —por otra parte excelente— *City of Collective Memory* (1996). No obstante, y a pesar de no mencionarlo expresamente (tampoco menciona otros grupos y categorías sociales), esta obra es una buena guía para la reflexión sobre el impacto de las relaciones de género en la memoria construida. Una vez que se devela el papel de los espacios escénicos y las políticas de las formas de representación, los trazados y las perspectivas pierden mucho de su inicial inocencia. No están ahí casualmente, sino respondiendo a un plan y a un sentido. Dan la imagen de la ciudad que su promotor ha querido privilegiar, aunque para ello arrasasen otras imágenes y otras vistas. Ya lo había dicho Panofsky en los años sesenta con sus estudios iconológicos: el arte solo da forma a ideas que se esconden o expresan a su través y hasta la mera perspectiva geométrica es fruto de una elección, de una preferencia simbólica. Antes aún, Ortega y Gasset había anticipado a propósito de la pintura esta misma idea de la voluntad artística, de la perspectiva en que el constructor sitúa su obra por relación al contexto que la rodea.

La ciudad es arte y artificio, construida para separarse de la naturalidad previa. Puesto que las relaciones entre hombres y mujeres tienen lugar sobre lugares específicos, la elección de los espacios escénicos, de los panoramas, de los itinerarios, de las perspectivas y marcos privilegiados, tiene más consecuencias de lo que pudiera parecer. La ciudad entera es museo, teatro, representación

y espectáculo; por eso hace falta precisar el reparto de papeles, asignar protagonistas y lugares del coro. Hay que elegir entre el desgaste producido por el exceso de exhibición, de publicidad, y el que deriva del confinamiento y la falta de aparición en el espacio público.

Boyer, en *City of Collective Memory* (1996), apunta certeramente al carácter artificial de los enclaves y lugares espectaculares: tomando la palabra de Marjorie Perloff, reconoce que la pretensión de su escritura (como la de estas páginas) es que el lector transforme la percepción del significado y la experiencia. Su propuesta es que despertemos del sonambulismo con que la ciudad nos ciega y releguemos el espectáculo al lugar de la representación, al teatro. Propuesta atractiva e ingenua, porque la frontera entre ficción y realidad se teje y desteje en todas las manifestaciones sociales. El tema calderoniano de la vida como sueño y el mundo como teatro, solo cambia de actores. Pero lo que nos atañe es que en esta edad de la historia el cambio les corresponde, al menos en algunas escenas, a las mujeres y a los hombres corrientes, como en otro momento les cupo a príncipes y prisioneros.

5 Extrañamiento y recuperación. El potencial simbólico de los edificios

La memoria de las ciudades se ayuda de atributos naturales de carácter totémico o protector: montañas, árboles singulares, ríos, mar, altas rocas. Pero, además, las ciudades tejen y refuerzan su memoria con palabras, signos, fechas, iconos y construcciones. Ninguno de estos elementos es neutral o transparente: todos tienen detrás una historia, un sentido, una probabilidad diferente de sobrevivir.

Con tantos siglos de conquistas y reconquistas, con tantas historias colectivas y particulares y tanta variedad de lenguas y credos, en las ciudades españolas hay, como en muchas ciudades del mundo, pedazos superpuestos de memorias contradictorias en todos los rincones. Cada elemento urbano conecta de modo diferente, trae otros recuerdos a quien lo contempla en función de su propia memoria.

Madrid, igual que Lisboa y otras muchas ciudades del sur europeo, ha sido musulmana y cristiana, metrópoli colonial y núcleo de atracción cosmopolita. Los restos de los nombres que constituyeron en su día una memoria, se apagaron y oscurecieron, igual que los cánticos del almohacín. No quedan en las ciudades españolas remates de luna creciente y, en mayor o menor escala, por todas partes se repite la sustitución de unos signos por otros. De entre todos los signos destacan por su visibilidad y costo, las edificaciones.

El conflicto entre memorias irreconciliables suele saldarse con la desaparición de los restos de una de ellas. Pero a veces el conflicto no acaba en derribo, sino en apropiación e incluso en estima. Uno de los ejemplos más brillantes de interpretación ideológica de un edificio es la que hizo Emilio García Gómez (1988) sobre la Alhambra y el palacio de Carlos V, a partir de varias fuentes documentales y, especialmente, de un manuscrito nazarí que describe una fiesta en la Alhambra en 1362. Según García Gómez, los Reyes Católicos habían amado el palacio y Carlos V no quiso asolarlo, sino

conservarlo, pero achicado, neutralizado y afeminado, y al mismo tiempo emularlo y superarlo según la gran moda europea. Las obras del “Peinador de la Reina”, que era una atalaya, iban en el sentido de hacer que el alcázar fuese tenido por harem o sensual residencia (...) (p. 199). Para ello apretó la Alhambra, como una tenaza. Uno de los garfios iba a atacar el centro del poder, el mexuar o salón del trono (...) el otro iba a atacar la puerta (...). Por eso hizo que su nuevo palacio embistiese el vestíbulo donde estaba la Puerta, de cuyo valor simbólico ya hemos hablado (p. 200). La Puerta pagó su fuerza simbólica con la jubilación (...). Fue retirada, arrinconada. Pasó a ser una decoración de teatro, pero de una pieza dramática que ya no se representaba.

Este es solo uno de los innumerables lugares de sustitución y conflicto de memorias, y para el ciudadano ordinario, que no es asiduo de los libros de arte ni tiene oportunidades de viajar, la memoria es algo más cercano, más próximo y modesto. Memoria de signos menores, propios, escasamente solemnes, pero vitales.

Las cruces de los campanarios hoy solo ocupan un recuerdo en algunos barrios históricos que antes fueron los lugares centrales de las ciudades. Ahora son, a menudo, accesorios acordonados para la exhibición museística ante el viajero, lo que Olsen (1986) llama “historia corporeizada”. En los nuevos centros urbanos las alturas no son ya torres de ballesta ni pináculos de catedral, ni siquiera palacios o ayuntamientos: son las empresas comerciales las que imponen las máximas alturas, la singularidad de sus costosísimos edificios centrales. Son los centros comerciales los que llenan de luces y neones los perfiles iluminados, móviles, en las noches de la ciudad.

54

La aceptación como natural o inevitable de las condiciones accesorias del presente es el peor enemigo del deseo de cambio. Por eso es importante la educación de la mirada, el cultivo de la percepción. La mirada que ve no es la mirada colonizada, obediente, sino la mirada autónoma. La que es capaz de pasar sin sometimiento ante los rasgos demasiado visibles de la memoria impuesta, para hacerse más profunda y precisa o más sutil. De este extrañamiento nace lo que Aristóteles definía como la *poesía* frente al lenguaje ordinario.

Igual que la mirada del viajero se entrena para percibir lo pintoresco o para descubrir itinerarios temáticos o estilísticos dentro de la ciudad, también puede entrenarse para percibir otros tipos de signos y otras ausencias. Es una forma de extrañamiento o distancia similar a lo que los lingüistas de los años treinta, y luego algunas escuelas arquitectónicas, han llamado el *foregrounding*. Se aleja de la recepción o reproducción puramente mimética y sitúa al observador o al actor en un plano distinto del que habitualmente lo coloca el entorno. De este extrañamiento, que los poetas transforman en capacidad literaria, obtiene el sujeto la energía necesaria para relacionarse con la realidad de un modo diferente al usual. Parafraseando a Tolstoi, Tzonis y Lefaivre lo describen en *Classical Architecture: The Poetics of Order* (1986) como “el arte de contrarrestar el impacto destructivo de la vida diaria, de las relaciones sociales establecidas, que lo devoran todo”. Un extrañamiento que hace a la gente consciente de las condiciones de su vida, iluminando las cosas familiares de otra manera u orden.

La recuperación arquitectónica es costosa y mueve grandes masas de dinero y otros intereses difícilmente conciliables. Además del enriquecimiento

general del espíritu que comporta el pulimento y brillo de la propia historia, la disponibilidad de un entorno único, antiguo, se transforma fácilmente en dividendos de otro tipo, y no solo turísticos. Las ciudades que compiten por vender sus productos saben muy bien de la importancia del componente noble, embellecedor, del tiempo y la distancia histórica que añaden valor y pedigrí a la evocación del lugar y del nombre. En España, tanto Sevilla como Barcelona han recreado buena parte de su imagen y su memoria en esta década: la primera, rehaciendo su relación con el río Guadalquivir; la segunda, con el mar Mediterráneo. Ambas han realizado un colosal esfuerzo, propio y ajeno, en la recuperación de su capacidad panorámica, en su oferta como espectáculo sólido y vivo. Bilbao con el Guggenheim, o la Coruña con su paseo marítimo, son otros tantos ejemplos de construcción de un deseo, de refuerzo de una imagen. Pero todas ellas han privilegiado las memorias sólidas y nobles, las de mayor rango. Falta ahora desarrollar una mayor conciencia del valor de las zonas catalogadas como no-nobles, así como de los riesgos de abandonar el centro de las ciudades a las meras actividades de servicios.

De entre todas las herramientas explícitas del recuerdo, museos y cementerios son las más sistemáticas y ambiciosas. Hay *museos de la ciudad*, que sirven para ordenar su memoria y vestigios. Otros acogen la memoria de múltiples sujetos y actividades, instalándose sobre el suelo urbano: museos de arte, de la guerra, de ciencias naturales, de los famosos en cera, de la etnografía y costumbres. El orden impuesto por el museo es una gobernación de la memoria, una clasificación de los significados. Tampoco es inocente lo que el museo guarda ni el modo de contarlo. A veces el visitante percibe la confrontación con un orden excluyente, con la ausencia clamorosa de lo que va buscando y no encuentra. Como un ejemplo máximo de dislocación del sentido, de discoincidencia de criterios, podría citarse la ubicación de la Venus de Willendorf y otras femeninas deidades en el Museo de Ciencias Naturales de Viena, rodeadas de los cráneos y cuernos de animales prehistóricos desaparecidos. La mujer ha sido equiparada a la naturaleza, negado su papel en la cultura. Y ese es el trato que reciben las prodigiosas figurillas, desbordantes de fertilidad y siglos, en su encierro geométrico de cristal. No debiera extrañarnos, aunque nos duela.

En cuanto a los cementerios, son lugares que la ciudad ofrece a la memoria de los que la habitaron en tiempos anteriores. No solo la de los personajes ilustres, que son ellos mismos memoria y encarnación de la vida pública, sino a la suma de las memorias privadas de los antecesores del presente, que eslabonan el tiempo. Esta memoria plural resume la cultura, los valores y contradicciones más profundos de cada época, y sintetiza sentimientos muy poderosos, sacralizándolos.

En *Tomb Sculpture* (1992), Panofsky ha estudiado la evolución de la estatuaria que acompaña a la muerte desde las construcciones egipcias a los mausoleos paganos, los comienzos del cristianismo y el Renacimiento, y sus proyecciones actuales. A los antiguos egipcios les dejaban abiertos los ojos y la boca, para que pudiesen hablar y ver. Los primeros pobladores de la Península Ibérica también nos han hablado a través de sus muertos, pues casi todo lo que sabemos de ellos ha salido de sus enterramientos, más consistentes que las frágiles memorias escritas y orales. El tema de la relación entre la ciudad y sus muertos ha ocupado

desde siempre un lugar en la literatura. Unamuno, en *El sentimiento trágico de la vida*, acompaña la idea de memoria con la de inmortalidad: la conservación del nombre pesa más que la propia vida en multitud de textos literarios, cuya continuidad puede rastrearse desde el *Cantar del Mio Cid*. Miguel Torga, en *La creación del mundo*, recuerda el tañido de las campanas en su infancia rural y el toque que anunciaba la muerte de los adultos, diferente al que pregonaba la de los niños. Estos últimos no rompían memorias. Sus muertes eran tan frecuentes que ni siquiera ocasionaban la interrupción en los trabajos del campo. Al oír el repique que las anunciaba, los campesinos se limitaban a comentar: “El Señor recoge su cosecha de ángeles”.

No todas las memorias urbanas son de muerte: hay también memorias de vida, aunque incluso estas tienen algo de mortuorio, porque la vida no puede detenerse ni guardarse. Sobre la ciudad se expanden unas y otras, las memorias específicas de vidas y las memorias de tránsito o final. La despedida no tiene fronteras claramente definidas, porque raros son los que logran memoria cuando todavía no han dicho la última palabra y aún pueden responder y deshacer lo hecho, o añadir méritos a los ya conseguidos.

El culto de la memoria de difuntos es peculiar de cada época y cultura. En la necrológica varían los tratamientos, las fechas de homenaje, el lugar de emplazamiento de los restos, los criterios de aplicación de dignidades, los materiales e iconografía de su envoltura. La tumba, el mausoleo, la urna y el epitafio, forman también parte de las calles y del paisaje. Sin embargo, a diferencia de otras ciudades europeas, como Londres o París, en las ciudades españolas no hay grandes cementerios en el interior del recinto urbano, y los que están rodeados de edificios lo son en contra de su voluntad inicial de exclusión y apartamiento, como una consecuencia de ese imparable crecimiento que ha motivado a Saramago la escritura de *Todos los nombres*.

No es verdad que la muerte iguale a todos: iguala el destino de los cuerpos, pero todavía los vivos mantienen jerarquías y matices que proyectan su presente. Crean mitos para clasificar el futuro (Cielo, Infierno, Limbo, Purgatorio) y ciudades ornamentales para albergar los recuerdos. En estas ciudades de almas y cuerpos separados se juntan de nuevo las familias y las dinastías. Allí mantienen apartados a los proscritos y disidentes, distinguen entre la tierra común y el camposanto. Allí borran y reedifican, hacen hueco a los muertos nuevos frente a los olvidados muertos viejos. El granito se mezcla con el mármol, el barro de greda y el ladrillo, las flores amontonadas y el lazo de seda. También hay fosas comunes y ocupantes de nichos desconocidos. En días señalados, la ciudad de los vivos conmemora su pasado y abre de par en par, física y simbólicamente, las puertas del recuerdo.

6 La casa del lenguaje. Viaje a los nombres de Madrid

Aunque en el espacio abstracto, euclidiano, todos los puntos son iguales e intercambiables, en el espacio humanizado los puntos o intersecciones de líneas ganan sentido y se convierten en lugares. Habitamos en el lenguaje y conocemos a través de las palabras. El nombre es la primera manifestación del lenguaje y dar nombre es, en cierto modo, apropiarse y crear. Por eso el pequeño

Pathfinder, como moderno descubridor de astros, ha cubierto ya de nombres ingleses la superficie explorada de Marte. A la máquina le hubiese bastado con dos cifras, un cruce de coordenadas o una clave; pero son los astronautas, y los investigadores y técnicos de sus equipos de mantenimiento, quienes sienten la necesidad de nombres individualizados y reconocibles, asimilables desde la experiencia terráquea. Nombres, al fin y al cabo, que expliciten los signos de marcaje.

Los nombres, y sus transformaciones, son una fuente inagotable de memoria. No tienen la concreción y la fuerza de los palacios o fortalezas, pero a menudo los sobreviven. Ligeros, compartidos, transportables, son los primeros en crear lugar.

También la ciudad es un lugar nominado, una delimitación espacial bajo el cobijo de su nombre. Nombre y origen suelen ir juntos y el uno es huella del otro. Aunque hay excepciones, y no todas las ciudades pueden exhibir una memoria certera. Gastan muchos recursos las ciudades en buscarse cronólogos y filologías, y desde siempre hubo este oficio en las cortes de reyes y administradores. Parece universal la necesidad de datación, de saber los años transcurridos desde la primera choza o la primera piedra. Algunas ciudades fantasean su origen y hacen intervenir a dioses o apariciones en su nacimiento. Otras se adornan de hechos gloriosos o terribles que los iconos reproducen incansablemente, para arrancarse de la vulgaridad de un principio sin padres conocidos.

Los nombres son un componente esencial de la identidad: hay nombres en los que se reconoce la ciudad entera y nombres que designan solamente lugares menores o parciales. Aunque los nombres suelen ser indicación de su principio, con frecuencia encubren también reedificaciones de la memoria, sustituciones o adaptaciones de nombres anteriores.

Incluso en los casos de fundación solemne y atestiguada, el origen es menos exacto de lo que las fuentes dicen. Algunas ciudades viven mal la relación con su nombre; queriéndose reconocer en otro momento de su pasado o aliviarse con un nuevo sueño o dueño, mudan la imagen y apariencia, comenzando la obra por el cambio del sonido y la palabra, de la voz y escritura que la identificaba. Leningrado, ya San Petersburgo, es una de las últimas ciudades que han trocado patrón y toponimia. Otras, como Madrid, Magerit, son huérfanas de origen. De dudosa ascendencia, los expertos no logran acuerdo sobre la palabra ni disipan la duda de su origen árabe, púnico o romano.

Además del espacio que la engloba y limita, la ciudad reconoce y singulariza, dándoles nombre, incontables espacios interiores y exteriores. Toman nombre las calles, los barrios, las plazas, las puertas, los edificios principales, los jardines. El nombre es una transacción en que el primer nominador ejerce un derecho de señalamiento, una imposición de voluntad. Si el nombre es aceptado, se convierte en hábito, en costumbre natural. Pero la resistencia al uso puede ser duradera, y el nombre se alterna o convive con otras denominaciones.

Carecer de nombre, o de lugares que repiten el nombre que se ha tenido, es desaparecer, morir. Entre los nombres y los lugares no hay solamente una relación unidireccional. El espacio indiferenciado se singulariza en el nombre, pero el lugar devuelve algunas de sus características al nombre que lo identifica, y se fusiona en la toponimia. Más allá de la topo-nimia, que es nombre

de lugar y lugar con nombre, se encuentra la ectoponimia, el espacio vacío de los lugares sin nombre y los nombres sin lugar. Los grupos carentes de reflejo histórico vuelven sus ojos a los ectopónimos, bautizándolos o apropiándolos secretamente. Así, conviven geografías explícitas y tácitas, paisajes abiertos y caminos reservados a los excluidos. A través de la toponimia, el topoanálisis se hace estudio del alma, de la psique: el psicoanálisis se ofrece también como herramienta. Todos los grupos fabrican espacios y lugares, estén donde estén, y acotan simbólicamente los territorios propios. Los muros, las puertas o las torres que limitan físicamente los espacios, son más visibles pero no menos poderosos que otras barreras y mojones del ámbito de los signos y las convenciones.

El plano de Madrid, como el de todas las ciudades vivas, es un tejido de nombres que cambia con los siglos, las guerras y las remodelaciones. Pero ni Madrid ni la guía de calles de Madrid son excepcionales, y las reflexiones que sobre él se hagan pueden trasladarse a otros lugares. El viaje por sus calles de papel es una fácil propuesta pedagógica, porque da cabida a la percepción, a la sorpresa de la ausencia, a la proyección estética y a la interacción, siquiera sea simbólica, entre el viajero y el lugar. Para quienes no tienen otro laboratorio, una colección de planos antiguos puede officiar como rito de pasaje a la memoria de la ciudad. Así, entre el plano de Texeira de 1656 y la última *Guía urbana de Madrid*, se interpone un mundo de construcciones desaparecidas y espacios de nueva creación, pero sobre todo destaca la permanencia de los viejos nombres y el asedio, la lenta batalla por hacerse sitio entre los nombres nuevos.

58

En la *Guía urbana de Madrid* hay cerca de veinte mil voces, y un análisis sistemático tendría que combinar la información textual o documental con otras informaciones orales sobre atribución de importancia, frecuencia de uso y sentido. El análisis de la frecuencia de uso nos llevaría al reconocimiento de las “sendas” o “itinerarios” habituales para distintos tipos de población, y los nombres o memorias relevantes serían los más asociados con esos recorridos. No siempre coinciden las calles —en su entero trazado— con los *lugares* dotados de identidad o de relevancia, ni coinciden los observadores en conceder la misma importancia a los lugares. Pero, no obstante, los lugares identificados en los planos de la ciudad son sobre todo los espacios huecos, las calles y plazas.

En ese sentido, los nombres se parecen a los anagramas y otros signos (yugos y flechas, sombreros episcopales, tiaras y llaves, aros de estrellas) que permiten identificar la presencia de instituciones sobre el espacio urbano. Los nombres pueden interpretarse como signos o señas de identidad del lugar y eso los dota, sin más, de “comprensibilidad”. Aunque estuviesen escritos en un lenguaje o alfabeto que el lector desconoce, serían “eficientes” simplemente por la posibilidad de “identificarlos”, esto es, de reconocerlos y reproducirlos. Sin embargo, algunos nombres —como la Calle del Arenal o la de Los Olmos— remiten al significado de la palabra fuera del contexto de la placa en que está dibujada. Y este sentido es, a veces, doble o cruzado, porque remite a la relación entre el significado del nombre (árbol, personaje, actividad, etc.), y el lugar al que se aplica. El interés de este último tipo de significados es que introduce los problemas de *verdad* y *certeza* en la lectura urbana, por la vía de la posible disparidad entre los significados objetivos de los nombres y las atribuciones de significado, tan variables, que realizan los observadores o viajeros urbanos.

Mientras la guía de calles de Madrid es una recolección de signos, otras obras —como la de Pedro de Répide, *Las calles de Madrid* (1981), o de Bravo Morata, *Los nombres de las calles de Madrid* (1984)— tratan de conocer la historia de los signos o nombres. Entre el primero y los segundos hay un filtro, una selección basada en criterios de importancia o disponibilidad de información que reduce el censo inicial de veinte mil signos a menos de una vigésima parte.

Las cuatro primeras voces del listado de la *Guía urbana de Madrid* corresponden a cuatro calles llamadas “A”, en el distrito de Villaverde. Vienen después las calles de la Abada, de los Abades, de la Abadesa y de la Abadía. La calle de la Abada nos permite reconocer inmediatamente un lugar, una función, un ambiente: es una calle estrecha y céntrica, perpendicular a la Gran Vía, definida sobre todo por su condición lateral al edificio de unos grandes almacenes. El trazado y emplazamiento de la calle hace creíble que se encontrase allí, en otros tiempos, una abacería de la que tomase el nombre. También es probable otro sentido: la feminización del abad o superior de un monasterio. Al consultar el Diccionario de la Real Academia y los libros de Pedro Répide y de Bravo de Morata sobre las calles de Madrid, estas dos interpretaciones se deshacen: la abada fue un rinoceronte o “abada” que el gobernador de Java regaló en 1501 a Felipe II y se guardaba en los corrales que hoy ocupa la calle. Esto según Répide, porque Bravo da una versión menos palaciega de la misma abada y otorga su posesión a unos cazadores o viajeros portugueses que se trasladaban en compañía de este animal, “algo amaestrado”. El animal mató —en aquel lugar— al panadero de un horno cercano, que lo molestaba.

Aun después de adquirir “certeza científica” de que el nombre no es lo que parece, siguen vivas las asociaciones de ideas que antes presentaba, y resulta difícil sustraerse a la imagen de la tienda antigua y a la pregunta sobre cuál de estos u otros significados evoca la calle en el imaginario colectivo. Si en este imaginario la abada fuese también, preferentemente, el femenino de abad, la ciencia histórica o conocimiento verdadero produciría una transmutación imaginativa entre la rinoceronta brava y la monja superiora.

En cuanto a la calle de los Abades, la siguiente en la guía, su nombre recuerda algún monasterio o reunión de monjes o canónigos importantes. Aunque la lengua castellana admite la posibilidad (por venir en plural) de imaginar tal lugar como referido a un grupo mixto de varones y mujeres, la experiencia o memoria (colectiva y propia) dificulta hasta cerca del veto tal expansión imaginativa. Aun siendo posible, las asociaciones de ideas se retraen ante el plural integrador, devolviendo solamente las imágenes de un cenáculo habitado por varones. Resulta luego que tampoco los abades eran clérigos, sino dos ricos hermanos, Rodrigo y García, que llevaban tal apellido. Esta brusca ruptura de las imágenes erróneamente asociadas en la primera lectura no quita valor al ejercicio. Al contrario, es una buena prueba de la capacidad equivocante de los signos, de las semióticas plurales, de la tensión y el desencuentro entre los que escriben y los que leen, entre los que lanzan el mensaje y los que lo reciben.

La cercanía de los nombres en la guía responde a un criterio de organización formal, alfabética, y no refleja proximidad de los lugares nombrados. No obstante, vistos uno al lado del otro, no es posible obviar las conexiones semánticas entre la abada, los abades, la abadesa y la abadía: en la imaginación se articulan

como una unidad dotada de sentido propio, como un cuadro surrealista de Picasso o de Delvaux en el que fuesen cayendo la rinoceronta vengadora, los abades y la abadesa, todos encerrados entre los contornos venerables de la cerca de la abadía.

Al comprobar que su historia o sentido real no corresponde con la que les atribuíamos a los nombres, se plantea el problema de los límites de la certeza. ¿Hasta dónde puede confiarse en la transparencia de los signos de la ciudad? ¿Por qué asustarse o alejarse del uso consciente de la imaginación creadora, del re-nombramiento o la re-significación de los lugares? Si, como plantea J. A. Ramírez en “La persistencia de los ‘grands chantiers’ y los nuevos edificios rituales” (1992), ha habido construcciones ilusorias, lugares imaginarios y prospectivas de ciudades y edificios de ciencia-ficción, ¿por qué no, también, nombres imaginados?

En el listado de nombres de Madrid, siguen las calles del Abanico y de la Abertura. Bravo Morata señala en la historia de la primera de ellas que el abanico se impuso entre las mujeres españolas principalmente como instrumento del lenguaje no verbal, para decir a su través lo que no querían manifestar explícitamente con las palabras (abanico abierto o cerrado, hacia arriba o hacia abajo, etc.). Luego vienen “Abel” y “Abella”. Abel tiene —al menos, eso parece— un claro sentido como nombre del primer hijo del primer padre, el que murió a golpes de osamenta en el primer fratricidio reconocido. Visto así, uno junto a otro, “Abella” parece una continuidad sintáctica, una feminización de Abel, la segunda versión del primer nombre: ese segundo sexo en las listas por orden alfabético y por todas las consideraciones que Simone de Beauvoir contrastó en *El segundo sexo*. Pero no hay ninguna garantía de que Abella restaure, siquiera secundariamente, el equilibrio simbólico en la ponderación de los nombres. Más bien parece un gentilicio. O, aún más probable, esa consonante tan eufónica, la doble ele, italianizante o levantina, puede que sea solo una variante del duro sonido de la jota, una transmutación de la abeja en *abella*.

60 Siguen después los nombres de muchas calles que no tienen significación genérica, hasta que entran en lista las “Adelas”, los “Adrianes”, “Afrodita”, “Agapito”, etc. En total, tras este nuevo recuento, nueve recuerdos de personajes femeninos y treinta y un recuerdos de personajes masculinos que ocupan, además y en su conjunto, las identificaciones de lugares “mayores” o “más relevantes” que el conjunto de las identificaciones femeninas. En las páginas siguientes se inicia la sucesión de nombres coronados, ordinales: “Alfonso VI”, “Alfonso X”, etc.

Si la guía urbana de Madrid fuese un índice de impacto como los que E. Garfield propone para medir la influencia de los científicos en el *Citation Indexing*, la “influencia” de las mujeres en el mapa de la ciudad sería sin duda muy poco relevante. La lista es demasiado larga para seguirla a este paso. Hay que resumir el recuento de presencias y de ausencias. La ciudad consagra algo más de un tercio de sus nombres a la memoria de personajes humanos dimorfizados y, de ellos, la proporción aproximada es de seis a uno para los hombres y para las mujeres.

Al contrastar los datos de la guía (referidos a todos los lugares, pero solo a sus signos/nombres) con el libro de Bravo Morata, *Los nombres de las calles*

de Madrid (1984), muchos de aquellos que en una lectura rápida no tuvieron connotación genérica, ahora la adquieren. Son lugares identificados por un gentilicio y la historia del nombre devela la del personaje, hombre o mujer, cuya memoria conserva: son memorias privadas que se elevan a la condición de públicas por su instalación sobre los muros. La relación ya no es (en el recorrido de los que comienzan por A) de uno a seis, sino tres veces más fuerte, de uno a veinte. Permite constatar que la calle de Arenal no conmemora a la primera mujer que logró acceder a las aulas universitarias disfrazada de hombre, sino los terrenos arenosos que allí había. Concepción Arenal, la innovadora, la grande, solo disfruta de un recuerdo pequeño, casi una “toponimia menor”, en una calle corta y poco transitada entre las glorietas de Bilbao y San Bernardo. Es la misma proporción que ocupaban las estudiantes universitarias a principios de siglo en la universidad española. La misma proporción de mujeres con escaño en las Cortes durante el franquismo. La misma proporción de mujeres que llegaron a las cátedras en la década siguiente a la Constitución democrática del 78.

Los espacios codiciados, importantes, renuevan su nombre cada poco tiempo, porque son predio obligado para los poderes que se turnan. Los espacios menos apetecidos, que no interfieren con designios mayores, tienen más posibilidades de sobrevivir. En el extrarradio o en las calles pequeñas perduran los nombres de los antiguos propietarios de los terrenos. Son, en cierto modo, lugares menores y entre ellos es más frecuente la presencia de nombres femeninos. El Madrid antiguo recibe sus nombres de una constelación de santos y marqueses, de oficios y orografía. El Madrid de la posguerra se bautizó con nombres militares o de héroes de la contienda civil. El Generalísimo, el Caudillo, los Caídos, José Antonio, llenaron la memoria topográfica de media España en los años cincuenta y sesenta. Inauguraron poblaciones nuevas y renombraron o señalaron con placas los sitios estratégicos, las arterias principales de todas las ciudades. En los setenta se respiró la transición en los nombres antes que en las leyes. Llegó lo que Christine Boyer llama “la crisis de memoria” y sobrevino una amnesia general. Las ciudades crearon recuerdos nuevos, mitigaron el peso relativo de los más recientes. El deseo de apertura se manifestó en los nombres de las calles, en la presencia de ciudades y países extranjeros en las nuevas guías.

La distancia y el descompromiso con el momento político se tradujeron en el redescubrimiento del valor topográfico de la botánica y la geografía. En los ochenta se culminó la transición con un nuevo cambio de memoria y de historia. Muchas de las principales arterias y plazas se des-nombraron y se volvieron a nombrar. No fue una demolición tan espectacular como la de la columna de la plaza Vendôme de París por la Comuna, o el descendimiento de las estatuas de Lenin o Marx en el territorio del antiguo imperio soviético, a finales de los ochenta. El alcance del remodelamiento tampoco fue comparable al que en otras épocas se autoimpusieron Roma, París, Londres o Viena, ni tuvo la crispación y el encono que en los años treinta propició en Madrid el fusilamiento de la estatua del Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles. Pero el cambio de memoria oficial y dominante se produjo de modo masivo y profundo. La Democracia, la Constitución, la Casa Real y los signos de identidad regionalista fueron las nuevas memorias rescatadas en los años ochenta y noventa. Se aposentaron en plazas y centros escolares, en museos y hospitales, en parques

inmobiliarios y en avenidas y parques. La memoria de los poetas perdedores y olvidados tras la guerra civil tuvo un nuevo despunte de esplendor, de rescate, similar a la del rey Carlos III. Rafael Alberti, Pablo Neruda, Miguel Hernández, Luis Marín (cantaor flamenco anarquista) o Rafael Fernández Hijicos (primer presidente de la Asociación de Vecinos de Palomeras Bajas) recibieron lugar en la remodelación de barrios promovida por el movimiento vecinal en Vallecas. Un lugar tan simbólico para Madrid como la Puerta de Alcalá se revistió de un nuevo significado, asociándola al recuerdo de una dinastía cuya memoria histórica no se había cultivado en sus aspectos ilustrados y amables.

En la última década del siglo, la de los noventa, terminado ya el vuelco de memoria política entre izquierdas y derechas y apagada la sed de reconstrucción relativa a la guerra, las memorias de las ciudades españolas profundizaron su vertiente local, la búsqueda y reconocimiento de signos de identidad propia. Decenas de miles de calles cambiaron sus placas para expresarse en las lenguas autóctonas, y las señales e indicaciones del tráfico se hicieron el escenario más visible (basta un poco de pintura o un spray) de las batallas lingüísticas. En una ciudad pequeña, como La Laguna, la búsqueda de raíz no se ha dirigido al redescubrimiento lingüístico, sino a la recuperación de nombres olvidados de la historia local. Al contrario que en otros sitios, como tantas urbanizaciones madrileñas o costeras que han reconciliado memoria y deseo a través de la recuperación de nombres de ríos y animales, sin aparente contenido ideológico, en La Laguna se ha desnaturalizado la topografía urbana para hacer más densa su humanidad. La antigua Calle del Peral se llama ahora —según reza la nueva placa, de azulejo esmaltado, que recoge sobre la pared la fecha en que se tomó el acuerdo municipal de renombramiento— la calle de Cabrero Pintos. Otras muchas toponimias han seguido la misma suerte.

En Madrid, el extremo norte de la Avenida de la Castellana, que cruza la ciudad de norte a sur con Somosierra al fondo, corona el perfil urbano con dos torres inclinadas de cristal y acero, un hito llamado “Puerta de Europa”. El nombre es certero e inevitable. Por encima de la historia interna de las edificaciones, el nombre rescatará la idea y conectará la ciudad con el deseo de integración en ese espacio y esa unidad cultural y política que domina el tránsito al nuevo milenio.

En medio de esta incesante reconstrucción de la memoria, algunos grupos sociales están sobrerrepresentados. Ocupan el recuerdo común, lo condensan en torno a sí. Pero, ¿qué sucede a los otros, a los que no han accedido a la conservación de su huella y pasado? ¿Puede un movimiento social enraizarse *ex novo* si carece de antecesores que lo anclen al pasado? ¿Puede aspirar al futuro quien no aspira, también, a su historia? Y si careció en el pasado de edificios, de nombres, de fechas y de archivos, ¿quién le prohíbe reconstruirlos a su imagen y semejanza, ejerciendo *a posteriori* la capacidad de creación y recuerdo que otras épocas le negaron?

Sobre el plano de la ciudad o del barrio, los nombres componen un mosaico de signos. No solo los sonidos y las formas componen sentido. Lo que Arnheim llama “psicología del ojo creador”, o capacidad de la percepción para descubrir los componentes del arte más allá de las formas singulares, puede trasladarse también a la guía urbana, a la cobertura de los lugares por sus nombres, sobre

todo para ver lo que no hay, lo que falta y lo que podría haber. Al viajero y al vecino, al transeúnte, les corresponde asumir el papel de hermeneutas, descifrar su significado y asentir o rechazar el mensaje que entraña.

La democracia formal ha sido cicatera con la memoria de las madres y compañeras, porque las pocas que, por sus vidas públicas, merecen el honor de señalar lugares con su nombre, son cabezas coronadas: o reinas o santas. De las otras apenas queda recuerdo. Su paso se desvanece de tal modo que podría pensarse que Madrid fue creada y vivida por una extraña raza de hombres solos, que se adoran y recuerdan a sí mismos a lo largo de las generaciones.

Un reciente 8 de marzo, cuando amaneció sobre la ciudad de Postdam, las calles y las plazas tenían los nombres cambiados. No eran cambios oficiales y definitivos, sino modestos desahogos del spray y la pintura acrílica. En París, en Madrid y en otras ciudades se ha tratado —con poco éxito por ahora, pero siempre fueron modestos los principios— de reducir la disonancia del recuerdo otorgando nombres de mujeres ilustres, y de variadas extracciones, a algunas calles. Solo se solicitan para las muertas, para evitar competencia con las vivas. Plazandroak lo ha intentado en San Sebastián, donde ochocientas calles solo dejan lugar simbólico a veintinueve mujeres. El grupo Ciudad y Mujer también se ha ocupado de los nombres de las calles en Barcelona y Teresa del Valle ha demostrado la misma subrepresentación en Bilbao. Pero no es fácil. Va tanto de la autoestima, de la vanidad, en este reconocimiento, que siempre sobran candidatos para identificar los lugares. Pero la recuperación de las palabras y de los nombres es imprescindible en la construcción de una ciudad compartida, y las mujeres, igual que otros grupos sociales que hasta ahora no lograron un reconocimiento simbólico en los muros urbanos, necesitan reconocerse en el paisaje cotidiano de la guía de calles para reforzar su sentido de raíz y de futuro.

Recorrer los nombres de Madrid se parece a la experiencia de los extranjeros que visitan el Valle de los Muertos en Egipto y escuchan la historia de odio y traición póstuma a la faraona Hatsepsut, del siglo IV a.C. Su efigie, nombre y restos fueron borradas de todas partes por su esposo al sucederla en el trono, en un caso triste y extremo de lo que Bourdieu llama “violencia simbólica”. No es la única memoria arrancada de la que tenemos noticia. Si en lugar de buscar presencias reparamos en lo que podía haber y no hay, las ciudades europeas contemporáneas son también en general herederas de la tumba sin nombre de Hatsepsut, porque las mujeres han sido excluidas del lugar y la memoria, salvo en casos o momentos muy excepcionales. Hatsepsut es un símbolo y un dolor colectivo que se repite cada día en las Actas de Sesiones de los Ayuntamientos. No obstante, ni el homenaje ni la liberación de las víctimas de la violencia simbólica puede resolverse por decreto: hace falta una urdimbre más compleja, más profunda y duradera. En suma, un propósito compartido por la ciudad entera.

7 Los iconos de la memoria

Horkheimer y Adorno escribieron en *Dialéctica de la Ilustración* (1994) que, cuando percibimos, proyectamos. En otras palabras; que cuando tratamos de conocer no podemos dejar de ser quien somos y lo que hemos sido. La proyec-

ción no se detiene ni siquiera cuando los mensajes y contenidos son explícitos y no pretenden segundas lecturas.

Si la proyección del observador sobre el observado se hace patente en todas las materias, el grado culminante de proyección se alcanza en las imágenes, en las formas menos codificadas. Kerby (1991), siguiendo a Santayana, afirma que las imágenes son dramatizaciones, argumentos que sirven para evidenciar los valores. J. Boys (1996) señala el peso que las miradas neutrales tienen sobre la cognoscibilidad de los sujetos y la generalizada pretensión de convertir algunas miradas particulares en miradas universales: la supuesta mirada neutral y universal tiene género, edad, etnia y lengua.

Igual que los símbolos, las imágenes y las formas evolucionan. Tras largos periodos de estabilidad, fraguan y precipitan transformaciones que las convierten en formas nuevas, distanciadas de las iniciales. La evolución de la imagen sigue paralelamente las transformaciones históricas de la conciencia y se acomoda a su ritmo. Hay “soluciones” que tardan más que otras en consolidarse; por ejemplo, Panofsky estima que el gótico tardó un siglo en lograr su solución arquitectónica definitiva. Si esta misma lentitud se aplicase a la evolución de los iconos actuales, aún estaríamos muy lejos de lograr las imágenes correspondientes a la fusión de Hermes y Hestia, o a tantas otras realidades nuevas a las que antes nos hemos referido.

En la pintura y la escultura cristalizan, igual que en el lenguaje, los valores sociales. El canon es una ley estética que establece proporciones y fija la relación entre sujetos y elementos. Tiene pretensión de universalidad y equivale en cierto modo a lo que en las ciencias Kuhn llamaba “paradigma”. La “convención” es un rango menor del canon, una práctica de costumbre o patrón de uso con sus propias reglas y lógica interna (Ghirardo 1994). En arquitectura y escultura, el canon se aplica tanto a la práctica como a su crítica. La adhesión al canon afecta tanto a la producción de obra nueva como al aprecio de la antigua. Igual que en la ciencia, hay revoluciones, cambios drásticos en el arte que estallan o nacen después de larvarse durante años. El descontento o desapego es fase previa, y necesaria, al logro de innovaciones. El malestar es primero silente, como un incómodo y difuso proceso de extrañeza, y solo más tarde se hace explícito, por palabra u obra de quien sabe expresarlo. Aunque unas épocas sean más estrictas que otras en los requerimientos de obediencia, cada estilo proclama una idea implícita de lo que es y lo que debe ser. Lo “políticamente correcto” de cada época no se expresa solo con palabras. La plástica (igual que el cántico o la música) es un recurso retórico formidable que enseña también las relaciones correctas de género, de edad y de clase. Una relación mutante pero siempre presente, que puede rastrearse en cualquier época y lugar. El canon se refleja en los tamaños relativos de las figuras colosales de Abu Simbel, en la disposición de las figuras alrededor del Pantocrátor románico, en el niño de las Madonnas renacentistas, en el gesto de los conjuntos familiares de Moore.

La relación del espectador con el arte plástico no figurativo es tanto más difícil cuanto más alejadas se encuentren las formas de su experiencia previa. Aunque hay formas atractivas o sugerentes por sí mismas, y los contrastes de texturas y volúmenes dan también juego a la proyección, el arte abstracto siguió siendo minoritario en el siglo XX. En España se popularizó en los años

sesenta y setenta porque sirvió de vehículo a negaciones más generales, como forma de des-identificación con el arte de épocas inmediatas ya pasadas con las que mucha gente quería mostrar distancia.

La iconología de cada imagen descubre a los expertos una cadena o itinerario de símbolos que con el tiempo se transforman y sincretizan. Como ejemplo de estereotipo femenino puede traerse a colación un estudio de Panofsky sobre la evolución de la simbología de Pandora en imágenes y relatos. Una de las versiones más antiguas, la de Hesíodo en *Los trabajos y los días*, la representaba como diosa de la Tierra. En otras versiones anteriores había sido solamente una bella mujer hecha de tierra y agua, cuya vasija contenía bienes en lugar de males, y que hacía (construía) a todos los humanos. Posteriormente, Pandora se transformó por instigación de Zeus en la deidad vengativa que dejó escapar los males, permaneciendo con ella solamente la Esperanza. No faltan versiones en las que Pandora recibió para sí todos los dones, pero entre ellos estaban los de Afrodita y Hermes, que eran dañinos y la convirtieron en una belleza malvada. En algunos relatos, Pandora no es la “hacedora de los hombres” sino la “madre de las mujeres”, a las que transmite la curiosidad como mal genérico. En la versión de Pandora más próxima a nosotros en la cultura y el tiempo, una comedia culta de Calderón de la Barca titulada *La estatua de Prometeo*, Pandora aparece como una estatua similar a Minerva, que cobra vida. Pandora representa la contradicción, pero Calderón termina su comedia celebrando las bodas de Pandora con Prometeo, para simbolizar la unión entre Arte y Ciencia.

Ante tantos y tan complejos cambios a lo largo de la historia, la búsqueda del verdadero sentido de las imágenes parece tarea excesiva. En buena parte, su sentido es el que queremos darles y eso hace a nuestras relaciones con la estatuaria urbana más lúdicas y abiertas. Frente a la rigidez del material que sustenta las estatuas, su interpretación es más flexible y admite progresivas reconversiones.

En un excelente trabajo titulado *Feminism, Femininity and Histories of Art* (1988), Pollock ha analizado el desafío que encarnó en los años setenta la primera generación de mujeres artistas plásticas (pintoras, fotógrafas, escultoras) que quisieron escapar a los modos tradicionales de representar la mujer y lo femenino. Para el ámbito anglosajón, los nombres de Mary Kelly, Yve Lomax, Mitra Tabrizian o Marie Yates representan este esfuerzo denodado de ruptura. Quisieron construir una nueva estrategia de representación, radical y al mismo tiempo lúdica. Con frecuencia se expresan con dislocaciones de objetos de la vida cotidiana: ropa, armarios, maniqués, cerrojos y puertas, electrodomésticos, sofás o casas sin techo, gramófonos que nadie escucha. Su complicidad pretende un efecto placentero, pero no siempre lo consiguen, como Nochlin pone de relieve en *The Body in Pieces* (1994). La fotógrafa posmodernista Cindy Sherman ha producido imágenes revulsivas, más duras aún aunque menos conocidas que las composiciones de estudio de Robert Mapplethorpe. Su empeño, como el de otras y otros artistas de nuestro entorno, no es tarea fácil. Descollar siendo mujer es ya difícil en un medio masculino, e incluso más si la chica sale respondona y no quiere dedicarse a rematar o “pintar flores”. Entre la abultada nómina de artistas que existen en cada época, solo unos pocos logran la maestría técnica y la capacidad de expresión que los singulariza sobre el promedio. No basta el compromiso ideológico ni la originalidad de planteamientos, aunque faciliten

la labor de portavoces que los artistas ejercen.

El equilibrio entre negación y aceptación de lo representado es precario; fácilmente se descuelga hacia la adulación o la acritud, hacia la exaltación sacarinada o la hosquedad. También acechan el victimismo y la pretenciosidad triunfalista. La mayoría de los intentos de innovación dan los primeros indicios en trabajos modestos, casi cenaculares. Los grandes trabajos de las corporaciones políticas o las entidades comerciales no se encargan a valores artísticos incipientes, y el ensayo se produce inicialmente con materiales de bajo costo, frágiles y de escasa visibilidad pública: collages, composiciones efímeras que afloran la ironía y la distancia. El reconocimiento solo llega más tarde y nada más que en algunos casos afortunados.

La relación del no-experto con los iconos de su vida cotidiana es, en cierto modo, más viva que la del experto. Puesto que solo recoge parcialmente, o en escasa medida, los matices del lenguaje formal y del sentido que el autor de la obra quiso darle, puede apropiársela con mayor facilidad. Para los legos, que son mayoría entre los transeúntes, las estatuas no son objetos dotados de fuerte entidad, inaccesibles, sino un elemento urbano más sobre el que depositar libremente ideas y sentimientos, incluso el desinterés que lo convierta en opaco.

Las imágenes comparten la suerte de los seres vivos. Su carácter concreto y relativamente móvil las somete con frecuencia a cambios de emplazamiento, de contexto. Casi todas las que perduran acaban conociendo el éxito y el abandono, el clamor y el insulto, la devoción y la rutina. Recién instaladas las estatuas captan la mirada, pero luego se funden y mimetizan con el paisaje. Las agresiones a imágenes no son raras, como tampoco las ofrendas espontáneas. En Vitoria, la Virgen Blanca ha tenido que protegerse tras un escudo de cristal. También La Pietá, en Roma, la Mona Lisa en París o la Venus de Velázquez en la National Gallery de Londres han sufrido agresiones. No obstante, las imágenes de mujeres no sufren más acoso o daño que las de los hombres. Se trata de agresiones diferentes: las imágenes de los hombres se relacionan más con el poder (reyes, generales, caudillos, gobernadores) y es el cambio de poderes lo que las derriba. Las imágenes femeninas representan frecuentemente los sentidos amorosos y maternales en figuras reales o alegóricas, y también son las relaciones amorosas patológicas de sus rivales o enamorados las que generalmente ocasionan sus mutilaciones.

El espectador transfiere sentido a las imágenes, reinventándolas. En algunos casos la reinención se produce casi inmediatamente después de la instalación de la imagen, como una resistencia ante la función formalmente asignada. En la ciudad de Gijón, dos iconos urbanos importantes, oficialmente titulados "La madre del emigrante" y "Elogio del horizonte" se convirtieron por obra y gracia del disgusto popular en "La loca" y "El Ulogio", madre e hijo respectivamente. La madre del emigrante tiene un gesto desorbitado, excesivo, que no invita a la identificación con las memorias personales. El "Elogio del horizonte" llegó envuelto en susceptibilidades presupuestarias. Ni siquiera el peso del nombre de Chillida, autor del segundo y acondicionador del hermosísimo paraje natural en que se ubica, pudo (al menos, al principio) evitar este trastrueque de sentidos e intenciones.

Las calles y las plazas de las ciudades, el interior de los edificios, sus cúpulas

y sus azoteas, las fuentes y los jardines, han sido hasta ahora espacios de exhibición. A las imágenes escultóricas se añaden, infinitamente más numerosas, repetidas y cambiantes, las imágenes pictóricas, las que soporta el papel, el plástico o el tablero luminoso.

La relación entre el icono y sus espectadores depende mucho del emplazamiento. Las pinturas o avisos publicitarios solo ofrecen una perspectiva, pero las estatuas tienen múltiples ángulos y perfiles. Su narratividad varía considerablemente según el lugar y la altura desde donde se contemple. Influye, además, el contexto, la velocidad y distancia, el medio desde el cual el espectador las mira y la iluminación y las sombras de los árboles o edificaciones.

No todos los que transitan por la ciudad ven lo mismo. Los que se desplazan bajo tierra apenas perciben la superficie del paisaje urbano, como tampoco lo hacen los habitantes de urbanizaciones segregadas. Otros se mueven principalmente en autobuses, a horas punta en que no quedan asientos libres. Al estar de pie, la visión se limita a un rectángulo que corta el paisaje a la altura del tercer piso, incapacitando la vista del perfil de los edificios contra el cielo. Los conductores, atentos al tráfico y los semáforos, tampoco pueden permitirse otra cosa que miradas fugaces, sin determinación para el detalle. Y los que utilizan los pies para moverse no pueden recorrer distancias largas y solo los entornos inmediatos les resultan realmente abarcables. Finalmente, los que recorren la ciudad como objetivo específico, por el simple propósito de verla, hacen también una selección con arreglo a sus propios criterios estéticos o preferencias estilísticas y temáticas.

A través de sus iconos, la ciudad enseña doctrina, ideología. Las placas conmemorativas y los monumentos son laboratorios y aulas abiertas que educan al transeúnte y llenan su imaginación y su retina de formas y referentes, sin que se dé cuenta de ello ni pueda ofrecerles resistencia. Las dedicatorias asocian nombres con palabras, palabras con gestos y con formas.

Cada obra de arte contiene un discurso, un programa epistémico. Por eso es importante la dilucidación del sujeto del discurso. Simone de Beauvoir —a partir de “la dialéctica del amo y del esclavo” de Hegel— dio expresión filosófica a la idea del Otro, en este caso la mujer, como segundo sujeto. Cuando el discurso que afecta a un sujeto o a un movimiento social ha sido construido por los Otros, el sujeto necesita reinterpretarse a sí mismo desde sí y rehacer también, simétricamente, su discurso sobre el Otro primario. Las mujeres, como los pueblos colonizados, como las clases marginales, han vivido una experiencia colectiva histórica de otredad. Toda la cultura en que viven, la cultura elitista de las Bellas Artes y de las Ciencias, se ha hecho desde el Otro y para el Otro, y en ella apenas hay lugar para la reconciliación con el Yo propio. En las representaciones plásticas, como en otros elementos de la cultura culta y pública, se contraponen el sujeto y el objeto, el que mira y el que es visto, el voyeurista y el que es exhibido. A las mujeres les corresponde mayoritariamente ser objeto de la mirada, exhibición paciente y sin queja.

Los discursos explícitos son pobres en comparación con la capacidad de penetración de los discursos implícitos, asociados a la estética y a los sentimientos. ¿De qué sirven las declaraciones formales igualitarias ante el aluvión de mensajes de contenido opuesto?

Los movimientos sociales que carecen de arte propio tratan de producirlo a medida que se afianzan. La imagen, el símbolo compartido y aceptado, es una necesidad y una conquista: Sennet (1996) lo ha estudiado muy bien, a propósito de la construcción de la imagen de Marianne (joven, fuerte, ciudadana y materna) como símbolo de la Revolución Francesa y de la guerra de imágenes que se desató simultáneamente contra la reina María Antonieta.

En la actualidad, los movimientos de mujeres de todo el mundo expresan su malestar con los iconos disponibles y con las imágenes publicitarias acuñadas por la sociedad de consumo. Como el diseño y la arquitectura van unidos en muchas firmas, este es motivo frecuente de reflexión para las jóvenes arquitectas, cuyo trabajo se inicia por la lectura crítica y deconstructiva de lo que ven antes de producir diseños propios.

En las ciudades españolas coexisten los monumentos de homenaje a la Constitución de 1978, que refrenda la igualdad de los españoles, con los iconos heredados de otras épocas y de otras ideologías. Conviven el arte abstracto, el neoclásico y el barroco. En algunas ciudades se han realizado esfuerzos recientes de peatonalización del centro histórico, de acercamiento del espacio urbano a la vida cotidiana. La estatuaría ha acompañado (temática, ubicación, tamaño, estilo) este movimiento de recuperación de la escala humana. Oviedo es una buena ilustración de este proceso, de este intento por ser y estar en la ciudad como ámbito propio. Por comparación con otras ciudades, las estatuas tienen allí más presencia, más relieve, y —en parte porque abundan las recientes— sus temas son más cotidianos y menos solemnes. También es más sencillo identificarse con ellas.

68

En la plaza ovetense de Juan XXIII hay una escultura de Santiago, en bronce, que representa un hombre y una mujer abrazados. Las proporciones son canónicas, y la mujer le llega al hombre a la altura de la mejilla. La mujer tiene los brazos en la cintura del varón, y este los descansa en los hombros de ella. Aunque ambos están desnudos, el autor ha titulado su obra “Amistad”. No ha querido, aunque pudiera, destacar el aspecto amoroso o sensual en la relación de la pareja. Esa consideración de la amistad posible entre mujeres y hombres, o el reconocimiento de que también las mujeres pueden encarnar el sentimiento amistoso, es lo que hace innovadora su representación. Desde la brevedad de su título, desmiente una larga tradición que lo negaba. En la plaza de Daoíz y Velarde, y en la de Trascorrales, hay dos grupos escultóricos titulados “Vendedoras del Fontán” y “La lechera”. Son apuntes de realismo folclorista, hechas para integrarse en el paisaje diario. Situadas en mitad de la vía, pertenecen a ese nuevo tipo de escultura que tiene por vocación “ser uno más” entre los paseantes. No representan a un personaje concreto, pero sí a una categoría de sujetos reales, reconocibles y familiares. Su misión no es ganar admiración o imponer distancia, sino acompañar al que pasa, acercarse. En eso se parecen a los juguetes, porque buscan la complicidad del peatón y su sorpresa.

En el enclave privilegiado de la Plaza Porlier, en la zona antigua de Oviedo, mirando hacia el reloj de la catedral, hay una estatua de Eduardo Úrculo titulada “El regreso de Williams B. Arrensberg”. Rodeado de maletas y baúles, el viajero significa tanto la partida como la llegada, el que vuelve y el que abandona. El mismo motivo se expresa en otra obra de Úrculo situada en la

estación de Atocha, en Madrid, pero la de Oviedo especifica con el título el sentido del movimiento. Es un regreso. Regresa a casa, al punto central que ordena los espacios. Como en los versos antiguos de Homero, en los que Ítaca simboliza el centro del mundo. La polis existe porque existe el *oikos*, el hogar, que es el imán que la magnetiza (Scully 1990). Solo porque pervive el centro estable, la tierra y los hombres y mujeres que la guardan, puede el viajero salir del territorio, inventar rutas, explorar caminos.

Si la escultura de Úrculo plantea la tensión entre la atracción y la fuga, la estatua de Botero situada en la plaza de la Escandalera representa la continuidad de la naturaleza en la especie humana. Su título es "Maternidad" y no ha hecho sino sacar a la calle, en versión laica, la misma figura de la Madre y el Niño que llena los altares. Entre las maternidades sacras y esta maternidad laica hay un salto de época, un cambio de la conciencia crítica; pero a pesar de la desnudez y las diferencias formales, el motivo de exaltación es el mismo, lo ocasiona la misma adoración de la vida y el cuidado.

Botero ha alzado la estatua sobre un plinto y ha sentado a la mujer sobre un banquillo cuadrado de aristas duras. El niño representa unos dos años y reposa sobre la rodilla izquierda de su madre, que le sostiene el cuerpo con la mano. No hay en todo esto nada nuevo; sin embargo, el gesto del niño es más espontáneo y libre de lo que suelen ser otras maternidades. Tiene los brazos extendidos como abriéndose al mundo o jugando, y no atisba un destino de crucificado.

Por tratarse de una maternidad laica, Botero podría haber puesto una niña en el regazo de su madre, en lugar de un niño. Podría hacerlo porque no lo obliga la historia sagrada y su invención es solo suya. Sin embargo, elige la identidad de varón y la resalta, como en la inmensa mayoría de las maternidades. Se pliega a la convención de la madre como intermediaria, como puente nutricional entre el orden del Padre y el del Hijo. Las madres cristianas de antes, como sus herederas laicas de hoy, no tienen continuidad visible. Solo raramente recomponen su origen con la imagen trigeneracional de Santa Ana.

En la escultura de Botero, la madre tiene la cabeza girada. No mira al niño ni comparte la visión de lo que el niño mira. Se diría que ha terminado ya de hacer al hijo, de darle vida con su vida. Mientras todavía lo sostiene y protege con el cuerpo, el gesto de los ojos denota ya un cambio. Un foco nuevo de atención la atrae, vislumbra otras posibilidades, otros destinos independientes del hijo.

8 La estatuaria urbana: ejercicios de retórica en Madrid

La lectura detenida de la estatuaria madrileña confirma la tesis de Panofsky sobre el sentido narrativo y ejemplarizante del arte. Las estatuas, como los edificios, son producto de una concepción de la sociedad y de la historia y no hay espacio para la representación de los que quedan fuera de los círculos restringidos de poder y reconocimiento.

La ausencia de mujeres en representación de sí mismas se palia en cierto modo con la presencia de figuras femeninas acompañando a los varones. Pero los varones son sujetos reales, que se representan a sí mismos, en su vida propia y carnal, mientras las mujeres son abstracciones, ideas corporizadas para

el goce estético y la tensión elegante de las formas. Esta contradicción ha sido analizada por Pollock (1988) en un libro de éxito. Todavía en la actualidad se siguen celebrando exposiciones, incluso con pretensiones de homenaje, que presentan la figura femenina solamente como complemento e ilustración. Es lo que podemos llamar la reproducción patriarcal de la división de papeles, que otorga a los varones la encarnación de la creatividad y del hacer, y a las mujeres la de la belleza. El cuerpo y la imagen femenina son el objeto complacido del deseo masculino, que no atiende al deseo o al proyecto de aquella que lo genera. Lo que despierta la crítica no es que el cuerpo femenino sea contemplado con deseo, sino la ausencia de reciprocidad expresiva, derivada de la contención histórica del deseo de las mujeres, y su expulsión de entre quienes tenían acceso a la cultura y a la expresión artística. Pocas críticas hay tan contundentes ante la figura femenina convertida en objeto de deseo como la que realiza Beatriz Colomina (1996), a propósito de Le Corbusier y su tratamiento del graffiti titulado "Femmes d'Argel". Colomina dice, textualmente, que Le Corbusier realizó el dibujo sobre la pared de la casa de su amiga Eileen Gray, una arquitecta precursora del funcionalismo, sin pedirle consentimiento y con el propósito de "destruir los muros", no para realzarlos. Fue un acto de violencia simbólica, y al quejarse los dueños, amenazó con llevar la polémica a todas las revistas de arquitectura. Como todos los colonizadores, Le Corbusier interpretó su invasión como un regalo.

70

En la estatuaría toman cuerpo de mujer las ideas de Patria, de Muerte, de Inspiración, de Justicia, de Ciencia y otras muchas. La construcción de las identidades nacionales tiene mucho que ver con sus metáforas. H. Geyer-Ryan, en *Fables of Desire: Studies in the Ethics of Art and Gender* (1994), ha explorado el uso de metáforas literarias y escultóricas en la construcción del Oriente como el Otro que no es europeo ni cristiano, y la encarnación del exotismo en figuras femeninas. Más inmediato al entorno mediterráneo, el rapto de las Sabinas es también un mito fundante de Roma y la idea de rapto se repite en el mito de la propia Europa.

La abundancia de mujeres entre las representaciones mitológicas y de ideas abstractas no resuelve el desequilibrio entre referentes femeninos y masculinos, ni facilita el hallazgo de una identidad femenina autónoma y no dependiente de la subjetividad derivada del *Otro masculino*. Pero sirve, al menos, para recordar al ciudadano que existe un principio femenino de las formas. Este principio no radica en la vida, y menos aún en la vida cotidiana: como si para ser mujer se precisara realeza de cuna o domicilio en el Olimpo, y fuera de allí no hubiese otra existencia terrena, palpable, al alcance de la mano.

No obstante, los iconos no solo viven de la voluntad del autor, sino por lo que proyectan sobre ellos quienes los miran. La más antigua de las estatuas públicas de Madrid, conocida desde el siglo XVII como "La Mariblanca", quiso ser inicialmente una "Alegoría de la Fe", pero el escultor la cinceló con tal fidelidad al modelo clásico (senos al descubierto, túnica corta y pie descalzo, niño al lado) que incluso en su pedestal actual su nombre está inscrito como Venus. Pero tal vez el pueblo llano se identificaba mejor con otras historias cotidianas y Mariblanca encarnó a la amiga o vecina mejor que el referente mitológico.

De los iconos madrileños, Colón es el más visible, tan alto en su puesto

vigía. Colón se levanta sobre un pedestal de aguja cercado por montes de agua, en el centro de un nudo viario que es el centro real de la ciudad. Madrid se hermana en eso con Barcelona. Pero la estatua con la que los madrileños se identifican mejor es sin duda la de Cibeles, situada en la plaza de su nombre. Es una plaza monumental y despejada que ordena el tráfico alrededor de su rotonda. Además de atravesarla el Paseo del Prado, abre perspectiva hacia la Puerta de Alcalá y la confluencia de Alcalá con Gran Vía. Los paseantes, los que la miran desde la ventanilla de los autobuses urbanos (quince líneas cruzan por este lugar), los que acuden allí a celebrar el triunfo de su equipo de fútbol o a participar en duelos y acogidas y manifestaciones, no suelen saber nada de los planos de Ventura Rodríguez, ni de su encargo por Carlos III, ni de que su destino original fuera los jardines de la Granja de San Ildefonso. También ignoran que la peineta que ordena los cabellos de Cibeles es una tiara hecha de torres o que este atributo, junto con la yunta de leones, es el símbolo de las diosas-madre de Asia. Los madrileños ven en Cibeles una mujer de buen porte, una matrona sentada. Con gesto familiar, invita a ocupar un lugar a su lado. Sus leones son tan mansos que en nada se parecen a las fieras del Congreso. Se diría perros bien educados, levantando la mano. Los surtidores de agua dispares también tienen algo de grifo doméstico, de caño de huerto o chorro refrescante de botijo. Si del mármol surgiese una mesa camilla,⁵ la tertulia casera no desentonaría en el conjunto. Y los amercillos traseros; ¿qué otra cosa son, sino los nietos? Cibeles se ha popularizado, se ha vuelto castiza. Las estatuas queridas se contagian del habla cotidiana y pierden el rigor de la gramática: por eso se llaman “La Cibeles” o “La Mariblanca”. El lenguaje de Madrid las hace suyas, próximas, propias. A falta de otros personajes reconocibles en las calles y plazas, los inventa.

Llama la atención, por paradójico, que sean instituciones conservadoras como la religión o la realeza las que admitan mujeres entre sus figuras de referencia y que, en cambio, los valores democráticos representados por la igualdad jurídica o el derecho al voto no se hayan traducido todavía en innovaciones plásticas, en homenajes visuales a la participación ciudadana (individual o colectiva) de las mujeres. La polis moderna no ha alcanzado todavía la lucidez de Esparta, que otorgaba el honor de estelas funerarias, además de a los guerreros muertos en combate, a las mujeres que morían en el parto. Un parto que es hoy menos cruento, pero no menos agotador.

Cada habitante de la ciudad establece relaciones particulares con algunas calles y plazas, a las que le une una atadura especial. Las estatuas ejercen a veces la función de centrar un lugar o una referencia, de ordenar un espacio o una memoria. En las memorias de infancia de los madrileños ocupa un sitio preferente el Parque del Retiro, porque es lugar de juegos en las tardes de mayo y junio, antes del éxodo del verano. Cerca de la puerta de entrada, en el Paseo de Coches, hay una plazoleta de sombra fresca y grata, con altos árboles y un banco en semicírculo. Apoyada en la reja, enmarcada en columnas, una mujer con falda de volantes contiene en mármol blanco el gesto de espera.

⁵ Según el DRAE, mesa camilla, o camilla, es una mesa generalmente redonda (cubierta con unas faldas de tela gruesa que pueden llegar casi hasta el suelo), bajo la cual suele haber una tarima para colocar el brasero. [N. de E.]

Del otro lado de la baranda, un hombre corpulento, de metal oscuro, saluda sombrero en mano, montado a caballo. El grupo escultórico fue un homenaje de los Coullaut-Valera (Lorenzo y Federico) a los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, y la casa no es casa sino escena, teatro, representación. Como tantas manifestaciones de arte, la escultura respira la nostalgia de una tradición idealizada. También celebra una forma específica de ordenación de lo público y lo privado, de la relación entre hombres y mujeres. El orden social recibe el refrendo de la estética. Estatuas como estas hay muchas. Armoniosas, canónicas, felices. El hombre, oscuro y grande, domina la fuerza del corcel. Representa a los hombres de paso que no se detienen. Saludará en otras puertas, en otras rejas. Ella es blanca y ligera. Tendrá que esperar. No puede salir: desde el lado de dentro de la ventana, aguarda y guarda.

En los parques abundan estas representaciones, aunque pocas sean tan explícitas. Tal vez los paseantes no quieran encontrar, bajo la carne de bronce y mármol, otra cosa que historias sonrientes. Tal vez no quieran testimonios de ausencias, de exclusiones y conflictos, y guarden estos sentimientos para las estatuas de héroes y libertadores, en las que el dramatismo político se aparta de la vida cotidiana. En jardines así, reposantes y apaciguadores, ¿habrá crecido alguna vez una rebeldía, un pensamiento?

9 La seducción publicitaria: iconos perecederos en el paisaje urbano

72

La ciudad es un marco para el despliegue y la incitación a los deseos. Cualquier espacio es bueno para los ejercicios visuales de seducción publicitaria: las vallas, los vehículos, los escaparates, las cabinas telefónicas, las paredes, los pasadizos subterráneos, el mismo cielo.

La oferta de bienes y servicios es en las ciudades mucho más organizada y activa que la demanda. Su objetivo es adelantarse a ella, crear la necesidad y canalizarla. Para eso utiliza los recursos publicitarios en el juego de creación de necesidades de la sociedad capitalista. El mercado es el árbitro principal, aunque no el único, y son las necesidades que pueden resolverse mediante compras y ventas, mediante pagos, las que el mercado hace objeto de su atención.

Los sujetos sin capacidad de pago son irrelevantes para el mercado, salvo que otros puedan atender sus demandas por representación. Constituyen la "demanda insolvente", pero la insolvencia tiene muchos grados y matices y admite formas derivadas y paliativos. La insolvencia respecto a un bien mayor puede derivarse hacia un deseo más concentrado de bienes menores, y las demandas masivas constituyen precisamente la base del éxito de la producción en serie.

Para el mercado, el primer criterio de clasificación de los deseos no se refiere al contenido, sino a la capacidad de satisfacerlos: los que pueden ser satisfechos y los que no. No obstante, el mercado es complejo y sutil. Frente a la simplicidad del acto de la compra como relación instantánea entre el que adquiere y el que vende, hay un entorno de relaciones posteriores y previas (mantenimiento, negociación de crédito, etc.), un activo trabajo de contextualización (la creación de los lugares, las fechas, los accesos) y una labor cuidadosa de filtro

y seguimiento, de establecimiento de eslabones y cadenas entre los que tienen capacidad personal de pago y su entorno familiar o afectivo.

La publicidad desplegada en los espacios públicos y abiertos de la ciudad es distinta de la de otros medios y se dirige a otros receptores. Tiene que presentarse en gran formato, para ser contemplada desde lejos y aprisa. Cada centímetro cuadrado de espacio urbano es potencialmente un lugar de exhibición y de reclamo. En la ciudad peatonal, de intensa comunicación cara a cara, la publicidad diluye su peso visual entre otros muchos canales transmisivos, como el rumor y la prédica, la información boca a boca. Pero a medida que los contactos interpersonales son más fugaces, más funcionales, gana importancia el anuncio y el mensaje publicitario: las calles se cuajan de letreros, las carreteras se flanquean de pancartas, los edificios se rematan —alquilados por sus dueños— con gigantescos logotipos o neones de anagramas.

Este fenómeno de ruptura en la continuidad viaria, de peso abrumador de los mensajes publicitarios, fue objeto de reflexión en el tantas veces citado estudio de Venturi, Scott Brown e Izenour, *Learning from Las Vegas* (1977). A Venturi se le ha reprochado que quedase prendado en exceso por la superficialidad del fenómeno, por el método y la forma en lugar de por sus valores subyacentes (N. Leach 1996). Pero el arquitecto, al expresar su aprecio, no hizo otra cosa que refrendar lo que los residentes de la ciudad consienten y consagran. No son los intérpretes quienes crean la ciudad, sino quienes la habitan pasivamente y no la cuestionan.

La imposibilidad de reconocer otros signos fuerza a la publicidad viaria a usar iconos fácilmente reconocibles y a seguir una pedagogía o retórica basada en la repetición. Por lo general, los avisos publicitarios tienen como motivo principal una imagen humana. El uso de la imagen humana responde a tres objetivos principales: *autoidentificación*, *confianza* y *recompensa*. Las imágenes que buscan *identificación* son características de productos destinados a clientelas específicas (niños, jóvenes, personas mayores, etc.). Las imágenes que inspiran *confianza* son frecuentemente masculinas. Incluso cuando se utilizan para atraer clientelas femeninas, son legión los anuncios que utilizan “profesionales” (médicos preferentemente, pero también técnicos, artesanos y otros expertos) para componer un diálogo entre la compradora y su aconsejante. La figura del “maestro” y la discípula se ha trasladado desde el terreno religioso y artístico hasta el aprendizaje del consumo. Por sobre las anteriores, destacan por su frecuencia las imágenes que venden *recompensas*, asociando otros placeres al del objeto que promocionan. El rango de recompensas es considerable (vacaciones paradisíacas, prestigio, distinción, riqueza, juventud, etc.), pero para casi todas ellas se utiliza como vehículo de expresión el cuerpo femenino. En algunos casos, este se asocia también a las funciones de identificación y confianza; generalmente es un simple premio al consumidor, como un valor añadido que se incluye en el precio del objeto. La ciudad se ha convertido en un gran contenedor donde la publicidad pansexualizada exhibe cuerpos cada vez más desnudos, más explícitamente carnales.

Elizabeth Diller ha analizado en “Bad Press” (1996) el papel de la publicidad urbana en la construcción social del cuerpo. Aunque su ensayo se refiera al estado de Florida, no es difícil encontrar analogías con la situación española.

Los nacidos antes de 1978, que aún constituyen la mayoría de la población española, han conocido legislaciones y reglamentos que conferían un peso extraordinario a la ocultación del cuerpo como parte del decoro. La longitud insuficiente de la manga o el uso de pantalones eran causa de sanción moral y, a veces, administrativa. Como dice Diller, “el cuerpo se inscribe continuamente en una compleja ola de discursos que incluyen la salud, la belleza, la economía y la geografía”.

Contra el modelo de los reglamentos, la publicidad contrapone sus propios modelos. En el choque entre dos códigos, entre dos demandas de adhesión, los conflictos se trasladan al interior del sujeto o se reparten las adhesiones. Por poner un ejemplo, la campaña de publicidad dirigida a los jóvenes por algunas marcas de cigarrillos los asocian con la libertad, la aventura, la amistad y el sexo. Sin necesidad de nombrar, promete todo esto y más junto al acto de consumir tabaco.

Ningún ámbito de la vida es inmune a la conversión en mercancía, y la ciudad expresa esta conversión renovando constantemente los mensajes icónicos de sus calles. La estatuaría urbana tiene poco que decir al transeúnte, por comparación con el griterío visual y cambiante de los anuncios. Esa es la escuela de la calle, su retórica.

Cubiertas ya las necesidades básicas, el mercado necesita forzar incesantemente a nuevas apetencias, a nuevas necesidades. Pero no cualesquiera, sino solo las susceptibles de reconvertirse en bienes y servicios, en trueques por dinero. En esta espiral sin límite de los países o clases que han alcanzado el umbral de la prosperidad, el mercado pugna por conquistar segmentos de población todavía no entrenada en el ejercicio de elegir. Ofrece a cada cual, a través de metonimias, aquello a lo que aspiran y no tienen. Los publicistas exprimen los deseos encubiertos con las mismas técnicas que los psicoanalistas y los científicos sociales, pero tienen generalmente más recursos para sintetizarlos en sus diseños.

Algunos cambios de la publicidad son sutiles. Más que flores, la ciudad produce cosechas de anuncios, temporadas publicitarias. Los espacios no se alquilan para siempre, sus contratos especifican las cláusulas temporales: unos segundos en la televisión, unos días en el periódico, unas semanas sobre las vallas. Como constantemente se renuevan, y son múltiples, el ojo no percibe de golpe los cambios de estación, la lenta sustitución de contenidos y los valores en alza que la publicidad apoya.

Sobre las pantallas y los paneles, algunos cambios de imagen se adelantan a los cambios reales. Los anticipan o presagian al tiempo que los incitan y desatan. Hace dos décadas, los movimientos sociales de mujeres se quejaban de los modelos femeninos que la publicidad exhibía, sin más polos que el ama de casa roma y la *starlette* oxigenada. Hoy se ha pansexualizado la publicidad, pero también ofrece múltiples gradaciones de modelos. Aparecen jubilados y niños, jóvenes sobradamente cualificados, mujeres con cartera que vuelven de la oficina. La sexualización de la publicidad ha llegado hasta marcas tradicionalmente distantes y sofisticadas, como Loewe —que se publicita como “la compañía de moda y complementos española de lujo por excelencia, desde 1846”—, o se dirige a un sector nuevo de compradoras (Coca Cola y Renault): un colectivo

heterogéneo de mujeres activas, gineceos de administrativas, encerradas entre mamparas de cristal. En una serie de avisos publicitarios exhibidos en la televisión, una mujer de edad intermedia refleja sin disimulo su adoración por un hermoso macho: un transportista en el primero, un mecánico en el segundo. A diferencia de otros anuncios más epidérmicos y directos, la relación entre las nuevas miradoras y el objeto de su mirada es aquí más larga, más narrativa. El argumento publicitario tiene nudo y desenlace y apela a un efecto difuso que aproxima la relación a un modelo casi posible, cotidiano.

También es ilustrativa la aparición de un tipo nuevo de imagen de ropa interior, que hace muy explícita la sexualidad masculina. Rosa Montero ha dedicado alguna incisiva columna al fenómeno de la nueva publicidad, supuestamente dirigida a mujeres liberadas. En cambio, faltan en los avisos publicitarios los pobres y los enfermos, los venidos de fuera y los extraños. Las vallas son la escuela del modelo corporal (los modelos, hombres y mujeres, son típicamente rubios, muy delgados, altos, como herederos de un dios nórdico que no dejó simiente en estas tierras) y del modelo social (ricos, exitosos, jóvenes y audaces). Los que se apartan o no llegan se viven a sí mismos por representación o por delegación; se miden con lo que debieran ser y nunca serán. Como notas de color, algunas compañías introducen variantes: un enfermo de sida, una negra escultural. Pero no son sujetos reales, de los que viajan en metro o se apiñan en las afueras de la ciudad. Su función en el conjunto publicitario no es recordar su existencia sino conjurarla, mostrando solo un indicio barnizado, un complemento estético que prestigia el exotismo cosmopolita de la marca.





Capítulo III Los que viven la ciudad

Los que viven la ciudad

1 Los sujetos de la ciudad

Lo que diferencia un sujeto de un objeto es que el primero ejerce una voluntad, un proyecto o acción sobre el segundo. La atribución de vida propia y voluntad a la ciudad no es mera metáfora, sino un aspecto constitutivo de su identidad. De las cinco acepciones principales de “ciudad” que ofrece el Diccionario de la Lengua Española (DRAE, 22^a ed.), nada menos que dos se refieren a su condición de sujeto o capacidad volitiva: son las acepciones tercera (“ayuntamiento o cabildo de cualquier ciudad”) y quinta (“diputados o procuradores en Cortes, que representaban una ciudad en lo antiguo”).

Las otras acepciones destacan la vertiente arquitectónica y construida del asentamiento junto con el aspecto demográfico (“conjunto de edificios y calles, regidos por un ayuntamiento, cuya población densa y numerosa se dedica por lo común a actividades no agrícolas”; “lo urbano, en oposición a lo rural”; “título de algunas poblaciones que gozaban de mayores preeminencias que las villas”).

En el lenguaje común abundan los términos referidos a la organización política y administrativa de las ciudades, a su consideración como macrosujeto. La ciudad se hace sujeto por relación a otras ciudades ante las que se representa y a los sujetos intermedios o instituciones que le confieren dinamismo (distritos, representaciones de grupos ideológicos o sectores productivos, grupos de presión organizados, divisiones internas de poder o capacidad de decisión). Sin embargo, es escaso el vocabulario que explicita las relaciones de los sujetos individuales con la ciudad.

El concepto *ciudadano* designa una gama excesivamente amplia de situaciones. El Diccionario de la Lengua recoge cinco, de las que la primera es “natural o vecino de una ciudad” y la segunda, “perteneciente o relativo a la ciudad o a los ciudadanos”. “Pertenecer” a la ciudad carece casi de contenido; no es más que una simple relación gramatical, que extiende a cualquier objeto, acontecimiento o idea la conexión con la ciudad. En cambio, la de “natural” o “vecino” como condición del ciudadano recoge dos tradiciones jurídicas y culturales diferentes, que ponen el énfasis respectivamente en el origen y en la residencia. La ciudad acoge y hace suyos, en un trasunto de maternidad social y política, a los que en ella nacen y a los que la eligen para vivir: no solo el azar o la conducta de los progenitores, sino también la voluntad del propio sujeto.

La condición de vecindad se adquiere y pierde con el ejercicio, con el transcurso del tiempo. Hay grados y matices de vecindad y ciudadanía, que el propio DRAE recoge en las acepciones posteriores. Así, la tercera acepción de *ciudadano* es “el habitante de las ciudades antiguas o Estados modernos como sujeto de derechos políticos y que interviene, ejercitándolos, en el gobierno del país”; la cuarta, “hombre bueno”; y la quinta, “aquel que en el pueblo de su domicilio tenía un estado medio entre el caballero y el trabajador manual”.

La tercera acepción refleja claramente los elementos políticos y administrativos de la condición de ciudadano, más esclarecedora por lo que excluye y a quienes excluye que por lo que afirma. Si el ciudadano es el “sujeto de derechos políticos, que interviene en el gobierno del país”, los privados por una u otra razón de esta condición no son ciudadanos en sentido pleno, aunque sean “naturales” o habiten en la ciudad. La ciudadanía no se confiere, por tanto, a todos los urbanos, a esos “urbanitas” para los que el diccionario no proporciona nombre ni definición, que ocupan los extensos márgenes, históricamente mayoritarios, de la condición ciudadana. Una condición que ha perdido paulatinamente su sentido restringido, en la medida en que históricamente se han ensanchado las definiciones del sujeto político con capacidad de intervenir y han accedido a este derecho los no-propietarios, las mujeres, los jóvenes e incluso los no-naturales de la ciudad. No obstante, la ciudadanía se redefine simultáneamente de hecho, si no de derecho, con los nuevos y más indirectos mecanismos de participación: genera nuevas exclusiones, de hecho y de derecho, respecto a los colectivos de inmigrantes, pobres, ancianos, marginales y cualquier otro grupo desposeído del poder necesario para intervenir eficazmente en los asuntos que les conciernen.

El pensamiento *sobre* la ciudad, y más aún el pensamiento sistemático y teorizado, ha sido producido históricamente por un colectivo muy restringido de habitantes de la ciudad. También en la actualidad puede hablarse de discursos dominantes o influyentes y de discursos minoritarios o, mejor aún, de pensamientos entreverados de emociones que no llegan a teorizarse ni hacerse públicos. Las instituciones y los representantes de la ciudad, sus portavoces orgánicos, crean gran parte de las nuevas ideas y vocabulario. De entre los sujetos individuales que viven en la ciudad, son los *varavos* (acrónimo de varones activos, que por lo general aúnan a esta condición la de sanos y disponedores de familia) quienes más posibilidades tienen de crear discurso y de difundirlo, a pesar de que por su cuantía resulten un grupo minoritario. El desafío político de las ciudades ante el futuro es integrar a los restantes grupos sociales en la vida política real de la ciudad, que es mucho más profunda y continua de lo que concede el mero ejercicio periódico del derecho de voto.

2 Las formas de relación con la ciudad: conocimiento, afecto, uso

La ciudad es sujeto, objeto y escenario de múltiples relaciones sociales. En tanto que, a través de sus representantes, *la ciudad ejerce voluntad*, puede también entablar relaciones con otros sujetos individuales e instituciones, además de con otras ciudades o entidades territoriales mayores. Este es el tipo de relación que

dio lugar a la sentencia medieval “El aire de la ciudad hace libre”, reconociendo un estatuto de mayores libertades a sus habitantes del que disponían los campesinos. Actualmente la emanación de decisiones municipales es constante, en forma de decretos, planes y todo tipo de actuaciones de política urbana.

Aunque por diferencia de poder las actuaciones *de* la ciudad sean más influyentes, las actuaciones de los individuos *hacia* la ciudad son más numerosas. En cierto modo estas relaciones fragmentarias, con escasa capacidad de influencia tomadas de una en una, son en su conjunto poderosísimas y contribuyen de hecho a recrear la ciudad, a darle forma y sentido.

En la relación de los sujetos individuales con la ciudad hay componentes cognitivos y afectivos, aunque incluso podrían añadirse de otros tipos, porque en ella cabe cualquier matiz de la conducta humana. La relación *cognoscitiva* es simultáneamente analítica y sintética. La dimensión analítica implica la *diferenciación*, el *reconocimiento* y la *memorización* de los componentes. A medida que se conoce, la ciudad se diferencia en barrios, en calles, en ambientes, en perfiles, en recursos instrumentales. La dimensión sintética comporta la *fusión*, la *integración* y *armonización* de las partes en un todo único. La imagen de la ciudad, que en cierto modo corresponde a su identidad, es dinámica, interactiva, cambiante. Los que tienen capacidad de hacerlo, potencian la imagen y el tipo de conocimiento que desean, el que se ajusta a sus fines. Pero la imagen de la ciudad es inevitablemente múltiple, reflejo de las experiencias diversas que los sujetos tienen en ella. Si la ciudad no trata igual a los hombres y a las mujeres, o a los niños y a los viejos, a los que tienen empleo y a los que lo buscan, tampoco ellos corresponden con imágenes y relaciones homogéneas.

La relación *afectiva* con la ciudad es paralela a la relación cognoscitiva, aunque a veces se adelanta o hace más intensa la una que la otra. Algunas ciudades reciben afectos extensos, casi universales, aunque vayan poco provistos de conocimiento. Otras, o para otros sujetos, condensan percepciones erróneas, proyectivas, y se convierten en objeto de celos y desamor. Una ciudad capitalina, como Madrid, significa para muchos el territorio inhóspito y la sede de los gobiernos centrales, mientras para otros es suma de diferencias, lugar vernáculo, promesa de libertad, testimonio de amistades. Las ciudades de peregrinación son el extremo de la identificación afectiva. No hay en España ninguna Roma; pero Toledo, Granada y Santiago despiertan afectos parecidos a los del peregrino. En Toledo domina hoy una imagen convivencial, de coexistencia pacífica entre culturas. Granada recibe un auge de identificaciones afectivas entre los visitantes y estudiosos del mundo árabe. Y Santiago exhibe una identidad europeísta depurada, en la que las raíces medievales se funden con los componentes naturalistas de caminos a pie y estrellas vespertinas.

Los afectos hacia la ciudad no son homogéneos, y por debajo del saldo afectivo que parecen cuantificar los índices de satisfacción se esconden sentimientos más complejos y precisos. Hay partes o aspectos de la ciudad que los sujetos aman y otros que detestan. Además de los polos esenciales del amor-odio, otros sentimientos laterales enriquecen la relación con la ciudad: la tranquilidad, el miedo, el placer, el desagrado, la excitación, la esperanza.

La primera impresión es generalmente intensa, decisiva. Pero la relación no se detiene en el momento inicial, y conocimiento y afecto van tejiéndose y

evolucionando conjuntamente. Para evidenciar los afectos hacia individuos excepcionales, las ciudades crean títulos honoríficos y ominosos: son los “hijos predilectos” o “hijos adoptivos”, rubricados en placa o pliego, y también los “non gratos”, los expulsados.

Naturalmente, la forma más común de relación entre los individuos y la ciudad es la de *habitante* o *residente habitual*, que no implica grado ni color en cuanto a conocimiento y afectos. El habitante merece el nombre por su sola presencia sobre el territorio, aunque recuentos administrativos más precisos puedan disminuir (o, a veces, aumentar) su número en atención a otras condiciones o circunstancias. Hay habitantes, residentes, empadronados, vecinos; matices del lenguaje que recogen las gradaciones de la relación. Se les añaden los usuarios, los ocupantes, los propietarios, los dueños, los intérpretes y todas las derivaciones del ex-pre-post: los que han sido y los que van a ser.

Los *usuarios* no siempre habitan la ciudad. Y a la inversa, los *residentes* no siempre usan todo lo que la ciudad ofrece. Hay usuarios regulares y de paso. Flujos de uso constantes, aunque no repetidos en la composición. Usuarios fugaces, en tránsito. Ocupantes y okupas. Propietarios de pequeños trozos de la ciudad (un apartamento, un local comercial, una plaza de garaje, un quiosco en la esquina, una licencia, un taxi), y propietarios de grandes recursos urbanos. En sentido metafórico, los dueños de la ciudad no siempre son, o no necesariamente, sus propietarios. En un libro de mucho éxito sobre Los Angeles, *City of Quartz* (Davis 1992), quienes son descritos como dueños de la ciudad o *rulers* son los propietarios y gestores de la banca y del petróleo, de los grandes almacenes y periódicos. Los *rulers* reales tampoco coinciden siempre con los gobernantes aparentes.

De todas las categorías de relación con la ciudad, la más intangible y dramática es la de *aspirante*. Para que surja el deseo de partir hacia un lugar ajeno, basta con un poco de conocimiento y un mucho de ignorancia. No es solo la atracción lo que mueve a quien aspira a una ciudad determinada, sino el odio o la desesperación ante lo próximo. España es la frontera sur y atlántica de Europa, avanzadilla hacia África y madre antigua de media América. Las ciudades españolas parecen tierra de promisión para quienes conocen la dureza en sus propias condiciones de vida. Con los saldos demográficos en el límite de lo negativo y un nivel de desarrollo que en términos de comparación mundial es riqueza, España se ha convertido en un atractivo lugar de referencia para millones de aspirantes potenciales. Todavía no habitan las ciudades, pero ya forman parte de ellas. Aunque el nombre de España o de sus lugares apenas signifique otra cosa que el membrete de una carta o una señal sobre el mapa, la idea del cambio ya se ha introducido en sus expectativas, en su vida. Que estas aspiraciones ya difusas se conviertan en hechos depende más de las barreras que se opongan a su llegada que del deseo de diferir la salida. Barreras administrativas, policiales y políticas levantadas para demorar el inevitable destino de un mundo mestizo y móvil.

Derruido el muro de Berlín, se hacen patentes los otros muros. Tam-

bien ahora, como en la Edad Media, hay aspirantes que se arriesgan a sustituir sus lugares de origen por sus lugares de deseo. Algunos tienen éxito. Otros han de volver atrás. Los menos afortunados quedan para siempre a mitad de camino, en tierra de nadie, pagando con su vida el empeño.

3 Identificación espacial y multilocalidad

La identificación espacial es la medida en que el sujeto siente que su propia vida se asocia al lugar que habita. Por encima de las identificaciones puramente administrativas (lugar de nacimiento, de residencia, de ciudadanía, de domicilio legal, etc.), hay otras formas más complejas de identificación afectiva o psicológica que pueden coincidir o contraponerse a las anteriores. La capacidad identificatoria del lugar de origen varía considerablemente en distintas épocas y regulaciones jurídicas, que acentúan los elementos del *ius loci* frente a los del *ius sanguinis* u otras características ideológicas y organizativas. La consideración de "naturalidad" no se ha referido solamente en el ordenamiento jurídico español a la circunstancia geográfica, y un texto tan fundacional como *Las Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio (siglo XIII) daba fundamentos sociales al lugar y situación de nacimiento; cambiarlo no era potestativo del individuo, que podía ser perseguido por ello como delito.

La mayoría de las legislaciones modernas reconoce a sus ciudadanos el libre derecho de circulación dentro del territorio, y este territorio se ensancha con las Uniones políticas y económicas. No obstante, la movilidad sigue teniendo como límites las fronteras de otros países y las nuevas fronteras internas derivadas del acrecentamiento de los sentimientos nacionalistas. El lenguaje es rico en la matización de los grados de identificación espacial: respecto a los lugares no solo se nace o vive ("ser de", "estar en"), sino que además se desarrollan infinidad de matices relacionales, como la *aspiración* o el *temor* y la *expectativa* de estar y dejar de estar. Estos matices se recogen magistralmente en *Historia del cerco de Lisboa*, de Saramago, o en *Si te dicen que caí*, de Juan Marsé, en las que el escenario espacial sirve de telón de fondo para resaltar los profundos sentimientos de los personajes hacia la ciudad: identificación, aspiración, amor, posesión, odio y ensoñación.

La facilidad de desplazamiento y comunicación ha creado nuevos tipos de relación con los lugares, caracterizados por la simultaneidad, la movilidad y la fragmentación. Es un nuevo tipo de nomadismo y u-topismo, en que la simultaneidad de relación se superpone a las grandes distancias físicas. Frente a la identificación espacial tradicional, claramente centrada en el lugar en que se nace, vive y muere, la nueva forma de identificación es más multilocal, más depositada sucesiva o simultáneamente en varios lugares. Aunque tampoco es esta situación tan novedosa: en un país de puente geográfico, como España, la conciencia de la reversibilidad de las identificaciones espaciales late en cada piedra y en cada ruina histórica. En épocas muy recientes (décadas de los sesenta y setenta), las grandes migraciones internas y hacia países europeos generaron un nuevo tipo de escisión en la identidad territorial, que todavía afecta de modo importante a la población mayor de cuarenta años.

La identificación espacial no se limita al lugar concreto de residencia y

combina elementos locales, regionales, nacionales e internacionales. Tampoco es homogénea: en algunos sujetos prima la identificación de barrio por sobre la de ciudad o la de región sobre país, o viceversa. Por otra parte, los cambios de lugar de residencia, el tiempo compartido entre la vivienda principal y la secundaria, el hábito de pasar fuera de la vivienda principal muchos días al año por motivos laborales, o muchos de los días significativos, como las vacaciones, generan nuevos tipos de identidad espacial con nuevas y distintas organizaciones espacio-temporales.

No siempre corresponde, aunque se asocie, la satisfacción y la residencia *de facto* con la identificación, que, como hemos visto, tanto se dirige a ámbitos menores como se abre a identidades supranacionales, y tanto la motiva el recuerdo o la historia como la aspiración y el proyecto futuro.

4 La percepción de los problemas de la ciudad por sus habitantes

Un problema es una dificultad o conflicto explícito para el que existe solución. Vale la pena insistir en esta dimensión explícita y operativa de los problemas, porque las tensiones y dificultades de la vida urbana, por grandes que sean para algunos colectivos o por relación a otras entidades o bienes, no se convierten en *problemas* hasta que son definidos como tales. Hasta que se establece un cierto consenso o aceptación de que el conflicto de referencia podría “solucionarse” o dársele otra “salida” distinta de la del momento presente, el malestar difuso o el daño imperceptible no alcanzan la categoría conceptual de problemas.

En este sentido, la investigación sobre “problemas urbanos” se orienta de dos modos muy diferentes: el primero se centra en *manifestaciones* concretas y específicas de la vida urbana, tales como el tráfico, los ruidos, la contaminación, el alcantarillado, el transporte, el agua, las basuras o la dotación de servicios. El segundo tipo de análisis se dirige a *temas* muy generales, como el lugar que ocupa la ciudad en los procesos de producción o en la lucha entre clases sociales, los fenómenos de globalización, la configuración de identidades o los climas intelectuales. El cambio en estas condiciones es lento pero de gran envergadura, y entraña profundos conflictos de intereses entre las partes implicadas.

A los últimos conflictos mencionados, que son constitutivos o estructurales, rara vez se les denomina “problemas”. Para acceder a la percepción y conceptualización como problema es preciso que existan acotaciones precisas del fenómeno, colectivos que propugnan medidas concretas, cuantificaciones, portavoces, responsables o instancias ante las que se requiere la intervención social. Como la relación entre el problema y la entidad encargada de su control o responsable por su gestión es dialéctica, también se produce la asociación en el sentido inverso: una vez creado el *órgano* (oficinas o concejalías municipales, representación de movimientos vecinales, asociaciones), es mucho más probable que se continúen generando cuantificaciones del fenómeno y que este se convierta en un “verdadero problema urbano” ante la opinión pública. A la inversa, si no existen portavoces ni se identifica fácilmente un “otro” ante quien plantear los cambios y las soluciones, el problema se diluye, aquieta y

larva, dando la impresión de no existir. De ahí la enorme importancia de los foros y plataformas de discusión sobre temas generales de la ciudad, que dan voz a tensiones implícitas, las conceptualizan y permiten su salida del estado larvario, aunque no logren respuestas concretas y menos aún modificaciones reales inmediatas de la estructura urbana.

Los habitantes de las grandes ciudades son más críticos, pero esta tendencia no se da de manera exclusiva frente a los temas urbanísticos, sino a cualesquiera otros, y es relativamente independiente de las facilidades o problemas reales que existan en la ciudad. Los urbanos son, en general, menos conformistas que los que viven en poblaciones de menor tamaño. Su configuración psicológica resulta influida por la dimensión de apertura que genera la ciudad, en el sentido de que la variedad hace más visible la posibilidad del cambio en cualquier ámbito de la vida. También, el mayor tamaño de la población contribuye a que el individuo interprete de modo diferente el origen de las propias necesidades, alejando de sí mismo la causa, despersonalizándola. Puesto que la personalización del origen de un problema es una acusación de culpabilidad, para el habitante de las ciudades es más sencillo o menos costoso imputar esta responsabilidad a elementos ajenos a sí mismo, fuera de la propia esfera de influencia y responsabilidad. En las relaciones cara a cara todos los sujetos tienen mayor conciencia, por acción u omisión, de su participación real en la configuración de los problemas y sus soluciones. Y este tipo de relación es frecuente en los municipios pequeños, pero raro en las grandes ciudades.

5 La ciudad repartida

5.1 Niños y jóvenes en la ciudad

En España son bajas las tasas de natalidad.⁶ Tan bajas, que disputan a Italia el primer puesto mundial en la clasificación; y dependiendo del tipo de indicador utilizado y sus leves variaciones técnicas, sale ganadora una u otra. Consecuentemente, las ciudades españolas tienen pocos niños. En 1998, solo un 16 por ciento de la población tenía menos de quince años, y las proyecciones para el año 2026 realizadas por el Instituto de Demografía no preveían un aumento. Pero tal vez no habría que poner la natalidad en el lugar de la causa, sino en el de la consecuencia. ¿Por qué los españoles han reducido en medio siglo la cifra de hijos hasta no garantizar siquiera su simple reposición?

La respuesta a esta pregunta no es sencilla, pero evidentemente tiene poco que ver con causas biológicas. Son los condicionantes sociales, principalmente los cambios ideológicos y tecnológicos, los que han cambiado las pautas de natalidad. El cambio ideológico respecto a los años cuarenta ha consistido en el aumento notable del valor socialmente atribuido a la independencia o autonomía personal, a la participación social y al confort económico. En el plano tecnológico ha sido relevante el abaratamiento y difusión de las técnicas de control reproductivo, que han sido a su vez posibles por el cambio ideológico y legal, que ha convertido en práctica socialmente aceptable el uso de anticonceptivos.

⁶ En Chile, al año 2004, la tasa de fecundidad alcanzaba a 1,9 niños por mujer entre 14 y 49 años. [N. de E.]

El cambio ideológico ha afectado a toda la población, pero especialmente a las mujeres, en lo que se refiere a independencia e integración social. Los países del sur de Europa están haciendo ahora su segunda transición demográfica, que los países escandinavos realizaron hace ya décadas. Quieren tener pocos hijos para concentrar en ellos su cuidado y proyección personal. De momento, la reducción en el número de hijos (como modelo y como práctica real) ha permitido el acceso de las mujeres a la educación y a la fuerza de trabajo. Sin embargo, la difusión de los ideales de independencia, individualidad y participación no ha ido acompañada por los cambios legales y organizativos que la harían compatible con un nuevo tipo de vida familiar. La demanda de trabajo no remunerado sigue centrándose en las mujeres y la carencia de servicios sociales complementarios es muy acusada. El acceso real al empleo en situaciones de alta competitividad es difícil, y las mujeres presentan una tasa de paro que duplica la de los varones, al mismo tiempo que soportan jornadas reales de trabajo (remunerado y no remunerado) mucho más largas, tanto diarias como semanales, anuales o a lo largo del ciclo vital. El reparto de la carga general de trabajo no se ha iniciado más que tímidamente, tanto en los hogares como en las consignaciones presupuestarias públicas. En estas condiciones, la natalidad tiene escasas probabilidades de remontar. En Europa al menos, el saldo demográfico seguirá equilibrándose por la vía de la inmigración.

La arquitectura y el urbanismo no son causa principal, pero sí coadyuvante al descenso del número de niños en las ciudades españolas. Los niños constituyen parte principal de la demanda insolvente, y es muy escasa su capacidad para lograr recursos urbanos en competencia con otras instituciones o colectivos más poderosos ante el mercado económico y los mercados electorales.

86

La expulsión de los niños es doble: por una parte, no son invitados a la fiesta de la vida, no nacen; y por otra, no pueden compartir plenamente los aspectos más positivos de la vida urbana (la variedad y riqueza de interacciones, los estímulos de todo tipo), porque son expulsados hacia los barrios y urbanizaciones periféricas, donde el peligro físico o la contaminación es menor y los precios más asequibles, pero en los que la segregación por edades, género y clase social hacen estragos no por intangibles menos reales.

En cuanto a los jóvenes, a falta de vivienda propia desarrollan estrategias espacio-temporales particulares en su relación con la ciudad. Básicamente, la adopción de horarios peculiares, diferentes al resto de la población, les permite el uso en exclusiva de espacios comunes en su propia franja horaria. En el caso de los sectores más solventes, la moto y el coche son apropiaciones individuales, móviles, del espacio público. De alguna manera son cuartos de estar rodantes, pequeñas demarcaciones privadas e incluso íntimas con las que sus dueños dan rienda a necesidades de expresión tanto o más que a necesidades de transporte. Su atractivo para los jóvenes va más allá de sus meros componentes funcionales.

Algunas zonas de la ciudad (las zonas de reunión) se colonizan casi exclusivamente por jóvenes, especialmente durante los fines de semana y festivos. También se producen utilizaciones concentradas de los servicios de educación y deportivos. El proceso de colonización de espacios urbanos no solo se basa en la ocupación física, sino en la ocupación simbólica. Los graffiti y las peleas son

modos de marcar las fronteras entre zonas de influencia de distintos colectivos de jóvenes (López 1996). Aunque sean muy minoritarios, son los grupos más radicales y violentos los que dejan la huella física y simbólica más poderosa en el espacio urbano.

5.2 Ancianos en la ciudad

La construcción social de la vejez

Frente a algunas imágenes bucólicas de los ancianos de épocas pasadas, la realidad histórica ha dicho cosas bastante diferentes. La esperanza de vida era breve, se envejecía tempranamente y se adquiría la condición de “anciano” a edades hoy consideradas intermedias. La mayoría de los que llegaban a adultos no vivía lo suficiente para ver crecer a sus hijos. En condiciones de supervivencia colectiva de extrema dureza, no han sido raras las culturas que forzaban a sus ancianos a acelerar el final como un modo de regular el tamaño de la población y dar cabida a los nuevos miembros. Es cierto que el control de la propiedad de la tierra y de la tecnología artesanal otorgaba reconocimiento a los mayores, pero este se condicionaba de hecho a las facultades físicas (fuerza, agilidad, visión, destreza), y la selección natural y social era muy exigente. La mejora de las condiciones de vida, especialmente en la alimentación, el alojamiento y el cuidado sanitario, ha producido un alargamiento espectacular de la edad media de vida en los países desarrollados y un cambio en las necesidades de alojamiento, servicios y diseño urbano.

Aunque la edad avanzada ha sido siempre un poderoso agente de atribución de papeles sociales, nunca lo fue de manera tan determinante como en la actualidad. En sociedades desarrolladas ya no solo es una condición individual, sino un factor de pertenencia a un sector de la sociedad con capacidad para negociar —explícita o implícitamente— el contrato social que vincula a sus miembros con el resto de la sociedad. La capacidad interventiva de los mayores se pone claramente de relieve en los procesos electorales ante temas que los afectan de cerca, como la cuantía de las pensiones o el precio de los medicamentos; no obstante, la incidencia general en la toma de decisiones políticas no es proporcional a su número de votos. Paralelamente a los cambios demográficos, el soporte económico de los ancianos ha cambiado desde una base patrimonial (principalmente agricultura y pequeños negocios) a un sistema de rentas (pensiones, subsidios y réditos).

La nueva situación requiere nuevas palabras, pero ni “vejez” ni “ancianidad” describen adecuadamente las relaciones sociales y administrativas surgidas de la generalización del retiro a los sesenta y cinco años, por lo que se han extendido los términos “tercera edad” y “sociedad de mayores”.

En España, según la encuesta del Centro de Investigaciones sobre la Realidad Social (CIRES) de 1992 sobre este tema, el término que los mayores de sesenta y cinco prefieren aplicarse a sí mismos es “mayores” (51 por ciento) o “tercera edad” (23 por ciento), en tanto que solo 14 por ciento prefiere autodenominarse “ancianos” y 5 por ciento, “viejos”. Entre las mujeres es aún más acusada la preferencia por el término “mayores” que entre los varones, por las connotaciones despectivas de la vejez en relación con la apariencia física.

No hay uniformidad acerca de los criterios que convierten a una persona en vieja, pues aunque la edad es el más comúnmente señalado (54 por ciento), otros factores como la apariencia (16 por ciento), las actitudes (8 por ciento), la capacidad física (6 por ciento) o mental (3 por ciento), o el hecho mismo de la jubilación (3 por ciento) tienen también influencia. Una cuarta parte de los mayores señaló en esta encuesta que la edad no era el factor más importante, y esta opinión estaba más generalizada en las personas de posición socioeconómica más elevada. Tampoco hay acuerdo sobre cuál sea la edad del umbral, y solo una quinta parte coincidió en sus estimaciones con la edad oficial de retiro (65 años), repartiéndose el resto entre quienes la situaban por encima y por debajo. A mayor edad de los entrevistados, más alto se sitúa el umbral de la vejez.

La Organización Mundial de la Salud ha transformado el antiguo eslogan “añadir años a la vida” por el más moderno “añadir vida a los años”, porque no se trata tanto de conseguir récords estadísticos de permanencia cuanto de la calidad humana de estos años. De ahí que una edad y un colectivo que, vistos desde fuera, son homogéneos —los “mayores”, “jubilados” o “viejos”—, constituyen en realidad subgrupos fuertemente diferenciados. No es la edad lo que define por sí misma la vejez, sino su asociación con el deterioro físico personal y, lo que es igual de importante, el deterioro de las personas que componen el entorno familiar y afectivo de los ancianos. De ahí que convenga separar claramente los conceptos de “jubilado” y de “viejo”.

Las personas jubiladas constituyen una categoría administrativa y económica que se caracteriza por el acceso a rentas fijas no salariales, la exclusión del mercado de trabajo y el disfrute de algunas facilidades adicionales de servicios públicos. Es una condición que afecta sobre todo a los varones y, solo por derivación, a las mujeres que comparten con ellos su vida.

El número de años de vida válida que tienen por delante los jubilados crece, aunque lentamente, y para muchos de ellos constituye una buena época de su vida. Aunque no es lo más común, tampoco son raras las jubilaciones anticipadas a petición de los interesados, que esperan de su futura situación unas condiciones de vida más ventajosas que cuando eran activos. Para las mujeres a quienes la jubilación trae un ingreso mensual propio, aunque modesto, sin cambiar en la práctica de oficio ni de condiciones reales de vida, también es un cambio positivo, reforzado con bastante frecuencia por la nueva sociabilidad que facilitan los pequeños viajes organizados por los programas de vacaciones para mayores, las rebajas en algunos servicios y actividades, y los clubes de tercera edad o actividades organizadas por los municipios y otras asociaciones. En buenas condiciones de salud y de integración social, los años añadidos a la vida son placenteros, deseables y ricos para ellos mismos y para el entorno familiar de quienes los cumplen. Esta edad es una construcción social reciente nacida del Estado de bienestar, y todavía no tiene nombre ni vocabulario, ni estética propia ni mitos. El cine y la televisión, que los propios mayores consumen en grandes cantidades, ha contribuido a darles imágenes aceptables más que todos los decretos y organizaciones sociales juntos. La serie televisiva *The Golden Girls*, conocida en España como *Las Chicas de Oro* y en Latinoamérica como *Los Años Dorados*, emitida a fines de los ochenta y comienzos de los noventa, fue un éxito mundial porque conectaba con esa necesidad de iden-

tificación, de modelos y nuevos estilos de vida, y le han salido imitaciones e imitadoras por todas partes.

De ahí la importancia, comprendida por todos los gobiernos de los países desarrollados, de facilitar las condiciones de actividad social y de cuidado físico de los mayores, que son un recurso humano extraordinario para sí mismos y para el resto de la sociedad, y de alargar todo lo posible el periodo de validez. A ello contribuyen numerosos avances médicos (corrección de defectos de visión, oído, circulación) y paliativos u ortopédicos (sillas de ruedas, camas articuladas, avisadores, fibras absorbentes y plásticas). Los diseños urbanísticos y de vivienda (rampas, ascensores, iluminación, duchas de plato bajo, puertas accesibles, timbres, etc.) pueden contribuir a alargar este periodo y a hacer menos dañinos los efectos de la paulatina pérdida de fuerzas físicas.

El crecimiento de la población de edad avanzada hace imprescindibles algunos cambios en la organización espacial de las ciudades, tanto en relación con la accesibilidad física como con la accesibilidad organizativa de los servicios. Pero tales cambios solo se llevarán a cabo si también se modifican las actitudes y priorizaciones sociales. La preparación de los espacios públicos para el uso de una población envejecida, igual que la remodelación de las viviendas, requiere fuertes inversiones y la elección entre presupuestos alternativos que favorezcan a diferentes grupos sociales. Tanto física como psicológicamente, la integración en la vida cotidiana tiene efectos positivos para los ancianos. De ahí que las medidas encaminadas a eliminar obstáculos a su participación generen indirectamente salud, tanto para ellos como para quienes reciben sus demandas de cuidado.

El alargamiento de la esperanza de vida ha traído consigo importantes cambios en la estructura familiar. Las relaciones paterno-filiales más fuertes no se producen ya con los primogénitos sino con los benjamines, porque estos permanecen más tiempo en el hogar en vida de sus padres. Han perdido sentido muchas tradiciones y convenciones respecto a la transmisión de la propiedad y el uso de los bienes familiares. La generalización del sistema de pensiones ha reforzado la autonomía y el poder de los jubilados dentro de las familias, especialmente en los medios rurales, donde coexisten con economías de autoconsumo y escasa liquidez monetaria.

Los jubilados en buenas condiciones de salud constituyen un grupo muy importante y creciente en la vida de las ciudades españolas. Es este colectivo con ganas de vivir el que describe con gracia la popular canción de Martirio "Y a mí quién me cuida", preocupados por la combinación entre "no perder la pensión" y "ponerse contentos". Disponen de recursos de tiempo formidables, especialmente los varones, aunque consumidos en gran parte de modo pasivo ante la televisión. Pero son también el soporte real de la calidad de vida en muchas familias, la garantía última que permite la incorporación al empleo de mujeres jóvenes, y la base en que se asientan las cada vez más extendidas organizaciones culturales o filantrópicas sin ánimo de lucro.

Para la mayoría de las mujeres de edad avanzada que no están incorporadas al mercado de trabajo, la edad de jubilación no tiene consecuencias prácticas importantes y continúan ejerciendo su trabajo doméstico sin interrupciones. Los varones asalariados, en cambio, viven la jubilación de un modo muy in-

tenso, especialmente cuando se la anticipa obligatoriamente. La jubilación es el descanso y la seguridad merecida para muchos, pero otros la viven como una expulsión disfrazada del mercado de trabajo.

Incidencia del mercado y de las condiciones legales de la vivienda en la vida de los ancianos

El aumento de la esperanza de vida y la mejora de las circunstancias económicas de las personas mayores han cambiado el mercado de la vivienda y la distribución de los propietarios según edad. El número de personas mayores que viven solas ha aumentado, y también el de los hogares encabezados por personas de edad avanzada. Entre 1976 y 1991 el número de viviendas cuyo propietario rebasa los sesenta y cinco años ha aumentado en España en un millón de viviendas. L. Garrido (1993) ha estimado que el número de viviendas que hubiesen entrado en circulación en el mercado si se hubiese mantenido la estructura de edad de los propietarios de 1976 habría sido de 277 mil, casi un tres por ciento del parque total de viviendas. Los agentes inmobiliarios estiman que esta "demanda mantenida" es una de las razones, aunque no la única ni la principal, del incremento de los precios de la vivienda urbana, que entre 1986 y 1991 alcanzó en España una cota del 150 por ciento y en Madrid del 250 por ciento. En general, los ancianos expresan satisfacción con su propia vivienda, aunque a ello contribuye una actitud más conformista que en las edades jóvenes.

90 Tanto las condiciones legales como los beneficios de Estado del bienestar han animado a las personas de edad avanzada a permanecer en sus antiguos hogares durante más tiempo. Lo han facilitado las cláusulas de traspaso casi automático de los contratos de arrendamiento a los cónyuges supervivientes, y asimismo la congelación de los precios antiguos de arrendamiento; la Ley de Arrendamientos Urbanos de 1962 creó durante décadas una situación muy beneficiosa para los inquilinos. Desde 1985 no es obligatoria la prórroga forzosa y desde 1994, la nueva Ley de Arrendamientos Urbanos determina que la duración de los contratos sea de un año, con derecho de los inquilinos a prorrogarlo hasta cinco años. Los contratos antiguos, que son los que regulan la mayoría de las viviendas alquiladas por personas mayores, permanecen tal como están, pero el arrendador tiene derecho a la progresiva actualización en cinco o diez años en función de la renta anual de la unidad familiar, y tanto el impuesto sobre bienes inmuebles (IBI) como la parte proporcional al impuesto de patrimonio corresponde ahora trasladarlo al inquilino.

La protección al inquilino había supuesto en la práctica una socialización del mercado de arrendamientos urbanos; al tratarse de capitales cautivos, no rentables para los arrendadores, la oferta en alquiler para familias estables había declinado. El estado de mantenimiento de los edificios antiguos es malo. La humedad, la carencia de calefacción y ascensores, la falta de higiene y vigilancia son rasgos comunes a las fincas urbanas con predominio de rentas antiguas. Tampoco son raros los riesgos de ruina o los incendios. Los conflictos de intereses entre propietarios e inquilinos son muy frecuentes, así como las presiones para el abandono de las viviendas.

Como las mujeres viudas sobreviven a sus esposos un promedio de diez años, gran parte de los titulares de los contratos de arrendamientos antiguos

son mujeres. El impacto de la nueva ley afectará a los ancianos con contratos antiguos, que son la mayoría, porque no podrán en muchos casos soportar los aumentos de precio; pero sobre todo, ha puesto fin a una cultura generalizada de alquileres baratos que formaba parte de la vida cotidiana de los ancianos urbanos. La encuesta del CIS a mayores de sesenta y cinco años, sobre Situación Social de la Personas Mayores (1989) solo detectaba un 5 por ciento que habían tenido que cambiar de vivienda por razones económicas, pero esta cifra crecerá considerablemente en los próximos años.

No obstante la situación legal beneficiosa respecto a los precios de los alquileres antiguos, las desventajas ya señaladas (pisos de mala calidad, escasez de oferta, falta de renovación y mantenimiento) han impulsado la adquisición de las viviendas en propiedad, y esta es también la situación más común entre personas de edad avanzada. Solo el 21 por ciento de los mayores de sesenta y cinco años reside en Madrid en viviendas alquiladas. En cuanto a las viviendas en propiedad, casi todas se encuentren ya completamente pagadas y libres de cargas, pero los gastos fiscales y de mantenimiento son difíciles de afrontar por los pensionistas, especialmente por las viudas. La vivienda es la principal propiedad de las familias españolas, y en este sentido los mayores son más ricos en patrimonio —porque han acumulado más años— que los jóvenes. Sin embargo, como la vivienda es un bien de consumo que no puede ser vendido por piezas, es muy frecuente y paradójica la situación de personas mayores que usufructúan un espacio muy por encima de sus necesidades materiales pero carecen de los recursos materiales necesarios para mantenerlo. Tanto las exigencias fiscales como las motivaciones psicológicas y la inercia mental y falta de fuerzas físicas que acompañan a la vejez dificultan la solución a este círculo vicioso, pero parece muy necesario encontrar alguna manera de convertir en renta el patrimonio de las personas mayores y de facilitar su traslado sin traumatismo a lugares más reducidos y accesibles a los prestadores de cuidados.

91

Longevidad y dependencia

La prolongación de la etapa de jubilación en condiciones de validez física y mental no debe hacer olvidar que este es un periodo de antesala hacia un final que inevitablemente llega, que es la vejez en sentido estricto, con sus secuelas de incapacidad, enfermedad y muerte. En la cultura occidental, y muy especialmente en la subcultura sanitaria, la muerte no se interpreta como un final natural o un acto más de la vida, y existe muy poca reflexión sobre su impacto en la vida cotidiana: como si al no hablar de ella y de sus asociaciones, disminuyese el poder de su amenaza.

A pesar de la ampliación de la etapa de jubilación en condiciones de validez, la última etapa de vida, con invalidez y deterioro grave, crece más aprisa todavía. Si una se incrementa lentamente, al paso, la otra se distancia al galope, y los cuidados que requiere un anciano no válido (estimados en horas semanales) son mucho más voluminosos, y menos gratos, que los que requiere un niño recién nacido. En las sociedades occidentales se asocia todavía la imagen del cuidado al débil con la de la madre y el niño, unidos por elementales cadenas biológicas. Esta es la ética que ha reforzado tradicionalmente la estética de la pintura, de la narración y de la poesía. En la transición al siglo XXI, en España

como en todos los países desarrollados, la mayor parte de la demanda de cuidado no proviene ya de los niños, sino de los ancianos no válidos. Los niños llegan cuando, planificadamente, sus padres creen que están en condiciones de tenerlos. La vejez de uno mismo, o de los familiares y entorno, llega sin pedir explicaciones; a veces (como en los accidentes cardiovasculares o las temibles roturas de cadera), anticipada o prematuramente. La transición de edades de los niños sigue etapas altamente fiables y regulares: puede estimarse el momento en que irán a la guardería o al colegio o en que podrán cruzar la calle solos. En el caso de los ancianos no-válidos, lo único que puede preverse es que, en conjunto, su situación se irá degradando paulatinamente, con mayor sufrimiento y dependencia.

Los sujetos dominantes en la toma de decisiones sobre la ciudad, los *varavos*, tienen poco que ver con la vejez y prefieren distanciarse de ella lo más posible, como forma de acallar el temor de conocerla. Esto no modifica su irremediable destino de convertirse en viejos, pero frustra la posibilidad de encararlo serenamente en un esfuerzo de ajuste colectivo, más responsable, solidario y libre.

El miedo a la vejez y a la invalidez también nos empuja a derivar sus consecuencias inmediatas —la satisfacción de las demandas más urgentes— hacia otros miembros de la red familiar y social que han sido estructuralmente entrenados para la solidaridad y la carencia de un proyecto propio. Un entrenamiento del entorno familiar que interpretó magistralmente Laura Esquivel en las relaciones entre la madre anciana, dominante, y sus dos hijas casaderas en *Como agua para chocolate*. Una relación que tiene su correspondencia organizativa, en España, en el tipo de soluciones de atención a los enfermos de larga duración que ofrece la organización sanitaria. Cualquier sala de espera en las secciones de urgencias en los grandes hospitales de la Seguridad Social está ocupada por personajes que podrían reescribir la novela de Esquivel en carne propia.

Un conjunto de condiciones biológicas (mayor resistencia física) y sociales (menor inducción a actividades insalubres o peligrosas) hacen que la longevidad media de las mujeres sobrepase la de los varones. Este logro, que en principio ha de saludarse con alegría, tiene algunas contrapartidas sobre las que rara vez se expresa la reflexión social y política.

En su estudio sobre las mujeres mayores, Freixas (1993) ha analizado los aspectos motivacionales de la vejez. Muchas mujeres achacan la vejez a la “pérdida de esperanza o carácter”. En general, las mujeres creen que se enfrentan mejor que los varones con el envejecimiento, porque están mejor entrenadas para ello. Contrariamente a lo que generalmente se atribuye a la menopausia, la autora citada concluye que las mujeres mantienen una relación positiva consigo mismas durante esa etapa, sintiéndose más libres y seguras cuando la sobrepasan. En cambio, el retiro provoca en los varones, según el mismo estudio, una aceleración del envejecimiento, con un deterioro físico pronunciado. También surgen dificultades por el uso cotidiano del espacio y el tiempo: el aumento de las horas de convivencia entre las parejas de edad avanzada, restringidas a un espacio que durante décadas las esposas consideraron como propio, es, según Moragas (1989), una causa frecuente de problemas.

Como en los matrimonios por lo general hay una diferencia de edad a favor de los varones, que se hace todavía mayor en los segundos matrimonios o

parejas de hecho, y como es más frecuente que vuelvan a casarse los varones, no las mujeres, abundan entre ellas las de edad avanzada que no tienen pareja. En su mayoría los varones llegan hasta la vejez y la muerte acompañados por esposas más jóvenes que ellos, que han asumido culturalmente la obligación de cuidarlos. Pero no hay simetría para las mujeres, y puede preverse estadísticamente que, como promedio, pasarán los últimos diez años de su vida sin la presencia de un compañero. La condición económica de las mujeres deriva en la mayoría de los casos de la de su esposo, especialmente en cuanto a las rentas monetarias derivadas de pensiones. En caso de viudez, la renta se reduce respecto de la que percibía el esposo.

En Madrid, veinte de cada cien personas mayores viven solas; entre los varones esta proporción es de siete de cada cien, pero entre las mujeres es cuatro veces más alta. La mayoría de los que viven solos señalan razones positivas, tales como la independencia y la capacidad física y económica para hacerlo, pero también es destacada la proporción de los que lo hacen porque no tienen otro remedio. A pesar de que sus condiciones de validez empeoran, entre los más ancianos es más frecuente vivir solo, como consecuencia de la muerte del cónyuge u otros miembros de la familia.

Aunque sea muy relevante para el mantenimiento o el riesgo de bancarrota del sistema general de prestaciones del Estado de bienestar, la trascendencia de estos datos no deriva principalmente del carácter “no activo” o ajeno al mercado de trabajo de las personas mayores. Donde la vejez se convierte en un desafío formidable a la capacidad organizativa, la solidaridad y el cambio de actitudes es en el cuidado de los que devienen no-válidos como consecuencia del envejecimiento. La esperanza de vida crece a un ritmo más rápido que la esperanza de vida válida en todos los países desarrollados: los no-válidos se miden por la diferencia entre ambas esperanzas de vida.

La alta demanda de cuidados generada por los ancianos recae sobre sus familiares. También su demanda sanitaria es más elevada que la del resto de la población. La prestación de cuidados la realizan preferentemente los familiares convivientes, entre los que desempeñan un papel principal las mujeres, pero también es relevante el papel de los familiares no convivientes. Aunque es más alta la proporción de ancianos en los pequeños municipios, la mayoría de los ancianos vive en ciudades, donde se enfrentan a problemas de aislamiento, dificultades de transporte, inaccesibilidad en general y alto costo de vida.

Los servicios asistenciales son escasos en España, como lo son en general en la mayoría de los países en vías de desarrollo, y el cuidado de los ancianos, igual que el de los enfermos, descansa en la disponibilidad de familiares dispuestos a asumirlo. Este cometido es incompatible con la incorporación al mercado de trabajo o a cualquier otra actividad que requiera una dedicación continuada. Por ello, la estructura de los servicios asistenciales y la organización sociosanitaria es para las mujeres una cuestión política de primera importancia.

Instrumentos de planificación y accesibilidad urbana

La declaración de 1993 como el “Año europeo de las personas mayores y de la solidaridad entre las generaciones” facilitó la toma de conciencia de las dificultades que entrañan las barreras arquitectónicas para los mayores en las

ciudades. Aunque esta conciencia crece continuamente, y a ello contribuyen de modo muy activo las organizaciones de discapacitados o minusválidos, todavía no han alcanzado un nivel real de transformación del diseño de las nuevas edificaciones, de las vías públicas y, menos aún, de los cascos antiguos de las ciudades. No obstante, son numerosas las iniciativas en marcha. A título de ejemplo, extrapolable a otras realidades, una de las iniciativas más recientes y complejas desde el punto de vista administrativo es la que afectará a Zaragoza y las restantes ciudades aragonesas como consecuencia de la promulgación en Aragón, en 1997, de la Ley de Promoción de la Accesibilidad y Supresión de Barreras Arquitectónicas, Urbanísticas, de Transporte y de la Comunicación. Esta ley establece detalladamente las propuestas siguientes:

- a) *Accesibilidad urbanística*: accesibilidad de los espacios de uso público que afectan a vías públicas, parques, itinerarios peatonales, vados, rampas, escaleras, mobiliario urbano, señalización, así como estacionamiento para vehículos con placas identificatorias, y reserva de plazas de estacionamiento en garajes subterráneos y de superficie.
- b) *Accesibilidad en la edificación*: catalogación de los espacios, instalaciones y servicios según las categorías de accesibles, practicables o adaptables.
- c) *Accesibilidad de los edificios de uso público*: requiere, como mínimo, la practicabilidad de todos los edificios de las Administraciones públicas que prestan servicios, tales como centros sanitarios, estaciones de transporte, centros de enseñanza, museos, teatros, instalaciones deportivas, centros religiosos y establecimientos comerciales, hoteleros, o centros de trabajo a partir de cierto número de plazas. Se impondrá además un sistema de señalización internacional para facilitar la lectura de los puntos de acceso o los itinerarios alternativos. Establece asimismo los requisitos de comunicabilidad interna de los edificios y practicabilidad de los ascensores.
- d) *Reserva de viviendas* para personas con situaciones de limitación, que se establece en un mínimo del 3 por ciento de las viviendas que reciben cualquier tipo de ayuda o subvención de las Administraciones públicas.
- e) *Accesibilidad de los elementos comunes* de las viviendas.
- f) *Accesibilidad en el transporte*: altura de las plataformas, sistemas mecánicos de ascenso y descenso y disponibilidad de taxis adaptados a las condiciones de las personas con movilidad reducida.
- g) *Tarjetas de identificación personal* para acreditar la minusvalía padecida en el acceso a servicios especiales.
- h) *Accesibilidad en la comunicación sensorial*: para ello se potenciará la simultaneidad de lenguajes orales / visuales y la colaboración con entidades de apoyo a estos colectivos. Especiales facilidades se otorgarán a los perros-guía.

Junto a esta enumeración de objetivos, la ley establece algunas medidas económicas (dotación presupuestaria, aunque no especifica cuantía) y administrativas, tales como ser requisito previo para la concesión de licencias, cédulas de habitabilidad y autorizaciones municipales, derribo de las obras no legalizables y cláusulas de adecuación en los contratos administrativos. También establece medidas sancionadoras, para las que llega a fijar cuantía.

Como instrumento de adecuación urbanística, este texto legal es sin duda muy ambicioso. No obstante, su eficacia dependerá de los recursos reales que dedique la Administración Pública a ejecutarlo y de la medida en que el movimiento ciudadano lo haga suyo y lo respalde.

Alternativas de alojamiento y servicios

Como consecuencia del envejecimiento de la población, en todas las ciudades se plantean nuevas necesidades de alojamiento y servicios.

La experiencia de otros países que realizaron la transición demográfica antes que España puede ser de alguna utilidad en la reflexión sobre las posibles medidas urbanísticas u organizativas, pero la comparación no está exenta de riesgos, porque tanto la estructura familiar como la administrativa pueden ser muy diferentes a la española. Un libro editado recientemente por la Fundación Caja de Madrid, titulado *Envejecer dignamente en la Comunidad* (Heumann y Boldy 1995), analiza algunos programas de vivienda para ancianos en Estados Unidos, Gran Bretaña, Australia, Suecia, Israel, Japón y Canadá. Entre las medidas utilizadas se encuentran la subvención para construcción de viviendas adaptadas, la subvención para alquileres baratos, el alquiler de casas móviles para ubicarse temporalmente en los jardines de otros familiares, los alojamientos compartidos, las viviendas tuteladas y la prestación de servicios en centros públicos y domiciliarios.

En España, en respuesta a esta nueva necesidad han aparecido las residencias geriátricas públicas y privadas, los apartamentos tutelados, los clubes de jubilados y los centros de día. A ellos habría que añadir, aunque predominen las funciones sanitarias, los hospitales gerontológicos y los hospitales de día, así como distintos tipos de servicios de la ayuda domiciliaria, programas de asistencia a los familiares de ancianos discapacitados y programas de ayuda económica y técnica.

La visibilización de la demanda de cuidados en las horas nocturnas, los festivos o las vacaciones no se hace patente cuando recae sobre familiares, pero entra en claro conflicto con los derechos de otras personas cuando son trabajadores asalariados y se rigen por la estricta lógica y ética del intercambio salarial.

La oferta de plazas públicas está muy por debajo de la demanda real, y las listas de espera motivan su derivación hacia residencias privadas, donde la relación entre el precio pagado por el residente y la calidad es en general peor que en las públicas.

Otras soluciones intermedias, menos costosas y menos drásticas en la separación del anciano de su entorno, son los Centros de Día. Cubren solo parcialmente las atenciones al anciano, pero le prestan cuidados en las horas centrales del día, entre diez de la mañana y seis de la tarde. Como casi todos los servicios públicos, cierran los sábados y festivos.

La limitación del número de plazas disponibles deriva sobre todo del alto costo de los edificios y su infraestructura, así como de los costos laborales del mantenimiento, que son proporcionales a los servicios que ofrecen (limpieza, manutención, atención sanitaria y psicológica, actividades de ocio, religiosas, etc.). El sector gerontológico es uno de los que experimentan un auge mayor en la creación de empleos actualmente, sobre todo en los servicios sociales y sanitarios de las administraciones locales.

Como todos los trabajadores asalariados, los empleados del sector disponen de la fuerza que les concede su capacidad de negociación colectiva. Incluso los servicios de atención a domicilio, que se iniciaron como simple subsidiariedad respecto a familiares para el cuidado doméstico, suben rápidamente de precio cuando se profesionalizan. A los intereses de los empleados y de los empresarios se une también el de los representantes políticos en la publicitación de sus logros. Frente a una demanda insolvente no organizada, que no reclama ni amenaza, es más rentable la inauguración de centros atractivos, "dotados de todos los servicios" y con personal cualificado, que la cobertura más extensa y peor dotada de esa necesidad vital generalizada que carece de canal para expresarse.

Como consecuencia de las tendencias demográficas de España, de la mayor longevidad y la natalidad reducida, en los próximos veinte años aumentará el número de ancianos que viven solos. La generación intermedia no podrá asumir el cuidado de los antecesores por ambas líneas familiares, tarea que antes se distribuía durante menos años entre un número mayor de hijos e hijas. Los elementos de fatiga y deterioro de las relaciones familiares se harán más patentes y ejercerán mayor presión para la redistribución de los recursos colectivos y privados a favor de nuevas formas de alojamiento comunitario.

96

5.3 Marginales y pobres en la ciudad

La investigación sobre desigualdad social en España pone de relieve la existencia de grupos que poseen en menor medida que los demás los recursos básicos de ingresos, educación, patrimonio o participación social. La denominación de estos grupos no es tarea fácil, y el vocabulario empleado trasluce la teoría general sobre la sociedad que le sirve de marco (Durán 1997). En los años sesenta y setenta, con una influencia teórica muy fuerte del marxismo, era común el uso de términos como *proletariado* o *lumpen*. En la literatura sociológica de orientación religiosa también es tradicional la preocupación por estos temas, y comúnmente se utiliza las expresiones *pobreza* y *pobres*. En las investigaciones de corte positivista de los años ochenta ha sido más frecuente el empleo de criterios ordinales, como *clase baja* o *muy baja*. Finalmente, en la literatura generada por los servicios sociales de las instituciones públicas se ha popularizado la noción de *marginalidad* y su correlativo, *marginales*. Todas estas nomenclaturas evocan simultáneamente la carencia de recursos materiales y psicológicos; en el caso de "marginal", hay además implícita

una referencia a la falta de integración en el entorno social que va mucho más allá de la mera carencia de recursos monetarios.

La definición del límite de pobreza no es fácil. Algunas instituciones definen la pobreza como el nivel inferior a la mitad de la media, y la pobreza severa como el inferior a la cuarta parte de la media. Todos los indicadores tienen ventajas e inconvenientes; la desventaja de estas definiciones es que no ponderan suficientemente el patrimonio frente a la renta, ni el costo de vida local, ni la composición y tamaño de los hogares cuyos ingresos se analizan. En cualquier caso, su principal problema es que miden lo que ya se posee, pero no lo que se necesita o aquello a que se aspira.

Por la dificultad de acceso a la vivienda, las condiciones de pobreza son más extensas en las ciudades. Pero la pobreza no es una situación homogénea. Hay formas de pobreza casi invisibles, cuidadosamente disimuladas, como la del caballero que echaba migas en su barba para aparentar que había comido. Existe la *pobreza vergonzante*, y la que se condensa en lugares de los que los demás huyen o no llegan: es la pobreza de los barrios de infraviviendas, sin siquiera infraestructuras mínimas y, a veces, sin reconocimiento oficial. En España, hasta los años sesenta estos barrios acordonaron las ciudades, con el nombre de suburbios. Cuando cesó la masiva inmigración interna y se realojó la población en viviendas de bloques en los cinturones urbanos, el número de infraviviendas decreció considerablemente. Actualmente, el problema de los asentamientos, las infraviviendas y el hacinamiento afecta a grupos muy específicos de población, sobre todo gitanos, inmigrantes y marginales relacionados con la droga.

A partir de la transición democrática se ha hecho también más común en las ciudades otro tipo de marginal: son los mendigos llamados “sin techo”, que en una alta proporción padecen problemas mentales. Entre los “sin casa”, las mujeres son aún más patéticas que sus colegas varones, rodeadas de bolsas con sus pertenencias que a veces transportan en desvencijados carritos. De esta condición, a la que se llega tras la acumulación de múltiples circunstancias desfavorables, es casi imposible salir, porque entran en conflicto varios bienes: nadie osa hoy imponer la privación de libertad como remedio de otros males. Los mendigos de la calle son presa fácil de ataques, de robos y violencias, de enfermedades (además de mentales) agravadas por la suciedad y el frío. A menudo sufren obesidad, ulceraciones y edemas en las piernas. No aceptan los albergues y hospitales ni se someten a sus reglas.

En las ciudades, los sin techo ocupan los quicios de las puertas, los pasadizos y los bancos en la calle al anochecer. A la mañana, cuando la rutina de los comercios se reanuda, es fácil ver la ronda discreta que lleva a cabo la policía, desalojándolos de los cobijos de mantas y cartones en que han pasado la noche.

6 La reacción frente a la ciudad: el nuevo arcadismo

Aunque la proporción de la población urbana haya crecido casi ininterrumpidamente a lo largo del tiempo, la queja sobre los efectos nocivos de la ciudad es —también históricamente— una constante.

El virgilismo o arcadismo es una corriente filosófica que ensalza las virtudes del campo por contraposición a las de la ciudad y se manifiesta con diferente intensidad en algunos periodos, sin llegar a desaparecer nunca. En la cultura española, la obra más famosa de esta corriente es *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, de Antonio de Guevara (siglo XVI), pero tiene numerosos antecedentes y sucesores. La influencia de este sistema de ideas y valores sobre el tipo de hábitat y sobre el estilo de las construcciones es considerable: no solo configura morfológicamente las ciudades con la creación de cinturones-jardín o periferias ruralizadas, sino que favorece la duplicidad de domicilios, el complemento rural a la residencia principal urbana. En la época actual, la generalización del bienestar y el mayor nivel medio de recursos ha permitido invertir el proceso tradicional por el que los propietarios rurales más acaudalados tenían casa en la Corte o en las ciudades próximas a sus haciendas. Ahora son los propietarios y asalariados de las ciudades, sobre todo los de edad intermedia, quienes utilizan las viviendas rurales (o asimiladas a rurales por su diseño y localización) como contrapunto y refugio de su vida urbana. La vivienda secundaria rural constituye el otro polo de la filosofía arcadista, y entre sí se refuerzan. La vivienda secundaria, igual que el turismo rural, canaliza ingentes cantidades de recursos públicos y privados, y en algunas comarcas ambos se constituyen en los agentes principales de desarrollo. El arcadismo ha encontrado una dimensión científica y política en los nuevos movimientos ecologistas, que ensalzan los valores de la naturaleza frente a los espacios construidos.

98

La exportación del deseo de naturaleza de los residentes urbanos a los medios naturales no siempre aporta ventajas a estos últimos, sino también desventajas; entre otras, polución en forma de destrozo paisajístico, talas, contaminación de aguas, desorden urbanístico, escombros y basureros incontrolados. Como reacción, no faltan críticas exacerbadas y defensas a ultranza de los paraísos perdidos, adornados con más imaginación que fidelidad en el recuerdo. Sobre todo porque en este tipo de literatura elegíaca, casi fúnebre, el narrador olvida la percepción de los bienes y males que tuvieron del paraíso sus habitantes reales. Es cierto que la llegada súbita de grandes grupos a entornos naturales frágiles altera su equilibrio, porque no hay una cultura de resguardo de los recursos escasos como el agua, la vegetación o el mismo espacio. También es cierta la degradación ambiental y paisajística producida por las carreteras, los estacionamientos, las construcciones, los residuos metálicos o plásticos, que los urbanos exportan donde quiera que lleguen. Pero frente a estos problemas evidentes, la solución no puede estar en una vuelta atrás como la que se desprende de algunas percepciones extremas, que echan de menos la época en que “los pueblos se autoabastecían, los pastores dormían en las majadas, contaban historias a la luz del hogar, las mujeres hacían jabón casero, lavaban en el río y sabían traer hijos al mundo dentro de las casas” (*Agatae: Revista Cultural* 4, 1994).

En el plano constructivo, la evasión de la ciudad provoca dos tipos de problemas distintos en las zonas rurales: el primero es la exportación

de formas y estilos de vida urbana que entonan mal con las formas y estilos adaptados tradicionalmente al medio y a los usos rurales. El segundo problema es su contrario: la inmovilización en formas tradicionales y materiales superados por la tecnología moderna. El riesgo de la rehabilitación y conservación de lo pasado (materiales, diseño, distribución) es que se convierta en réplica de sí mismo, en plagio. La identidad del lugar y su permanencia en el tiempo es precisamente lo que atrae a gran parte de los residentes urbanos, cualidades que si no las desean para sí mismos y su propia vida, sí las aprecian de modo positivo en los demás, pues no viven sus desventajas. O son capaces de aceptarlas para sí mismos cuando no arriesgan una convivencia continuada, sino un simple juego en los fines de semana o vacaciones, en los que abren un paréntesis lúdico y cómplice frente a su urbana vida "verdadera". Aparentemente, la vivienda secundaria y el ámbito rural actúan como refugios frente a la tensión de la vida urbana; en realidad, la ciudad actúa como el lugar nutricio al que se vuelve, y es el lugar real de referencia. Los "otros" solo desempeñan un papel de escenarios, de adornos temporales y ficticios.





Capítulo IV
Análisis sensorial de la ciudad

1 Bases sensoriales de la percepción y disfrute de la ciudad

Ya Aristóteles decía que no hay nada en el espíritu que no pase a través de los sentidos. Sin embargo, aunque la atención a los aspectos sensoriales del proceso de conocimiento haya sido una constante en algunas corrientes filosóficas, su incorporación ha sido relativamente reciente en los análisis de la ciudad, de la mano principalmente de la Escuela de Chicago. Un hito en este tipo de aproximación es el libro de Lynch *Imagen de la ciudad*, de 1960, que presenta el tejido urbano como un texto legible, apto para la interpretación semiótica, enfoque que se aplicó al principio a ciudades norteamericanas e inglesas pero pronto se extendió a las ciudades holandesas, árabes o francesas. Lowenthal, en 1961, planteó los problemas epistemológicos derivados del horizonte local de los conocimientos geográficos de la mayoría de las personas. En España, el *Imago Mundi* de M. de Terán (1964) y, más tarde, un extenso artículo de Horacio Capel, "Percepción del medio y comportamiento geográfico" (1973), contribuyeron, junto con otros trabajos, a introducir la perspectiva del observador en el análisis de los fenómenos espaciales, enfoque que se ha consolidado posteriormente, sobre todo en el ámbito de la geografía humana y política, con investigaciones de García Ballesteros, Bosque, García Ramón, Estébanez, Sabaté, García Martínez y otros muchos. También desde la psicología se han realizado aportaciones al análisis de los espacios vivenciales y a la identificación de los procesos por los que se forman los conceptos espaciales en los niños y en otros colectivos sociales (Corraliza 1987),

Lo que estos estudios señalan es la mediatización que dejan en el conocimiento la experiencia y las expectativas del sujeto y el modo en que el "sentido del lugar", la representación territorial y los comportamientos y expectativas territoriales, están afectados por la heterogeneidad de las experiencias personales. Bailly (1979) ha subrayado la diferente percepción de la ciudad que generan los sistemas de transporte y cómo el automovilista, el peatón y el pasajero ven y viven de modo diferente los paisajes comunes.

El énfasis en las bases sensoriales de la percepción de la ciudad no suele acompañarse de una reflexión equiparable sobre algo que la literatura sí ha recogido frecuentemente, como es la heterogeneidad de los habitantes urbanos. Es así que la idea de *canon* se extiende también a los soportes corporales, como

si hubiese un cuerpo único, réplica del dibujado por Leonardo, que sirviera a los demás de referencia. Como pervivencia de este valor canónico, algunos lenguajes siguen utilizando unidades corporales para medir la distancia: la vara, el pie, la pulgada, el cuerpo. En el plano corporal, lo que hemos denominado en otro lugar “el síndrome del varavó”, esto es, del varón activo y sano, se convierte en una imagen canónica concreta, que corresponde a una edad, un sexo y unas condiciones físicas particulares. Quizá en pocos textos sea tan evidente esta conversión y apropiación del medio urbano por el canon masculino como en el influyente libro de Hesselgren, *El hombre y su percepción del medio ambiente urbano: una teoría arquitectónica* (1980), compendio de su obra anterior *El lenguaje de la arquitectura* (1967), muy utilizado todavía hoy en las Escuelas de Arquitectura. La versión en inglés es aún más varávica o canónica: *Man's Perception of Man-Made Environment*. Su texto presenta un análisis muy pormenorizado de la percepción, con abundantes ilustraciones, pero el tema crucial de la disparidad de experiencias corporales apenas se menciona y solo marginalmente se la reconoce a propósito de las experiencias de relación social. La perspectiva centrada en el varón es tan dominante que, reproduciendo un texto de Gehl (1987), el autor distingue entre el ambiente de las relaciones físicas (“relaciones hombre-objetos”) y el de las relaciones sociales, y define estas últimas por sus representantes canónicos, esto es, “las relaciones hombre-hombre”. Como posibilidad de actividad o contacto bilateral, no repara en el contrasentido o limitación del ejemplo con que ilustra la relación hombre-hombre, que es “hacer el amor con la esposa”. El lenguaje culto, académico, se usa sin conciencia de su inadecuación, sin notar que las mujeres pueden ilustrar como sujeto las relaciones amorosas, y cualquier otra.

Por comparación con textos como este, que contienen mucha información y presentan grados elevados de elaboración intelectual, otros más modestos producidos por asociaciones o foros de discusión tienen la virtud de negar rotundamente la canonicidad del cuerpo de referencia como medida de la organización y comprensión de los fenómenos urbanos. Falta todavía mucha investigación, mucho ejercicio analítico y de síntesis, pero la conciencia de que estos ejercicios son necesarios crece constantemente.

Recientemente, R. Sennet expuso con enorme brillantez en *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental* (1996) las conexiones entre identidad corporal e identidad urbana. La desnudez, el calor, los espacios para hablar, las orientaciones geométricas, el papel de la luz, el miedo al contacto físico o las necesidades de circulación, son la base de estudios específicos sobre distintas ciudades en épocas diferentes: la Atenas de Pericles, la Roma de Adriano, la Venecia renacentista, el París de Haussman, o la Nueva York posterior a la Segunda Guerra Mundial. Con la obra de Sennet, el cuerpo se convierte en protagonista principal, en clave para entender el sentido de la morfología y la organización urbana.

La consecuencia lógica de esta reflexión sobre las bases corporales de la percepción es una inquietud y una propuesta: ¿se plantean las ciudades el desarrollo de su capacidad sensorial del mismo modo que se plantean otras cuestiones de política urbana?; ¿es factible la propuesta de una ciudad que potencie la riqueza y variedad de los estímulos corporales?

2 Percepción visual

La visión es el sentido por excelencia, el que inicia la percepción en la mayoría de las relaciones interpersonales. Su papel es tan preponderante que ha oscurecido el que juegan otras facultades, como el oído, el tacto, el olfato, y las percepciones de movimiento, temperatura, orientación o gusto.

2.1 La ciudad vista

En la ciudad, la vista recoge información sobre formas arquitectónicas, paisajes, colores, intensidades lumínicas y códigos de señales. La vista —aunque no solo la vista— es el primer canal por el que se procesa información sobre uniformidades, alternancias, contrastes, proporciones, integración y oposición, uniformidad, armonía. A través de la vista se aprende el atractivo de las explanadas, el encanto de los laberintos, la pureza lineal de la geometría. También por la vista se inicia el intercambio, el anuncio, la prohibición, el escaparate, la vitrina. Tan importante como lo que la ciudad muestra a la vista es lo que esconde. Frente a la exhibición o el escenario, el lugar preeminente y el foco en la fachada, se crea la correspondiente pantalla, puerta, cierre, prohibición de ver y notar, traslado a lugares menos notorios. Para el conocedor de la ciudad y de los interiores de la ciudad, la vista transmite constantemente información sobre lo que hay y sobre lo que, pudiendo estar, no se registra. El mapa perceptivo es mucho más rico que el de las meras presencias visuales. La ausencia de señal (de luz, de forma, de color, de aviso) es tan precisa como la señal misma.

Frente a los espacios naturales, la ciudad impone sus propios ritmos. Algunas ciudades reclaman para sí el título de *cit  lumini re*, como París. En España, en los años sesenta, Víctor Pérez Díaz destacó la luz como un factor esencial del imaginario urbano en los niños rurales, como elemento atractivo y alentador de la emigración. Las zonas ricas son áreas bien iluminadas y los paisajes urbanos nocturnos alcanzan en la distancia una belleza que desmiente luego la proximidad o el día. La luz urbana sigue patrones culturales: no solo se percibe, sino que se evalúa y explica. Tristeza y esplendor son solo dos maneras de ver polos opuestos; naturalidad y derroche, contaminación lumínica o antiecologismo son interpretaciones complementarias del mismo hecho. La luz es el artífice principal de la escenificación, la magia que permite borrar perfiles y rescatar segundos planos, recordar o negar la presencia de edificios, topografías, ornatos o actividades. Si las hogueras y las antorchas han tenido un importante papel ritual en la historia de las ciudades, las modernas iluminaciones extraordinarias urbanas siguen siendo el corolario y marco de los grandes acontecimientos comerciales, políticos y sociales.

La forma es también atributo que descubre la vista, aunque otros sentidos puedan llegar a percibirla. La forma *de* la ciudad y las formas *en* la ciudad no son gratuitas, ni neutrales. Responden a una necesidad, a un sentido, del que no escapan ni siquiera las llamadas formas orgánicas o naturales. La preocupación por la forma de la ciudad es común entre los utopistas, los buscadores de la ciudad ideal. La forma, la localización y orientación, reflejan la interpretación del mundo y el sistema de prioridades en que se inscriben las funciones, las personas y las cosas. En las ciudades de patrón romano (no solo

mediterráneas, sino buena parte de las latinoamericanas refundadas en época colonial), la orientación espacial y el trazado del viario es un reflejo explícito de la concepción del mundo. Otros tipos de ciudad no lo exponen de modo tan evidente, pero no por eso son “azarosas” o “neutrales” respecto al origen social de su diseño.

La forma de la ciudad no es solo la referente a su perímetro y a su condición de abierto o cerrado (ciudad amurallada, ciudad lineal, ciudad satélite, etc.), sino a la disposición interior de espacios vacíos y llenos, de bajo volumen o alta edificación. La forma de la ciudad contribuye a formar el plano de contemplación del habitante. Por la posibilidad de distancia y perspectiva, potencia los planos largos, los intermedios o los inmediatos, casi incrustados en el volumen construido. Por las diferencias verticales, favorece el ras del suelo y sus planos hundidos o alzados. Por la proporción entre cuerpo y volúmenes, el predominio de los equivalentes, los micro o los macro.

Cada edificio es por sí mismo una forma singular, aunque solo en el conjunto complete su sentido. La lógica formal de las construcciones, lo que Vitrubio llamaba el *logos opticos*, permite analizarlas desde el punto de vista visual, morfológico o estilístico. Pero la forma, aun siendo necesaria, no basta para explicar ni entender el sentido de un edificio. Tras la forma, el estilo y la distribución de los espacios construidos, hay otros pensamientos, inconscientes o explícitos, que la mera forma no revela. Tampoco es estable la lógica formal, como demuestran los significados distintos que diversas épocas o distintas culturas atribuyen a las mismas soluciones formales, a las mismas cualidades del espacio.

106

2.2 Concepciones y formas en la arquitectura urbana

Para conocer un sistema formal, Tzonis y Lefavre recomiendan, en *Classical Architecture. The Poetics of Order* (1986), que se acuda a las construcciones y documentos de su misma época, mientras todavía el edificio o el conjunto se encontraba bajo discusión, haciéndose. Este consejo, referido a la arquitectura clásica, es igualmente válido para aplicarlo a los edificios y a las ciudades contemporáneas. En el caso de las ciudades y construcciones del pasado, sin embargo, es necesario circunvalar el hecho de que muchas de las discusiones que hubieran podido iluminar la preferencia por una solución espacial determinada y no por otra, se han perdido. Así, Vitrubio, en *De Architectura*, cita diecisiete “presentaciones” de otros autores, pero ninguna ha sobrevivido. A ello debe agregarse que la simple supervivencia de las formas las ha revestido de una apariencia de “naturalidad” o “irremediabilidad” que en su origen no tuvieron: una vez que un sistema se adopta, sus reglas devienen poco a poco interiorizadas, inconscientes incluso entre el público experto en arquitectura, y se hacen completamente invisibles.

Además de los documentos que recogen las discusiones de una época sobre las construcciones coetáneas, la opinión de los autores sobre su propia obra es también una ayuda para mejor entenderla. En cualquier caso, la interpretación del autor y el crítico es propia de su contexto, y las interpretaciones desde contextos muy distintos, incluso coetáneos, llevan a veces a conclusiones diferentes y no menos verdaderas que la de los propios creadores.

En este sentido, la reflexión sobre los textos jurídicos, poéticos o retóricos

de la tradición española sirve para entender mejor las convenciones arquitectónicas y urbanísticas del presente. El género o modo de relación entre hombres y mujeres no es ajeno a las interpretaciones y cánones de la forma construida. Tzonis recuerda que los órdenes clásicos (que él prefiere llamar *genera*, siguiendo a Vitrubio) fueron reinterpretados en el Renacimiento tardío. Se les atribuyó una solemnidad que en su origen no tuvieron, asumiendo que ya desde la época romana expresaban un lenguaje sagrado e inamovible. Para Tzonis, el libro de los jesuitas españoles Jerónimo Prado y Juan Bautista Villalpando, *Ezechielem explanationes et apparatus orbis ac templi Hierosolymitani*, cuyos tres tomos fueron publicados en Roma entre 1596 y 1604, es un ejemplo de cómo se funden o mezclan las ideas de Vitrubio con las doctrinas de la Iglesia Católica y las referencias bíblicas, especialmente del libro de Ezequiel, para proponer y justificar un estilo arquitectónico determinado. Contemporáneo de Prado y Villalpando es Fray Luis de León, mucho más conocido en su vertiente literaria que por la concepción espacial que preconiza en *La perfecta casada*.

Los escritores del Renacimiento erotizaron la arquitectura clásica, convirtiéndola en objeto de deseo, y atribuyeron a los edificios clásicos, como en el caso de Eupalino, las proporciones de una mujer amada. Las posibilidades antropomórficas de los *genera* son considerables, y han sido comparadas o convertidas en cuerpos muy frecuentemente. A fines del Renacimiento, Sebastiano Serlio, en su tratado sobre arquitectura, añadió el orden "compuesto" a los tres órdenes clásicos ya existentes y al toscano. De modo similar a los romanos, que habían dedicado el dórico a Júpiter, propuso que este estilo se emplease en los edificios destinados a Cristo Redentor o San Pablo, por ser muy viril. Y el corintio, que se había utilizado preferentemente en los templos de Venus, debía dedicarse a la Virgen María. Los edificios debían reflejar a sus dueños, robustos o delicados. Una idea parecida se expresó más tarde en las cortes absolutistas europeas, donde la representación del poder llegó a extenderse a la música, hasta el punto de que cada clave era asignada a una categoría social.

Sin embargo, estas atribuciones antropomórficas y canónicas a la arquitectura de épocas pasadas se deben tanto o más a la proyección que a la disponibilidad rigurosa de pruebas. Ya a fines del siglo XVII se demostró, con mediciones precisas de ruinas, que los clásicos no obedecían a proporciones fijas, sino a lo que les convenía; y esta "apertura" de los estilos llevó a la proliferación de búsquedas nacionalistas, con el apoyo de los gobiernos, para el reconocimiento del genio arquitectónico particular de franceses, alemanes, españoles o británicos. Hoy, entre los arquitectos son mayoría quienes piensan que los *genera* son sistemas formales abstractos e independientes de su función y promotores.

Más simple e inmediato que el lenguaje visual de los edificios (cuya conversión en objeto social se rehace constantemente a través del uso diferenciado de los espacios interiores o del acceso) es el lenguaje de la estatuaria y la ornamentación pictórica urbana. Sobre todo en la escultura, que añade condiciones táctiles y casi auditivas a su primera impronta visual, el canon socialmente aceptado sobre las relaciones adecuadas entre los personajes representados (tamaño, disposición, gesto, materiales, etc.) tiene una gran eficacia retórica. Claro que cada época admite un grado de variabilidad diferente en la adhesión al canon. Panofsky (1992) ha analizado las proporciones (manos, cabeza, cuerpo, etc.) de

la figura humana que caracterizan los estilos o épocas artísticas, para concluir que en ningún sitio alcanzaron los cánones un rigor semejante al que se aplicó en el antiguo Egipto, donde la expresión artística estuvo sometida a un poder político y religioso severo y a un sistema muy compacto de creencias.

2.3 Cromatismo en la ciudad

Entre el color y la tecnología hay una relación estrecha. Los colores de la ciudad han dependido siempre de los materiales disponibles y de la capacidad técnica para producir pigmentos. El color es la longitud de onda en que los materiales emiten, y los laboratorios consiguieron dominar primero los infrarrojos y los rojos. Los actuales LED (diales estimulados por láser) son muy baratos de mantenimiento, porque irradian la energía en lugar de consumirla y pueden además presentarse en tramas de dibujo muy fino. Para el futuro inmediato se incorporarán algunas tecnologías que ahora se encuentran en fase experimental y que tienen que ver tanto con nuevos materiales como con nuevas formas de energía. Ya se trabaja con éxito en los azules, que corresponden a las longitudes de onda más cortas y difíciles de reproducir, con lo que se ha completado el espectro y pronto será económicamente factible su producción industrial. En los últimos años la tecnología del color ha avanzado rápidamente. El colorido eléctrico (rojo, ámbar, verde) que ahora resulta familiar en las ciudades dará paso a grandes masas de colores nuevos y a nuevas composiciones y diseños cromáticos, porque su bajo costo no solo permitirá el uso en las señalizaciones, sino vestir de color edificios enteros y alternarlos como si fuesen camisas.

108

La facilidad que el desarrollo tecnológico ofrece a la utilización de colores variados no debe hacer olvidar que también los colores tienen un sentido, una dimensión social añadida a los componentes puramente naturales. La naturaleza pone en las ciudades dos importantes elementos cromáticos: el fondo y la luz. La luz, y su ausencia, modifican el colorido externo de las ciudades y la calidad del color en el interior de las edificaciones. El fondo cromático lo proporcionan el cielo y el paisaje que envuelve la ciudad, aunque este último es poco perceptible en las grandes ciudades. La luz varía según los ciclos diurnos y estacionales, e igualmente cambian el follaje y las masas arbóreas. La bóveda ofrece tonos muy variables y los pintores y cineastas han contribuido a “fijar” la imagen de algunas ciudades con la de sus tonos de cielo favoritos: azules, blancos, negros, grises. Por ejemplo, Velázquez o El Greco llenaron de color los fondos celestes de sus temas urbanos: púrpuras, rosas, anaranjados, violáceos, verdes amarillentos y dorados.

La impronta cromática de los elementos naturales en el paisaje urbano la perciben mejor los visitantes que los que forman parte de él. Además de los elementos vegetales (Tafari 1991), destacan las superficies acuáticas y el paisaje próximo. En climas fríos, la nieve llega a cubrir de blanco la ciudad y a enterrar cualquier otro color. Las ciudades costeras, fluviales o situadas a la orilla de lagos, también incorporan los cambiantes colores del agua, enriqueciendo extraordinariamente su paleta. Igual sucede con las masas arbóreas, especialmente las de hoja caduca, y los macizos de flores de los parques y plazas (Mosser y Teyssot 1991). Entre los árboles comunes en España sobresalen por su intensidad cromática los naranjos, los prunos, las hayas, los castaños de Indias, los

tamarindos y las magnolias. Cada árbol se asocia con estilos arquitectónicos concretos, con tipos específicos de jardines (Añón, Luengo y Luengo 1995). Menos extendidas en los jardines españoles, aunque formidables, son otras especies, como el granado, los almendros, los jacarandás, el flamboyán, la flor de pascua o el árbol del amor. En realidad, los árboles solo en parte son naturales, porque desde hace siglos se utilizan en las ciudades con fines decorativos o productivos y para suavizar las temperaturas extremas. Además de temperatura, humedad, cromatismo y funciones clorofílicas o ecológicas, los árboles aportan otro enriquecimiento relativo a la forma: la variedad, el contrapunto a las rigideces de la geometría construida y repetida. Los árboles son flexibles, cambiantes por efecto de las podas, las estaciones o el impulso del viento.

El efecto cromático de los árboles no solo deriva de sus propios colores, sino de las sombras que proyectan sobre las calles y los jardines, tamizando la presencia de otras plantas y objetos. Las alamedas, los emparrados, las avenidas de plátanos o los paseos de palmeras, tan comunes en las ciudades españolas, impiden que el fulgor excesivo del sol devore las tonalidades intermedias y favorecen la detención de la mirada en la penumbra.

En paisajes tan hermosos como los de la Toscana o el Cambridgeshire, la aparente naturalidad es resultado de un trabajo muy cuidadoso de planeación y mantenimiento durante generaciones. En cuanto a los céspedes y arbustos o flores que adornan los jardines y las calles o balcones de las ciudades, su condición es estrictamente *construida* por lo que al diseño se refiere. La ingeniería genética se aplica al logro de nuevas tonalidades en todas las especies de cultivo masivo, como rosas o tulipanes.

En los pavimentos, suelos y muros predominan los colores neutros y apagados: arenisca de la piedra, gris del granito, negro ceniciento del alquitrán y terroso del ladrillo. El color varía con la distancia, según se mire de cerca o de lejos. La tonalidad apagada de los pavimentos se aviva al acercarse. Se perciben entonces las texturas, las erosiones, los pequeños relieves o incisos, los restos de pigmentos en el suelo, los enmarques y cambios de color producidos por el material que los sustenta, su opacidad o brillo.

La elevación de las construcciones ha restado importancia cromática y formal a las cubiertas, que solo se perciben plenamente cuando la proporción entre distintas alturas o la orografía permiten suficiente perspectiva. En las ciudades mediterráneas predomina todavía el color rojo ocre en los tejados, como continuación de las tejas romanas. No son frecuentes las techumbres de planchas de cobre, de color verde pálido, tan comunes en el norte de Europa, ni el gris intenso de las losetas de pizarra que va unido a la imagen de los bulevares parisinos. En cambio, son inconfundibles los azules esmaltados de las cúpulas y tejadillos en el levante español, o los refulgentes encalados y enmarques en blanco y añil de las construcciones griegas. La valoración de la pátina y los colores naturales de la fábrica (piedra, madera, adobe, ladrillos, mortero) no ha estado siempre tan extendida como ahora y el aspecto de las edificaciones y los monumentos clásicos era muy diferente del que hoy nos parece natural. Como señala Rita Iranzo (1995): "En la polis griega, igual que en Creta, no se dejó la piedra vista, sino que se protegió y decoró con revocos y estucos con policromías ornamentales de notoria artificiosidad y vivacidad

a base de colores intensos, algunos de los cuales servían de fondo a motivos y composiciones figurativas". En las ruinas actuales de la Acrópolis se mantiene el color original de una cariátide azul, casi violeta, como testimonio de la policromía que tuvo realmente Atenas.

Más próximo a nosotros es el caso de Chinchón, al sudeste de Madrid, donde recientemente se realizó una votación popular para determinar si el coso debía volver a sus colores antiguos o mantenerse en los tradicionales, que en realidad no son tradicionales sino modernos.

Tampoco el encalado blanco de las ciudades y pueblos sudeuropeos es tan antiguo. Se extendió como una medida higienista, para prevenir la peste. En la década de los noventa se ha producido un resurgimiento de la policromía en los centros históricos de las ciudades españolas. El más notable ha sido el de Sevilla, con ocasión de los actos de celebración del Quinto Centenario. El amarillo albero, sobre todo, se hizo presente en muchos muros, enmarcado de blanco. Pero también los rojos oscuros, los rosas secos y los verdes seminegros se extendieron por todas partes. Para eso ha hecho falta que perdiera vigor la prevención del Movimiento Moderno contra el colorido y la ornamentación, que dejaran de considerarse encubridores de deficiencias arquitectónicas. La acusación de Loos contra el ornamento en *Ornament and Crime*, ensayo publicado en 1908, o la idea de que "menos es más", han dejado paso a una nueva sensibilidad colorista, que tacha de aburridas y arrogantes las manifestaciones del modernismo tardío (Venturi 1994).

Los nuevos materiales de construcción han contribuido a la renovación de las gamas, sobre todo por el efecto luminoso que producen las superficies pulidas del cristal y del granito. El cristal ha incorporado colores nuevos por sí mismo, con gradaciones de opacidad, pero su mayor innovación ha sido el efecto de espejo sobre grandes superficies que reproducen los colores y las formas circundantes (cielo, árboles, edificios). Como efecto indeseado, el deslumbramiento y los reflejos, que ocasionan la ceguera momentánea.

La profusión de metales brillantes caracteriza el siglo XX. El estilo Eiffel, de construcciones ensambladas por piezas, ha dejado su huella en todas las ciudades europeas a partir del siglo XIX, pero el plateado del acero es característico del fin del siglo XX. Como avanzada del siglo XXI se ha instalado ya en el Guggenheim de Bilbao una piel de titanio: es un color dorado suave que refracta la luz y cambia según la perspectiva y el entorno, acentuando las sombras que redibujan los perfiles de las formas curvas.

Además de sus construcciones, la ciudad recibe y distribuye color a través del mobiliario urbano, las señales y los vehículos. Los establecimientos comerciales acotan espacios privados y suelo público mediante jardines, sombrillas, anuncios y moquetas. Los transeúntes dotan el paisaje urbano de colores variables, sometidos a la estacionalidad de la moda y la idiosincrasia cromática de los vecinos. Los vehículos, monocromos y discretos en su mayoría, son no obstante a veces de colores vivos (rojo, azul turquesa o verde en la Empresa Municipal de Transportes madrileña) o transportan en sus flancos publicidad policroma. El mobiliario urbano (papeleras, bancos, expositores, cabinas, quioscos, etc.) también introduce policromía, igual que las señalizaciones, los ornamentos (banderas, gallardetes, guirnaldas, alumbrado decorativo), los

escaparates de los centros comerciales y las mesas de terrazas o cafés entoldados y al aire libre.

Surge con frecuencia la polémica sobre si los colores de la ciudad deben estar reglamentados o dejarse a la libre voluntad de los ciudadanos. Al argumento de que los profesionales pueden salvaguardar mejor los valores cromáticos urbanos se oponen contraargumentos de rigorismo, monotonía y limitación de la creatividad, que hacen impopulares las reglamentaciones. Tampoco faltan las acusaciones de divismo a los profesionales, o de falta de profesionalidad y degradación de la sensibilidad cromática colectiva.

El cromatismo de la ciudad se altera ritualmente en las celebraciones. La fiesta, el funeral, el acto colectivo, son explosiones de color que sacuden la rutina cromática. A veces, en un ascetismo monocolor y riguroso; casi siempre, con un alarde de riqueza e imaginación que solo por su carácter fugaz se integra sin fricciones a la economía sensorial cotidiana.

3 La música y el estruendo de la ciudad

Siguiendo a López Barrio y Carles (1996), los efectos sonoros principales se esquematizan de la siguiente forma: *muro* (intensidad sonora fuerte y continua que actúa como barrera); *enmascaramiento* (impide la escucha de otros sonidos); *permanencia/paréntesis* (islas de menor intensidad sobre fondo intenso); *equilibrio* (mezcla de sonidos diferentes de intensidad similar); *reverberación* (adecuación entre la voz y el espacio físico); *evocación* (capacidad de recuerdo, de revivir situaciones del pasado); *metábola* (fondo sonoro vivo y cambiante, que permite la clara percepción de su estabilidad dinámica); *atracción* (sonidos emergentes que polarizan la atención); *borrado* (supresión de la percepción por habituamiento y adaptación al medio), y *efecto Sharawadji*, que caracteriza la sensación de plenitud creada a veces por la contemplación de un paisaje sonoro complejo, cuya belleza es inexplicable, y que equivale a la “poética del sonido”, similar a la que provocan las percepciones visuales o las lecturas literarias.

111

3.1 La tecnología del sonido

La aproximación actual más común al tema del sonido en las ciudades es la perspectiva técnica: origen, tipo de onda, propagación según el medio, modos de cuantificación, sensores, índices y escalas de medida, silenciadores, aislantes y absorbentes, acústica de las construcciones y de los espacios abiertos. Sin embargo, no es esta la única dimensión del sonido en la ciudad. El sonido, como la vista, tiene también una poderosa capacidad simbólica, identificativa y hedónica. Por ello, para entender y vivir mejor las ciudades hay que procurar conocer su identidad sonora e introducir elementos positivos en su gestión.

La falta de investigación sobre los paisajes sonoros de la ciudad tiene que ver con las tradicionales dificultades técnicas de reproducción y conservación de los sonidos, las que solo en el siglo XX pudieron superarse. Apenas existen archivos sonoros, a excepción de los musicales, y casi todo lo que sabemos del sonido de otras épocas o lugares se debe a la literatura y la pintura, que a menudo describieron las sensaciones y sentimientos de los coetáneos o

reprodujeron los instrumentos o ambientes en que el sonido se producía.

La percepción y el conocimiento de los sonidos se acompañan usualmente de la valoración. En general, la idea predominante es que la ciudad actual produce exceso de ruido y debe ser limpiada de esta contaminación sonora, que llega a ejercer efectos perniciosos en la audición (sociocusis), interferencias con otras señales o procesos de comunicación y quejas y conflictos sociales (Anderson y Bratos-Anderson 1993; Kryter 1985). Esta condición excesiva de los sonidos urbanos, del ruido en habitáculos o lugares concretos, requiere importantes esfuerzos colectivos (técnicos, legales, de cambios de actitudes, etc.) para disminuirlos y evitar sus efectos nocivos o interferencias en otras actividades.

En conjunto, las ciudades se valoran negativamente en el aspecto sonoro por la casi exclusiva identificación de este tema con el ruido del tráfico, un problema serio en las urbes actuales. No solo afecta a las grandes ciudades, sino a todos los núcleos próximos a carreteras o vías de mucha circulación. Las estrechas calles de los cascos históricos hacen efecto “u” y el ruido se instala dentro de las viviendas como un molestísimo inquilino, especialmente en verano, cuando ventanas y balcones están abiertos. El desarrollo tecnológico (vehículos electrónicos, motores convencionales más silenciosos), la reducción del tráfico en algunas zonas y horas (aunque acarree otro tipo de inconvenientes), la mejora del transporte público (metro y buses) y, sin duda, la educación viaria, pueden contribuir a paliar este problema.

Algunas ciudades tienen ordenanzas municipales muy precisas de los niveles de dBA⁷ que pueden emitirse durante el día y la noche, según zonas y tipos de actividades (entre 30 dBA en el interior de los dormitorios y 70 en zonas industriales). Algunos diseños de carreteras (taludes) y de pantallas también aportan mejoras en el impacto acústico, pero son difíciles de implantar en los trazados antiguos.

Los ruidos de obras, especialmente de las taladradoras y hormigoneras, son coyunturales pero muy molestos también, igual que los de modelos antiguos de recolectores de basura, los de sirenas (ambulancias, bomberos, policía) y los de conducciones de aire acondicionado o extractores. En las zonas de bares y terrazas, especialmente en verano, el ruido de la música y de los clientes es una causa frecuente de quejas de los vecinos: se alarga a deshoras y pone de manifiesto los intereses contrapuestos y el desfase horario de distintos colectivos. La conflictividad del tema origina su permanente presencia en los medios de comunicación.

En los nuevos desarrollos urbanos, el trazado del viario y los accesos a garajes generalmente toman en cuenta —para prevenirla— la contaminación acústica derivada del tráfico y de los frenados y arranques, especialmente en las rampas de desnivel acusado.

El incremento de la intensidad sonora de fondo ha hecho disminuir el valor de algunos elementos constructivos tradicionales, como los balcones o terrazas, y ha favorecido la implantación de nuevos materiales aislantes y nuevos

7 Decibel A, dBA, es una unidad de nivel sonoro medido con un filtro previo que quita parte de las bajas y muy altas frecuencias. De esta manera, antes de la medición se conservan solamente los sonidos más dañinos para el oído, razón por la cual la exposición medida en dBA es un buen indicador de riesgo auditivo. Recuperado de “Preguntas frecuentes sobre control de ruido”, <http://www.eie.fceia.unr.edu.ar/~acustica/faqesp.htm> (20/10/2007). [N. de E.]

sistemas mecánicos de ventilación. También ha alterado el valor económico y social de los edificios y las viviendas en función del grado de preservación del ruido que ofrecen (interiores, pisos altos, calles tranquilas, etc.). La huida del ruido es uno de los elementos que favorecen el traslado de los residentes a los extrarradios de las ciudades, aunque en este caso se trata tanto del ruido dentro de las viviendas y causado por los propios vecinos (aparatos de televisión, radios, reproductores de música, lavadoras, aspiradoras, ascensores y los gritos o voces elevadas), como del ruido de fondo de la ciudad.

También los edificios generan sonidos. Los cristales recogen vibraciones y los tabiques comunican ruidos de tuberías y flujos de agua. Frecuentemente los patios de ventilación actúan como cajas de resonancia de las conversaciones y el ruido de los extractores de las cocinas se mezcla y amplifica con el de las radios y televisores, con el de los cuartos de máquinas de ascensores y calderas. Los extractores y acondicionadores de aire están a menudo entre los peores contaminadores acústicos de lujosos edificios modernos que podrían, por lo demás, ser tranquilos y acogedores. Un error de diseño, o un mal cómputo en el efecto de las reformas de edificios más antiguos, convierte este nuevo ruido en un problema permanente para quienes lo habitan, costoso y difícil de erradicar.

En algunos casos, el ruido toma proporciones de desgracia sobrevenida, imprevista: es la situación de quienes ven elevarse a la altura de sus ventanas un paso elevado que canaliza torrentes ininterrumpidos de vehículos. O la de quienes sufren la instalación en sus inmediaciones de un local ruidoso (un bar alto en decibelios, un pub con horas de cierre intempestivas, un supermercado con descarga metálica en la madrugada, un lugar de patinaje espontáneo, una plaza elegida para recinto ferial). O, a escala más concreta, quienes comparten ámbito sonoro con aprendices de piano, vocingleros, sordos o discutidores.

La calma, la quietud, la ausencia de ruido, están entre los valores que venden mejor la imagen de las urbanizaciones en las periferias urbanas. En el contexto anglosajón se destaca prioritariamente la seguridad y la privacidad, que son valores más centrales (o más amenazados) en su cultura, pero en la propaganda periurbana española se subraya sobre todo el descanso del ruido. Y no solo en la periferia o segundas residencias, también en muchos otros tipos de establecimientos (hoteles, por ejemplo) semipúblicos localizados en áreas más centrales.

3.2 La identidad sonora de la ciudad

El medio sonoro proporciona identidad a los lugares, igual que otras características sensoriales. Al medio sonoro contribuyen los sonidos de la naturaleza y los de origen humano. Entre estos últimos cabe distinguir los emitidos directamente (la voz, el habla) y los producidos con el concurso de otros instrumentos (aparatos musicales, herramientas, medios de transporte y de comunicación, edificaciones, etc.).

El clima y la orografía contribuyen en parte a definir el ruido de fondo de cada ciudad. Por ejemplo, el viento de invierno, duro y constante, es inseparable de Menorca. Santiago de Compostela se asocia con el sonido de tamboril del agua, el chapoteo desde canalillos y tejados. Los graznidos de las gaviotas o el

estruendo en el camino del rompeolas, igual que el roce del mar en el casco de las embarcaciones, forman parte del sonido ambiental de las ciudades costeras.

La identidad sonora de los espacios y de las escenas de interacción social ha tenido en la radio y el cine importantes exploradores. Estos medios no solo reproducen las entonaciones y los fondos acordes con la temática representada, sino que crean situaciones anímicas especiales a partir del sonido (piénsese, por ejemplo, en el papel crucial que desempeña en el cine de misterio o en los efectos especiales de la ciencia-ficción).

El acento y la melodía del habla son también elementos de diferenciación auditiva. Cada región, casi cada ciudad, tiene un modo propio de entonar. A través del oído, cada fonema se transforma en signo, en lenguaje. Lenguaje articulado y consciente o lenguaje para suplirse por contextos y asociaciones. La música y el habla son las expresiones más elevadas de esta capacidad de expresión. Aunque posean también lenguas o hablas específicas, las ciudades son centros abiertos a la variedad de hablas.

Cada ciudad tiene un nivel de intensidad sonora propio, sus umbrales específicos de tolerancia ante sonidos concretos y sonidos de fondo. Eso lo perciben mejor los foráneos, los visitantes, que los propios residentes. Afecta el tono de las conversaciones, la censura social del grito o el canto callejero, el uso de bocinas. Deriva también, y cada vez más, del diseño de los tramos urbanos (amplitud, pendiente, altura de los edificios, cierres y cubiertas) y del énfasis puesto en las pantallas acústicas, rampas y otros reductores de la contaminación sonora. La adopción de vehículos eléctricos por algunos ayuntamientos, experimentalmente, tiene más que ver con los intentos de reducción de esta y otras variedades polutivas que con el costo por hora o kilómetro transportado.

Un estudio reciente sobre el medio ambiente sonoro urbano realizado en Madrid, Sevilla y Valencia por investigadores del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) (López Barrio y Carles 1996) mediante grabaciones y entrevistas, permitió identificar cerca de dos mil *situaciones sonoras* entre las tres ciudades, de las que se analizaron con mayor detención las cuarenta y cinco más citadas por los entrevistados. Los resultados son similares a los obtenidos por el CRESSON (Centre de la Recherche sur l'Environnement Sonore Urbaine) en Francia.

Un grado moderado de estimulación acústica es valorado positivamente por la mayoría de la gente, hasta el punto de que el silencio de los lugares habitualmente bulliciosos genera temor. No obstante, y a pesar de que el ruido es un problema real en las ciudades, su impacto no debe exagerarse. Hay muchas zonas de las ciudades relativamente tranquilas, y muchos medios —aparte de la habituación— para aminorarlo. Las ciudades no solo crean problemas sónicos. Los mapas acústicos recogen las valoraciones positivas de la población en muchos lugares. Las ciudades también producen otro tipo de sensación acústica de fondo que resulta placentera y que la gente suele llamar “animación” o “bullicio”. Es una síntesis de variedad y riqueza sonora, una expresión auditiva de la alegría del vivir.

Hasta ahora, el urbanismo se ha preocupado poco del lado positivo de la sensibilidad auditiva, centrado como está en sus aspectos negativos; pero tal como hay escuelas de paisajismo que investigan y enseñan el modo de llevar

visualmente la naturaleza hacia las ciudades, también habrán de surgir estudiosos y artistas de la música urbana. Compositores que sean capaces de encontrar sonidos específicos, tonos e intensidades que combinen armoniosamente con el rumor de fondo de la ciudad; y también técnicos que creen códigos sónicos adecuados para guiar (como ya hay en algunos cruces de semáforo) a quienes no pueden utilizar los habituales códigos visuales.

Aunque el grado de sensibilidad auditiva es muy variable y la percepción está mediatizada por la condición social y económica de cada sujeto y sus previas experiencias auditivas, algunos elementos son fácilmente reconocibles por la mayoría de los usuarios o vecinos como identificativos de un lugar o situación. Este reconocimiento puede ser objeto de campañas publicitarias, igual que lo son los iconos visuales, y elevarse ese ambiente sonoro a la categoría de "patrimonio cultural" protegido. En su identificación pueden jugar un papel muy relevante los invidentes, que suplen con mayor entrenamiento auditivo y finura sus dificultades de orientación por los procedimientos comunes (Ortiz Hojas 1995).

La globalización, la tecnología casi universal de los motores, está borrando la identidad sonora que en otras épocas tuvieron las ciudades. Los sonidos atmosféricos (la lluvia, el viento, el mar, la tormenta) pierden relieve en los grandes espacios construidos, y las formas culturales del sonido se suceden y sustituyen velozmente. Con un nivel excesivo de tráfico los demás sonidos se apagan, y con la congestión (en el transporte, en la calle, en las viviendas) el esfuerzo colectivo se dirige a la disminución de todos los estímulos, incluso los que le daban originalidad y belleza a un lugar. Las campanas de las iglesias y los relojes de los ayuntamientos o edificios principales casi han desaparecido y son hoy vestigios escasamente dominantes sobre el fondo sonoro elevado y constante de la circulación. Cuando se realizan inversiones costosas para mantener la memoria histórica de la ciudad, la mayor parte de este esfuerzo se dedica a la memoria de los objetos construidos, de las formas. Pero, ¿cómo conservar la memoria auditiva, los sonidos en trance de extinción?

Los parques y jardines urbanos, como ha puesto de relieve un estudio reciente en la ciudad de Barcelona (Boer 1996), son islas de sonidos naturales. No solo ofrecen descanso del estímulo excesivo de la ciudad, sino sonidos gratos (agua, rumor de árboles, pájaros, niños jugando) en equilibrio. Hay jardines sinfónicos que pretenden y logran una gran armonía sensible entre la vista, el oído, el olfato, el tacto, la humedad, la temperatura y el propio movimiento. Más modestamente, y como muchos poetas han hecho notar, algunos árboles son capaces de evocar por sí solos numerosas sensaciones placenteras. Los álamos y los chopos, por ejemplo, a menudo han sido calificados de "rumorosos". Y es cierto que mueven mucho sus hojas y ramas jóvenes, y hasta las de buen tamaño. Pero no solo se mueven por ser flexibles, sino porque las alamedas y choperas suelen plantarse a la orilla de ríos y arroyos o en terreno fresco y bajo. Son las diferencias térmicas las que mueven y encallejonan el aire y lo convierten en viento que agita los troncos y da vuelta las hojas, tañéndolas. Al ser de dos colores las hojas, verde brillante por arriba y gris casi blanco por abajo, anuncian a la vista su giro y suman lo que se ve a lo que se oye.

Algunas ciudades preservan la memoria de sus sonidos, los cuidan. Otras,

no. Los sacrifican gustosamente, porque no quieren reconocerse en ellos o porque es el precio que pagan por la modernidad. Como toda memoria, lo que queda de los sonidos anteriores es selectivo. Los sonidos emblemáticos, como iconos sonoros, se privilegian y reproducen, o se aíslan en un conservacionismo de exhibición y museo. No hace todavía muchos años, dos o tres décadas, podía reconocerse el sonido peculiar de las ciudades españolas por sus carillones y campanas. Las campanas principales de las iglesias y conventos, lejos de ser anónimas, tenían nombres propios, como las personas. Y las campanas menores, aunque sin derecho a tanta individualidad, se beneficiaban también de un rico vocabulario que reconocía sus peculiaridades de función, lugar y tamaño. Hoy, este sonido es anecdótico, salvo en algunos centros peatonales, como el de Oviedo, en que el paso de las horas se reconoce con la música de una canción popular. En Madrid, de vez en cuando, se desempolva el traje y las patillas de un castizo para sacar a la calle el organillo o el bombo del barquillero; pero no acaba de cuajar en el día a día, y este recuerdo o mimetismo histórico se reserva para los aniversarios y las fiestas conmemorativas, que ganan en espacio y esplendor cada año, haciendo historia donde antes apenas hubo algo, o inventando y añadiéndole nueva vida. Así, el sonido triste y emotivo de las procesiones domina las ciudades castellanas y andaluzas en Semana Santa y por todas partes proliferan las carrozas de Reyes y Papá-Noeles de Navidad y las chirigotas en Carnaval. Las ferias son comunes en cualquier época del año, y en fechas especialmente señaladas se producen las manifestaciones nacionalistas, los días de conmemoración y aniversario, la fiesta de las tracas y los castillos de fuegos artificiales. La apoteosis del sonido en las ciudades españolas se produce en la Semana de Fallas, en las mascletás valencianas, que son conciertos de explosiones atronadoras. El sonido, junto al color, transforma la ciudad, se apodera de ella. Borra cualquier otro signo durante el tiempo que dura e impone sin resistencia el reino de su sentido.

En las ciudades mediterráneas islámicas, la llamada a la oración de los almohacines, expandida a través de potentes altavoces, es uno de los principales signos de identidad que percibe el visitante extranjero. Pero el signo no es exportable fuera de su contexto credencial, y ninguno de los signos posibles de creencias religiosas o políticas en el mundo occidental europeo tiene suficiente legitimidad como para reclamar tal dominio del panorama auditivo.

A pesar de su tono excesivo, para mucha gente la ciudad ofrece un nivel óptimo de estimulación sensorial, incluida la auditiva, y priman las connotaciones de su significado (el ruido como resultado de la concentración de actividades, de opciones) sobre el hecho de su volumen o persistencia.

3.3 La música y el estruendo

La música es sobre todo un fenómeno urbano, de bandas, conciertos, marchas, escuelas, recitales. Ninguna otra manifestación artística contemporánea es tan homogénea e internacional como la música, cuyos santones son capaces de congregarse cientos de miles de fervorosos adeptos, con devoción casi religiosa, en sus giras por las ciudades de varios continentes. Para los jóvenes, la música sincopada, rítmica, es un mar de fondo que crea la atmósfera de sus reuniones. Se sobrepone al sonido de las palabras y sustituye otras formas de

comunicación interpersonal, la diluye en una forma propia, densa, de sentido participativo.

La sensibilidad al ruido es en parte natural y en parte socialmente construida. La audición se educa/deseduca, se aclimata a las circunstancias. El ciudadano o urbanita, o el que tiene vocación de serlo, soporta mejor que otros el ruido de fondo del tráfico, como en épocas recientes soportaba el de sirenas, pitidos y silbatos en los puertos o zonas industriales. El tráfico genera un concierto estridente —lejano o próximo, según el momento— de motores revolucionados, chirrido de ruedas, cláxones y bocinazos, frenos y arrancadas, derrapes y pálpitos de los tubos de escape.

La búsqueda de la poética sonora urbana es una tarea inconclusa. Marinetti publicó en 1913 el “Manifiesto del Futurismo”, donde postulaba una total revisión de los valores estéticos y pedía “quemar los museos” e “inundar las bibliotecas”. Respecto a la música, dijo que debía representar el espíritu de las multitudes, los grandes complejos industriales, los trenes, las líneas transatlánticas, los automóviles y los aviones. Quería añadir a los grandes temas centrales de la música la poesía de la máquina y de la electricidad. Su manifiesto fue casi una anticipación del libro que Russoli publicaría en 1916, *Arte dei rumori*, que pedía la incorporación a la música de los sonidos de la vida diaria, el “arte concreto”. Además de teorizar, Russoli inventó el sintetizador de sonidos para producir timbres nuevos, hoy perfeccionado por los sintetizadores electrónicos.

La innovación tecnológica (radio, TV, casetes, MP4, iPod) permite hoy la reproducción musical en cualquier lugar, pero las ciudades siguen siendo lugares de experimentación y oferta musical; lo son desde el músico callejero que extiende el sombrero en la esquina, hasta los Auditorios y Palacios de la Ópera que concitan presupuestos millonarios y competencia entre las grandes firmas arquitectónicas y constructoras. La música se ha impuesto igualmente (con vaivenes: también hay modas y desgastes) como ruido de fondo en compañías comerciales y centros de servicios y como muro individual aislante, cuando se privatiza a través del audífono.

A punto de acabar el siglo, la música es un componente esencial del movimiento de los jóvenes urbanos, para quienes aporta señal de identidad y barreras disuasorias respecto a otros grupos sociales. Entre la música y el estruendo, el silencio se perfila como una aspiración recóndita de muchos habitantes de las ciudades, que proyectan fuera de este acoso auditivo los sueños de una Arcadia bucólica, definida sobre todo por el nivel tolerable de sus decibelios.

4 La percepción olfativa de la ciudad

La investigación biológica, física y química reciente ha avanzado en el conocimiento de los mecanismos anatómicos y físicos del olfato y la propagación de los olores y ha elaborado códigos de cualidad e intensidad, así como umbrales de tolerancia y percepción (Martin y Laffort 1994). Los componentes orgánicos volátiles y la polución odorífera, así como los tratamientos para arrancar, oxidar o transferir los olores, reciben atención especializada de los técnicos, especialmente en las industrias. También son objeto de atención preferente las aguas de

uso doméstico y las aguas residuales. Hay abundancia de regulaciones sobre la polución odorífera, y en algunos lugares se realizan encuestas periódicas de panel para medir el grado de molestia de las emanaciones odoríferas (por ejemplo, de las industrias papeleras) sobre las poblaciones cercanas.

De las varias capacidades de percepción, la del olfato ha sido considerada la más sutil, la de las afinidades, porque se relaciona con varios órganos corporales. En algunas culturas, las clasificaciones de los olores tienen poco que ver con la clasificación o vocabulario de la cultura occidental. Existen mapas y calendarios cuya base de orientación es sobre todo olfativa, basada en los aromas del lugar o de la temporada.

La literatura es a menudo el único recurso para conocer cuáles fueron los olores de la Antigüedad. En el siglo V antes de Cristo, Sófocles describía la ciudad de Tebas como “cargada con el peso de sonidos y olores, de gritos, cánticos e incienso”. Por la literatura sabemos que el aceite de rosas, la canela y la mirra fueron ampliamente usados por los griegos. Los olores de los lugares públicos o abiertos de la ciudad eran diferentes de los domésticos, tanto de los modestos como de los lujosos. Los banquetes y ceremonias, las pompas o celebraciones eran inseparables del uso de olores que creaban reacciones sensoriales intensas. En la Edad Media y la Modernidad, los olores siguieron jugando un papel social; el olor de santidad es una referencia casi constante en las historias de santos o apariciones, pero también es común la referencia al hedor de las ciudades y de los pobres. La literatura ha fijado asociaciones de palabras que se acompañan de olores específicos: la fragancia de los besos, el olor a enfermo, la pestilencia de la batalla y los efluvios de la muerte.

118

4.1 La desodorización en la Modernidad

La revolución científica de la Modernidad tiene su correspondiente pequeña revolución en el estudio y rechazo de algunos olores y la preferencia por otros. El siglo XVIII y los comienzos del higienismo trajeron una revolución perceptiva en el sentido del olfato (Corbin 1996). El aire se sometía a escrutinio, a prueba, por la amenaza de la putrefacción que en él se detectaba, y las ciudades eran vigiladas ante la expansión de los miasmas o vapores nocivos y nauseabundos. Médicos, químicos y reformadores sociales colaboraban en la redefinición de los umbrales de tolerancia y buscaban conjuntamente nuevos procedimientos para la mejora de pozos negros, letrinas y drenajes. Hacia el fin de siglo, la aspiración a la limpieza corporal se reflejó en un nuevo gusto por los jardines, por los olores de los prados de montaña asociados con frescura y salud, escenarios que sirven de marco a muchas pinturas de interiores, a imitación de los cuadros de Tiépolo.

Las tácticas de desodorización de los espacios públicos incluyeron nuevas formas de organizar la pavimentación, los drenajes, los alcantarillados y la ventilación. La limpieza consistía, sobre todo, en la evacuación de las aguas sucias. Estos temas formaban parte de las preocupaciones de la filosofía política, y filósofos y pensadores muy reputados, como Voltaire, se ocuparon de ellos. Durante algún tiempo se pensó que el aire se purificaba por el movimiento y los primeros ventiladores fueron la respuesta técnica a esta suposición. Un gran ventilador se instaló en la Cámara de los Comunes, en Londres, para renovar el aire. La idea de

que el aire fresco tiene propiedades curativas impulsó cambios en aspectos muy arraigados de la construcción de edificios o espacios públicos, como cuarteles, iglesias y cementerios. Para la salubridad del ejército se establecieron espacios mínimos corporales en los alojamientos de soldados, y para la salubridad de las iglesias se vaciaron las criptas de restos, los cuales fueron trasladados a lugares alejados para el enterramiento. Fue con ocasión de uno de estos vaciamientos, en 1773, en Dijon, cuando el químico Guy de Morveau descubrió la lejía, una mezcla de sal y ácido sulfúrico que a partir de entonces jugaría en todo el mundo un papel higienizador extraordinario. Los hospitales militares fueron otro lugar de innovación, con una nueva disciplina orientada a ventilar, evacuar y limpiar las prisiones, los medios de transporte y los almacenes.

El reflejo de estas ideas en la arquitectura no fue inmediato, porque los edificios son objetos duraderos cuya reforma o levantamiento lleva algún tiempo, pero poco a poco se fue modificando el modo de construir y distribuir los espacios. Ya desde mediados del siglo XVIII, las viviendas empezaron a abandonar el patrón de los espacios intercomunicados y aumentó la frecuencia de separación de espacios. En 1762, el abad Jacquin, a semejanza de las clases gobernantes, urgía a la construcción de viviendas populares con cocinas limpias, que dejaran salir fácilmente el humo, y pedía que perros y gatos se mantuvieran fuera de los dormitorios y que los retretes se situasen a cierta distancia de las habitaciones. Surgió una nueva sensibilidad ante las “ofensas territoriales” de los olores corporales en público, pero también en la familia. Aunque se creía que el olor se heredaba, descendió la tolerancia a los olores ajenos y se promovió la cama individual y, más tarde, el dormitorio individualizado.

En el siglo XIX, París fue la avanzadilla de los reformadores urbanos, con la instalación de letrinas separadas para hombres y mujeres. Los reformadores sociales se centraron en la crítica a los lugares cerrados, de entretenimiento, donde la burguesía y la aristocracia pasaban muchas horas. Se promovieron leyes de control de la polución y la creación de Consejos de Salubridad. Napoleón prohibió los vertidos industriales, malolientes, a los ríos. Ya se iniciaban entonces las hostilidades de la población hacia la industria por los malos olores y riesgos que acarreaba, y los políticos, ingenieros, reformadores o médicos tenían que jugar un papel ambiguo, entre la promoción de las nuevas industrias y la ansiedad de los vecinos. En esta época los comentarios sobre el hedor de los barrios y las casas de los pobres eran muy frecuentes, por las deficientes condiciones de higiene y por el elevado costo de la purificación, que los dueños de fincas no estaban dispuestos a asumir a su cargo.

Después de la epidemia de cólera de 1832 en Francia, aumentó enormemente la sensibilidad hacia las condiciones de higiene de los interiores de las casas, igual que hacia los drenajes y limpieza de los espacios públicos. En *Le médecin de campagne* (1833), Balzac describe la insalubridad de las viviendas, atestadas de ropas sucias, herramientas y alimentos, sin separaciones ni ventilación adecuada. La percepción de los observadores, aunque probablemente sesgada hacia la percepción denigratoria del “otro”, se había hecho más exigente, hasta el punto de dotar a la falta de limpieza de un contenido moral, que sociólogos como Durkheim intentaron separar. En 1850, en Francia culminaba esta preocupación con la Ley de Viviendas No Saludables.

Los tratados de higiene doméstica del siglo XIX proponen casas bienolientes, con muebles de madera perfumada. Balzac reconstruía prolijamente en su obra los olores de los lugares semipúblicos, como farmacias, bailes, conciertos, tabernas, juzgados o pensiones. Estas últimas le repelían, con sus habitaciones mal ventiladas y los restos adheridos de “los olores de todas las comidas que se han comido” (Corbin 1996). Los descubrimientos de Pasteur redujeron el papel de los olores como símbolos de salud y enfermedad, del mismo modo que lo habían hecho los de Lavoisier respecto a la necesidad de renovación del aire. No obstante, el olor ha seguido manteniendo una posición interesante en la literatura sobre los espacios construidos. El mundo de Guermantes, de Proust, es inseparable de los aromas cotidianos, y Bachelard, en *La poética del espacio*, descubre también la composición sensorial del espacio privado. El olor es un componente esencial del “alma del apartamento”, de la sutileza de los mensajes individuales que las personas más hábiles son capaces de orquestrar eficientemente, creando atmósferas acogedoras, incitantes, variables.

4.2 Ideales olfativos y diseño arquitectónico

El siglo XX ha impuesto la desodorización y el olor sintéticamente producido, embotellado. En la construcción, el espacio más transformado por este deseo de desodorización es el cuarto de baño, que se aleja de la estética acogedora y sensual del *boudoir* para buscar líneas duras y colores fríos, geometrías y brillos metálicos o de azulejos planos que subrayan la neutralidad e inocencia del lugar. La intimidad, especialmente el dormitorio, se ha desodorizado. Los nuevos códigos de elegancia no permiten los olores fuertes y ha disminuido el abanico sensitivo, incluidos los perfumes socialmente aceptados. Ahora han de contenerse dentro de un registro atractivo pero no provocativo, en el que la higiene predomina sobre la seducción.

También la cocina refleja los nuevos ideales olfativos. En épocas de hambre —a través de casi toda la historia—, el olor de la comida reciente era un sinónimo de felicidad, de abundancia, de afecto. Solo los muy ricos podían, con la comida asegurada, otorgar a sus viviendas otras funciones principales y excluir el olor de fogones y despensas de su vida cotidiana. Con la generalización de la clase media y su deseo de emular a las clases más altas, el olor a comida se convierte en descrédito. En las clases altas, la cocina era el lugar de los sirvientes; había de mantenerse lejos de las habitaciones de estancia y recibo, de los salones, y comunicarse solo a través de largos pasillos con puertas intermedias o, mejor aún, por pequeños ascensores o tornos que comunican los mundos separados de los pisos de arriba y de abajo, de la parte delantera y noble de la casa y su parte atareada, ancilar, trasera. Ahora, la omnipresente clase media mantiene la ficción de una cocina lejana, cuyos olores penetrantes no perturban los olores o deodoros del resto de las habitaciones. Los extractores son potentes, las puertas varias, y los alimentos muy olorosos (las sardinas, la col, el aceite frito) se borran del menú o se toman solamente en los establecimientos especializados, como una excepción o travesura olfativa sin consecuencias duraderas.

El aroma es una señal de identidad, tanto individual como colectiva, que se asocia en estrechas cadenas con otros sentidos, como el sonido y el color, para consolidar significados más fuertes, más duraderos. A pesar del fracaso en la

reproducción estándar de los olores (los intentos del cine han sido hasta ahora fallidos), los olores juegan papeles secundarios importantes en la definición de ciudades, barrios o lugares.

Los olores también desempeñan una función en los ritos de paso y en muchas de las ceremonias desarrolladas en el ámbito de distintos cultos. Así lo subraya una leyenda india, según la cual había una vez un rey que, al reírse, esparcía una nube de olor a jazmín que llegaba a mucha distancia. Entre nosotros, el romero, el incienso y la cera desempeñan importantes papeles sensoriales en las ceremonias religiosas. El sándalo y el azúcar quemado se asocian a celebraciones, igual que otras hierbas usadas como condimentos, como conservantes o por sus efectos medicinales.

Actualmente, el Poder trata de parecer impersonal en las democracias occidentales y carece de identificaciones corporales. Por eso, el papel sensorial de los aromas ha disminuido en las ceremonias públicas. Los poderosos conservan el olor perfumado, en proporciones discretas, solo para las distancias medias. Las ceremonias públicas laicas actuales están casi desodorizadas, a diferencia, por ejemplo, de lo que sucedía en los teatros o anfiteatros romanos, profusamente perfumados.

Los estereotipos de mujeres o sus diversos tipos históricos y literarios se asocian con olores característicos: el de la doncella (fragante), la madre (lácteo), la mujer fatal (dulce o perfumado intenso), la vieja (rancio) o la prostituta (pútrido, elección para la cual existe una hipótesis etimológica: la palabra *puta* es de origen incierto; sin embargo, junto con el término *putare*, referido a la actividad propia de las prostitutas, los latinos contaban con el verbo *putere*, del cual deriva *puir*, oler mal, emparentado con *putrere*, pudrir, y con el adjetivo *putridus*, podrido, corrupto, corrompido). En lo que se refiere a la higiene de los varones, es perceptible en España, como en otras partes del mundo, la apertura a una nueva sensibilidad olfativa, que si bien debe mucho a la propaganda de las industrias química y cosmética, sin duda se relaciona con cambios más profundos en la definición del propio cuerpo y de lo que de él se espera.

También cada clase social y cada ocupación comportan, y sobre todo comportaban, un olor propio. Por ejemplo, son identificables literariamente numerosas referencias al olor de vaqueros, cabreros, caballistas, fontaneros, curas, y un larguísimo etcétera de ocupaciones unidas a actividades odoríficas. Asimismo, hay olores asociados a grupos étnicos, que tienen que ver con las comidas (la mantequilla de los centroeuropeos; el aceite, vino, ajo y cebolla de los mediterráneos; las especias de los indios) o con los cosméticos utilizados.

La expansión o sometimiento de la perceptividad olfativa es una creación cultural. El olor ha sido símbolo de acatamiento, pero también de rebeldía. Flaubert reclamaba el mal uso del olor como un instrumento de oposición, de desafío. Y otros escritores, como Celine, Henry Miller o Günther Grass, han creado personajes que usan el olor como herramientas de desacato. En España, Celá usa más libremente que la mayoría de los escritores las referencias olfativas groseras. El éxito extraordinario de la novela de Süskind, *El perfume* (1985), se debe a su redescubrimiento del papel de los olores; y es posible que el siglo XXI traiga un nuevo modo de relacionarse con ellos, una vez afianzadas las bases higienistas de la actual desodorización de la sociedad de masas.

A fines del siglo XX, las ciudades se esforzaban más por la desodorización

que por la odorización positiva. El no-olor es buen olor y los olores estándar se compran en las droguerías bajo licencia de marcas registradas, acentuando la homogeneización internacional por sobre la identidad aromática de los lugares. Todavía resisten algunas ciudades, como Sevilla o Valencia, donde el azahar anuncia la primavera. O Atenas, que guarda en Plaka un reducto prodigioso de olores placenteros en torno a su Acrópolis (albahaca, laurel, jazmín, dondiego, menta, hierbabuena y eucalipto).

Ante el esfuerzo a favor del control de los olores desagradables o nocivos, el resto de los significados del olor ha perdido importancia. Por eso es bueno que aparezcan otras voces, como las literarias de Laura Esquivel, Almudena Grandes o Süskind, recordando su valor en la vida cotidiana.

5 El tacto de la ciudad

Tacto y contacto. A diferencia del oído, la vista y el olfato, el tacto requiere de la inmediatez, del acceso directo al objeto percibido. Por eso la idea de contaminación y riesgo, de suciedad o pérdida de pureza, se asocia más al tacto que a ningún otro sentido. Cada cultura, como Hall ha puesto de relieve, genera sus propios patrones de contacto y distancia interpersonal, que no son uniformes entre edades, géneros, clases sociales o estilos de vida.

La tolerancia a la proximidad física y a la densidad de ocupación es un valor que influye considerablemente en la forma y organización de las ciudades, igual que en el tipo de edificaciones y distribución interna de las viviendas: se asocia con las ideas de privacidad, intimidad, compañía y soledad. También se produce la influencia en sentido opuesto, y las convicciones y valores personales y colectivos han de rendirse ante las condiciones físicas y materiales que impone el medio construido.

En las ciudades, la aglomeración de personas favorece la proximidad física entre desconocidos, que se agudiza en los medios de transporte colectivo. De ahí que el tacto (en las manos, a través de los pies o las nalgas) se ejercite sobre todo en relación con los asideros (barandillas, barras, anillas colgantes, etc.) y los asientos, que son accesibles a otras muchas personas. El contacto manual con los elementos compartidos de la ciudad genera el temor al contagio. No obstante, este temor está mucho menos extendido en las sociedades mediterráneas, y en general en las de raigambre latina (como prueba el uso limitado de guantes, excepto los de abrigo), que en otras culturas. La evitación del contacto promueve constantes innovaciones tecnológicas, que sustituyen el uso tradicional de los mandos de mano por los de pedales.

El tacto de la ciudad se percibe sobre todo a través del pie. No obstante la intermediación protectora del calzado, el pie registra información relevantísima sobre el suelo y sus obstáculos: los pavimentos duros (el cemento, la piedra, el mármol), los blandos (la pradera, la moqueta, la arena), los firmes y los que ceden, los absorbentes y los vibrantes, los uniformes o irregulares. En conjunción con la vista, el tacto del pie percibe y evalúa el riesgo o la seguridad de las texturas inesperadas (charcos, grasa, detergentes, agua o hielo, barro y nieve, cera, hojas), de las erosiones y fisuras, de los revestimientos recalentados y pastosos.

La progresiva motorización de la ciudad sustituye el desplazamiento hu-

mano por el mecánico, acelerando el uso de las cintas, ascensores y vehículos de ruedas. No obstante, todavía el pie es importante en las ciudades: cuando se habla de “escala humana”, la imagen fotográfica que despierta es la de los pasos y los pies que los llevan: los que aún no caminan, los de los niños, los deportivos y jóvenes, los mal-calzados, los que están incapacitados para usarlos, los de quienes suplen la vista con finos bastones de tacto y eco, los de tacón, las botas, los vacilantes, o los de quienes han perdido ya la fuerza para caminar por sí mismos.

6 Un lugar para el hedonismo: el cuidado sensorial de la ciudad

Hay una larga tradición intelectual de “ciudades ideales”, como ha recogido H. Rosenau en el libro del mismo título. El ideal se asienta unas veces en su capacidad defensiva, otras en la medida en que reproduce el orden social, o en su belleza y salubridad. Las ciudades ideales no pasan generalmente de construcciones utópicas, sin trasunto real arquitectónico ni jurídico, y tienen en fechas actuales su equivalente más próximo en los “indicadores de calidad de vida” y en las clasificaciones y competiciones organizadas por algunos medios de comunicación o instituciones civiles.

El elemento sensorial ocupa actualmente un lugar entre los indicadores de calidad de vida, pero lo hace más en sentido negativo (por ejemplo, por el exceso de ruido) que en sentido positivo, por las posibilidades de disfrute que la ciudad ofrece. Incluso hay cierta predisposición a considerar que un lugar “excesivamente” placentero es sospechoso de provocar pereza o abandono entre sus moradores. En este sentido es sintomático el comentario expuesto por un monarca jordano —que a sí mismo se consideraba beduino— cuando visitaba la Alhambra: “Ya comprendo por qué los árabes tuvieron que dejar Granada”. Según E. García Gómez (1988), que recoge la anécdota, con ello quería resaltar las virtudes de vigilancia y desapego que fueron características de las épocas de victoria y expansión árabe, y que perdieron por el excesivo amor a una ciudad tan bella. Circula en Granada la interpretación de que los monarcas árabes construyeron su recinto y jardines para disfrutar de todos los sentidos, fieles en eso a una lectura de sus textos sagrados menos ascética que aquella que suelen hacer los cristianos de los suyos, y más permisiva respecto a los efímeros dones de este mundo. Para ello tuvieron en cuenta las corrientes de aire y de agua, los cromatismos de la montaña y la vega, el rumor provocado de los caños de las albercas, el olor de las plantas aromáticas al roce de la mano o el vestido, los tactos pulidos y rugosos, la humedad y el frescor de las sombras, los parapetos de viento, los soleamientos y juegos de lucernarios.

* * *

Con esta remembranza de los sentidos no se trata de llorar por un paraíso perdido, sino de abrir la reflexión a las conexiones entre calidad de vida y organización urbana. No parece que, como actualmente sucede, los ítemes que componen los índices de calidad de vida estén mayoritaria y directamente asociados con la renta monetaria de la ciudad y que se pueda seguir utilizando —por poner un ejemplo— el consumo de agua o energía por habitante o el

número de automóviles como indicadores positivos, sin mayores matices. Tampoco puede derivarse la calidad sensorial de la ciudad (el tacto, por ejemplo, o la temperatura) al ámbito privado del automóvil y las edificaciones. Las calles y las plazas pueden ser todavía lugares para la convivencia, y no solo canales para el tráfico o el transporte.

Es muy posible que quienes miran la casa como refugio hayan transferido al recinto doméstico las aspiraciones hedonistas de descanso y reposo. Pero ahora, con la llegada de las mujeres al ámbito público, se transfiere el cuidado y la aspiración a sentirse a gusto hasta las calles y plazas, los estacionamientos y edificios de oficinas. La mayor complejidad etaria de las ciudades, y la mayor diversidad cultural, requieren y permiten una mayor atención a las necesidades y posibilidades sensoriales.

¿Es realmente tan difícil que la ciudad huela bien, que sea acogedora a la vista, que suene sin estridencias, que modere los calores y los fríos, que sea segura y libre de obstáculos?





Capítulo V
Los tiempos de la ciudad

Los tiempos de la ciudad

1 Los sujetos del tiempo

Al igual que el espacio euclidiano no tiene límites, el tiempo se concreta únicamente en la medida en que los sujetos lo viven: sujetos individuales, institucionales, grandes sujetos colectivos.

La ciudad es al mismo tiempo un sujeto en sí y un contenedor de sujetos. En la interacción con otras ciudades, cada ciudad ejerce su representación y se incorpora al tiempo; pero no por eso deja de actuar como escenario o marco para la sucesión de otros tiempos más restringidos, los de sus propios habitantes.

1.1 Origen y datación de las ciudades

Para los seres humanos, la datación es relativamente fácil, o al menos lo ha sido hasta ahora. Hay dos momentos clave, materializables, de la inserción en el tiempo: el nacimiento y la muerte. Son las “trabadas fechas fatales”, que Borges ha descrito tan bellamente en su poema “La Recoleta”. Pero esta concisión del tiempo va a desaparecer probablemente en las próximas décadas. Cuando se expandan los ya logrados avances en genética, en trasplantes, en crioconservación y otras tecnologías, se romperá el sentido de unicidad y continuidad del tiempo humano, fragmentándolo, adjuntándolo o dejándolo en suspenso.

Las dificultades de datación y calendario son mucho mayores con las ciudades y los macrosujetos, no solo por la ausencia de información sino, sobre todo, por la imprecisión de las identidades y sus tiempos correspondientes. Cuando la identidad de la ciudad se transforma —por ejemplo, por crecimiento o disminución— y la analogía orgánica se debilita, no hay acuerdo en la definición y datación de los tiempos.

En cuanto al origen, la mayoría de los macrosujetos tiene un comienzo incierto, en un magma de alianzas y conflictos entre sujetos individuales que se resuelve con la elevación del pacto o la victoria a un proyecto y un signo común. Hay un lapso intermedio entre el comienzo incierto y el comienzo explícito, este último mejor datado.

Las ciudades de creación, también llamadas de generación, son de datación fácil, pero engañosa. El punto de partida o punto cero es, en estos casos, un principio; pero el principio aparente es con frecuencia solamente el final de

otra existencia previa, el momento culminante de una derrota. Sucedió así, por ejemplo, en la ciudad de Alejandría, fundada por Alejandro Magno en el año 322 a.C. Hubo allí escribas que levantaron acta de la fundación mientras los soldados del rey victorioso enfundaban sus armas. Sin embargo, el nacimiento o renacimiento de las ciudades tiene muchas maneras posibles de contarse, y antes de Alejandría estuvo allí Rakotis, la ciudad egipcia. Los muros de la ciudad nueva se construyeron, en parte, con restos de la antigua, tal como el Cusco hispánico se construyó sobre los muros incaicos. ¿Cuál es, pues, su tiempo y sus edades?

En otras ciudades, como Madrid, hechas de sedimentos, la datación es no solo difícil sino ambigua, porque ni siquiera tiene identidad, un nombre claro en sus comienzos. No hay restos del primer proyecto ni de la primera memoria; solo se recuerdan desde atrás, cuando el arco del tiempo se ha extendido ya hasta alguno de los muchos finales intermedios o al arranque de nuevos principios. Tres expertos como Manuel Gómez Moreno, Ramón Menéndez Pidal y Manuel de Terán identifican respectivamente el nombre de Madrid con “majada”, “vadoluengo” y “fuente subterránea”, otorgándole una primera memoria en lengua púnica o latina, celta y árabe. La memoria de lo humano es limitada y vacilante. ¿Quién la guarda? ¿Quién la protege? El oficio de cronista y el de contador de cuentos van parejos, aunque entre ellos se distancien y detesten. La mayoría de las ciudades nacidas poco a poco, huérfanas de un pasado reconocido e hijas adoptivas de sus hijos, se inventan unos orígenes o ancestros. ¿Cómo, si no, podrían aspirar a identidad, sin fechas y sin nombres?

128

Algunas ciudades y pueblos han tenido la pretensión de que el comienzo de su calendario fuese el comienzo del conjunto universal del tiempo. Hoy compiten entre sí varios sistemas de fechas, y los arqueólogos e historiadores tienen que aprender a reconvertirlos igual que traducen el lenguaje de los poetas o las leyes. Antes de Cristo y después de Cristo. O de Mahoma. En España, aún no se ha enterrado la memoria de muchos españoles que vivieron la guerra civil de 1936–39 y la inmediata posguerra, cuando el calendario oficial tomó un nuevo origen, subtitulándose correlativamente a partir de 1939 como Primer Año Triunfal o de la Victoria. Como en el péndulo, en el palimpsesto de la ciudad las fechas se escriben y se destruyen constantemente. Por eso son siempre indécimas, referenciales, vinculadas a puntos de anclaje que solo les conceden un frágil y temporal asidero mientras permanece viva la fe de los fieles o seguidores; son ellos quienes mantienen intocado el principio de su memoria.

1.2 Intimidad y política: los umbrales de tiempo

Los historiadores —o la mayoría de los historiadores, porque afortunadamente empieza a haber nuevas visiones de la historia— tienen en mente los sujetos supraindividuales o macrosujetos: las ciudades, las naciones, los organismos sociales. Por eso creen que la inserción en el tiempo nos la proporcionan los grandes acontecimientos externos, como las guerras y las transiciones. Se equivocan. Los planos del tiempo individual y del tiempo colectivo transcurren habitualmente en paralelo, y solo en algunas ocasiones especialmente convulsivas o felices se entrecruzan e imbrican los unos y los otros. Hay a veces grandes

individuos que concentran en torno suyo el tiempo de sus coetáneos y son capaces de vivirlo en dos escalas, la personal y otra de más amplitud o largo alcance, a la que llaman “visión de futuro”. Solo esos sujetos muy especiales consiguen llevar a los otros hasta la descolocación del tiempo y consiguen que lo asuman, especialmente en sus costos, como propio. Pero son muy escasos. Aunque los ejercicios de ambiente sitúen las biografías personales en la incrustación del tiempo colectivo, y aunque haya personalidades tan refulgentes que sirvan para nombrar una época (“el siglo de Pericles”, “en tiempo de Herodes”...), la mayoría de los sujetos individuales tiene criterios propios de cronificación de su vida. En la primera encuesta CIRES sobre el tiempo (1991), se preguntó a los entrevistados cuáles eran los acontecimientos que marcaban umbrales para ellos, y muy pocos se refirieron a la guerra civil, la transición, la dictadura o la fusión europea. La mayoría mencionaba sucesos íntimos, menores desde el punto de vista del cronista de los macrosujetos, pero centrales en la perspectiva de quien se contempla a sí mismo: casarse, tener hijos, enfermar o la muerte de un familiar próximo fueron los más citados, mucho más que el acceso o salida del trabajo o la relación con otras instituciones. Y es que nuestro tiempo esencial no es el de la Historia, sino el del cuerpo. La inserción en el aquí y ahora, igual que en el devenir, nos la regalan los padres y los abuelos: es el tiempo elemental de las arrugas y las cicatrices. El del crecimiento, la madurez, el descenso y la desaparición. Nos implantan inevitablemente en el tiempo la oxidación de los tejidos, la condición mineral del soporte de huesos que nos forman. Sus ritmos de consumo y descomposición son el reloj estricto que cronometra el tiempo vivido.

Las relaciones de tiempo son el paralelo de las relaciones familiares. Las de filialidad (la madre, el padre) son el pasado. Las de fraternidad (hermanos, cónyuge) son el presente. Y las de maternidad (paternidad en ellos) son los hijos y el futuro. La continuidad debe menos a la Polis y a la Historia que al trabajo callado de los cuerpos que brotaron en nuevos cuerpos, abriendo camino a la sucesión de las generaciones.

1.3 Proyectos y compromisos: la escala individual y la escala urbana

La escala de tiempo y los proyectos de las ciudades son distintos de los individuales. Hay pocos proyectos personales a muy largo plazo, y la mayoría es a corto. ¿Cuán corto? ¿Años, meses, días? La literatura sobre el tiempo y sobre los plazos, desde múltiples aspectos, es ingente: de inversión, de amortización, de obsolescencia, de contabilidad, etc. También son importantes en el derecho administrativo y en la gestión urbana; ahí intervienen los plazos de programación, los de ejecución, los calendarios electorales, la duración de los mandatos. Son sutiles las diferencias entre propiedad y posesión, al igual que las similitudes entre las concesiones de plazas de estacionamiento en suelo público (con plazo de noventa años u otra cifra igualmente lejana) y la expiración de los plazos en los tratados internacionales, como el que ha motivado el regreso de Hong Kong a China.

Los proyectos tienen, inevitablemente, un elemento de compromiso: compromiso consigo mismo, con los objetivos o con las otras partes implicadas. Ni las personas ni las ciudades —y ahora, posmodernas, mucho menos— suelen asumir compromisos indefinidos. El proceso rápido de secularización en España —como en tantas otras partes del mundo— nos ha llevado en el lapso de treinta años no solo a borrar o debilitar considerablemente el punto de referencia temporal futuro (la vida eterna, la resurrección, etc.), sino a que también en el más inmediato y prosaico mundo de las relaciones sociales se hayan acortado considerablemente los plazos de referencia para proyectos y compromisos. En una generación, hemos pasado del matrimonio o sacerdocio para toda la vida a la generalizada aceptación social, aunque no se manifieste expresamente, de la cláusula de rescisión de compromiso. Y esta pérdida de perdurabilidad afecta a todas las instituciones y todas las relaciones, porque forma parte de la lógica contractual y de intercambio.

Si las relaciones individuales, personales, son cada vez más libres y, por tanto, más sujetas a interrupción, ¿quién asumirá la relación con quienes no tienen nada que dar? ¿Los parientes más débiles? ¿Algún colectivo especialmente entrenado para la entrega indefinida de su tiempo? ¿O se trasladarán estas relaciones a las instituciones políticas y a los servicios sociales?

Lo que Hillary Rose llama “la caridad obligatoria de unos pocos” es en gran parte una forma de contrato social atemporal, desprovisto de cláusula de rescisión, que obliga a algunos indefinidamente mientras no atañe a la mayoría. Es un buen tema de reflexión: la socialización diferencial para el tiempo, el proyecto y el compromiso.

130

2 El tiempo de los ciudadanos

Tras buena parte de la investigación empírica en sociología, hay mucho más que el simple deseo de contar y describir: ya desde sus inicios, la investigación empírica ha estado encaminada a mostrar y medir para *entender* y *cambiar*. Lejos de desentenderse de los problemas, aspiraciones y conflictos de la población, la sociología empírica ha tratado de darles voz, una voz respaldada con el conocimiento de la dimensión de esos mismos problemas, aspiraciones o conflictos. Las cifras cantan los matices y gradaciones del contrato social implícito que une a los habitantes de un territorio compartido.

Los estudios sobre uso del tiempo son una de las formas de análisis del contrato social, de su ejecución real. Frente al análisis estrictamente jurídico, la sociología empírica mide la extensión con que algunos derechos fundamentales (por ejemplo, la igualdad en el acceso al trabajo pagado y no pagado y la promoción en el empleo) se ponen en práctica, y entre qué grupos aparecen contradicciones fácticas insalvables. Como cualquier otro tipo de investigación sociológica, los estudios sobre uso del tiempo tienen fronteras próximas a la política, a la economía y a la ética, incluso los que por expresa y estratégica voluntad de sus autores se mantienen dentro de unas características formales puramente descriptivas y avalorativas.

La expansión de los estudios sobre uso del tiempo forma parte del incremento de las investigaciones sociales y económicas que se ha producido en todos los

países desarrollados en las últimas décadas, como medio para facilitar la toma de decisiones políticas y la gestión de necesidades y recursos humanos. Las causas que contribuyen a explicar el auge o consolidación de los estudios referidos al tiempo son las siguientes:

- a) *El cambio en la estructura demográfica y productiva de los países desarrollados.* Con proporciones crecientes de jubilados, desempleados y estudiantes, hacen falta nuevos tipos de análisis y de indicadores de la vida y cambio social. El tiempo aparece como una opción relativamente sencilla de medir, con buena capacidad descriptiva y explicativa.
- b) *La insatisfacción de amplios colectivos, especialmente de mujeres, con la invisibilidad* a que el uso casi exclusivo de otras variables (como trabajo remunerado o ingresos) condena a algunos grupos y a algunas actividades que son centrales para el bienestar colectivo.
- c) *La expansión de un gran sector económico de actividades de ocio y medios de comunicación,* que necesita y puede pagar una considerable información sobre sus consumidores y sobre el tiempo consumido en sus actividades.
- d) *El aumento del tiempo invertido en actividades no directamente productivas,* como transporte y gestiones burocráticas.
- e) *La necesidad de cooperación internacional.* En la última década se ha profundizado la globalización y se han reforzado los intercambios de todo tipo; entre otros, los de investigadores y estadísticas.
- f) *El cambio tecnológico,* especialmente por la difusión de los computadores personales y la posibilidad de tratamiento de los datos por equipos reducidos de investigadores, o incluso por investigadores que trabajan individualmente.

En la década de los noventa, los estudios sobre uso del tiempo se han consolidado. Ya no puede hablarse de encuestas inconexas, que solo indirectamente tienen incidencia en la comunidad científica, sino de una actividad de investigación continuada.

La distinción entre trabajo remunerado y no remunerado es esencial para entender la contribución de las mujeres al bienestar colectivo, así como la medida en que esta dedicación impide o dificulta su acceso a la independencia económica, a los derechos sociales y políticos derivados del trabajo remunerado y al ocio y perfeccionamiento personal. Aunque no definen de manera homogénea el trabajo doméstico, especialmente en lo que se refiere al cuidado, las cifras obtenidas en las encuestas son muy elocuentes, tanto por la disparidad como por la amplitud del fenómeno estudiado. La disparidad de las cifras refleja en parte la carencia de instrumentos periódicos de observación social, pero también (además de la diferente población y estructura social de referencia) la falta de desarrollo teórico de algunos conceptos de la vida cotidiana, oscurecidos por la ingente producción jurídica, económica y de todo tipo sobre el trabajo remunerado, especialmente el asalariado. No puede olvidarse

que el trabajo no remunerado es vivido por muchas mujeres como una pesada e injusta obligación. Según la encuesta CIRES sobre uso del tiempo (1991), la reducción de aquel dedicado a cocinar y limpiar durante los festivos fue el deseo de cambio en su uso del tiempo más expresado por las mujeres.

Tampoco tiene validez en los países del sur de Europa la imagen fordista de estricta separación entre el trabajo y el no-trabajo, con su correspondiente organización temporal y espacial. Como Vaiou (1992) ha señalado, las fronteras entre el trabajo formal y el informal son muy tenues y tienden actualmente a desdibujarse todavía más. El debate social sobre el “reparto del trabajo”, la reducción horaria y la flexibilidad, parece en principio favorable a las mujeres, pero solo responderá a esta previsión optimista si el reparto se extiende a la carga global de trabajo (Durán, coord. 1998).

	Tipo de trabajo	
	Informal	Formal
Tiempo de trabajo	Casual, fragmentado, estacional, parcial.	Tiempo completo
Modos de remuneración	No pagado, a destajo, por piezas, por horas.	Salario o sueldo
Estatuto ocupacional	Trabajo doméstico, ayudas familiares, aprendices, autoempleados, subcontratados.	Asalariados
Seguridad social y beneficios sociales	Nunca o raramente, pagados por el propio trabajador.	Pagado por el empleador y el empleado
Lugar de trabajo	En el propio domicilio, en pequeños talleres, en el domicilio del empleador o en sus locales.	En locales del empleador
Destino del trabajo	Autoconsumo, inserción en el ciclo productivo de la empresa, mercado formal o informal de bienes y servicios.	Mercado formal

Fuente: Vaiou (1992).

El tiempo de cuidado, o de responsabilidad, no requiere transformaciones materiales, por lo que es fácil invisibilizarlo si no se emplean instrumentos de observación (encuestas) específicos, ya que se superpone a otras actividades pasivas o de baja intensidad. Sin embargo, el cuidado de otros impide la dedicación concentrada y la disponibilidad para ocupaciones más exigentes, sobre todo si han de producirse en ámbitos espaciales diferentes.

Con más detalle puede verse una aplicación de los datos de la Encuesta CIRES 1996 a la distribución por género de la carga semanal media de trabajo, incluyendo la composición demográfica de la población adulta y los periodos vacacionales. El dato más relevante es que las mujeres desempeñan el 31 por ciento de las horas de trabajo remunerado, el 80 por ciento de las no remuneradas y el 67 por ciento de la carga total de trabajo en España. (Ver tabla 1 y 2 página siguiente)

Tabla 1. Diferentes estimaciones del tiempo de trabajo doméstico de varones y mujeres, según varias encuestas en España

	Alef-RTV (1976)		CIS-RTV (1987)		CSIC (1990)		CIRES (1991)		EUSTAT (1993)		CSIC (1995)		CIRES (1996)	
	Horas y centésimas		H. y cent. (+ 18 años)		H. y cent. (+ 18 años)		H. y cent. (+ 18 años)		H. y cent. (+ 16 años)		H. y cent. (+ 18 años)		H. y cent. (+ 18 años)	
	V	M	V	M	V	M	V	M	V	M	V	M	V	M
Laborable	0,20	5,89	0,22	4,17	1,28	6,75	1,53	7,62	1,23	4,55			1,89	6,80
Sábado	0,24	5,55	0,25	3,81			2,22	8,47	1,43	3,77			2,63	7,78
Domingo	0,33	4,40	0,22	3,38			1,34	5,86	1,08	2,95			1,63	5,42
Total semanal	1,76	39,40	1,57	28,04	8,96	47,25	11,21	52,43	8,66	29,47	17,41	45,32	13,71	47,20

Nota: Las medias se expresan en horas y centésimas.

Fuente: La definición de trabajo doméstico varía ligeramente según la fuente, principalmente debido a la definición de cuidado, desplazamientos por compras y transporte relacionado con el trabajo doméstico. En la Encuesta de Nuevas Demandas (CSIC 1990), la estimación semanal procede de multiplicar la estimación del trabajo por 7.

Tabla 2. Índices de participación en actividades según género

	Índice participación % total	Media específica total	Media específica varones	Índice participación % varones	Media específica mujeres	Índice participación % mujeres
Tiempo empleado en propia formación	13	3,95	4,13	13	3,78	13
Tiempo empleado en actividades culturales	40	1,28	1,41	46	1,13	34
Tiempo empleado en trabajo profesional	38	7,03	7,36	60	6,33	23
Tiempo empleado en trabajo doméstico	65	5,11	3,04	42	7,67	88
Tiempo empleado en ver TV	83	2,50	2,09	83	2,15	83
Estar con amigos	48	1,79	1,83	58	1,74	40
Descansar sin hacer nada	32	1,79	1,93	32	1,66	33
Participación activa en juegos	11	1,44	1,38	15	1,55	8
Deporte o ejercicio físico	14	1,44	1,59	18	1,20	10
Nº CASOS	2.490	1.179	1.311			

Nota: Las medias se expresan en horas y centésimas. El tiempo de trabajo doméstico incluye limpieza, preparación y cocinado de alimentos y limpieza de utensilios; adquisición de productos de consumo diario; limpieza y arreglo de casa y ropa; cuidados de salud de otros familiares, incluyendo gestiones de transporte para actividades deportivas; reparación y mantenimiento, incluyendo costura, plantas, bricolaje y vehículo familiar; gestiones económicas y administrativas de la familia; transporte propio por trabajo doméstico o de otros miembros de la familia. No incluye cuidado de niños. Los datos de amas de casa en "cuidado doméstico" son 95 por ciento de participación y 7,67 de media específica.

Fuente: Encuesta de Nuevas Demandas, CSIC, 1990 (2.500 entrevistas).

La edad, el género, la clase social y los estilos de vida marcan distintos ideales y distintas probabilidades de acceso o permanencia en el ámbito privado y en el público, que no se corresponden exactamente con el espacio doméstico o de la vivienda y el espacio externo.

Los varones tienen una fuerte presencia —medida en tiempo, según Tabla 2— en el espacio público (local de trabajo, transporte, lugares de esparcimiento, instituciones, comercios) los días laborables, pero también ocupan durante varias horas, incluso descontando las dedicadas al sueño, su espacio privado. Durante vacaciones y fines de semana equilibran esta presencia preferente en el ámbito público con una mayor permanencia en los espacios privados. Para las mujeres predomina entre semana la permanencia en el espacio privado, y se hace aún más aguda los fines de semana, especialmente los domingos.

La población de edad pos-activa (mayores de sesenta y cinco años) tendrá una importancia creciente en los próximos años en todo el mundo occidental y por ello hemos tratado de analizar con cierto detalle las transformaciones que se producen en las pautas espaciales a partir de la edad de retiro. Las de los jubilados varones se asimilan a las de las mujeres (aunque no su participación en el trabajo no remunerado), ya que la nítida división previa entre los días laborables y los fines de semana se deshace. Las mujeres se ajustan lentamente a las transformaciones que imponen la edad y la legislación laboral, pero los varones han de “inventarse” unas nuevas pautas espaciales de la noche a la mañana. La mayoría no ha desarrollado actividades, aficiones o habilidades caseras que faciliten su transición, y el abandono del trabajo profesional deja un ancho vacío que se traduce sobre todo en actividades pasivas, como ver la televisión o descansar sin hacer nada. Un excedente colectivo de dos o tres horas diarias por persona configura una masa de tiempo enorme, equivalente a la de todo el tiempo de trabajo diario asalariado. Y puesto que el tiempo —a diferencia del dinero— es un recurso irremediabilmente limitado, no renovable ni susceptible de “desarrollo”, la adscripción de la población a uno u otro modelo de espacio/tiempo tiene un valor de definición política de primer orden.

De modo convencional, el tiempo semanal se ordena a partir de un momento originario (el lunes) que quiebra el sábado (solo desde que la productividad de la tecnología, las luchas obreras y las necesidades del mercado capitalista se aliaron para crear este nuevo espacio/tiempo no sacro, diferenciado) y culmina el domingo. Pero no hay ninguna razón que impida “ver” el desarrollo del tiempo desde otro punto originario: por ejemplo, comenzando la semana en sábado o domingo. El lunes podría verse como la culminación del domingo, y de hecho muchas mujeres definen su experiencia del lunes como un descanso o un reencuentro consigo mismas, tras el obligado vaciamiento que les produce su disponibilidad permanente para los otros y el cierre de las instituciones de servicios durante el fin de semana.

En España, en los festivos, el tiempo que varones y mujeres dedican al sueño o a las comidas es casi idéntico, con lo que se configura una equiparación en las actividades más fisiológicas o pasivas. En cambio, las diferencias siguen siendo muy grandes en casi todas las restantes actividades durante el fin de semana. Las mujeres dedican a limpiar doce veces más tiempo que los varones los días laborables. Cuando llega el fin de semana, siguen dedicándole diez veces más tiempo que los varones los sábados, y nueve los domingos. Cocinar se reduce solamente de ocho veces más a siete veces más; cuidar niños, de siete veces a cinco veces. La ocupación de atender enfermos, incluso crece. Y sin embargo, la proporción de tiempo dedicado al trabajo profesional se mantiene casi idéntica, en torno a un tercio de tiempo las mujeres respecto a los varones.

Entre las actividades recreativas, las mujeres dedican más tiempo que los varones los días laborables a ir a cines y teatros, a las actividades culturales y a hacer turismo; pero pierden o reducen esta ventaja relativa los fines de semana. En el resto de las actividades de ocio (deporte, pasear, ir a restaurantes, bailar, asistir a espectáculos deportivos, ir a bares, etc.) ocupan una posición relativa similar o incluso peor durante los fines de semana.

Al igual que es diferente el uso del tiempo entre mujeres y varones, los

horarios y calendarios de la ciudad se edifican sobre una base de transacciones sociales que reflejan la distribución real de poder entre los grupos implicados. La campana, el reloj o el silbato han sido elementos organizadores del trabajo, de los ritos colectivos y del ocio. Solo quien ostenta el poder puede controlar la organización colectiva del tiempo.

La organización horaria de las ciudades actuales depende fundamentalmente de las transacciones entre vendedores y compradores de trabajo asalariado. De ahí el carácter eminentemente político de la propuesta de las mujeres italianas de una Ley del Tiempo (1990) para modificar los horarios y la accesibilidad de los servicios públicos en las ciudades. Más que por el efecto real, práctico, en la aplicación de medidas, la propuesta italiana ha sido un éxito por la visualización del contenido político profundo de los horarios y por la llamada de atención sobre los perjuicios que causa a los “otros” la organización social sobre la base de la estricta división de papeles (y, por tanto, de espacios y tiempos) entre varones y mujeres, que ya no se corresponde con la realidad. Ni como descripción de lo que hay ni —menos aún— como aspiración y expectativa.

En España, como en otros países, el debate en torno a los horarios se ha profundizado a raíz del conflicto por la apertura de grandes almacenes durante los días domingo. Paradójicamente, la ampliación de los horarios de atención del comercio y servicios públicos, que es condición necesaria en la vida cotidiana de las mujeres con empleo, ocasiona problemas a los trabajadores de esos sectores, en los que son mayoría las mujeres.





Capítulo VI
Fronteras domésticas: la construcción social de la vivienda y la casa

1 La casa como centro del mundo

La arquitectura es, antes de nada, la ordenación de espacios. Y por encima de la forma construida que adopte, la ordenación del espacio es una manifestación de una idea más general del orden y la jerarquía, lo principal y lo secundario, lo permanente y lo efímero. En definitiva, del lugar que corresponde a cada cosa en el conjunto, en la ciudad y en el cosmos.

No obstante, al ser las construcciones objetos duraderos, altamente costosos y lentos en su producción, las formas sobreviven a menudo a su sentido originario y se adaptan a nuevos cometidos, con apenas retoques o modificaciones parciales.

Cada conjunto de creencias tiende a organizar el entorno espacial en que se ubica de modo coherente con ellas. Pero ni todas las creencias tienen fuerza suficiente para dominar las de otros grupos sociales, ni se manifiestan con la misma intensidad en la arquitectura. Los grupos dominados tienen que aceptar el lugar que otros les otorgan, les guste o no, y usarlo como si fuera suyo. Los edificios y las viviendas son también retóricos: presentan mundos dentro de mundos, intentan instruir y persuadir, sirven de catarsis a la emoción. En definitiva, las obras construidas son políticas, incluso las más modestas y cotidianas.

Aunque el Diccionario de la Lengua no recoja diferencias sustanciales entre “vivienda” y “casa”, salvo la mayor abundancia de acepciones de esta última, en el uso cotidiano ambos términos se emplean con diferente contenido. La *vivienda* es el edificio que sirve de morada o habitación. En eso no se diferencia de la casa. Pero mientras el término *vivienda* es pobre en asociaciones lingüísticas y la literatura ha producido pocas palabras conjuntas para acompañarla, la *casa* es sumamente rica en asociaciones; entre otras, las de Casa Real, casa de baños, casa de empeño, casa consistorial o Casa Madre, y multitud de aumentativos y diminutivos, como *casona*, *caseta* o *casilla*.

La *vivienda* es el edificio habitable, visto desde su perspectiva externa o administrativa. Forma parte del vocabulario de arquitectos, promotores, economistas, juristas, políticos y líderes sociales: los primeros, porque se ocupan de la producción de los contenedores que alojarán a la población y tienen que resolver problemas de gestión y constructivos; los últimos, porque han de evaluar las necesidades de alojamiento, hacerlas explícitas, organizar las medidas de presión adecuadas y lograr la adscripción de recursos para resolverlas.

La *casa*, al contrario, rara vez se menciona en leyes y reglamentos ni forma parte, con ese nombre, de la atención de juristas o gestores. Aunque también se aplique el término a las características físicas de este envolvente externo, en el lenguaje cotidiano priman las referencias a la vida *de puertas adentro*, por encima de sus elementos construidos. Nadie dice “mi vivienda”, salvo si se trata de un documento oficial, una reclamación o una instancia. Queda para el uso de declaraciones de renta, notaría, documentos de identidad, células y encuestas censales.

La *casa* es hoy, sobre todo, una unidad familiar que comparte territorio. Se parece poco a la *oikos* griega, que albergaba muchas familias, o a las villas romanas y los castillos medievales, en los que la función de alojamiento ni siquiera era la más importante entre las muchas que cumplía. En la historia y la literatura puede rastrearse la evolución de los tipos de convivencia y el entorno físico en que se desarrollaba.

Actualmente, en España y en todos los países desarrollados predomina el tipo de vivienda que alberga a un grupo muy reducido de familiares, cuyas relaciones de producción para el mercado se establecen sobre espacios separados. Si no han desaparecido completamente, las casas de campo con funciones de producción agraria, las casas-taller, las casas-tienda y las casas que sirven simultáneamente como despachos profesionales se han reducido drásticamente.

Aunque la imagen genealógica de *la casa* haya perdido importancia, y el peso de los antecesores o herederos cuente cada día menos en la organización de las relaciones territoriales, la casa sigue siendo un lugar privilegiado, un punto que centra la ordenación del espacio y del mundo. Mircea Eliade ha señalado cómo el espacio se ordena desde puntos centrales, a modo de ombligos, y a partir de ahí ganan sentido las ideas de proximidad y de distancia, de presencia y de ausencia. La casa es un punto central en la ordenación del espacio de la mayoría de los habitantes de fines del siglo XX, y en este lugar privilegiado, casi sacro, se concentra una extraordinaria intensidad afectiva y simbólica. La casa sigue siendo heredera del hogar y el lar —el sitio de la lumbre en la cocina—, aun cuando se haya superado la tecnología doméstica del fuego como sistema de calor, preparación de alimentos y defensa.

Una casa es, además de un edificio, un sistema de reglas, un *orden*. Es la acotación sobre el espacio de lo propio y de lo ajeno, lo interior y lo exterior, lo accesible y lo cerrado. La casa implica aprendizaje de normas, reconocimiento de los iguales, jerarquías, prioridades, quebrantamientos, sustituciones. La casa es ajuntamiento y separación, acotación y apertura, descanso y vigilia. La casa contiene un código implícito y mudable de subordinaciones, de secuencias de tiempo, de expectativas, de pactos y contrapartidas, de riesgos y latentes amenazas. Más que ningún otro, la casa es el lugar de la memoria y del futuro, del eslabonamiento entre las generaciones idas y las venideras.

La vivienda es el marco edificado que sirve de base a esta organización territorial y simbólica, pero la casa es nómada —o puede serlo— mientras la vivienda permanece anclada a un punto fijo. Una misma vivienda puede servir de lugar, sucesivamente, a varios hogares; y un mismo hogar puede habitar simultáneamente —y es cada vez más frecuente— varias viviendas.

2 La construcción ideológica de la casa en la tradición española: el modelo de “La perfecta casada”

Además del distinto peso que tiene el elemento construido en el uso cotidiano de *vivienda* y *casa*, cada uno de estos términos se asocia con otras ideas de modo diferente. Vivienda deriva de vivir, y es el lugar en que se vive. La palabra *vivir* es mucho más fuerte, tiene más contenido o enjundia que la simple circunstancia espacial o de lugar que se condensa en “vivienda”. *Casa*, en cambio, es principio de otras voces como *casamiento* o *casada*, que desbordan la importancia de su raíz. Especialmente para las mujeres, el casamiento ha equivocado durante siglos a cambios en la biología, en el estatuto jurídico, e incluso en el nombre. Casarse ha sido, y en gran parte sigue siéndolo, adoptar un afecto y un oficio, una subordinación y una alianza más fuerte que ninguna otra. El casamiento y la casa ha sido para las mujeres su “polis”, su política, puesto que de los asuntos públicos de la ciudad estaban formalmente excluidas y toda su capacidad de decisión y de proyecto se concentraba en este reducido ámbito.

La condición política de la casa, de su orden interno y de la articulación con el orden externo, es algo que reivindica desde hace décadas el movimiento de mujeres. No es que sea novedosa la reflexión sobre el contenido normativo de las relaciones de género: ya Jenofonte y Aristóteles señalaron que la *oikonomia* era la buena administración de la casa, pero dieron por natural el reparto contemporáneo de papeles entre mujeres y hombres. Lo novedoso de hoy es el rechazo ante el esquema de distribución de funciones, con su correlato de adscripciones espaciales, que se presentaba como natural e intransformable, así como una práctica social creciente que mitiga las antiguas y estrictas divisiones del trabajo.

Más próxima que la tradición griega, judía o musulmana pero heredera de todas, es la obra de Fray Luis de León *La perfecta casada* (1583). La herencia intelectual griega y judía (Aristóteles y Salomón) es reconocida explícitamente en la obra, en tanto que la musulmana o árabe no se hace visible, no se alude, pero ejerce de todos modos una influencia soterrada y profunda que ha llegado hasta hoy de múltiples maneras. Si bien *La perfecta casada* ha sido objeto de atención casi exclusiva de filólogos y moralistas, en realidad contiene una elaborada teoría política y económica de las relaciones entre hombres y mujeres, pivotando alrededor de la casa como el eje en torno al cual gira toda una construcción ideológica y sus correlatos espaciales.

La obra de Fray Luis de León tiene una importancia extraordinaria como reflejo y refuerzo de una tradición, y hay que analizarla con mucha más atención de lo que hasta ahora se ha hecho. En cierto modo todos la llevamos dentro, y al cortar con sus raíces cortamos una tradición que ha tenido y tiene manifestaciones legales, estéticas, morales y psicológicas.

La perfecta casada no es solamente un texto clásico, sino que simboliza magistralmente una ideología y un modo de división del trabajo entre hombres y mujeres todavía en vigor en España al final del siglo XX. Como prueba, basta mirar las cifras de población activa y su distribución actual. No es una obra aislada, sino la más clara, difundida y bella de cuantas se han escrito en castellano sobre la dimensión económica y espacial de la familia. También —y es

un dato nada desdeñable— su autor representó en su época una vanguardia modernizadora y aperturista, lo que le valió innumerables acosos y persecuciones de sus coetáneos. Durante cuatro siglos, su pensamiento ha sido muy influyente. Todavía en el último tercio del siglo XX ha sido frecuente que este libro, cuyas ediciones solo han sido superadas por *El Quijote* y unos pocos más, se regalase a las novias como obsequio en su boda; además, ha actuado como elemento moderador frente a sectores ideológicos mucho más reaccionarios y anclados en visiones denigratorias —tanto físicas como morales— de las mujeres. A veces estas condiciones históricas de sumisión parecen ya olvidadas desde el clima igualitario formal reconocido por la Constitución de 1978, pero la estadística de violencias domésticas presenta un inexorable contrapunto a cualquier optimismo y despreocupación.

En la perspectiva planteada, el análisis de *La perfecta casada* presenta dos desafíos: el primero es comprobar si existe en el texto una teoría del “modo de producción doméstico” o, cuando menos, un modelo de la “economía doméstica”. El segundo es averiguar si se trataría de un “modelo inventado” o correspondería realmente con la estructura económica a la que pretende aplicarse.

Los modelos económicos, sean del tipo que sean, resultan útiles como formalizaciones de parcelas de la actividad económica. Pueden ayudar a la descripción y explicación de mecanismos parciales, aunque es dudoso que aclaren los orígenes, la crisis y el destino de una sociedad. Su masiva incorporación en las modernas ciencias sociales, no solo en la economía, parece corroborar la idea de su utilidad, cuando menos para explicar el funcionamiento de las unidades económicas cuyas magnitudes principales se conocen o pueden aceptarse como constantes. No hay ninguna razón, salvo el desinterés ideológico y la falta de imaginación, para que estos modelos tan útiles en otros campos no se apliquen también a la *economía de la casa* o del hogar.

Llevado de la necesidad de reducción del “modelo de perfección” a sus rasgos esenciales, Fray Luis de León hubo de recurrir repetidas veces al “como si fuera”, o sea, a la reducción de la complejidad real de situaciones concretas a una esquematización simplificada. Esta reducción afecta sobre todo a dos tipos de variantes. Por una parte, a lo que llamaremos la “reducción funcional” de su modelo. Aunque el autor reconozca la existencia de “casadas” que viven de la mercadería, de la contratación, de los oficios mecánicos, de la navegación, de la guerra y de otras muchas formas de obtención de riquezas, todas sus “perfectas casadas” han de comportarse como si fueran labradoras. La segunda reducción, o “reducción gradacional”, es la que supone a la casada como gestora de una unidad económica de tamaño medio, a la que las demás deben parecerse, aunque se trate de “reinas y duquesas” o “no tenga gañanes ni obreros”. No elude el autor el reconocimiento de que dentro de una unidad económica de tipo empresarial-familiar puedan presentarse oposiciones de intereses entre los dueños y los empleados; de hecho, se refiere a este conflicto de intereses en términos durísimos, como una guerra permanente en la que *la casa* fuera “como un castillo en frontera” donde los criados desempeñan el papel de “los enemigos”. Sin embargo, considera secundario el papel de los asalariados en la producción de riquezas, que descansa preferentemente en

La mujer continuará, no obstante, sometida a la condena moral por el intento de abandonar el viejo orden económico. La unidad familiar que servía de referencia a Fray Luis de León tiene poco que ver con la familia nuclear contemporánea. Aquella tenía un número elevado de hijos (reprocha la conducta de quienes se contentan con “parir un hijo de cuando en cuando”, así como la de quienes se hacen ayudar por nodrizas), convivían muchas personas unidas por lazos de sangre y de clientela, y estaba estratificada socialmente. A la casada, esto es, la dueña de la casa, le correspondía ordenar la contribución de cada uno a la producción doméstica. Su supervisión se dirigía muy directamente al trabajo de las demás mujeres de la familia, entre las que se incluía la servidumbre, pero se extendía también a los criados varones. Era, además, la depositaria del conocimiento tecnológico y artesanal imprescindible para la producción y tenía que encargarse de la transmisión, conservación y puesta en práctica de esta tecnología. La casa no era solo el lugar de residencia, sino un taller y un almacén de vital importancia para la supervivencia.

Por donde dice bien un poeta que los fundamentos de la casa son la mujer y el buey: el buey para que are y la mujer para que guarde. Por manera que su misma naturaleza hace que sea de la mujer este oficio; y la obliga a esta virtud y parte de su perfección, como a parte principal y de importancia (p. 35).⁸

Tomen la rueca, y armen los dedos con la aguja y el dedal, y cercadas de sus damas, y en medio dellas, hagan labores ricas con ellas, y engañen algo de la noche con este ejercicio, y húrtese al vicioso sueño, para entender en él, y ocupen los pensamientos mozos de sus doncellas en estas haciendas, y hagan que, animadas con el ejemplo de la señora, contiendan todas entre sí, procurando de aventajarse en el ser hacendosas (p. 53).

143

La contribución al proceso productivo debía ser vigilada y empujada constantemente, en una interpretación claramente empresarial del papel de la casada, que distribuía materiales y decidía en cada momento dónde debía aplicarse el trabajo ajeno para que fuera más productivo. Al mismo tiempo, debía constituirse en promotora social de sus propios criados, especialmente de las doncellas que la servían, ayudándolas a situarse. La relación económica no era de asalaramiento, sino de clientela, ya que la casada no pagaba solo en dinero o especie, sino en enseñanza (la tecnología artesanal), en garantía económica y en facilitamiento de las relaciones sociales y de la instalación económica o emancipación.

En el plano ideológico, Fray Luis de León buscó una múltiple fundamentación a la división del trabajo entre hombres y mujeres. Siendo, como era, hombre culto y abierto de ideas, no se limitó a buscar la justificación en el Espíritu Santo, sino que trató de complementarlo en la Naturaleza y en la Razón:

... que pertenezca al oficio de la casada, y que sea parte de su perfección, aquesta guarda e industria, demás de que el Espíritu Sancto lo enseña y también lo demuestra la razón. Porque cierto es que la naturaleza ordenó que se casasen los hombres (...); porque para vivir no basta ganar hacienda, si lo que se gana

8 Los folios y la transcripción corresponden a la 11ª edición de Espasa Calpe (Madrid, 1980), digitalizada en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (Alicante, 2003), <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=10104>

no se guarda; que, si lo que se adquiere se pierde, es como si no se adquiriese. Y el hombre que tiene fuerzas para desvolver la tierra y para romper el campo, y para discurrir por el mundo y contratar con los hombres, negociando su hacienda, no puede asistir a su casa, a la guarda della, ni lo lleva su condición; y al revés, la mujer que, por ser de natural flaco y frío, es inclinada al sosiego y a la escasez, y es buena para guardar, por la misma causa no es buena para el sudor y trabajo del adquirir. Y así, la naturaleza, en todo proveída, los ayuntó, para que prestando cada uno dellos al otro su condición, se conservasen juntos los que no se pudieran conservar apartados. (pp. 34–35)

La construcción económica de la casa y de la hacienda se lograba, según Fray Luis, mediante una continuada y atenta dedicación a la producción, la restricción del consumo personal y la obligatoriedad, al menos como aspiración, de la ampliación del capital familiar. La madre, con su trabajo, era la garantía de que los hijos se criaran sanos y valientes. La casada, dice Fray Luis, debe madrugar más que nadie en su casa, pero no para que “rodeada de botecillos y orquillas” “se esté sentada tres horas afilando la ceja y pintando la cara, y negociando con su espejo que mienta y la llame hermosa”.

En resumen, las propuestas económicas relativas a la mujer casada son las siguientes: a) Sus condiciones de trabajo son más duras que las de los demás trabajadores de la unidad familiar, como garantía para su éxito económico; b) Le corresponde la gestión y dirección personal de la economía familiar, tanto en trabajo directivo como en producción directa; y c) Su trabajo ha de ser incesante, generador de riqueza y progreso material.

144

El esfuerzo económico de la mujer, su aportación a la estructura demográfica y productiva, ha de olvidarse, ocultarse, convertirse en invisible: ha de ser “como sin darse cuenta”. Condición esta de tipo psicológico o conciencial-reivindicativo, difícilmente conciliable con las condiciones objetivas de producción y productividad por parte de la casada que requiere el éxito de la empresa.

Luis de León no aceptaba fisuras en su argumentación, ni planteó en ningún momento la posibilidad de interpretaciones alternativas a los hechos o a los textos que comentaba. La razón, la naturaleza y la voluntad divina se aúnan en una complementariedad perfecta que alcanza su expresión magistral en el pasaje donde comenta la obligación de la casada de levantarse al amanecer, aun cuando padeciera “en el estómago de la flaqueza, o en la cabeza de pesadumbre” (p. 61).

La negación de otras ocupaciones a la mujer de su casa, a la casada, se extiende incluso a la oración, por entender que no es compatible con el programa de obligaciones productivas ya expuesto. También excluye, sin que sean excepción las mujeres de la nobleza o la realeza, la cultura o la expresión artística absorbentes.

Tampoco las malas relaciones conyugales son causa justificadora de la interrupción del proceso productivo. “Que por más áspero y de más fieras condiciones que el marido sea, es necesario que la mujer le soporte y que no consienta por ninguna ocasión que se divida la paz” (p. 43).

Como contrapartida a este programa de deberes económicos, Fray Luis de León reconoce a la mujer casada como dueña de su hacienda, aunque le niegue el derecho a usar en provecho propio sus beneficios. La “casa” y “la

la capacidad productiva y gerencial de la casada. De ahí que lleve a cabo el tercer reduccionismo, el de la "unicausalidad" del conflicto social, en aras de un mejor señalamiento de lo que para él constituyen los rasgos esenciales del proceso productivo.

Cuando Luis de León analiza los posibles modos de producción u obtención de riquezas, selecciona el único que le parece adecuado en el plano económico y describe cómo funciona el modelo agrícola-casero mediante el estrangulamiento del consumo y la aplicación continuada a la producción. Señala las contradicciones latentes entre el hombre y la mujer y entre la mujer-empresaria y el resto de los trabajadores en la empresa-casa. Y justifica moralmente este modo de producción. Como no puede construirse un modo específico de división del trabajo y de creación y apropiación de riquezas sin que comporte un correlato axiológico, atribuye capacidades y valores a cada uno de los sujetos de la relación social prescrita, y dispone las bases psicológicas para el mantenimiento de esta misma relación. Las vías que Fray Luis de León propone, interpretando y justificando su época, para mantener la adscripción de las mujeres a la posición que ocupan en el proceso productivo, son las siguientes: la fragmentación, dispersión, prohibición de cualquier actividad potencialmente concienciadora (la comunicación, el estudio, la creatividad artística, la toma de contacto con otros sujetos en la misma posición, etc.); y la creación de un mundo de premios y castigos de orden sobrenatural, psicológico y material.

Fray Luis de León condenaba el naciente mercado de mano de obra de su época, así como los indicios de conversión de las explotaciones agrarias en simples generadores de capital para sus propietarios. Frente a ello defiende un modelo de economía tradicional, de subsistencia, y la organización social (las "familias" o "casas") que lo sustentan. Percibe el cambio que se está introduciendo en el sistema económico y, sintiéndose sin fuerzas para oponerse a la aparición de rentistas y contratantes, trata al menos de evitar que las mujeres se sumen a estos dos nuevos grupos económicos. Enérgicamente proclama la obligación de la casada de comportarse como si fuera labradora, cualquiera fuese el origen de la riqueza que comparte con su marido. Los sectores económicos que viven de la "contratación" y los "rentistas" le parece que causan daños y males gravísimos; por eso la *perfecta casada*, fuera cual fuera la ocupación y ganancia de su esposo, debe ocuparse de *dirigir su familia y hacienda como si fuera de labranza*, porque esta es "la más perfecta y mejor vida".

La "casa" o "la familia", y la mujer como su soporte económico principal, van a conservar el tipo de organización económica y social característica de sistemas económicos ya arrumbados: la economía de autoconsumo y de subsistencia va a recibir, al menos en lo que a la mujer se refiere, la justificación ideológica y la bendición religiosa. Con ello se consolida en el plano ideológico y productivo la escisión entre la economía básica o doméstica y la economía externa o de mercado. Sin embargo, esta escisión progresará lenta e irremediabilmente hasta nuestros días, invirtiendo la relación de dependencia querida por Fray Luis. En vez de ser el mercado externo la salida ocasional ante el fracaso de la unidad doméstica, se ha convertido en la garantía de subsistencia de la mayoría de la población. La herencia y la heredad han perdido importancia para la mayoría, que ni siquiera aspira ya a la propiedad agrícola o ganadera.

familia" son entidades con su propia dinámica económica y la dueña es más su servidora que su usufructuaria. Los hijos son beneficiarios de la hacienda en la próxima generación, y no hay un tratamiento extenso de los beneficios materiales del trabajo de la casada en el presente. Solamente en el contexto de un paraje dedicado a demostrar el gran poder que la mujer puede alcanzar dentro de la unidad doméstica ("¿Quién no da crédito al amor y a la razón cuando se juntan?", p. 73), Fray Luis concluye así: "¿Qué beneficio hay que iguale al que recibe el marido de la mujer que vive como aquí se dice?" (p. 74).

Este orden o modo de producción, esta división de tareas expresamente propuesta en la tradición cultural española, requiere un correlato psicológico y una expresión espacial, construida. Su consecuencia es la severidad de los ornamentos e instalaciones interiores, la escasa apertura exterior de los muros, la carencia de lugares específicos de reunión para las mujeres.

¿Por qué les dio a las mujeres Dios las fuerzas flacas y los miembros muellos, sino porque las crió no para ser portas, sino para estar en su rincón asentadas? (p. 129) (...). Y pues no las dotó Dios ni del ingenio que piden los negocios mayores, ni de fuerzas las que son menester para la guerra y el campo, cuídense con lo que son y conténtense con lo que es de su parte, y entiendan en su casa y anden en ellas, pues las hizo Dios para ella sola. (p. 130).

El silencio es la garantía de que la desobediencia y la rebeldía se mantienen contenidas en niveles no peligrosos, que no arriesgan la pervivencia del sistema productivo defendido. A la casada no le concede Fray Luis el derecho al descanso ni al placer, pero el trabajo permanente no debe alterar su equilibrio psicológico, ni amenazar indirectamente su aportación al proceso productivo.

146

En el pensamiento tradicional, a la mujer casada no le cabe excusa alguna para la rebeldía frente al orden económico y frente al lugar que en él le han adscrito Dios y la Naturaleza. Ni la aspereza, ni la bravura, ni el desaliento, le están permitidos. La iniciativa debe limitarse a aquellos asuntos directamente encaminados al acrecentamiento de su hacienda. Fray Luis de León destaca que la primera consecuencia de su hacendosidad es que, sin necesidad de que el marido provea a la compra de lino, sabrá ella producirlo "de los salvados y desechos de su casa". Para mantener el orden económico propuesto, el contacto con el exterior es un riesgo que se debe evitar a cualquier precio. De ahí que proponga el aislamiento de la casada dentro de su casa, sin apenas salir "del campo de su carrera, que es su casa propia, y no las calles, ni las plazas, ni las huertas, ni las casas ajenas" (p. 128).

El aislamiento va dirigido claramente a impedir que aparezca una conciencia reivindicatoria, a la par de mantener constantemente activo el proceso de producción doméstico de bienes y servicios. Inevitablemente, la adscripción a la unidad económica familiar implica la pérdida de contacto con cualquier agente perturbador. Por eso, Fray Luis se apoya en citas cristianas, de San Pablo: "es de advertir que (...) debe tener gran recato acerca de las personas que admite a su conversación y a quién da entrada en su casa..." (p. 77); y en citas clásicas, como una de la cual dice que es referida a Eurípides: "... dice bien el que dice: Nunca, nunca jamás que no me contento con decirlo una sola vez, el cuerdo y casado consentirá que entren cualesquier mujeres a conversar con la suya,

porque siempre hace mil daños. (...) contra estas mujeres y las semejantes a estas, conviénele al marido guarnecer muy bien con aldabas y con cerrojos las puertas de su casa; que jamás estas entradas peregrinas ponen en ellas alguna cosa sana o buena, sino siempre hacen diversos daños" (p. 79).

Para terminar este análisis del pensamiento tradicional sobre la casa y la casada, que ha inspirado con breves y honrosos paréntesis la filosofía, la moral y el derecho español hasta la Constitución de 1978, recogeremos de Fray Luis dos referencias a los clásicos (Demócrito y Plutarco) con que ultima la conversión de las virtudes morales en ideales estéticos: la fuerza de su advocación, su poder alegórico, pueden rastrearse hoy todavía en la literatura, la música, la arquitectura, el cine, la pintura o la escultura:

Y así solía decir Demócrito que el aderezo de la mujer y su hermosura era el hablar escaso y limitado. (p. 124)

Cuenta Plutarco, que Fidias, escultor noble, hizo a los elienses una imagen de Venus que afirmaba los pies sobre una tortuga, que es animal mudo y que nunca desampara su concha; dando a entender que las mujeres, por la misma manera, han de guardar siempre la casa y el silencio. (pp. 124–25)

3 La vivienda y sus intérpretes modernos

Entre los muchos tipos de saberes que se interesan por la vivienda (construcción, historia del arte, tratamiento jurídico, comercialización, etc.), los que tienen en cuenta sus aspectos sociales constituyen un grupo relativamente abundante, como lo evidencia una extensa bibliografía sobre el tema. En su mayor parte los estudios disponibles tienen el formato de *informes* y han sido promovidos o publicados por instituciones de financiación pública que tienen funcionalmente adscrito este tema, o por instituciones privadas ligadas a grandes empresas constructoras, bancarias o de gestión urbanística. También hay aportaciones muy relevantes que provienen de instituciones sin ánimo de lucro u organismos no gubernamentales, o de los colegios profesionales y otras entidades corporativas.

Lo que tienen en común todos estos estudios es una perspectiva predominantemente *macrosociológica, cuantitativa* y, en cierto modo, *externa*. Aunque su propósito no se manifieste explícitamente (en muchos casos sí se hace patente, desde la introducción), estos estudios se hacen y difunden porque responden a preocupaciones específicas, que están incluso protegidas constitucionalmente: por un lado, el derecho a la vivienda; por otro, el derecho a la empresa privada y al lucro. Es la protección de estos valores lo que genera un tipo concreto de investigación, que es orgánica en el sentido de que sirve para describir, cuantificar, profundizar en el análisis de objetivos e instrumentos parciales y anticiparse a problemas futuros para tratar de darles solución o respuesta. En definitiva, son estudios vinculados a la posibilidad o al mandato de intervención, y forman parte de procesos de toma de decisiones de grandes implicaciones económicas y políticas.

Predominan en estos estudios los intentos de cuantificación del número de viviendas e infraviviendas, su relación con la evolución demográfica y económica,

la distribución entre Comunidades y estratos sociales, los sistemas de tenencia y nivel de equipamientos, y el análisis de la evolución y tendencias futuras.

Junto a este tipo de análisis hay otras formas de aproximación al tema de la vivienda que no generan tanta bibliografía ni investigación financiada. Aunque no la desdeñen, y potencialmente sean tanto o más susceptibles de provocarla que los otros, estos estudios no tienen una relación directa e inmediata con la intervención, ni resulta evidente la implicación de la Administración Pública y otras instituciones en sus resultados. Son estudios que utilizan preferentemente *aproximaciones cualitativas*, con frecuencia a *escala micro*; en cierto modo, son *internos* a la vivienda. No se refieren tanto al producto industrial de la construcción —o sea, el contenedor físico que es la vivienda—, cuanto a los procesos sociales en torno y dentro de ella. Más que a los sociólogos cuantitativistas, ha atraído a antropólogos, psicólogos y filósofos, a menudo muy inspirados por las percepciones anticipadas en la literatura o el cine.

Entre los analistas del mercado es común señalar el largo proceso de producción de las viviendas (cerca de cuatro años) como una condición estructural importante. En el caso de la producción de investigaciones, el proceso es aún más largo y esporádico, por lo que las publicaciones a menudo utilizan encuestas, informes o datos producidos una década antes, porque no hay disponibles otros mejores. Solamente los temas de investigación que han sido asumidos por alguna institución de gran solvencia económica producen datos con regularidad y crean la base para análisis comparados.

148 En los temas relativamente novedosos, no incorporados a las corrientes dominantes del pensamiento, es poco probable que existan datos adecuados. Por tanto, además de tratar de “hacer hablar” a los datos ya existentes, creados con otros fines y perspectivas, la investigación tiene que hacer uso de materiales aparentemente menos fríos y neutrales que las estadísticas disponibles. De ahí el frecuente recurso a campos en que la imaginación explora lo que todavía no ha acotado la observación repetida mediante censos o encuestas.

El análisis del significado de la vivienda para sus habitantes, o para los que aspiran a ella, cae claramente dentro del segundo tipo de aproximaciones. Solo se produce investigación innovadora cuando existe un malestar que requiere interpretación y respuesta, pero la explicitación de las tensiones implícitas es un proceso difícil y largo que requiere del concurso y confluencia de numerosos intérpretes. También detrás de los estudios empíricos sobre vivienda hay una fuerte carga ideológica, como no puede ser de otro modo; pero la ideología es poco visible, precisamente por su alto grado de aceptación o de dominación social.

La perspectiva cuantitativa y la cualitativa no son excluyentes, sino complementarias, pero implican dos lenguajes muy diferentes y su integración en un texto único resulta difícil. No obstante, en las páginas siguientes trataremos de aportar lo que una y otra han dicho sobre la vivienda urbana.

4 Efectos queridos y no queridos de las políticas de vivienda

Las políticas de vivienda están ligadas al Estado de bienestar. En España, el Instituto de Reformas Sociales inició ya en el siglo XIX la denuncia ante las condiciones de hacinamiento y falta de higiene en que vivía la población en las

ciudades. Actualmente, la política de vivienda pretende dar cumplimiento al artículo 47 de la Constitución, que proclama el derecho de los españoles a una vivienda digna. La dificultad consiste en establecer con claridad el alcance de este derecho, en priorizar los recursos adscritos a satisfacerlo en competencia con otros derechos igualmente reconocidos, y en lograr eficiencia en los instrumentos elegidos.

Actualmente no existe en España déficit absoluto de viviendas construidas; se estima que hay doce millones de viviendas para solo once millones ochocientas mil familias, y un tercio de las viviendas no se destina a vivienda principal permanente. Por ello, más que de producción en sentido estricto, la política de vivienda trata de facilitar el acceso a quienes no pueden hacerlo directamente en el mercado (Rodríguez 1993).

4.1 Los cambios en la opinión pública: necesidad de vivienda y subsidiaridad del Estado

La Constitución recoge el “derecho a la vivienda digna” que tienen los ciudadanos españoles, pero es poco explícita acerca de la instrumentación concreta o garantías para ejecutar su derecho. Por eso tiene gran interés la investigación sobre opinión pública, que marca en cada momento los límites de la presión ciudadana sobre el Estado para que asuma subsidiariamente las responsabilidades que los individuos o grupos intermedios no quieren o no pueden asumir.

Naturalmente, lo que genera mayor controversia es el modo de resolver las necesidades de la demanda insolvente y la demanda potencial, puesto que el bien “vivienda” nunca se ha considerado en España un servicio público obligatorio del modo que lo ha sido, por ejemplo, el seguro de enfermedad. Al contrario, la vivienda ha sido un patrimonio, una propiedad, con fuertes connotaciones individualistas y de mercado, y la demanda solvente ha expresado sus preferencias comprando, edificando o vendiendo sin más límites que los impuestos por las leyes.

La identificación de la necesidad de vivienda requiere, al menos, tres operaciones distintas:

- a) La identificación de los sujetos con *derecho* a que su necesidad sea reconocida.
- b) La identificación de los sujetos cuya *obligación* de proporcionar vivienda es reconocida.
- c) La identificación del *tipo de bien o servicio* (alojamiento temporal, vivienda definitiva, acceso en propiedad, alquiler, subvención, etc.) que se considera idóneo para resolver esta necesidad.

Aunque la Constitución señala que “los españoles” tienen derecho a vivienda, esta es una declaración excesivamente genérica. Por problemas gramaticales, la redacción resulta imprecisa. Aunque en la actualidad nadie se atrevería a decir que este plural masculino excluye a las mujeres, tampoco contribuye a visibilizarlas, a hacer explícito que también ellas son titulares del mismo modo que los varones. Tampoco es el mismo grado de protección el de los españoles residentes, *empadronados*, que el de los que no lo están, a

pesar de que el principio de la movilidad geográfica se reconozca como un derecho fundamental.

La Ley no excluye a los jóvenes, a los solteros, a las casadas ni a otras categorías sociales, pero en la práctica los sistemas de baremación contribuyen a dejarlos fuera del acceso a las viviendas favorecidas por las ayudas estatales o locales.

En cuanto al sujeto responsable de promocionar viviendas, es interesante la Encuesta CIS 2224, de 1996, publicada en 1997 como *Cultura económica de los españoles*. En ella se plantearon dos temas relacionados entre sí: el primero, quién debe cubrir las necesidades básicas de los ciudadanos en general; el segundo, quién ha de apoyar económicamente a los grupos más desfavorecidos. En la primera cuestión se ponen de relieve dos tipos de opiniones: los que destacan el papel del Estado y los que destacan el papel de los propios ciudadanos. Debido al tipo de técnica utilizada (mide la adhesión a frases), ambas respuestas no son excluyentes, pero mientras solo 56 por ciento puso el énfasis en la responsabilidad de los ciudadanos en satisfacer sus propias necesidades, nada menos que 87 por ciento adhirió a la idea de que el Estado debe cubrir las necesidades básicas de todos los ciudadanos.

Respecto a los *grupos más desfavorecidos*, que no se definieron con mayor concreción, la encuesta ofrecía varios tipos de sujetos responsables de atenderlos: el Estado, la familia, la sociedad civil a través de sus organizaciones y asociaciones, los propios individuos. Por comparación con la pregunta anterior, que era más general (“los ciudadanos”), esta es más concreta y trae la imagen implícita de los grandes colectivos de demanda insolvente. También es distinto el modo de expresar las ideas, puesto que no se permitía más de una respuesta. La propia manera de redactar la cuestión (*grupos desfavorecidos*) apunta ya al origen de la situación de insolvencia, contraponiendo implícitamente, como de hecho sucede en el lenguaje cotidiano, la idea de *desfavor* con la de *favor* o *privilegio*. Los resultados habrían sido muy diferentes si se hubiera usado la técnica del grupo de discusión para introducir referentes concretos a grupos marginales en los que el elemento de voluntariedad es más patente y respecto a los cuales los sentimientos y actitudes son más ambivalentes o negativos.

Así como en la referencia a “los ciudadanos” hay una mayoría que adhiere a la idea de la *autorresponsabilidad*, en relación con los “grupos desfavorecidos” esta adhesión se reduce drásticamente (6 por ciento), porque el clima general de opinión es que el desfavorecido no puede salir de su situación por sus propios medios, y menos aún si el desfavor afecta a grupos enteros. Por ello, la opinión pública señala mayoritariamente al Estado (61 por ciento) como el sujeto que ha de garantizar el bienestar de estos grupos, y reduce el peso de la familia al mismo nivel que el de las asociaciones y organizaciones voluntarias (14 por ciento).

La escasa adjudicación de responsabilidad a la familia es un dato muy relevante sociológicamente. En parte, esta desresponsabilización colectiva se explica porque al referirse a “grupos desfavorecidos” se sugiere la idea de familias enteras en situación de desfavorecimiento, de incapacidad social. Pero también evidencia el tránsito desde la sociedad familista tradicional a un nuevo tipo de sociedad con más peso de los lazos sociales, con una ética de la relación interpersonal ajena a la consanguinidad y las alianzas de parentesco.

La familia extensa tradicional, con sus bordes difusos entre el parentesco y la clientela, ha dado paso a una nueva forma de familia nuclear, compacta, móvil espacialmente y recomponible en el plano afectivo. Las obligaciones y derechos de este complejo entramado de sujetos no están claros, ni en el tema del alojamiento ni en ningún otro. En España, como evidencia la citada encuesta, no existe conciencia de que la familia tenga los recursos y la obligación de mantener a todos sus miembros. Esta obligación, especialmente por lo que respecta a los individuos marginales o desfavorecidos, se traspasa al Estado, que se convierte, al menos como aspiración, en el nuevo *pater familias* y en el esposo garante de alojamiento y recursos de vida. El tejido social intermedio sustituye, en parte, las redes de parentesco perdidas. Si en España empieza a visualizarse la capacidad de intervención del Estado en el tema de la vivienda y en muchos otros, es precisamente porque ocupa el vacío social dejado por la fuerte institución familiar y porque emerge una tímida asociatividad, que tampoco tuvo ocasión de generalizarse en el marco tradicional del Estado autoritario.

4.2 Arrendamiento o propiedad: las bases de un debate social

Como ya hemos señalado, la Constitución de 1978 define la economía española como una economía social de mercado, y afirma también el derecho a una vivienda digna. A las leyes y a las políticas administrativas concretas les corresponde desarrollar estos principios generales y conciliarlos en la medida en que sea posible. En el caso de la vivienda, la conciliación es más difícil que en otros tipos de derechos, porque tiene un contenido económico más evidente, un costo elevado y un tipo de apropiación por el usuario que la hace difícilmente compartible con otros sujetos fuera del ámbito íntimo o familiar.

151

El mercado configura dos tipos de demanda de viviendas: la solvente y la insolvente. La primera es la que puede pagar los precios que el mercado impone; la segunda, la que no puede. La demanda insolvente en cierto modo no es una demanda, sino solo una necesidad, y se concentra en grupos sociales específicos: los excluidos del mercado de trabajo (jubilados, desempleados) y los grupos de rentas bajas (trabajadores poco cualificados, con jornada parcial o con fuertes demandas de trabajo no remunerado), entre los que son especialmente abundantes los jóvenes, las mujeres, los inmigrantes, los enfermos y los marginales.

Los precios finales de las viviendas dependen de tres componentes esenciales: el precio del suelo, el de la construcción y los costos administrativo-financieros. El control de estos tres tipos de factores lo comparten agentes sociales diferentes: en el precio del suelo intervienen los “creadores de suelo urbano”, que son tanto los municipios y entidades locales como los promotores privados y públicos; el precio de construcción depende fundamentalmente del precio del trabajo asalariado y de su gestión; en cuanto a los costos administrativo-financieros, dependen tanto de las regulaciones administrativas (permisos, visados, registros, impuestos, etc.) como del precio del dinero, y están expuestos permanentemente a intervenciones públicas y privadas que afectan considerablemente su estabilidad.

Los usuarios de viviendas —prácticamente la totalidad de los habitantes—

pueden actuar sobre el mercado de la vivienda de modo directo e indirecto, y de modo pasivo o activo. La intervención directa va desde la autoconstrucción hasta la constitución de cooperativas, pasando por la retirada de la demanda o su dilación o transformación. La intervención indirecta es la organización de grupos de presión que actúan sobre cualquiera de los componentes de los precios, aunque no lo hagan directamente sobre la vivienda. La mayoría de los usuarios se adapta pasivamente al mercado y solo presiona de modo indirecto sobre los componentes no mercantiles del precio de la vivienda. A diferencia de otros bienes, en que el consumo se renueva con frecuencia, en la vivienda el acto inicial de compra o alquiler, especialmente el primero, tiene un largo efecto temporal, y en cierto modo los consumidores son siempre primerizos y novatos, con poca experiencia para orientarse y menos aún para organizarse de cara al mercado o sus intermediadores.

En España, el 80 por ciento de la población vive en viviendas de su propiedad; el 15 por ciento en viviendas arrendadas y el 4 por ciento en viviendas prestadas, cedidas u ocupadas (CIS 1997, Encuesta 2218). La propiedad no es indicador de posición social o económica, y de hecho la proporción de arrendamientos es más elevada entre los que tienen mayor nivel de estudios, debido en parte a que son más jóvenes y han tenido menos tiempo para acumular recursos. Aunque la vivienda en propiedad es más frecuente que el arrendamiento, en las ciudades mayores de 400 mil habitantes la proporción es del 70 por ciento, y en el resto del 83 por ciento.

152 Este proceso de acceso a la propiedad de las viviendas se debe a varios factores. El primero es de tipo legal: la Ley de Arrendamientos Urbanos de 1964 excluyó del libre mercado el precio de los alquileres y desanimó la inversión privada de esta actividad, forzando de modo indirecto a la demanda a dirigirse al mercado de venta en lugar de al de arrendamientos. El segundo factor es económico: en la economía española ha habido un largo periodo inflacionista y un boom turístico en el que la inversión inmobiliaria era el modo mejor y más sencillo de mantener el poder adquisitivo del ahorro de las familias. El tercer factor es de tipo político-organizativo: el acceso a la propiedad de la vivienda se ha evaluado políticamente de un modo positivo, explícito, durante décadas. Para una población que aceleradamente rompía las relaciones de propiedad o enraizamiento en la tierra, la propiedad de la vivienda aportaba estabilidad y reforzaba la vinculación al mercado de trabajo, contrarrestando esta pérdida. Por ello no se han potenciado administrativamente —además de los problemas de gestión o la oportunidad de grandes negocios que ha comportado la construcción masiva para la venta— las cooperativas de alquiler u otras fórmulas jurídicas de tenencia distintas de la propiedad que son muy comunes en algunos países europeos.

Madrid es un escaparate de la evolución de los sistemas de tenencia del último cuarto de siglo. En 1970 había en la Comunidad (entonces provincia) un 38 por ciento de viviendas alquiladas, la mayoría con muebles, frente al 56 por ciento en propiedad. De los propietarios, más de la mitad tenía aún pagos pendientes. En 1991, fecha del Censo, se mantiene en un insignificante 4 por ciento la proporción de viviendas cedidas u ocupadas, pero el alquiler se ha reducido a menos de la mitad (16 por ciento), desapareciendo además casi por

completo el alquiler con muebles, que había respondido más a criterios jurídicos (para evitar prórrogas y límites mínimos de la renta) que a la demanda real de la población. La propiedad, además de crecer, se ha consolidado, porque solo una cuarta parte de los propietarios tiene todavía pagos pendientes.

Todas las encuestas recientes señalan que en España la mayoría de la población considera preferible la opción de compra que la de arrendamiento. En 1992, cuando todavía estaba en vigor la Ley de Arrendamientos Urbanos de 1964, el CIS realizó un complejo estudio monográfico sobre la vivienda, con encuestas a la población general y a un subgrupo de arrendatarios. Por encima de su valor para ilustrar el conflicto concreto de intereses entre dueños e inquilinos, lo interesante de este estudio es que pone de relieve las contradicciones ideológicas que atraviesan el acceso a la vivienda. Los intereses de las partes en conflicto se organizan, crean opinión pública y se atrincheran en las situaciones legalmente protegidas. En la encuesta citada, la evaluación del grado de importancia del "problema de la vivienda" era similar en los dos colectivos (51 por ciento "muy importante", 35 por ciento "bastante", 10 por ciento "poco"). El nivel de satisfacción con su vivienda era más bajo entre los arrendatarios, que expresaban quejas respecto al reducido tamaño (53 por ciento), las malas condiciones de habitabilidad (40 por ciento), la carestía de la renta (19 por ciento) o el disgusto con la zona (13 por ciento). Más de una cuarta parte (28 por ciento) dijo que preferiría vivir en una vivienda de su propiedad.

Una de las consecuencias no queridas de la inmovilización del mercado de alquileres ha sido el deterioro de la conservación de los edificios, que en un tercio de las viviendas arrendadas se construyó antes de 1940. En el momento álgido, el mercado cautivo de arriendos llegó a tener casi dos millones de viviendas (FOESSA 1994). Para los propietarios no era rentable el mantenimiento de los edificios porque no podían repercutirlo en los precios ni tenían facilidades para acceder al interior de las viviendas y vigilar o exigir su conservación. Por ello, para los propietarios, la aspiración ha sido con frecuencia que el propio deterioro del edificio presionase a los arrendatarios a abandonarlo, liberando un espacio retenido por la protección legal al inquilino contra la voluntad del dueño.

La conservación es un permanente caballo de batalla entre los arrendadores y arrendatarios. Los dueños que ocupan su propia vivienda no solo la mantienen mejor (la cuidan, invierten, etc.) sino que, al identificarse con ella, mejoran su valoración. A la inversa, los arrendatarios no invierten y tienden a percibir selectivamente los aspectos de deterioro o mal mantenimiento. En el estudio del CIS que analizamos se pidió una evaluación del estado del inmueble a los entrevistadores, y de modo consistente lo evaluaron más positivamente los entrevistadores que los arrendatarios entrevistados.

La vivienda ha constituido una excepción en la economía española, llevando la protección social al terreno de las relaciones económicas privadas en lugar de a las públicas: el derecho a la vivienda se ha ejercido en buen parte por los arrendatarios frente a propietarios individuales. Es un modo diferente al que se ha arbitrado legalmente para resolver otros problemas, por ejemplo el acceso a la educación, la atención sanitaria o las prestaciones farmacéuticas, en que los propietarios individuales no se enfrentan directamente, o no se sienten legalmente obligados a hacerlo, con la demanda insolvente. El arrendatario ha

disfrutado durante décadas de un estatuto legal muy favorable, que lo investía frente al propietario de una especie de superioridad moral. Sin embargo, los dueños de viviendas alquiladas no eran, en su mayoría, grandes empresas, sino pequeños propietarios que habían invertido en ellas los ahorros o excedentes destinados a complementar en el futuro sus propias pensiones, y a menudo sus ingresos eran inferiores a los de los inquilinos, especialmente en los locales comerciales que podían traspasarse.

Como consecuencia de lo anterior, entre los arrendatarios actuales hay dos grupos muy diferentes: los de rentas antiguas, que son ruinosos para la propiedad; y los de rentas recientes, que son relativamente caros. Entre estos últimos, es muy escasa la oferta de pisos. La mayoría son apartamentos pequeños para una persona o dos (el 30 por ciento tiene menos de 60 metros cuadrados, mientras que en la población general esto solamente sucede en 19 por ciento de los casos), y la rotación es inducida expresamente. Más de tres cuartas partes del total de viviendas de alquiler, y casi todas las recientes, están en edificios dedicados por completo o en su mayoría a ese régimen de tenencia, diseñados y gestionados específicamente para ello. La otra mitad, y mayoría entre los de rentas antiguas, se localiza en edificios con formas de tenencia variadas. En la época en que se hizo el estudio sobre arrendamientos (1992), 53 por ciento de los contratos de arrendamiento era anterior a 1985, y 49 por ciento no tenía cláusula de revisión anual. Un 28 por ciento pagaba menos de cinco mil pesetas, 48 por ciento pagaba menos de quince mil pesetas y solo 9 por ciento pagaba más de cincuenta mil pesetas. En cuanto a la proporción respecto a sus ingresos, pueden estimarse que 76 por ciento pagaba por ese concepto menos de 30 por ciento de sus ingresos mensuales.

154

Las actitudes respecto a la compra y el alquiler son bastante consistentes. La mayoría prefiere la compra (94 por ciento), y considera que si no lo hace es porque carece de recursos suficientes para ello. Solo 13 por ciento dijo en la encuesta citada que no compraba porque pensaba residir poco tiempo en el lugar actual, y 18 por ciento porque le compensaba el precio de la renta antigua.

La mayoría de la población expresa actitudes muy intervencionistas a propósito de la vivienda. Solo 17 por ciento de los entrevistados en la encuesta general dijo que debía dejarse al libre acuerdo de los interesados, y otro 17 por ciento que la ley debía regular los principios generales y dejar el resto de las cuestiones al libre acuerdo de las partes. El 62 por ciento prefería que el alquiler de viviendas (y 56 por ciento respecto a locales comerciales) estuviese cuidadosamente regulado por la ley.

Además del precio, algunas cláusulas de los contratos (pago de los gastos de conservación, derechos de subrogación, indicadores de actualización, etc.) tienen un efecto económico diferido muy importante. Un núcleo de 15 por ciento de la encuesta general, y 23 por ciento entre los arrendatarios, se mantenían irreductibles a cualquier cesión o pacto parcial con la propiedad de los inmuebles. Pero la mayoría era partidaria de ceder, al menos en algunos aspectos, para irse progresivamente asimilando a los contratos recientes. Los partidarios del derecho a la subrogación del contrato a favor del cónyuge en caso de fallecimiento del titular, en la muestra general de población, eran 94 por ciento; de los hijos menos de 15 años, 83 por ciento; de los hijos mayores, 63

por ciento; de los padres del titular, 59 por ciento; de los hermanos del titular, 40 por ciento. En todos los aspectos, la opinión expresada por los arrendatarios a favor de sus intereses y derechos tradicionales era más radical que la de la población general. Un 41 por ciento opinaba que debía mantenerse íntegros estos derechos. En cuanto al posible indicador que utilizar para un progresivo ajuste de las rentas, 49 por ciento estaba dispuesto a ajustarse al IPC, que obtiene un refrendo relativamente alto, ya asimilado por la población como parte de las reglas de juego. La opinión favorable a una progresiva igualación de las rentas antiguas con las nuevas, que en la población general era de 62 por ciento, en este grupo alcanzaba solamente a 48 por ciento.

Parece incontestable que la mayoría de la población considera que, en abstracto, la opción de compra es mejor que la de alquiler. Así opina tanto la población general (94 por ciento cree que los que no la tienen es por falta de medios) como los arrendatarios (85 por ciento). Según el argumento más extendido, la vivienda en alquiler no es rentable porque a la larga, con un pequeño esfuerzo complementario, puede conseguirse una vivienda en propiedad (57 por ciento). A los poderes públicos se les reprocha que hayan fomentado poco la vivienda en alquiler, pero otros estudios del CIS demuestran que no hay una idea muy precisa sobre a quién corresponde, dentro de la amplia categoría de los Poderes Públicos, ocuparse de esta cuestión.

A la luz de estos datos es bastante evidente que en España hay una conciencia muy escasa del alquiler como mercado. No existe "cultura del alquiler", y lo que la población tiene en mente cuando se refiere a que la oferta de viviendas en alquiler es escasa (60 por ciento opina así) no es el alquiler de precio libre, sino el alquiler subvencionado, redistributivo, del que con frecuencia se espera que termine convirtiéndose en una forma diferida de acceso a la propiedad subvencionada.

La conflictividad en este tema es relativamente alta: nada menos que 10 por ciento de todos los jefes de familia (incluyendo a arrendatarios, arrendadores y ocupantes de su propia y única vivienda) han tenido en alguna ocasión un conflicto con mediación legal ante los tribunales. Entre los arrendatarios, este índice es aún más alto (11 por ciento). La opinión sobre los procedimientos legales es mala: no solo es baja la confianza en la neutralidad de la justicia (26 por ciento), sino que la mayoría opina que los procesos son lentos (69 por ciento), complicados (75 por ciento) y caros (60 por ciento). Aunque la mayoría se mostraba poco informada sobre los proyectos de cambios legales (incluso entre los arrendatarios, más de un tercio dijo no conocer el proyecto de ley), había general coincidencia en que el cambio era necesario. La falta de información o de atención a las noticias no equivale a falta de preocupación por los efectos de los cambios legales, sino que expresa una actitud de poca confianza en la propia capacidad de los sujetos para alterar el proceso, por lo que esperan a que se produzca para adaptarse a él del modo más conveniente.

La conciencia de que la ley puede perjudicar o favorecer a distintos grupos sociales es muy patente. La mayoría consideraba que hasta 1985 la ley favorecía a los inquilinos; a partir de esa fecha, la mayoría considera que favorecía más a los propietarios, pero es una opinión menos extendida y con más opositores que respecto al primer periodo.

4.3 Los sistemas de tenencia

Como resultado de las políticas de vivienda ya señaladas, así como de tradiciones más antiguas de la sociedad española, en el momento actual 80 por ciento de las viviendas se tiene en propiedad. En las grandes ciudades la propiedad es algo menos frecuente (70 por ciento) que en las ciudades intermedias y los municipios rurales. La relación entre nivel de estudios y propiedad es inversa, debido a la alta proporción de jóvenes titulados que aún no han tenido tiempo para acumular el patrimonio necesario para comprar la vivienda. Estos datos coinciden con los facilitados sistemáticamente por otras fuentes (Censos) y encuestas no periódicas (FOESSA 1994). Según la Encuesta de Desigualdad Social de 1992 (Leal Maldonado 1994), el alquiler es hoy característico de los solteros (39 por ciento) y divorciados (52 por ciento), mientras es bajo entre casados y viudos (16 por ciento). Los ingresos medios de los que viven de alquiler son más elevados que los de quienes poseen su vivienda. La aspiración a poseer la vivienda se expresa con más fuerza entre los obreros no cualificados, que son de hecho quienes menos utilizan los alquileres.

5 Tipología, tamaño y equipamiento de las viviendas actuales

La mayoría de la población española reside en pisos (63 por ciento), de los cuales una quinta parte son bloques con espacios libres (Encuesta de la Fundación FOESSA de 1994). En las ciudades, la proporción de pisos es mucho más alta, aunque en la década de los noventa en una cuarta parte las viviendas construidas han sido unifamiliares, y se extiende la preferencia por las urbanizaciones del tipo *garden city*.

Atendiendo a su morfología, M. Valenzuela (FOESSA 1994) distingue los siguientes tipos de vivienda: buhardillas, pisos interiores, pisos a la calle, pisos en bloques colectivos con espacios libres, pisos en bloques con instalaciones deportivas, unifamiliares formando calle, unifamiliares formando calle con jardín e instalaciones deportivas. A estas categorías de viviendas habría que añadir algunas otras, como viviendas móviles (barcos, casas rodantes), cuevas, chabolas (viviendas de escasas proporciones y pobre construcción, que suelen edificarse en zonas suburbanas), chamizos (chozas cubiertas de hierbas), etc. La terminología oficial para las viviendas que no reúnen las condiciones mínimas es "alojamientos". También se escapan a la definición de vivienda las residencias colectivas tradicionales (cuarteles, conventos), las pensiones y hoteles, los hospitales y casas de reposo, y algunas fórmulas recientes y todavía poco difundidas de uso rotatorio o multipropiedad.

5.1 Tipologías de uso según formas familiares

El lenguaje es muy rico en las acepciones de casa y vivienda, y cuenta con amplios matices para especificar la función, categoría, tamaño y peculiaridades regionales. Pero además de la morfología externa, caben también tipologías de la casa según la forma de vida familiar que se desarrolla en ella. En *De puertas adentro* (Durán 1988) se especificaban diez tipos de ocupación del espacio familiar, que reproducimos:

- a) *Familia arquetípica*: división tradicional de la ocupación del espacio entre hombres y mujeres. Es característica de amplios estratos de población en zonas rurales y urbanas. Edad mediana. Utilización conjunta en festivos, fines de semana y vacaciones.
- b) *Familia moderna*: división atenuada de papeles en el uso del espacio entre hombres y mujeres, por la incorporación de la esposa al trabajo extradoméstico. Frecuente en zonas urbanas, clase media. Edad joven, con hijos en edad infantil.
- c) *Familia tradicional de edad avanzada*: división tradicional de papeles dentro de la familia, pero atenuación de las diferencias en el uso del espacio doméstico por la retirada del esposo de la población activa. Número de convivientes reducido al núcleo originario. Zonas rurales y urbanas.
- d) *Familia con hijos independientes convivientes*: dispersión entre índices de ocupación de los diferentes miembros de la familia. Frecuente en zonas urbanas, todas las clases sociales.
- e) *Familias de hábitat rural disperso*: los límites espaciales de la casa son imprecisos. La casa es al mismo tiempo finca y taller, por lo que no hay desplazamientos “fuera de la casa” en sentido estricto.
- f) *Familias suburbanas en los cinturones residenciales*: reparto tradicional de la utilización de la vivienda entre hombres y mujeres, incrementado por los tiempos de desplazamiento y la desaparición de la comida en común a mediodía. Dos subtipos según clase social: las ciudades-colmena del extrarradio en las áreas metropolitanas y las zonas residenciales suburbanas, diferenciadas por la alta frecuencia de viajes en esta última.
- g) *Parejas convivientes de alta movilidad espacial*: ausencia deliberada de hijos. Escasa utilización de la vivienda. Simetría en las pautas espaciales.
- h) *Familias de casa-madre*: se corresponden básicamente con la familia tradicional de edad avanzada, pero frecuentemente acogen a las familias de sus hijos (de todos los tipos señalados) para estancias cortas o fechas señaladas y vacaciones, así como a algunos familiares (nietos, principalmente). Reservan parte del espacio de la vivienda, de modo permanente, para este uso.
- i) *Familias de emigrantes temporeros*: ruptura estacional, periódica, de las pautas de utilización de su vivienda familiar, para toda la familia o para alguno de los adultos. Utilización de viviendas marginales durante la época de desplazamiento.
- j) *Familias que utilizan varias viviendas simultáneamente*: clase media-alta y alta. Gran movilidad espacial. Disponibilidad simultánea de varias viviendas en localidades o países diferentes. Dispersión en el tipo de utilización de cada una de estas viviendas por los miembros de la familia.

En la década transcurrida desde la publicación de *De puertas adentro* hasta ahora, se ha reducido en España el peso de las familias arquetípicas, que ya no constituyen ni siquiera la mitad de los hogares, y han aumentado considerablemente las “modernas” y las de edad avanzada. Un nuevo tipo de familia, no tan importante cuantitativamente como por su peso en relación con las de-

mandas de servicios públicos y ayuda, es el de las constituidas por trabajadores inmigrantes, que concentran una alta problemática de vivienda (hacinamiento, infraviviendas, inseguridad, etc.).

El tamaño de las viviendas depende, sobre todo, de la capacidad de acceso de la población, pero también los elementos legales (estipulación de tamaños mínimos y máximos en las viviendas protegidas o en la edificabilidad de los terrenos) y los elementos de opinión pública (el tamaño ideal, las aspiraciones) desempeñan un papel importante. Según la Encuesta de Presupuestos Familiares de 1990-91, el tamaño más frecuente es entre 80 y 110 metros cuadrados, seguido por el inmediatamente inferior y el inmediatamente superior. Aunque hay alguna asociación con el número de miembros de la familia, en todos los tipos de familia predomina la vivienda de tamaño medio. Comparativamente, las familias menos numerosas son las más ricas en espacio, y si el promedio nacional es de 30 metros cuadrados por persona y 0,66 personas por habitación, estas cifras se multiplican por tres en los hogares unipersonales y se dividen por dos en los hogares de seis o más personas. La vivienda es un bien relativamente rígido, que no se ajusta fácilmente a los cambios en la necesidad de espacio. Tanto la propiedad como las facilidades o privilegios concedidos a las rentas antiguas dificultan el ajuste del espacio a las necesidades reales de sus ocupantes.

En más de 60 por ciento de los hogares no hay niños; esto se debe al descenso de la natalidad y al alargamiento de la edad media de vida. A su vez, en 16 por ciento de los hogares residen solamente personas mayores de sesenta y cinco años, solas o acompañadas por otras de edad avanzada. Tanto los niños como las personas mayores tienen necesidad de habitación y entorno específicos, y la rigidez de residencia no favorece la adaptación a estas necesidades.

La distribución de las condiciones de espacio y hacinamiento entre Comunidades Autónomas muestra la influencia de factores diversos, en algunos casos contradictorios. Así, es muy evidente la condición temporal de las viviendas en Ceuta y Melilla (lo que comporta alquiler de pisos de reducido tamaño), o el peso de la emigración en toda la Meseta, con el consiguiente incremento de los metros disponibles per cápita. En otras Comunidades con fuerte peso de las grandes ciudades, como Madrid, se atenúan los factores reductores de espacio (alto costo de la vivienda) con la mayor renta per cápita media; a pesar de esto, Madrid ostenta las peores condiciones de disponibilidad de metros cuadrados por persona (25) y uno de los peores índices de hacinamiento (0,71 personas por habitación).

El efecto atenuador de la estructura de rentas en las grandes ciudades hace que en los municipios pequeños sea mayor la disponibilidad de metros cuadrados: pero si se combina el tamaño del municipio con el nivel socioeconómico, casi se duplica el número medio de metros cuadrados por persona de los que viven en espacios holgados (los directivos y empresarios agrarios en municipios pequeños, 35 metros por persona), respecto a los que viven en espacios ajustados (operarios no especializados en las grandes ciudades, 18). Las diferencias de disponibilidad de habitación independiente no son tan grandes (de 0,62 a 0,84), porque las habitaciones se hacen de tamaño más reducido. Este mismo recurso a la subdivisión del espacio explica que mientras el espacio disponible

por persona en los municipios pequeños es 25 por ciento más alto que en las grandes ciudades, el índice de ocupación solo se diferencia en 10 por ciento.

5.2 Equipamientos

El equipamiento de las viviendas puede conocerse a través de varias fuentes: Censo de Viviendas, Encuesta de Presupuestos Familiares, Encuesta FOESSA (1994), Encuesta del CIS 2218 sobre Equipamientos de los hogares, y otras. No hay entre ellas grandes diferencias en lo que se refiere a la población censada, pero sí respecto a estudios específicos sobre población no censada o marginal, como los realizados por Cáritas o varios ayuntamientos. Las encuestas citadas tampoco facilitan la visión general del acceso al recurso vivienda, porque no “suman” los datos referentes a la vivienda principal y a las secundarias, ni a las viviendas o dotaciones a las que se tiene acceso por otras vías (parentesco, clubes, asociaciones, etc.).

Según la Encuesta de Presupuestos Familiares (1990–91), la energía eléctrica es la única dotación de que disponen prácticamente todas las viviendas, con independencia de la condición socioeconómica, excepto un pequeño núcleo entre los trabajadores agrarios, lo que tiene más que ver con el hábitat que con su nivel social o económico. Las demás instalaciones se asocian tanto con la condición socioeconómica como con el hábitat. Así, los profesionales y directivos tienen teléfono casi en su totalidad (y 40 por ciento, más de un aparato), en tanto que en los hogares de trabajadores agrarios que cuentan con teléfono no llegan a la mitad. El garaje es una dotación que solo posee 33 por ciento de las viviendas (la encuesta no recoge los alquilados, ni los de empresas o instituciones, ni los estacionamientos reservados en superficie); en todo caso, ni siquiera en el grupo de mayor nivel socioeconómico (directivos, profesionales, empresarios) supera la mitad de los hogares. Como consecuencia del diferente precio del suelo, las viviendas de los trabajadores agrarios tienen una dotación de garaje similar a colectivos con niveles medios de renta más altos, como los operarios y contra maestres.

El ascensor es fundamentalmente una instalación urbana. Entre la población no-agraria (que no es equivalente a no-rural, ni a la inversa), la dotación asciende de 17 al 65 por ciento de las viviendas en función de su condición socioeconómica.

Los jardines, tanto privados como de la comunidad de vecinos, son poco frecuentes: solo existen en un 15 por ciento de las viviendas. Los jardines privados son más accesibles en las zonas rurales y, por tanto, los trabajadores del sector agrario los poseen en mayor proporción que los restantes: es el único indicador en que los trabajadores agrarios aventajan a los directivos, profesionales y empresarios no agrarios. No obstante, son doblemente más frecuentes en las viviendas de empresarios del agro que en las de los demás trabajadores agrícolas.

Los jardines de comunidades de vecinos son mayoritariamente urbanos, y están claramente asociados a la posición social o nivel socioeconómico: de todos modos, incluso en el grupo más alto, solo llegan al 13 por ciento de los hogares (directivos y profesionales), y pertenecen sobre todo a viviendas en barrios de creación reciente.

Algo similar, aunque en proporción mucho más reducida, sucede con las piscinas. Son instalaciones muy caras en suelo urbano, tanto por construcción cuanto por mantenimiento. El uso es restringido a unos pocos meses al año, por lo que proporcionalmente son más frecuentes en las viviendas de trabajadores y empresarios del sector agrario. En cualquier caso, solo 2,3 por ciento del grupo de mayor nivel socioeconómico medio (profesionales y directivos) dispone de piscina comunitaria, y cantidades insignificantes entre los operarios no agrarios. En cuanto a las instalaciones deportivas, más baratas y fáciles de mantener que la piscina y de uso más continuado y flexible en su definición, también es muy exigua la disponibilidad en la propia vivienda (0,1 por ciento las privadas; 1,3 las comunitarias y solo 2,5 por ciento de instalaciones comunitarias para el grupo de directores y profesionales).

La instalación de refrigeración en las viviendas es reducida, aunque se trata de una dotación en plena expansión que sin duda ha aumentado considerablemente en la actualidad, sobre todo por las instalaciones parciales de aparatos de aire acondicionado en las viviendas. Por ahora, aunque en todas las categorías socioeconómicas es baja esta dotación, hay una clara asociación con la condición socioeconómica (0,9 por ciento los trabajadores agrarios, frente a 6,3 por ciento los directivos).

Lo que la encuesta de referencia no recoge es la disponibilidad de estas dotaciones, especialmente jardín, piscina y zona deportiva, en las viviendas secundarias (propias o alquiladas) o en los clubes y asociaciones a las que se tiene acceso, que sin duda refuerzan la desigual dotación en función de las limitaciones económicas. Tampoco recoge las posibilidades de disfrute de este servicio (especialmente la refrigeración) en las instalaciones del lugar de trabajo.

Según otros datos de la Encuesta de Presupuestos Familiares no reproducidos aquí, la dotación de las viviendas no se asocia con el número de miembros del hogar, y solo algunas dotaciones (teléfono, garaje) son menos frecuentes en los hogares unipersonales, porque estos concentran una elevada proporción de personas de edad avanzada.

La encuesta 2218 del CIS (1997) corrobora estos datos: más de 85 por ciento de las viviendas posee agua corriente, alcantarillado, frigorífico, agua caliente, lavadora, televisión en color y teléfono. El agua corriente llega al 100 por ciento, y el resto, salvo el teléfono, al 97 por ciento. Otros equipamientos comunes, aunque menos extendidos, son la calefacción (47 por ciento), el video (66 por ciento), el microondas (38 por ciento), el computador (24 por ciento) y la videocámara (15 por ciento). Estos últimos son todavía minoritarios y, como tales, son más frecuentes en las viviendas de nivel socioeconómico más alto, pero el resto no son indicativos de nivel socioeconómico porque se encuentran presentes en casi todos los hogares. Según los datos del CIS, para el grupo en buena posición económica lo más frecuente es tener diez de los doce equipamientos señalados; para los que "alcanzan justo a fin de mes", nueve; y para los que "tienen dificultades", siete; o, lo que es lo mismo, estas dotaciones se consideran ya necesarias y su consumo se impone aunque suponga un esfuerzo económico considerable. Simultáneamente, hay hogares donde no se disfruta de todas las dotaciones a pesar del buen nivel socioeconómico (la media sigue estando en diez dotaciones) o un alto nivel de estudios.

En los años setenta se produjeron más de un millón de viviendas secundarias, y en la de los ochenta, más de 700 mil. Actualmente el parque de viviendas secundarias es de 2,6 millones, que equivale a un 15 por ciento del total. En parte se adquieren por herencia, pero la mayoría se ha adquirido como bien de uso o como inversión. Este es un fenómeno interclasista: aunque los niveles socioeconómicos más altos poseen más viviendas que los restantes, un 11 por ciento de los obreros no cualificados tiene también segunda residencia, en su mayoría casas rústicas (73 por ciento del total de las que poseen), que los mantienen vinculados a los lugares de origen (Leal Maldonado 1994). Tanto el Informe FOESSA 1994 como la Agenda Hábitat España 96 destacan la contradicción entre los componentes de uso y los de inversión de la vivienda secundaria, que absorbe una excesiva proporción de recursos familiares y públicos, con un aprovechamiento o uso muy restringido.

El mismo estudio del CIS de 1997 estima que 6 por ciento de los que tienen dificultades para llegar a fin de mes posee no obstante una vivienda secundaria, en tanto que los que alcanzan bien y ahorran llegan al 37 por ciento. El nivel de estudios, que se asocia con la edad, resalta las diferencias hacia arriba, ya que casi la mitad (43 por ciento) de los hogares en que el sustentador principal tiene estudios universitarios tiene residencia secundaria; en cambio, no diferencian tanto hacia abajo, y el 12 por ciento de los “sin estudios”, entre los que abundan las personas mayores, tiene más de una vivienda. La herencia y el vínculo con los orígenes rurales son la causa de esta disponibilidad de viviendas secundarias en hogares con dificultades económicas o nivel de vida modesto. Además de una inversión y un estímulo al ahorro, la vivienda secundaria es un símbolo y un referente, una garantía de continuidad entre las generaciones. El tradicional “mal de piedra” de los españoles parece seguir vivo a comienzos del siglo XXI.

La generalización del automóvil, que posee el 88 por ciento de los que no tienen dificultades económicas y más de la mitad entre los que sí las tienen, es el causante de la variación morfológica de las ciudades españolas y de las nuevas pautas de desplazamiento hacia residencias secundarias durante los fines de semana y vacaciones.

Este panorama relativamente optimista de la vivienda en España requiere, no obstante, algunas matizaciones. Aunque el nivel medio de las viviendas sea bueno, y también lo sea el valor patrimonial de la población (el patrimonio inmobiliario per cápita en 1991 es 3,5 millones), este es un patrimonio cautivo, con un mercado sumamente rígido y una legislación que no favorece —por razones fiscales— el ajuste a las necesidades de ubicación o tamaño (Leal Maldonado 1994). La dificultad de acceso se concentra en los jóvenes, los desempleados, marginales e inmigrantes irregulares. A título de ejemplo, los 20 mil alojamientos censados en Madrid en 1981, en 1991 se habían reducido a 12 mil, y muchas viviendas de baja calidad habían mejorado su infraestructura y dotación de electrodomésticos. No obstante, el número de solicitantes de viviendas de Promoción Pública al Instituto de la Vivienda de Madrid (IVIMA) entre 1988 y 1990 fue de casi 16 mil, y solo se entregó la mitad. No es suficiente la construcción para la demanda, porque se renueva constantemente. Algo similar sucede en Barcelona y en las restantes ciudades (Marsan 1996).

5.3 El papel económico de las familias en el acceso a la vivienda

La familia desempeña un papel esencial en el acceso a la vivienda en España, como en otras partes. Frente a una ideología política democrática y formalmente individualista (“cada hombre, un voto”), la realidad del acceso a este bien esencial es casi exclusivamente familiar. El esfuerzo de encontrar un hogar es demasiado duro para la mayoría de la población, que solo puede resolver esta necesidad compartiendo lugar y esfuerzo con otras personas unidas por lazos de afinidad o consanguinidad. Podría resumirse la situación diciendo que “sin familia, no hay vivienda”. Ni siquiera en las viviendas que tienen una ocupación unipersonal ha dejado de jugar un papel la familia: la mayoría de los hogares unipersonales lo son por la pérdida de anteriores miembros del grupo familiar (muerte del cónyuge, independización de los hijos) o serán ocupados más tarde por otros miembros de la familia. Incluso en los casos en que los familiares no habitan en la vivienda, su influencia es importante en el plano económico (herencias, cesiones, préstamos, préstamos financieros, ayudas en la búsqueda, gestión y mantenimiento, etc.), y en el plano legal y de relaciones interpersonales.

El papel de la vivienda en las relaciones intergeneracionales ha sido muy estudiado por los antropólogos en las zonas rurales (Lisón, García, Navarro, Fernández de la Mota, Cátedra), pero no tanto en las ciudades, donde ha predominado el enfoque económico. Sin embargo, no hay duda de que la Ley de Arrendamientos Urbanos de 1964, igual que otras políticas de vivienda, ha tenido una influencia considerable en los modos de utilización de la vivienda de muchas familias. La forma de acceso a la vivienda, sea por alquiler, compra o cesión, es uno de los elementos de relación, pero otro elemento igualmente importante es su disfrute o uso sin titularidad ni exclusividad, junto con los restantes miembros del grupo. La vivienda es un bien y un servicio difícilmente segmentable, y existe más continuidad entre generaciones de lo que podría desprenderse de su mera titularidad jurídica. Los niños disfrutaban de la vivienda de sus padres, los jóvenes y los ya independizados cuentan con ella como un posible refugio coyuntural, y en el final de la vida no es raro que la vivienda de los hijos maduros acoja a los padres o a otros familiares solitarios.

La evolución del esfuerzo económico de las familias en vivienda puede seguirse de cerca con los datos de las Encuestas de Presupuestos Familiares. Como promedio, y debido a que en su mayoría las viviendas son ya propiedad de sus ocupantes y están pagadas, en 1991 solo se destinaba a este gasto el 12 por ciento del gasto medio de los hogares; si se le añade calefacción y alumbramiento, llega al 21 por ciento, cifra todavía muy baja si se acepta un nivel de gasto deseable de 33 por ciento, como han estimado algunas entidades internacionales. La cifra media encubre la diversidad de situaciones existente, porque para los jóvenes en viviendas de alquiler esta proporción es mucho más alta, y lo fue también para los ahora propietarios cuando estaban pagando su adquisición. La proporción de gasto en vivienda es ahora más del doble que en 1958, y en pesetas constantes se ha multiplicado casi por veinte, aunque el gasto total solo se ha triplicado. La vivienda (incluyendo calefacción y alumbrado) ha duplicado su cuota porcentual de gasto medio por persona en los hogares (de

11 a 21 por ciento), mientras que el gasto en menaje y servicios para el hogar se mantiene estable (6 por ciento). El esparcimiento, enseñanza y cultura ha crecido 50 por ciento (de 4 a 6 por ciento) y es espectacular, casi un 400 por ciento (de 3,7 a 13,8 por ciento) el de "otros gastos". El gasto en transporte y comunicaciones engloba gastos muy diversos, pero todos se asocian directamente con la creciente distancia y complejidad de los desplazamientos.

De todos modos, las cifras de gasto de los hogares en servicios, transportes, enseñanza y esparcimiento son muy engañosas, puesto que se refieren exclusivamente a la adquisición privada de bienes y servicios. *El gran cambio presupuestario de este periodo no es la transformación del gasto familiar, sino la transformación de las proporciones entre gasto privado y gasto público.* Si se visibilizase la adquisición de servicios públicos (transporte, educación, sanidad, etc.) sufragados con los impuestos o cuotas obligatorias detraídas de sus ingresos, estas cifras se modificarían sustancialmente al alza.

El retraso en la edad de independización de los jóvenes no es solo una limitación para ellos. De hecho, lo que significa en la mayoría de las familias es que la generación intermedia comparte sus recursos con la más joven, especialmente la vivienda, para facilitarles la inserción laboral en condiciones más favorables. Solo la práctica generalizada del alojamiento y manutención gratuita en casa de los padres permite explicar las altas tasas de acceso a la universidad y el nivel medio de vida de los jóvenes españoles, que coexiste con su bajísima autonomía económica. El verdadero Estado de bienestar sigue siendo la familia, aunque reducida a su núcleo más estricto.

En la etapa de instalación de las nuevas parejas, las familias de origen transfieren frecuentemente servicios a las de sus hijos bajo la forma de utilización gratuita de la vivienda principal o de la vivienda secundaria, especialmente durante vacaciones. La familia de origen también actúa como lugar de acogida en situaciones difíciles, como enfermedades, divorcios o graves crisis económicas, especialmente para las mujeres. Hacia el final del ciclo vital se invierte el sentido de la ayuda. En algunas ocasiones es la segunda generación la que se traslada a la vivienda de la primera, especialmente las hijas solteras, cuando los padres enferman o enviudan. Pero lo más frecuente es que la familia de origen se mantenga independiente mientras vive el padre o alguno de los hijos y sea al quedar sola la madre (o el padre, aunque esta situación es menos frecuente) cuando el hogar de algún hijo (generalmente de alguna hija) se convierte en el lugar de acogida para ellos.

Debido al alargamiento de la esperanza de vida, la transmisión del patrimonio inmobiliario llega en la mayoría de los casos a la segunda generación cuando ya han transcurrido muchos años de la propia independización. Además, su carácter único, difícilmente compartible, favorece más la venta que la ocupación por los herederos.

En este proceso de solidaridad y trasvases intergeneracionales en las familias, el papel económico de las mujeres es mucho más intenso de lo que generalmente se reconoce. La imagen legal y administrativizada de la familia deja a las mujeres en un lugar secundario porque no han sido "cabezas de familia" ni "persona principal", "sustentador", "activo", "depositarias de la patria potestad" o "iniciadoras del apellido". Pero, en realidad, el eje de continuidad

social y económica de las generaciones depende en España más de ellas que de los varones. Las relaciones más intensas no se producen en la línea familiar del padre, sino en la de la madre: la proporción de familiares pertenecientes a la línea materna en los hogares es doble que la de los pertenecientes a la línea paterna. Esto se refleja en la transmisión del capital simbólico y los recursos no monetarios, tan importantes como la transmisión legal o patrimonial.

La Encuesta sobre Matrimonios y Parejas (CIRES 1990) ha aportado una información valiosa sobre el modo en que la familia, además de mantener durante un largo periodo a sus miembros jóvenes, facilita su independización a través de la ayuda para vivienda. Para el conjunto de la población, en 34 por ciento de los casos el inicio de la vida en pareja se hizo con los recursos de la familia y no con los propios. A ello hay que sumar las ayudas indirectas, en las que desempeñan un papel importante los recursos no monetarios. La acumulación de capital en los primeros años de inserción en el mercado de trabajo suele hacerse mediante el uso gratuito de los recursos de la familia de origen (vivienda, alimentación, cuidado y uso de equipamiento), que permiten a los jóvenes la generación de ahorro o la obtención de créditos.

Entre los más jóvenes, que reflejan el momento actual (con la precaución debida al número reducido de casos y a que estos son “adelantados” respecto a su propia generación), sigue habiendo un colectivo de un tercio para el que es decisiva la ayuda familiar en la compra de la vivienda (12 por ciento), la cesión o convivencia (18 por ciento) y el alquiler (3 por ciento).

La casa comprada con dinero propio, y no de los padres, es más frecuente en las zonas metropolitanas, en los niveles sociales medios y altos y en las cohortes que ahora tienen entre treinta y cuarenta y nueve años.

El carácter familiar de la vivienda tiene muchas implicaciones positivas pero también entraña dificultades, de las que existe escasa conciencia. La imposibilidad de abandonar la vivienda familiar agudiza las tensiones entre los miembros de la familia, y no hay que olvidar que es dentro de la vivienda donde se produce la mayoría de las agresiones a niños y a mujeres. La vivienda es un bien en litigio en los casos de mal avenimiento, precisamente por la dificultad de dividirla para obtener liquidez de su venta o abandono. Entre los separados o divorciados, y entre los que por razones de trabajo cambian de lugar de domicilio, la pérdida de la vivienda se vive frecuentemente como un situación grave, como un empobrecimiento costoso.

6 Deseos y aspiraciones. La metonimia del “adosado”

Al fin del siglo XX, la vivienda con acceso desde la calle constituye el 70 por ciento del total en las grandes ciudades españolas. Siguen en frecuencia los departamentos en bloques abiertos, los departamentos interiores y las viviendas unifamiliares aisladas o adosadas.⁹ Sin embargo, el modelo ideal es

9 *Vivienda adosada*: Vivienda unifamiliar unida por los tabiques derecho e izquierdo de su fachada principal a otras viviendas unifamiliares. Puede ser de una o varias plantas, tener o no anejos, estar dentro de una parcela de terreno igual o mayor que el edificio. En esta rúbrica se anotarán también las viviendas pareadas (viviendas construidas de forma que se unen por un muro lateral de dos en dos). Instituto Nacional de Estadística, “Nueva estadística de hipotecas.

la vivienda unifamiliar, y en Madrid, Barcelona o Sevilla ya ha motivado cambios morfológicos en los bordes del crecimiento urbano y ha hecho populares nuevos estilos de vida que hace quince años todavía eran muy minoritarios. Como signo y modelo de la popularidad de este tipo de vivienda, en el periodo 1996–97 todas las series de televisión de larga duración en pantalla centradas en una familia tomaban como escenario un chalet adosado.

Los factores que potencian las viviendas unifamiliares (en estos momentos, una cuarta parte de las viviendas que se construyen, según M. Valenzuela, en FOESSA 1994) son simultáneamente la atracción por este tipo y el rechazo por otros. Entre los factores principales de atracción hay que destacar las reducciones de edificabilidad derivadas de las revisiones de planteamiento de los ayuntamientos, el precio (proporcionalmente son más baratas a causa del menor precio del suelo), el componente ecológico e higienista, y su utilización como signo y símbolo de éxito social. Entre los elementos de rechazo al hábitat y morfología tradicional de las ciudades destaca la inseguridad de las calles, la congestión de tráfico y ruido y el alto precio por metro cuadrado. Tampoco es desdeñable el efecto de mimetismo propiciado por los medios de comunicación, especialmente la televisión: las series y filmes son de origen casi exclusivamente norteamericano y ofrecen un escaparate permanente del modelo de vida estadounidense, que transcurre sobre el escenario de viviendas unifamiliares independientes y se cuela hasta el rincón más escondido de los hogares españoles.

La publicidad y las revistas de decoración desempeñan un papel de intermediarias entre la oferta y la demanda de viviendas, conformando gustos y aspiraciones. En 1997 había en España más de una docena de publicaciones periódicas dedicadas íntegra o principalmente a los interiores de viviendas, y todos los periódicos de gran tirada se ocupan regularmente de este tema. Un periódico como *Segunda Mano*, al cual puede accederse directamente por Internet, es sensor ajustadísimo de los cambios del mercado de viviendas principales y secundarias, así como de las viviendas de estreno y segunda mano. Según su propia afirmación, este periódico contiene más de 12 mil ofertas inmobiliarias. Los escuetos anuncios por palabras expresan sintéticamente los datos más relevantes del programa de cada vivienda: lo primero, el precio, que es el criterio general de clasificación; lo segundo, el lugar, identificado por el nombre del barrio o de la calle. El tamaño, número de baños y habitaciones, estado de conservación y gastos de mantenimiento completan la información básica. Otros datos secundarios, como el tipo de suelos o ventanas, la existencia de armarios o aire acondicionado, la calefacción central, el portero automático o personal y la altura del piso, también se suministran habitualmente, porque coadyuvan a la toma de decisiones de los posibles compradores. La gradación de precios refleja perfectamente la transición de tamaños, zonas y calidades.

En los pisos y viviendas unifamiliares de obra nueva, que pueden repercutir los gastos de publicidad entre un número mayor de unidades, el lenguaje no es tan escueto como en los anunciantes individuales y se acompaña de fotografías, maquetas y otras fuentes de referencia. Carmen Gavira (1995) ha analizado la

evolución de los componentes publicitarios de la vivienda urbana española a lo largo de varias décadas, especialmente de sus componentes suntuarios; para el contexto de Estados Unidos, Gwendolyn Wright estudió ya en 1977 los modelos de viviendas unipersonales (planos, fachadas, interiores, diseño de cocinas), tal como se anunciaban en las revistas dirigidas a mujeres.

La publicidad es una buena síntesis, al mismo tiempo que una pedagoga incansable de las nuevas aspiraciones y deseos. Por ello se reproduce un anuncio que ejemplifica los elementos con que la vivienda se define de cara a los demandantes: precio, número de dormitorios y ubicación. Fue insertado en la primera portada de la *Guía Inmobiliaria de Madrid* (suplemento de *Segunda Mano*, 27 de octubre de 1997). El precio se publicita tomando como referencia el más bajo entre los anunciados, el número de habitaciones se subraya en su variedad, y los elementos comunes, como piscina y jardín o garaje, se resaltan. Las ocho alturas de la edificación que muestra el dibujo de la maqueta son probablemente más si se tienen en cuenta los niveles intermedios o subsuelos, pero la forzada perspectiva los disimula y los espacios circundantes se presentan como no edificados para potenciar la sensación de amplitud de espacio. El cielo de fondo y el paisaje despejado le confieren más atributos suburbanos. La elección de la perspectiva es crucial en el mensaje; gracias a la elección de un punto focal favorable, las zonas privadas comunes (piscina, terrazas) ocupan visualmente tanto espacio horizontal como ocupa verticalmente el bloque en altura, equilibrando ambas dimensiones. Sobre el plano, la Plaza de Toros de Madrid funciona como un hito y referente céntrico, “acercando” la localización hacia el apetecido Centro Urbano, que se acentúa por la resaltada referencia a la accesibilidad, a la proximidad del metro. Otros elementos que aparecen en este anuncio son recurrentes en los mensajes publicitarios: por ejemplo, las nominaciones “Residencia”, “Castillo” y “Blanco” buscan la asociación con elementos de tranquilidad, raigambre, alcurnia, belleza y simplicidad vernácula. La mención de las “calidades de lujo” es también altamente expresiva, aunque poco específica.

Al papel del promotor, con anagrama identificatorio propio, se le destina casi una cuarta parte de la superficie del anuncio, destacando precisamente su carácter “no intermediario” (“directamente” del promotor) y su experiencia en el mercado (“veinticinco años ofreciendo calidad”) como garantía de la seriedad de sus tratos.

En la década de fin de siglo se produjo un cambio cualitativo en las aspiraciones de vivienda. Una encuesta de 1993 (FOESSA 1994) recogía nada menos que 81 por ciento de preferencias por las viviendas unifamiliares, frente a solo 33 por ciento de viviendas reales que pertenece a ese tipo, y que se concentran en los municipios rurales. Sin embargo, es difícil separar en esta preferencia lo que tiene de asociación con otros elementos ajenos a la vivienda, como el patrimonio disponible, la renta o el moderno y exitoso estilo de vida, que se contienen en la misma idea de vivienda unifamiliar. De todos los tipos de vivienda unifamiliar, los más apetecidos son los más caros, esto es, los edificios independientes rodeados de jardín e instalaciones deportivas; pero mientras solo 31 por ciento de la clase alta manifiesta esta preferencia, lo hace 29 por ciento del grupo de menor nivel socioeconómico.

En realidad, la vivienda unifamiliar funciona socialmente como una metonimia. Menos de un tercio de los que realmente tienen posibilidad de acceder a la vivienda unifamiliar independiente manifiestan deseo de ello, y esta proporción es casi idéntica entre los pobres, que no tienen ninguna posibilidad de lograrla. Los profesionales, los que tienen estudios universitarios o pertenecen a la clase social media-alta y alta, expresan proporcionalmente menos preferencia por los unifamiliares que el resto de los grupos sociales, porque para ellos no comporta elementos de “sueño” o “éxito”, sino una alternativa real en su decisión de alojamiento. Pero para el resto, el “chalet”, el “hotelito” o la “villa” atraen más por lo que prometen asociadamente que por lo que por sí mismos ofrecen.¹⁰



10 El Diccionario de la RAE define *hotel*, en su segunda acepción, como “casa más o menos aislada de las colindantes y habitada por una sola familia”; *villa*, “casa de recreo situada aisladamente en el campo”; y *chalet*, “edificio de una o pocas plantas, con jardín, destinado especialmente a vivienda unifamiliar”. [N. de E.]



Capítulo VII
El deseo de futuro
y los proyectos de cambio

El deseo de futuro y los proyectos de cambio

1 El contrato social y la ciudad del futuro

El contrato social explícito que vincula a los miembros de una sociedad tiene su máxima expresión en el texto constitucional. Pero no todos los ciudadanos adhieren con igual convicción a esta ley originadora de todo el cuerpo jurídico, ni todos los sujetos sobre el territorio son súbditos o ciudadanos, ni se encuentran siempre sobre el territorio regido por la Constitución. En época de movilidad creciente y de integración cada vez más acentuada en estructuras organizativas y políticas internacionales, las leyes propias van ocupando un papel menos preponderante.

De todos modos, todavía es importante el marco jurídico propio en relación con los temas de ciudad y vivienda, especialmente por lo que tiene que ver con los proyectos de cambio social y por la distinción entre declaraciones programáticas y derechos exigibles.

La Constitución es el marco general de convivencia de los ciudadanos, pero no siempre resulta claro (ni al lector lego, ni a los intérpretes profesionales) si sus declaraciones son programáticas o generan derechos exigibles frente al Estado o frente a otros ciudadanos.

En la Constitución española, el artículo 47 dice:

Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada. Los poderes públicos promoverán las condiciones necesarias y establecerán las normas pertinentes para hacer efectivo este derecho, regulando la utilización del suelo de acuerdo con el interés general para impedir la especulación. La comunidad participará en las plusvalías que genere la acción urbanística de los entes públicos.

En la primera parte, relativa a la vivienda, el legislador se refiere a los derechos de “todos los españoles”. Este punto plantea la importante cuestión de quién puede ejercitar este derecho. Tanto la dignidad como la adecuación se definen socialmente, y lo que en una época se acepta como “adecuado” deja de serlo en otra época o contexto, tanto en los aspectos materiales (espacio habitable, confort, localización, etc.) como inmateriales (dependencia, seguridad, segregación, etc.).

Por la falta de concreción de este artículo de la Constitución, podría deducirse que se trata de una declaración programática que no puede ejercitarse directamente contra el Estado ni contra los gobiernos autonómicos o municipales. No obstante, son los servicios sociales municipales los que tienen que enfrentarse (generalmente sin recursos para resolver) a los problemas concretos y urgentes derivados de la falta de vivienda.

Por otra parte, y hasta ahora, la vivienda ha sido en España un alojamiento colectivo, fundado en lazos familiares. En otras épocas históricas también tuvo importancia en el alojamiento la relación de patronazgo y clientela. Sin embargo, ahora comienzan a ser frecuentes los hogares unipersonales en los dos extremos del ciclo vital. ¿Cubre la Constitución la protección individualizada del derecho a vivienda para todos y cada uno de los ciudadanos? ¿Convierte el “derecho a la vivienda” en un “deber de alojamiento” para terceros? ¿Quiénes son los obligados a alojar en su vivienda a otros, y bajo qué condiciones familiares o sociales?

Actualmente, en las grandes ciudades españolas, el problema más grave de vivienda no lo padecen los españoles, sino los inmigrantes. La vivienda forma parte importante del costo de la vida, y los españoles lo resuelven mediante acumulaciones patrimoniales prolongadas y transferencias intergeneracionales. Los extranjeros procedentes de países no desarrollados vienen a ocupar los puestos de trabajo que no desean los tres millones de españoles oficialmente desempleados y los otros tantos “desanimados” que no figuran en las estadísticas de cesantía. Los inmigrantes no traen consigo acumulación patrimonial y su capacidad de subsistencia con empleos precarios, mal pagados y discontinuos, deriva precisamente de su determinación de vivir con menos recursos de los que parecen imprescindibles a la población española. Si sus empleos les permitiesen pagar a precios de mercado viviendas “dignas y adecuadas”, ya habrían sido ocupadas previamente por los trabajadores españoles no empleados. De ahí que sus alojamientos (al igual que la alimentación y los servicios) sean habitualmente infraviviendas, y hayan reaparecido problemas ya erradicados para la población española en las tres últimas décadas, como las viviendas precarias, los asentamientos ilegales y el hacinamiento intensivo. En el caso del servicio doméstico y los empleados de jardinería o guardería, la vivienda constituye una parte importante del pago en especie; las condiciones de confortabilidad e integración son mejores, pero generan aislamiento respecto a los iguales. También hay algunos colectivos de ciudadanos españoles en condiciones de marginalidad que plantean cuestiones difíciles de resolver, como la correspondencia entre el derecho a la vivienda y otros deberes de integración equivalentes. En especial, los límites ante situaciones de mal uso, desocupación, reventa y realquiler de este derecho.

172

2 El espacio de la libertad

La Constitución no es muy explícita en materia de ciudades, aunque algunos artículos contienen referencias a la ordenación del espacio. Así, el artículo 148.1.3 establece que es competencia de las Comunidades Autónomas “la ordenación del territorio, urbanismo y vivienda”. Puesto que se trata de una competencia

descentralizada, el texto constitucional no recoge más menciones en cuanto a la “ordenación” del espacio. Sin embargo, algunos aspectos del territorio, la vivienda y las construcciones reciben menciones específicas en otros puntos del articulado, o son acotados indirectamente mediante la definición de temas más generales con los que guardan relación.

La Constitución establece los dos polos extremos de la libertad espacial. De un lado, se afirma el territorio nacional como el espacio en que los ciudadanos pueden moverse sin cortapisas (“circular”), y en el que “tienen derecho a fijar su residencia”, “entrar y salir libremente” (art. 19). De otro, se afirma el carácter privilegiado del espacio doméstico, al que se concede un estatuto político más intenso que a los restantes espacios al declararse que “el domicilio es inviolable. Ninguna entrada o registro podrá hacerse en él sin consentimiento del titular o resolución judicial, salvo en caso de flagrante delito” (art. 18.2).

En los veinte años (1978–98) siguientes a la aprobación de la Constitución española, el marco espacial se ha ensanchado considerablemente, extendiéndose a todo el territorio de la Unión Europea. La legislación de años recientes se ha dirigido a lograr tanto la homogeneización europea como el desarrollo de las transferencias autonómicas; pero el derecho a fijar libremente la residencia puede contraponerse a sus límites económicos, que en la práctica no han sido abolidos sino potenciados y regulados por el mercado, y que de hecho impiden la libertad concreta de instalación. A su vez, la frontera —que ha dejado de ser un límite o barrera para los ciudadanos de la Unión Europea— se ha convertido en una barrera más difícil, y un territorio más atractivo, para los no-ciudadanos de la misma que tienen limitado su acceso.

En cuanto al “domicilio”, la terminología de la Constitución es sintomática, pues refleja en buena parte un mundo periclitado. ¿Qué es el “domicilio” para una sociedad tan móvil como la actual y, sobre todo, para la sociedad futura? ¿Y quién es el “titular” de ese espacio encastillado?

El artículo 39.1 especifica que “los poderes públicos aseguran la protección social, económica y jurídica de la familia”. El domicilio se presenta como un territorio de excepción, un pequeño estado dentro del Estado en que sigue rigiendo el reconocimiento de jerarquías y el principio de “no intervención”, atenuado por el tratamiento favorable que se otorga a “la familia”. Sin embargo no hay *familia*, sino múltiples *formas familiares*. El “titular” del domicilio es una figura retórica, continuadora del antiguo *pater familias*. Presupone una ordenación clara, continuada y jerárquica, sin fisuras, de las relaciones sociales dentro del hogar. Pero no resuelve la indefinición generada por las viviendas compartidas, las segundas residencias, los divorcios y separaciones, las familias reconstruidas, los alquileres de vacaciones, la igualdad de derechos de la esposa y el esposo en el matrimonio, la coexistencia en el hogar de varias generaciones de adultos sin autoridad legal de unos sobre otros. ¿Quién es el “titular” en todos estos casos? Tampoco sirve la noción de “titular” del domicilio para encarar el hecho cada vez más frecuente, por envejecimiento de la población, de titulares legales de la propiedad o firmantes del contrato de arrendamiento en condiciones de incapacidad física y mental o de dependencia económica respecto a otros miembros de la familia o cuidadores externos.

La misma idea del “domicilio” como lugar de asilo, con jurisdicción pro-

pia, se prolonga en relación con los derechos de los habitantes del hogar. El art. 18, en el punto 1, garantiza “el derecho al honor, a la intimidad personal y familiar, y a la propia imagen”. Las ideas de intimidad y de domicilio van íntimamente ligadas en el contexto de las garantías formales. Sin embargo, las mujeres reclaman un deslinde más claro entre su vida íntima y su actividad productiva doméstica. Para la mayoría de las mujeres, que carecen de otro trabajo remunerado, ambas se producen en el mismo espacio, aunque son actividades o relaciones muy diferentes. La idea de que “lo privado es político” lleva ya muchos años incorporada al movimiento feminista como eslogan, y gran parte del esfuerzo intelectual y asociativo de las mujeres en la actualidad consiste en visibilizar y reinterpretar este espacio denso de relaciones y significados que la cultura actual (política, estética, arquitectónica, etc.) apenas conoce.

El domicilio es inviolable desde el exterior y si su titular no concede autorización, sus puertas son (en principio) infranqueables a los representantes del Estado. Infranqueables a los ejecutores legítimos de la ley, a los prestadores de servicios públicos de seguridad, protección o cualquier otro tipo de ayuda. Los derechos y las libertades formales se definen sobre todo en relación con el exterior, pero falta un tratamiento equivalente en relación con el interior del hogar: a lo que encubren, protegen o esconden las puertas cerradas.

La Constitución afirma dos derechos relativamente antitéticos. Por una parte, el art. 33 expresa: (1) Se reconoce el derecho a la propiedad privada y a la herencia; (2) La función social de estos derechos delimitará su contenido, de acuerdo con las Leyes; (3) Nadie podrá ser privado de sus bienes y derechos sino por causa justificada de utilidad pública o interés social, mediante la correspondiente indemnización y de conformidad con lo dispuesto por las Leyes. Pero también, como ya hemos señalado, la Constitución establece la obligación de los poderes públicos de regular “la utilización del suelo de acuerdo con el interés general para impedir la especulación” (art. 47), afirmando el derecho de la comunidad a participar en las plusvalías generadas por la acción urbanística de los entes públicos. La adopción de medidas políticas en relación con el territorio y la vivienda se mueve entre estos dos polos: la individualización de la propiedad privada y la protección del interés general. Si los hogares españoles, en una gran mayoría, tienen una vivienda en propiedad, no cabe duda de que en parte se debe a que perciben que es una forma adecuada de proteger su patrimonio, objetivado en un bien tangible, de uso, duradero y transmisible. La política fiscal de complemento a los derechos de propiedad ha de serlo tanto respecto al suelo como respecto a la vivienda. Una tasación alta en la transmisión o disfrute equivale a una limitación *de facto* de los derechos de propiedad, que dificulta sobre todo la movilidad de la población con rentas bajas.

Para el legislador, que al nivel constitucional no se pronuncia sobre la regulación de la construcción, la ocupación o la financiación, el objetivo prioritario ha de ser la eliminación de trabas a la creación de suelo barato y el impedimento de que, como consecuencia de su intervención, se produzcan enriquecimientos abusivos por vía especulativa. Inevitablemente, la creación masiva de suelo o autorización de edificación choca con los criterios del crecimiento planificado y regulado, y estos dos objetivos son difícilmente conciliables. En la determinación concreta de los medios que se utilicen para urbanizar suelo, en la cuantía de

las cesiones de suelo a los municipios, en los establecimientos de mínimos (10 por ciento, 15 por ciento, según propuestas), en que la cesión se realice o no con el terreno ya urbanizado, y en la calificación de edificabilidad y densidad, se mueven cifras billonarias.

Para la mayoría de la población, este aspecto de la negociación de su contrato social resulta en exceso complejo, y son los técnicos y representantes legales quienes asumen las decisiones, en tanto que los ciudadanos se adaptan pasivamente a ello.

3 El patrimonio histórico, cultural y artístico

Junto a la propiedad privada, la Constitución reconoce otro tipo de patrimonio, que es “el patrimonio histórico, cultural y artístico de los pueblos de España y de los bienes que lo integran, cualquiera que sea su régimen jurídico y su titularidad. La ley penal sancionará los atentados contra este patrimonio” (art. 46). Los poderes públicos garantizarán la conservación y promoverán el enriquecimiento de este patrimonio, cuyos intangibles límites ya se han subrayado en el análisis de la memoria urbana. Cada época se identifica con parte de su patrimonio “histórico” y cada grupo social se identifica con algunos aspectos de la cultura viva, o de la cultura muerta. Aquí, más que en ningún otro sitio, conviene recordar lo que Hayden señala a propósito de las memorias privilegiadas y las memorias silentes, reconociendo la tarea de los movimientos sociales en la reivindicación y mantenimiento de las culturas propias y la coexistencia de culturas distintas y desigualmente poderosas y competitivas.

175

En cierto modo, la Constitución abre vía a más reivindicaciones de las que habitualmente se perciben. Cuando el artículo 9.2 afirma que “corresponde a los poderes públicos promover las condiciones para que la libertad y la igualdad del individuo y de los grupos en que se integra sean reales y efectivas; remover los obstáculos que impiden o dificultan su plenitud y facilitar la participación de todos los ciudadanos en la vida política, económica, cultural y social”; o cuando el artículo 14 recoge el principio de no discriminación por razón de raza, religión, sexo, etc., están invitando a un ejercicio de autoconciencia y de organización a todos los ciudadanos y los grupos sociales que no se sientan bien representados por la cultura canónica o dominante.

El medio ambiente y los recursos naturales también forman parte, aunque no muy detallada, del contrato social explícito recogido en la Constitución. El artículo 45 dice:

Todos tienen el derecho a disfrutar de un medio ambiente adecuado para el desarrollo de la persona, así como el deber de conservarlo.

Los poderes públicos velarán por la utilización racional de todos los recursos naturales, con el fin de proteger y mejorar la calidad de vida y defender y restaurar el medio ambiente, apoyándose en la indispensable solidaridad colectiva.

El punto 3 fija las sanciones para quien viole estos principios. A los poderes públicos se les encomienda promover las condiciones necesarias y establecer las normas pertinentes para hacer efectivo este derecho.

En el artículo 14, la Constitución española afirma que “los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social”.

Como modelo de interpretación, este texto destaca las muchas causas potenciales de discriminación en la sociedad española actual. Por lo que se refiere al derecho a la vivienda y a la ciudad, la dificultad de las políticas antidiscriminatorias no radica en los principios generales, sino en su aplicación práctica y en la interpretación del propio concepto de discriminación. El mercado y la tradición cultural son poco democráticos, en el sentido de que generan insolventes y excluidos de hecho, aunque no de derecho. Los grupos de baja renta o integración no pueden argüir discriminación ante el mercado, porque este actúa indirectamente, impidiendo el acceso a bienes esenciales sin que ello pueda atribuirse a ninguna de las características apuntadas por el texto constitucional.

La misma Constitución se refiere al papel de las asociaciones en el desarrollo de los principios expresados en el Contrato Social explícito. El artículo 51.2 establece que “los poderes públicos promoverán la información y la educación de los consumidores y usuarios, fomentarán sus organizaciones y oirán a éstas en las cuestiones que puedan afectar a aquéllos, en los términos que la ley establezca”. Los intereses de los consumidores que se mencionan expresamente son la *seguridad*, la *salud* y los *legítimos intereses económicos*. El asociacionismo y la toma de conciencia se potencian como herramientas de cambio, y se abre la vía para la intervención de los sujetos que deseen hacerlo a través de plataformas, grupos y foros.

La participación de los “interesados” o “afectados” fue uno de los objetivos propuestos en el foro de Hábitat II (Estambul, 1996) y también lo ha sido en la Carta Europea de la Mujer en la Ciudad y en los muchos actos de divulgación y apoyo que han seguido a su presentación. Para que surjan grupos de asociaciones de “interesados”, es necesario que previamente se difunda la conciencia de que ni las ciudades ni las viviendas son neutrales o naturales, y que ambas responden a intereses específicos sobre los que es posible, o incluso imprescindible, actuar e influir. Aunque los partidos políticos cuentan habitualmente con comisiones o vocalías para el urbanismo y la vivienda, la dimensión política de ambos fenómenos no se agota en sus propuestas, ni en las de los representantes de las corporaciones locales y de los gobiernos. Como rasgo característico del fin de siglo (y del milenio), la preocupación por el cambio en el modo de vida en las ciudades se ha internacionalizado (redes de profesionales, de ciudades, etc.) y ha cobrado impulso en organizaciones no gubernamentales. En España son ya numerosas las organizaciones, con muy diverso soporte institucional y recursos humanos y materiales, que trabajan en pro de mejores condiciones de vida para todos en las ciudades. Además de la Federación de Municipios, que es la que dispone de mayor infraestructura, otras asociaciones o foros de ámbito más reducido (por poner solo algunos ejemplos, el Foro Cívico de

Barcelona, el Colectivo de Mujeres Urbanistas y el Seminario Ciudad y Mujer) suman sus esfuerzos en la búsqueda de nuevos modelos urbanos y formas más accesibles y eficientes de participación en la vida local.

Las propuestas de los Foros y Plataformas son a veces tan ambiciosas, generales u omnicomprendivas, que hacen falta bajadas a tierra para concretar los esfuerzos en cambios sociales más modestos. Pero eso no les quita valor, ya que sus “Manifiestos” o “Cartas” son llamadas de atención sobre realidades que necesitan un impulso de transformación.

4 La ciudad compartida

Gran parte de las páginas de este libro se han dedicado a mostrar las sutiles y hondas contradicciones entre el modelo de sociedad proclamado por la Constitución y sus correlatos en la actual estructura urbana: de modo sutil y aparentemente natural o neutral, los *hechos* de la organización social y del contrato implícito deshacen la *pretensión igualitaria* afirmada en el texto constitucional.

Para cerrar el texto, reproducimos un extracto de la Carta Europea de la Mujer en la Ciudad, promovida por la Comisión de la Unión Europea.¹¹ Es un documento de obligada referencia, en el que se exige para las mujeres (igual que para otros grupos sociales) el acceso a:

- 1) La ciudadanía activa.
- 2) La participación en la toma de decisiones respecto al planteamiento urbano, vivienda, transporte y medio ambiente.
- 3) La igualdad de oportunidades en investigación y educación, en los centros de trabajo y en las profesiones relacionadas con planeamiento, vivienda, movilidad y seguridad en las ciudades.
- 4) La solidaridad, promovida tanto al nivel básico como a niveles intermedios.
- 5) La consideración de la vida cotidiana como tema político prioritario.
- 6) El equilibrio ecológico, que permita un desarrollo sostenible y la conservación del planeta para las generaciones venideras.
- 7) Movilidad y seguridad, con acceso al transporte público y libre circulación por la ciudad.

11 La Carta Europea de la Mujer en la Ciudad (1996) es un proyecto de investigación realizado por un equipo europeo y subvencionado por la *Comisión de la Unión Europea (Unidad de Igualdad de Oportunidades)*. Contiene una evaluación de la situación actual de las mujeres en las ciudades basándose en un análisis de cinco temas prioritarios (planeamiento urbano y desarrollo sostenible, seguridad, movilidad, hábitat y equipamientos locales, estrategias), una base de datos informatizada de recursos humanos, más referencias biográficas y un catálogo de las 66 “mejores prácticas” (se añaden continuamente casos nuevos). El propósito de la Carta es establecer una red informática internacional capaz de sacar conclusiones de estos casos desde el punto de vista del género. Recuperado de <http://habitat.aq.upm.es/bpn/bp018.html> (20/11/2007). [N. de E.]

- 8) El alojamiento adecuado en lugares adecuados, con los adecuados servicios públicos.
- 9) Una nueva filosofía del espacio y su planeamiento, que potencie el estudio de las relaciones históricas, sociales y culturales entre mujeres y hombres.
- 10) Educación y experimentación urbana.
- 11) La actuación de los medios de comunicación para contrarrestar los prejuicios y estereotipos obsoletos.
- 12) La participación en redes, que añadan extensión y fuerza a las iniciativas locales para cambio de actitudes, especialmente en los organismos internacionales.

La ciudad, las ciudades, son al mismo tiempo compartidas y excluyentes. A quienes las viven y las aman les toca transformar su realidad para acercarlas al modelo que aspiran para el próximo futuro.

Agradecimientos

Durante 1993 y 1994 se celebraron en el Colegio de Arquitectos de Málaga y en el de Toledo dos cursos promovidos por el programa NOW (New Opportunities for Women). Se titulaban “Nuevas versiones del espacio público y privado” y pretendían abrir la reflexión y el debate sobre las conexiones entre género, urbanismo, arquitectura y cambio social. La impulsora de aquellos cursos fue Isabel León, Secretaria General del Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, y es a ella y a la institución que representa a quienes doy las gracias en primer lugar, tanto por la invitación a sumarme a su iniciativa como por el firme apoyo que me han prestado durante todo el tiempo que ha durado el proyecto.

En el proceso de preparación de aquellos cursos participaron muchas personas e instituciones, sin cuyo concurso no hubieran podido realizarse. De entre ellos, quiero destacar a Aída Anel (Ayuntamiento de Granada), Rosa Barba (Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona), Adriana Bisquert (Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid) y Pascuala Campos (Escuela Técnica Superior de Arquitectura de La Coruña), por su implicación personal en la organización y dirección de la docencia. Asimismo, a la arquitecta Isabel Navarro, por su decisiva aportación a la edición de las ponencias en el Libro de Actas.

Paralelamente, o con posterioridad al proyecto NOW, otras instituciones me han ayudado generosamente, y quiero expresarles desde aquí mi agradecimiento. Al Consejo de Investigaciones Científicas le debo la libertad de organizar mi trabajo diario, que me ha permitido conciliar la escritura con las tareas habituales de investigación en el Instituto de Economía y Geografía. También estoy en deuda con la Universidad Autónoma de Madrid, pionera en los estudios sobre género, uso del espacio y vida cotidiana: todavía sigue siendo un lugar privilegiado de estímulo intelectual y de apoyo humano. Finalmente, el Instituto Europeo de Florencia y la Universidad de Cambridge me han permitido realizar allí sendas estancias (1995 y 1997, respectivamente, esta última por invitación de la British Academy), en las que he podido trabajar con sus fondos bibliográficos y disfrutar del rico entorno urbano.

Junto a estas relaciones prolongadas, tendría que añadir una larga lista de

Universidades, Fundaciones, Corporaciones Locales y Asociaciones que en estos últimos cinco años han promovido seminarios o foros sobre temas próximos, en los que he expuesto mis ideas, he recogido información o he escuchado críticas y sugerencias que me han obligado a reflexionar. Aunque breves, la influencia de estas actividades ha sido importante y espero que sigan existiendo oportunidades parecidas en los próximos años. Ya que no puedo enumerar detalladamente todos los promotores, título y objetivos, mencionaré al menos las ciudades que les sirvieron de escenarios. Granada, Santander, Murcia, Palma de Mallorca, Valencia, Oviedo, Driebergen, Castellón, Alicante, Santiago, La Laguna, Atenas, Lérida y Vitoria. Y Madrid, naturalmente.

En la preparación del manuscrito han colaborado directamente cuatro personas. Virginia Campos, estudiante de último curso de Arquitectura, me ha ayudado con la organización de la bibliografía española y ha reunido un considerable apoyo fotográfico, mucho más extenso del que finalmente será reproducido. La laboriosa transcripción de cintas y las sucesivas versiones del manuscrito han sido responsabilidad de Paloma Calero, Manoli Mesoneros y Carmen Pérez Azorín. También he utilizado fotografías de Inma Arrillaga y Óscar Alajarín, realizadas por encargo sobre esquemas míos previos.*

Como Decano del Colegio de Arquitectos, Carlos Hernández Pezzi fue anfitrión del programa NOW en Málaga. Al principio tratamos de escribir este libro en común, sintetizando cada página. Para eso intercambiamos bibliografías y esbozamos un índice que cada uno desarrollaba desde su propia perspectiva y tradición disciplinar. Como el proceso se alargó en exceso, sobre todo por mi causa, hubo que ponerle una fecha límite, y finalmente hemos terminado la redacción por separado, a partir de los materiales intermedios. Probablemente ha sido mejor así, y el texto definitivo refleja más claramente el punto de equilibrio entre el compromiso de sacarlo adelante y nuestras propias individualidades. Cada uno es responsable exclusivo de su propio volumen; pero quiero decir con toda claridad que solo he sido capaz de terminar mi parte porque Carlos Hernández Pezzi compartía el riesgo, el desafío intelectual y el enorme consumo de tiempo que el libro conllevaba. De no ser por su acicate, tampoco me habría adentrado en una serie de lecturas sobre arquitectura con las que he disfrutado mucho y que han influido considerablemente en mi propio trabajo y en el modo en que ahora vivo la ciudad.

Finalmente, y aunque ellos no gusten de que los mencione, quiero dar las gracias a mi marido y a mis hijos, con quienes vivo cada día el espacio —todos los espacios—. Ellos han soportado estoicamente mi encierro durante los largos meses de preparación de este texto y son, con todo fundamento, sus co-artífices.

* Para esta versión del libro se han utilizado fotografías diferentes a las del original. El Índice de Ilustraciones recoge los títulos y nombre de los autores.

Obras citadas

- Agatae: Revista Cultural* (Valverde del Fresno, Extremadura) 4 (1994).
- Agrest, Diana et al. 1982. *Drawings by Architects*. London: Institute of Contemporary Arts.
- Anderson, John S.; Magda Bratos-Anderson. 1993. *Noise: Its Measurement, Analysis, Rating and Control*. Aldershot, England: Avebury Technical-Ashgate.
- Añón, Carmen; Mónica Luengo, Ana Luengo. 1995. *Jardines artísticos de España*. Madrid: Espasa Calpe.
- Arendt, Hannah. 1993. *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Bachelard, Gastón. 1995. *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bailly, Antoine. 1979. *La percepción del espacio urbano: conceptos, métodos de estudio y su utilización en la investigación urbanística*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.
- Benjamin, Walter. 1982. *Infancia en Berlín hacia 1900*. Madrid: Alfaguara.
- Boer, Florian. 1996. *Barcelona Parks. Impact of Environmental, Architectural, Urbanistic, and Social Characteristics on Littering and Vandalism*. Monografies Psico-Socio-Ambientales 4. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Boyer, Christine. 1996. *City of Collective Memory: Its Historical Imagery and Architectural Entertainments*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Boys, Jos. 1996. "Neutral Gazes and Knowable Objects; Challenging the Masculinist Structures of Architectural Knowledge". En *Desiring Practices: Architecture, Gender and the Interdisciplinary*, editado por Duncan McCorquodale, Katerina Rüedi, Sarah Wigglesworth, 32–45. London: Black Dog.
- Bravo Morata, Federico. 1984. *Los nombres de las calles de Madrid*. 2ª ed. Madrid: Fenicia.
- Braudel, Fernand (bajo la dirección de). 1986. *Prato: Storia di una città*. Vol.II: *Un microcosmo in movimento 1494–1815*. Al cuidado de E. Fasano Guarini. Firenze: Le Monnier per il Comune di Prato.
- Brecht, Bertold. 1986. "Libro de lectura para los habitantes de las ciudades". En *Poemas y canciones*. Madrid: Alianza.
- Burtenshaw, David; Michael Bateman, Gregory J. Ashworth. 1991. *The European City*. London: David Fulton.
- Capel, Horacio. 1993. "Percepción del medio y comportamiento geográfico". *Revista de Geografía* (Universitat de Barcelona) 7, no. 1/2: 58–148.

- Cardinal-Pett, Clare. 1996. "Detailing". En *Desiring Practices: Architecture, Gender and the Interdisciplinary*, editado por Duncan McCorquodale, Katerina Rüedi, Sarah Wigglesworth, 88–105. London: Black Dog.
- Cátedra, María. 1997. *Un santo para una ciudad. Ensayo de antropología urbana*. Barcelona: Ariel.
- CIRES – Centro de Investigación sobre la Realidad Social. 1990. *Encuesta sobre matrimonios y parejas*. Madrid: CIRES.
- CIS – Centro de Investigaciones Sociológicas. 1997. Boletín *Datos de Opinión* (Madrid) 9 (febrero).
- Colomina, Beatriz. 1996. "Battle Lines: E. 1027". En *The Sex of Architecture*, editado por Diana Agrest, Patricia Conway, Leslie Kanes, 167–82. New York: Harry N. Abrams.
- Corbin, Alain. 1996. *The Foul and the Fragrant: Odour and the Social Imagination*. London: Papermac.
- Corraliza, José Antonio. 1987. *La experiencia del ambiente. Percepción y significado del medio construido*. Madrid: Tecnos.
- Coupland, Andy, ed. 1997. *Reclaiming the City: Mixed Use Development*. London: E & FN Spon.
- Davis, Mike. 1992. *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles*. London: Vintage.
- Diller, Elizabeth. 1996. "Bad Press". En *The Architect: Reconstructing her Practice*, editado por Francesca Hughes, Ch. 4. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Duly, Colin. 1979. *The Houses of Mankind*. London: Thames and Hudson.
- Durán, María-Ángeles. 1987. *La jornada interminable*. Barcelona: Icaria.
- . 1988. *De puertas adentro*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- . 1997. "El papel de mujeres y hombres en la economía española". *Revista de Información Comercial Española* (Madrid) 760 (febrero): 9–29.
- , coord. 1998. *The Future of Work in Europe. Rapport*. Brussels: Commission Européenne, D.G.V.
- Eisenman, Peter. 1988. "Moving Arrows, Eros and Other Errors". *Chiasmus II: Strategier* (December): 29–32. Publicada en español como "Castillos de Romeo y Julieta". *Arquitectura* (Revista del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid) 69, no. 270 (enero-febrero): 66–81.
- FOESSA – Fundación Foessa, Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada. 1994. *Informe sociológico sobre la situación social en España*. Madrid: FOESSA.
- Freixas, Ana. 1993. *Mujer y envejecimiento: aspectos psicosociales*. Barcelona: Fundación La Caixa.
- Friedan, Betty. 1974. *La mística de la feminidad*. Madrid: Júcar.
- García Gómez, Emilio. 1988. *Foco de antigua luz sobre la Alhambra*. Madrid: Instituto de Estudios Islámicos en Madrid.
- Garrido González, Elisa, ed., Pilar Folguera Crespo, Margarita Ortega López, Cristina Segura Graño. 1997. *Historia de las mujeres en España*. Madrid: Síntesis.
- Gavira, Carmen. 1995. *Los equipamientos públicos en los barrios de nuevo planeamiento*. Granada: Federación Española de Municipios y Provincias/ Instituto de la Mujer.
- Geyer-Ryan, Helga. 1994. *Fables of Desire: Studies in the Ethics of Art and Gender*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Ghirardo, Diane. 1994. "Terragni, Conventions, and the Critics". En *Critical Architecture and Contemporary Culture*, editado por William J. Lillyman, Marilyn F. Moriarty, David J. Neuman, 91–103. New York: Oxford University Press.
- Girouard, Mark. 1985. *Cities and People: A Social and Architectural History*. New Haven,

- CT: Yale University Press.
- Greed, Clara. 1994. *Women and Planning: Creating Gendered Realities*. London: Routledge.
- Hayden, Dolores. 1977. "Catharine Beecher and the Politics of Housework". En *Women in American Architecture: A Historic and Contemporary Perspective*, editado por Susana Torre, 40–49. New York: Whitney Library of Design.
- . 1995. *The Power of Place: Urban Landscape as Public History*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Hesselgren, Sven. 1973. *The Language of Architecture* (Lund, Suecia: Studentlitteratur). Trad. española por Miguel E. Hall, *El lenguaje de la arquitectura*. Buenos Aires: EÜdeBA.
- . 1980. *El hombre y su percepción del espacio urbano. Una teoría arquitectónica*. México: Limusa.
- Horkheimer, Max; Theodor W. Adorno. 1994. *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta.
- Jacobs, Jane. 1967. *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Barcelona: Península.
- Jacobs, Michael, et al. 1992. *Madrid: Architecture, History, Art*. London: Philips.
- Jencks, Charles. 1988. *Architecture Today*. New York: Harry N. Abrams.
- . 1993. *Heteropolis: Los Angeles, the Riots and the Strange Beauty of Hetero-Architecture*. London & New York: Academy Editions.
- Kerby, Anthony Paul. 1991. *Narrative and the Self*. Bloomington, IN: Indiana University Press.
- Kryter, Karl. 1985. *The Effects of Noise on Man*. London: Academic.
- Leach, Neil. 1996. "Architectural Models". En *Desiring Practices: Architecture, Gender and the Interdisciplinary*, editado por Duncan McCorquodale, Katerina Rüedi, Sarah Wigglesworth, 186–205. London: Black Dog.
- Leal Maldonado, Jesús. 1994. "Cambio social y desigualdad espacial en el área metropolitana de Madrid (1986–91)". *Economía y Sociedad* (Revista de estudios regionales de la Comunidad de Madrid) 10 (junio): 61–81.
- Lillyman, William J.; Marilyn F. Moriarty, David J. Neuman. 1994. *Critical Architecture and Contemporary Culture*. New York: Oxford University Press.
- Lindsay, Jean. 1993. *Elizabeth B. Mitchell: The Happy Town Planner*. Edimburg: Pentland Press.
- López Barrio, Isabel; José Luis Carles. 1996. "El significado del medio ambiente sonoro en el medio urbano". Ponencia en V Congreso de psicología ambiental (Barcelona, 1996). En *Ciudad y medio ambiente desde la experiencia humana*, editado por Enric Pol, 213–18. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Lorenz, Clare. 1990. *Women in Architecture: A Contemporary Perspective*. London: Trefoil, 1990.
- Lowenthal, David. 1961. "Geography, Experience and Imagination: Towards a Geographical Epistemology". *Annals of the Association of American Geographers* 51, no. 3: 241–60.
- Lynch, Kevin. 1970. *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Infinito (1ª ed. en inglés, 1960).
- Martin, Gary E.; Paul Laffort, eds. 1994. *Odors and Deodorization in the Environment*. New York/Weinheim/Cambridge: VCH Publishers.
- Martínez, Cándida. 1995. "Las mujeres y la ciudad en las sociedades mediterráneas clásicas". En *Del patio a la plaza. Las mujeres en las sociedades mediterráneas*, editado por Pilar Ballarín, Cándida Martínez, 17–38. Granada: Universidad de Granada.

- Matrix, eds. 1984. *Making Space: Women and the Man-Made Environment*. London: Pluto Press.
- Morris, Anthony E. J. 1984. *Historia de la forma urbana. Desde sus orígenes hasta la Revolución Industrial*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Moser, Caroline; Linda Peake, eds. 1987. *Women, Human Settlements and Housing*. London: Tavistock.
- Mosser, Monique; Georges Teyssot, eds. 1991. *The History of Garden Design*. London: Thames and Hudson.
- Nochlin, Linda. 1994. *The Body in Pieces: The Fragment as a Metaphor of Modernity*. New York: Thames and Hudson.
- Olsen, Donald. 1986. *The City as a Work of Art*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Ortiz Hojas, Ángeles. 1995. "Mi percepción de la ciudad". En *Ciudad y mujer. Actas del curso Urbanismo y Mujer. Nuevas visiones del espacio público y privado*, editado por Adriana Bisquert, 185–91. Madrid: Seminario Permanente Ciudad y Mujer.
- Ottes, Liesbeth; Erica Poventud, Marijke van Schendelen, Gertje Segond von Banchet, eds. 1995. *Gender and the Built Environment: Emancipation in Planning, Housing and Mobility in Europe*. Assen, The Netherlands: Van Gorcum.
- Panofsky, Erwin. 1992. *Tomb Sculpture: Four Lectures on its Changing Aspects from Ancient Egypt to Bernini*. London: Phaidon.
- Perloff, Harvey S. 1973. *La calidad del medio ambiente urbano*. Barcelona: Oikos-Tau.
- Phelps, Barton. 1994. "Critical and Artistic Convention". Introducción al cap. III, "Architecture and Conventions", de *Critical Architecture and Contemporary Culture*, editado por William J. Lillyman, Marilyn F. Moriarty, David J. Neuman. Oxford: Oxford University Press.
- Pollock, Griselda. 1988. *Feminism, Femininity and Histories of Art*. London: Routledge.
- Ramírez, Juan Antonio. 1992. *Arte y arquitectura en la época del capitalismo triunfante*. Boadilla del Monte: Antonio Machado Libros. Véase especialmente "La persistencia de los 'grands chantiers' y los nuevos edificios rituales".
- Répide, Pedro. 1981. *Las calles de Madrid*. Madrid: Afrodísio Aguado.
- Rodríguez, Julio. 1993. "El carácter redistributivo de la política de vivienda". En *I Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y la Riqueza*, 147–64. Madrid: Fundación Argentaria.
- Rosenau, Helen. 1986. *La ciudad ideal*. Madrid: Alianza.
- Rudofsky, Bernard. 1964. *Architecture without Architects*. London: Academy Editions.
- Scott Brown, Denise. 1989. "Room at the Top? Sexism and the Star System in Architecture". En *Architecture: A Place for Women*, editado por Ellen Perry Berkeley, Matilda McQuaid, 237–46. Washington, London: Smithsonian Institution Press.
- Scully, Stephen. 1990. *Homer and the Sacred City*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Sennett, Richard. 1996. *Carne y piedra. El cuerpo. y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza.
- Tafari, Manfredo. 1991. *A cura di la piazza, la chiesa, il parco. Saggi di storia dell'architettura (XV–XIX secolo)*. Milano: Electa.
- Taubeneck, Steven. 1994. "The Ground is no Longer Flat. Posmodernity from Architecture to Philosophy". En *Critical Architecture and Contemporary Culture*, editado por William J. Lillyman, Marilyn F. Moriarty, David J. Neuman, 197–209. Oxford: Oxford University Press.
- Terán, Manuel de. *Imago Mundi. Geografía Universal*. 2 vols. Madrid: Atlas, 1964.
- Tzonis, Alexander; Liane Lefaivre. 1986. *Classical Architecture: The Poetics of Order*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Vaiou, Diana. 1992. "Gender Division in Urban Space: Beyond the Rigidity of Dualist

- Classification". *Antipode* 24, no. 4 (Oct.): 247–63.
- Venturi, Robert. 1994. *Complejidad y contradicción en la arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Venturi, Robert; Denise Scott Brown, Steven Izenour. 1977. *Learning from Las Vegas* [1972]. Revised Edition. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Verdú, Vicente. 1997. *Emociones*. Madrid: Taurus.
- Vitruvio. *De architectura*. 1992. Trad. et comm. par P. Cros. Paris: Les Belles Lettres.
- Wilson, Elizabeth. 1991. *The Sphinx in the City: Urban Life, the Control of Disorder and Women*. London: Virago.
- Wright, Gwendolyn. 1977. "The Model Domestic Environment: Icon or Option?". En *Women in American Architecture: A Historic and Contemporary Perspective*, editado por Susana Torre, 20–22. New York: Whitney Library of Design.

Bibliografía

- A&V. *Monografías de arquitectura y vivienda* (Madrid: Arquitectura Viva) 14 (1988). Monográfico sobre "El espacio privado".
- Adam, Barbara. *Time and Social Theory*. Cambridge, UK: Polity Press, 1996.
- Agrest, Diana et al. *Drawings by Architects*. London: Institute of Contemporary Arts, 1982.
- Agrest, Diane; Patricia Conway, Leslie Kane, eds. *The Sex of Architecture*. New York: Harry N. Abrams, 1996.
- Alexander, Christopher. *A New Theory of Urban Design*. Oxford: Oxford University Press, 1987.
- Alexander, Christopher et al. *Urbanismo y participación*. Barcelona: Gustavo Gili, 1976.
- Anderson, John S., Magda Bratos-Anderson. *Noise: Its Measurement, Analysis, Rating and Control*. Aldershot, England: Avebury Technical-Ashgate, 1993.
- Añón, Carmen; Mónica Luengo, Ana Luengo. *Jardines artísticos de España*. Madrid: Espasa Calpe, 1995.
- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Arias Goytre, Félix; Isabel Velázquez Valoria. *Agenda Hábitat España: Documento de trabajo: "II Conferencia de Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos, Estambul, junio 1996"*. Madrid: Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, 1996.
- Arnheim, Arnold. *Arte y percepción visual. Psicología del ojo creador*. Madrid: Alianza, 1993 (1ª ed. en inglés, 1959).
- Ateneo Madrileña (Fundación cívica barrios de Madrid). "Valoraciones, actitudes, aspiraciones y necesidades de los jóvenes respecto al alojamiento". Investigador principal, Tomás R. Villasante. Multicopiado, 1992.
- Austerberry, Helen; Sophie Watson. *Women on the Margins: A Study of Single Women's Housing Problem*. London: Housing Research Group-The City University, 1983.
- Ayuntamiento de Madrid. *Diagnóstico de Salud*. Madrid, 1995.
- Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965.
- Baigorri, Artemio. "Apuntes para una sociología del ruido". Ponencia presentada en el V Congreso Español de Sociología, Granada, 1995.
- . "Género y uso del espacio". Ponencia en la I Jornada sobre Mujer, Urbanismo y Vida Local. Mérida, 1994. Multicopiado.
- Bailly, Antoine. *La percepción del espacio urbano: conceptos, métodos de estudio y su utilización en la investigación urbanística*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1979.

- Ballarín, Pilar; Cándida Martínez, eds. *Del patio a la plaza. Las mujeres en las sociedades mediterráneas*. Granada: Universidad de Granada, 1995.
- Barber, Stephen. *Fragments of the European City*. London: Reaktion Books, 1995.
- Barley, Nigel. *El antropólogo inocente*. Barcelona: Anagrama, 1989.
- Baum, Andrew; Stuart Valins. *Architecture and Social Behavior: Psychological Studies of Social Density*. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum Associates, 1977.
- BDV. "Informe-síntesis sobre la Demanda de la Vivienda en el Área Metropolitana de Madrid". Realizado para el Programa de Gestión y Economía Ambiental (Progea). Multicopiado, 1999.
- Beatty, William, W.; Alexander I. Tröster. "Gender Differences in Geographical Knowledge". *Sex Roles* 16, no. 11/12 (June 1987): 565–90.
- Belloni, Carmen. "Madri e padri: due tempi, due organizzazioni. Organizzazione domestica e 'scelte' demografiche". *Inchiesta* 26, no. 111 (gennaio-marzo, 1996): 35–43.
- Benevolo, Leonardo. *Historia de la arquitectura moderna*. Barcelona: Gustavo Gili, 1985 (1ª ed. en inglés, 1974).
- Benjamin, Andrew, ed. *The Problems of Modernity: Adorno and Benjamin*. London: Routledge, 1991.
- Benjamin, Walter. *Infancia en Berlín hacia 1900*. Madrid: Alfaguara, 1982.
- . *Paris, capitale du XIX^e siècle. Le livre des passages*. Paris: Éditions du Cerf, 1993.
- Berger, John. *El sentido de la vista*. Madrid: Alianza, 1990.
- Beringuier, Christian; Manuel Castells, Jean Remy, Christian Mingasson. *Urbanismo y práctica política*. Introducción de Horacio Capel. Barcelona: Los Libros de la Frontera, 1974.
- Bernstein, Jay M. *The Fate of Art: Aesthetic Alienation from Kant to Derrida and Adorno*. Oxford: Polity Press, 1992.
- Berry, Brian J. L. *Consecuencias humanas de la urbanización*. Madrid: Pirámide, 1975.
- Betsky, Aaron. *Building Sex: Men, Women, Architecture, and the Construction of Sexuality*. New York: William Morrow and Company, 1995.
- Betsky, Aaron. *Experimental Architecture in Los Angeles*. New York: Rizzoli, 1991.
- . "James Gambles Rogers and the Pragmatics of Architectural Representation". En *Critical Architecture and Contemporary Culture*, editado por William J. Lillyman, Marilyn F. Moriarty, David J. Neuman, 64–86. Oxford: Oxford University Press, 1994.
- Bingham, Richard D.; Roy E. Green, Sammis B. White, eds. *The Homeless in Contemporary Society*. Newbury Park, CA: Sage, 1987.
- Bisquert, Adriana. *El niño y la ciudad. Constancia de un grito en la sorda vida urbana*. Madrid: Servicio de Publicaciones del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, 1982.
- Bisquert, Adriana; Isabel Navarro, coords. *Ciudad y Mujer. Actas del curso Nuevas Visiones del Espacio Público y Privado*, Málaga 1993 – Toledo 1994. Madrid: Semanario Permanente Ciudad y Mujer, 1995.
- Bloomer, Jennifer. "Nature morte". En *The Architect: Reconstructing her Practice*, editado por Francesca Hughes, 236–51. Cambridge, MA: The MIT Press, 1996.

- Bodega, Isabel; Juan Antonio Cebrián. "La inmigración reciente: una incógnita en el análisis de la estructura social europea y española". En *Las bases sociales de la economía española*, editado por María-Ángeles Durán, 71–88. Valencia: Universidad de Valencia, 1997.
- Boer, Florian. *Barcelona Parks: Impact of Environmental, Architectural, Urbanistic, and Social Characteristics on Littering and Vandalism*. Monografies Psico-Socio-Ambientales 4. Barcelona: Universitat de Barcelona, 1996.
- Bollerey, Franziska. "El interés por lo artificial. Conversación con Rem Koolhaas". *A&V. Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid) 19 (1989): 18–23.
- Boorstin, Daniel. *Los creadores*. Barcelona: Crítica, 1994.
- Borja, Jordi et al. *La Gran Barcelona*. Barcelona: Los Libros de la Frontera, 1974.
- Borja, Jordi; Manuel Castells, Roberto Dorado, Ignacio Quintana, eds. *Las grandes ciudades en la década de los noventa*. Madrid: Sistema, 1990.
- Bowlby, Sophie. "From Corner Shop to Hypermarket: Women and Food Retailing". En *Women in Cities: Gender and the Urban Environment*, editado por Jo Little, Linda Peake, Pat Richardson, 61–83. London: Macmillan, 1988.
- Boyer, Christine. *City of Collective Memory: Its Historical Imagery and Architectural Entertainments*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1996.
- Boys, Jos. "Neutral Gazes and Knowable Objects: Challenging the Masculinist Structures of Architectural Knowledge". En *Desiring Practices: Architecture, Gender and the Interdisciplinary*, editado por Duncan McCorquodale, Katerina Rüedi, Sarah Wigglesworth, 32–45. London: Black Dog, 1996.
- Braudel, Fernand (bajo la dirección de). *Prato: Storia di una città*. Vol.II: *Un microcosmo in movimento 1494–1815*. Al cuidado de E. Fasano Guarini. Firenze: Le Monnier per il Comune di Prato, 1986.
- Braunfels, Wolfgang. *Urbanismo occidental*. Madrid: Alianza, 1987 (1ª ed. en alemán, 1976).
- Bravo Morata, Federico. *Los nombres de las calles de Madrid*. 2ª ed. Madrid: Fenicia, 1984.
- Brecht, Bertold. "Libro de lectura para los habitantes de las ciudades" [1926]. En *Poemas y canciones*. Madrid: Alianza, 1986. (Poema "Esto me enseñaron", 34–35).
- Brindley, Tim; Yvonne Rydin, Gerry Stoker. *Remaking Planning: The Politics of Urban Change in the Thatcher Years*. London: Unwin Hyman, 1989.
- Brotchie, John; Mike Batty, Ed Blakely, Peter Hall, Peter Newton, eds. *Cities in Competition: Productive and Sustainable Cities for the 21st Century*. Melbourne: Longman Australia, 1995.
- Buchanan, Peter. "Tras la década dorada. El desafío de los noventa". *A&V. Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid) 24 (1990): 10–21.
- Buero Rodríguez, Carlos, coord. *Atlas de la ciudad de Madrid*. Madrid: Ideographis, 1992.
- Buñuel Heras, Ana; Concha Denche. "Repercusiones de la ordenación urbana en el uso cotidiano de la ciudad". En *El uso del espacio en la vida cotidiana*, editado por Aurora García Ballesteros, 180–90. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 1986.
- Burkhardt, Lucius. "On Ecological Architecture: A Memo". En *Architecture in Europe since 1968*, editado por Alexander Tzonis, Liane Lefaivre. London: Thames and Hudson, 1992.
- Burtenshaw, David; Michael Bateman, Gregory J. Ashworth. *The European City*. London: David Fulton, 1991.
- Caïs, Jordi E.; Emilio J. Castilla, Jesús M. de Miguel. "Desigualdad y morbilidad". En *I Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y la Riqueza*, vol. 3: 65–112. Madrid: Fundación Argentaria, 1993.

- Calado, María. "A mulher e a imagem da cidade". En *Forum: As Mulheres e a Cidade – Intervenções*, editado por el Departamento de Apoio à Gestão e Actividade Institucional (DAGAI), 106–114. Lisboa: DAGAI, 1994.
- Calvino, Italo. *Las ciudades invisibles*. Barcelona: Minotauro, 1985.
- Capel, Horacio. *Capitalismo y morfología urbana en España*. Barcelona: Los Libros de la Frontera, 1975.
- . *Los espacios acotados. Geografía y dominación social*. Colección Sociedad-Estado. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitaria (PPU), 1990.
- . "Percepción del medio y comportamiento geográfico". *Revista de Geografía (Universitat de Barcelona)* 7, no. 1/2 (1973): 58–148.
- Caravaca, Inmaculada; Josefina Cruz, Manuel Marchena. "Estructuras demográficas y organización urbana en la ciudad de Sevilla". *Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales* (Madrid: Ministerio de Vivienda) 67 (enero-marzo 1986): 75–95.
- Cardinal-Pett, Clare. "Detailing". En *Desiring Practices: Architecture, Gender and the Interdisciplinary*, editado por Duncan McCorquodale, Katerina Rüedi, Sarah Wigglesworth, 88–105. London: Black Dog, 1996.
- Caro Baroja, Julio. *La ciudad y el campo*. Madrid: Alfaguara, 1966.
- . *Paisajes y ciudades*. Madrid: Taurus, 1981.
- Casado, Demetrio. *La vida social del barrio*. Madrid: Emecé, 1973.
- Casanovas, Monsterrat; Nuria Franco, María Dolores Sánchez. "Interacción entre la realidad social de un barrio y las intervenciones artísticas que lo integran. Caso de la Barceloneta". *Actas del Congreso Ciudad y Medio Ambiente*, 147–56. Barcelona: Universitat de Barcelona, nov. 1996.
- Castells, Manuel. *Ciudad, democracia y socialismo*. Madrid: Siglo XXI, 1977.
- . *La cuestión urbana*. Madrid: Siglo XXI, 1974.
- . *Problemas de investigación en sociología urbana*. Madrid: Siglo XXI, 1972.
- Cátedra, María. *Un santo para una ciudad. (Ensayo de antropología urbana)*. Barcelona: Ariel, 1997.
- Chacón, Gloria; Genoveva Christoff, Ana Estirado, Cristina García-Rosales, Isabel Navarro. "La mujer construye". Proyecto de Investigación realizado para el Instituto de la Mujer del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 1996–98.
- Chant, Sylvia. "Gender, Urbanisation and Housing: Issues and Challenges for the 1990s". *Research Papers in Environment and Spatial Analysis* (London School of Economics) 32 (March 1996).
- Charrier, Jean-Bernard. *Villes et campagnes*. Paris: Masson, 1988.
- Christopher, Alexander. *El modo intemporal de construir*. Barcelona: Gustavo Gili, 1981 (1ª ed. en inglés, 1979).
- Chueca Goitia, Fernando. *Breve historia del urbanismo*. Madrid: Alianza, 1968.
- Cibrián, Ramiro. "Procesos de urbanización y problemas energéticos". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 11 (julio 1980): 115–26.
- CIRES – Centro de Investigación sobre la Realidad Social. *Encuesta sobre Matrimonios y Parejas*. Madrid: CIRES, 1990.
- CIS – Centro de Investigaciones Sociológicas. *Boletín Datos de Opinión* (Madrid) 9 (febrero 1997).
- . *Ocio y familia*. Estudio 1973. Madrid: CIS, 1991.
- Classen, Constance; David Honer, Anthony Synott. *Aroma. The Cultural History of Smell*. London: Routledge, 1994.

- Coaldrake, William, H. *Architecture and Authority in Japan*. London: Routledge, 1996.
- Coleman, Alice. *Utopia on Trial. Vision and Reality in Planned Housing*. London: Hilary Shipman, 1985.
- Colomina, Beatriz. "Battle Lines: E. 1027". En *The Sex of Architecture*, editado por Diana Agrest, Patricia Conway, Leslie Kanes, 167–82. New York: Harry N. Abrams, 1996.
- . *Privacy and Publicity: Modern Architecture as Mass Media*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1994.
- , ed. *Sexuality and Space*. Princeton: Princeton Papers on Architecture, 1997.
- Cooke, Catherine. "Raíces de un método. El pensamiento arquitectónico prerrevolucionario". *A&V, Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid, 1991): 32–41.
- Corbin, Alain. *The Foul and the Fragrant: Odour and the Social Imagination*. London: Pappermac, 1996.
- Corraliza, José Antonio. *La experiencia del ambiente. Percepción y significado del medio construido*. Madrid: Tecnos, 1987.
- Cos, Pilar. "Interior, privado, doméstico: entorno de mujeres". En *Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinar sobre Uso del Espacio en la Vida Cotidiana*, 134–50. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 1986.
- Coupland, Andy, ed. *Reclaiming the City: Mixed Use Development*. London: E & FN Spon, 1997.
- Curtis, William. "Una perspectiva histórica. España durante los ochenta". *A&V, Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid) 24 (julio-agosto 1990): 4–9.
- Da Costa Meyer, Esther. "La Donna É Mobile: Agoraphobia, Women and Urban Space". En *The Sex of Architecture*, editado por Diana Agrest, Patricia Conway, Leslie Kanes, 141–82. New York: Harry N. Abrams, 1996.
- DAGAI – Departamento de Apoio à Gestão e à Actividade Institucional. "Forum As Mulheres e a Cidade". Lisboa, 1994.
- Daniels, P. W.; A. M. Warne. *Movimiento en ciudades: Transporte y tráfico urbanos*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1983.
- Dantzig, George. *Compact City: A Plan for a Liveable Urban Environment*. San Francisco, CA: Freeman and Co., 1973.
- Dartford, James. *Dining Spaces*. London: Architecture Design and Technology Press, 1990.
- Daunton, Martin J. *A Property-owning Democracy? Housing in Britain*. London: Faber and Faber, 1987.
- Davies, Karen. *Women, Time and the Weaving of the Strands of Everyday Life*. Aldershot: Avebury, 1990.
- Davis, Mike. *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles*. London: Vintage, 1992.
- Davis, Susan; Anita Naya. "An analysis of the United Nations Conference on Human Settlements (Habitat II)". *Declaration and Habitat Agenda*. Istanbul, June 1996.
- Dean, Andrea. "Socially motivated architecture". En *Critical Architecture and Contemporary Culture*, editado por William J. Lillyman, Marilyn F. Moriarty, David J. Neuman, 125–32. Oxford: Oxford University Press, 1994.
- Debord, Guy. *Society of Spectacle*. Detroit: Black and Red, 1983.
- Debray, Régis. *Vie et mort de l'image: une histoire du regard en Occident*. Paris: Gallimard, 1992.
- Del Campo, Salustiano. "La ciudad como forma de vida". En *Cambio social y formas de vida*, editado por Salustiano del Campo, 36–51. Barcelona: Ariel, 1986.
- Derrida, Jacques. "Lettre à Peter Eisenman". En *Critical Architecture and Contemporary*

- Culture*, editado por William J. Lillyman, Marilyn F. Moriarty, David J. Neuman, 20–37. Oxford: Oxford University Press, 1994.
- Díez de Baldeón, Clementina. *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1986.
- Díez Nicolás, Juan. *Especialización funcional y dominación en la España urbana*. Madrid: Fundación Juan March, 1972.
- Diller, Elizabeth. "Bad Press". En *The Architect. Reconstructing her Practice*, editado por Francesca Hughes, cap. 4. Cambridge, MA: The MIT Press, 1996.
- Donnison, David; Clare Ungerson. *Housing Policy*. London: Penguin Books, 1982.
- Douglas, Mary. *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI, 1973 (original en inglés, 1966).
- Duby, Georges. *The Age of the Cathedrals*. Chicago: The University of Chicago Press, 1981.
- Duly, Colin. *The Houses of Mankind*. London: Thames and Hudson, 1979.
- Durán, María-Ángeles. *De puertas adentro*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1988.
- . "Économie et citoyenneté en Espagne". En *Quelle citoyenneté pour les femmes? La crise des États-providence et de la représentation politique en Europe*, editado por Alisa Del Re, Jacqueline Heinen, 191–211. Paris: L'Harmattan, 1996.
- , coord. *The Future of Work in Europe*. Rapport. Brussels: Commission Européenne, D.G.V., 1998.
- . *La jornada interminable*. Barcelona: Icaria, 1987.
- . "Los nombres de la memoria. Notas para una hermenéutica de la ciudad". En *El espacio según el género. ¿Un uso diferencial?*, editado por Constanza Tobío, Concha Denche, 17–41. Madrid: Universidad Carlos III y Comunidad de Madrid, Dirección General de la Mujer, 1995.
- . "El papel de mujeres y hombres en la economía española". *Revista de Información Comercial Española* (Madrid) 760 (febrero 1997): 9–29.
- . "Sobre ciencia, arte y movimientos sociales". *Arte, Individuo y Sociedad* (Madrid: Universidad Complutense) 9 (1997): 107–28.
- . "Los tiempos de la ciudad". *Política y Sociedad* (Madrid) 25 (dic. 1997): 119–34.
- . "L'us de l'espai urbà en la vida quotidiana". En *Public/privat: un debat obert*, editado por Àngel San Martín, 227–40. València: Universitat de València, 1990.
- Durán, María-Ángeles; Vicente Rodríguez. "The Social Structure of Old Age in Spain". En *Elderly Women in Europe: Choices and Challenges*, editado por Gilbert Dooghe, N. Appleton, 143–97. Brussels: Centrum voor Bevolkings-en Gezinstudies (Population and Family Study Centre), 1995.
- Durning, M. Louise. *Gender Perspectives in Architectural History: A Working Bibliography*. Oxford: Humanities Research Centre, Oxford Brookes University, 1995.
- Dwyer, Denis John. *People and Housing in Third World Cities*. London: Longman, 1975.
- Echenagusía, Javier. "La ciudad catatónica". *Alfoz* 61 (1989): 20–21.
- Echevarría, Javier. *Cosmopolitas domésticos*. Barcelona: Anagrama., 1995.
- . *Telépolis*. Colección Ensayo 17. Barcelona: Destino, 1994.
- Eisenman, Peter. "Moving Arrows, Eros and Other Errors". *Chiasmus II: Strate-*

gier (December 1988): 29–32. Publicada en español como “Castillos de Romeo y Julieta”. *Arquitectura* (Revista del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid) 69, no. 270 (enero-febrero 1988): 66–81.

Elias, Norberto. “La casa galante. Interiores del Antiguo Régimen”. *A&V, Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid) 12 (1987): 26–27.

———. “La cortesía del lecho. Transformaciones en el uso del dormitorio”. *A&V, Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid) 14 (1988): 18–24.

Esteban, Alfonso de. *Las áreas metropolitanas en España: Un análisis ecológico*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), 1981.

European Charter for Women in the City. *A Common Platform for Discussion at European Level*. Action-oriented research sponsored by the Commission of the European Communities Equal Opportunities Unit. Brussels, 1994.

EUSA – European Union Studies Association. “Estudio sobre demanda potencial de viviendas en siete ciudades españolas”. Realizado para PSV, Sociedad Cooperativa. Citado en *Ateneo Madrileñista* 3 (1995): 37.

Ezquiaga, José M. “Vivienda y transporte: una aproximación socio-espacial”. En *Las bases sociales de la economía española*, editado por María-Ángeles Durán. Valencia: Universidad de Valencia y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1997.

Federación Española de Municipios y Provincias. “Mujer y urbanismo. Una recreación del espacio”. Síntesis de las Jornadas del mismo título celebradas en Granada en enero de 1995. Madrid, 1996.

Fernández Alba, Antonio. “Acoso a Delfos. O el inacabado proyecto de la arquitectura en la ciudad moderna”. *Actas del I Coloquio Internacional Literatura y Espacio Urbano* (Alicante, 1993); coord. por José Ramón Navarro Vera, José Carlos Rovira, 115–30. Alicante: Fundación Cultural CAM (Caja del Mediterráneo), 1994.

192 ———. “De la arquitectura en la ciudad del siglo XXI. Aproximaciones primarias para una nueva sensibilidad arquitectónica”. *Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales* (Madrid: Ministerio de Vivienda) 67 (marzo 1986): 23–29.

Fernández de Rota, José Antonio. *Antropología de un viejo paisaje gallego*. Prólogo de Carmelo Lison. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1984.

Fernández-Galiano, Luis. “Arquitectura, cuerpo, lenguaje. Páginas de un diccionario de fragmentos”. *A&V, Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid), 1987: 3–16.

———. “El espacio privado. Cinco siglos en veinte palabras”. Catálogo de la exposición del mismo título. Madrid: Centro Nacional de Exposiciones, oct.-dic. 1990.

Fernández-Martorell, Mercedes, ed. *Leer la ciudad. Ensayos de antropología urbana*. Barcelona: Icaria, 1988.

FOESSA – Fundación Foessa, Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada. *Informe sociológico sobre la situación social en España*. Madrid: FOESSA, 1994.

Ford, Larry. *Cities and Buildings: Skyscrapers, Skid Rows and Suburbs (Creating the North American Landscape)*. Baltimore, MD: The Johns Hopkins University Press, 1994.

Forman, Frieda Johles; Caoran Sowton, eds. *Taking our Time: Feminist Perspectives on Temporality*. Athene Series. Oxford: Pergamon Press, 1989.

Frampton, Kenneth. *Historia crítica de la arquitectura moderna*. Barcelona: Gustavo Gili, 1991 (1ª ed. en inglés, 1981).

Freestone, Robert. *Spirited Cities: Urban Planning, Traffic and Environmental Management in the Nineties*. Sydney: The Federation Press, 1993.

Freixas, Ana. *Mujer y envejecimiento: aspectos psicosociales*. Barcelona: Fundación La Caixa, 1993.

French, Marilyn. *The War against Women*. London: Hamilton, 1992.

Friedan, Betty. *La mística de la feminidad*. Madrid: Júcar, 1974 (1ª ed. en inglés, 1963).

- Fullaondo, Daniel. *Introducción al urbanismo colonial hispanoamericano*. Madrid: Alfaguara, 1974.
- Fundación Baruch Spinoza. "La ciudad de la diferencia". Catálogo de la exposición del mismo título, varias ciudades, 1997-98.
- Fundación Caja de Madrid. *Envejecer en España, 1996*. Madrid: Fundación Caja de Madrid, 1996.
- Gail Beer, Alice. *Crecimiento urbano y participación vecinal*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1980.
- Gans, Herbert. *The Urban Villagers: Groups and Class in the Life of Italian-Americans*. New York: Free Press, 1965.
- García, José Luis. *Antropología del territorio*. Madrid: Taller de Ediciones Josefina Betancor, 1976.
- García Ballesteros, Aurora, coord. *El uso del espacio en la vida cotidiana*. Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinar sobre Uso del Espacio en la Vida Cotidiana, Seminario de Estudios de la Mujer. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 1986.
- García Ballesteros, Aurora; Joaquín Bosque Sendra. "Evolución y tendencias actuales de la Geografía Política". *Documents d'Anàlisi Geogràfica* (Madrid) 6 (1985): 115-32.
- García de León, María Antonia. "El rurbanismo o las transformaciones del campo español". *Fundamentos de Antropología* (Granada) 4/5 (1996): 221-29.
- García Gómez, Emilio. *Foco de antigua luz sobre la Alhambra*. Madrid: Instituto de Estudios Islámicos en Madrid, 1988.
- García-Ramón, Dolors. "El análisis de género y la geografía: reflexiones en torno a un libro reciente". *Documents d'Anàlisi Geogràfica* (Universitat Autònoma de Barcelona) 6 (1985): 133-43.
- . "Medi ambient, espai, paisatge i lloc. Una perspectiva des de la geografia del gènere". *Treballs de Geografia* (Departament de Ciències de la Terra, Universitat de les Illes Balears, Palma) 44 (1992): 39-45.
- García-Pablos Ripoll, Rodolfo, dir. *El espacio renovado. Plazas, calles y espacios públicos en la Comunidad de Madrid*. Madrid: Dirección General de Arquitectura, Consejería de Política Territorial, Comunidad Autónoma de Madrid, 1992.
- Garrido González, Elisa, ed., Pilar Folguera Crespo, Margarita Ortega López, Cristina Segura Grañño. *Historia de las mujeres en España*. Madrid: Síntesis, 1997.
- Gavira, Carmen. *Los equipamientos públicos en los barrios de nuevo planeamiento*. Granada: Federación Española de Municipios y Provincias/Instituto de la Mujer, 1995.
- Gavira, Carmen, Jorge Ruiz. "La ciudad como sitio y lugar". *Alfoz* 48/49 (ene.-feb. 1988): 81-96.
- Gaviria, Mario. *Campo, urbe y espacio del ocio*. Madrid: Siglo XXI, 1971.
- Gehl, Jan. *Life Between Buildings. Using Public Space*. New York: Van Nostrand Reinhold Com., 1987 [1ª ed. en danés, 1971].
- Geyer-Ryan, Helga. *Fables of Desire. Studies in the Ethics of Art and Gender*. Cambridge, UK: Polity Press, 1994.
- Ghirardo, Diane. "Cherchez la Femme: Where are the Women in Architectural Studies?". En *Desiring Practices: Architecture, Gender and the Interdisciplinary*, editado por Duncan McCorquodale, Katerina Rüedi, Sarah Wigglesworth. London: Black Dog, 1996.
- . "Terragni, Conventions, and the Critics". En *Critical Architecture and Contemporary Culture*, editado por William J. Lillyman, Marilyn F. Moriarty,

- David J. Neuman, 91–103. New York: Oxford University Press, 1994.
- Giddens, Anthony. *The Transformation of Intimacy: Sexuality, Love and Eroticism in Modern Societies*. Cambridge, UK: Polity Press, 1993.
- Gil Calvo, Enrique. “La costa de los villanos”. En *El espacio renovado. Plazas, calles y espacios en la Comunidad de Madrid*, editado por la Consejería de Política Territorial, 15–21. Madrid: Comunidad de Madrid, 1992.
- Gilbert, Alan. *Cities, Poverty and Development: Urbanisation in the Third World*. 2ª ed. Oxford: Oxford University Press, 1992 (1ª ed., 1982).
- Girouard, Mark. *Cities and People: A Social and Architectural History*. New Haven, CT: Yale University Press, 1985.
- González Moreno-Navarro, José Luis. *El legado oculto de Vitrubio*. Madrid: Alianza Forma, 1993.
- Gootmann, Jean. *The Coming of the Transactional City*. College Park, MD: University of Maryland, Institute for Urban Studies, 1983.
- Gravagnuolo, Benedetto. *Adolf Loos: Theory and work*. Preface by Aldo Rossi. Milano: Idea, 1982.
- Grayson, Lesley. *Quality of Life in Cities: An Overview and Guide to the Literature*. London: British Library, 1994.
- Greed, Clara. *Women and Planning: Creating Gendered Realities*. London: Routledge, 1994.
- Guest, Avery; James Weed. “Ethnic Residential Segregation: Patterns of Change”. *American Journal of Sociology* 81, no. 5 (1976): 1088–1111.
- Guevara, Fray Antonio de. *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1947 (1ª ed., 1539).
- 194 Guillén, José. *La vida privada*. Vol. 1 de *Urbs Roma. Vida y costumbres de los romanos. Constitución y desarrollo de la sociedad*, 3 vols. Salamanca: Sígueme, 1977.
- Guthein, Frederick. “Espacio urbano y diseño urbano”. En *Ciudades y espacio. El uso futuro del espacio urbano*, editado por Lowdon Wingo (Jr.), 73–92. Barcelona: Oikos-Tau, 1976.
- Gutiérrez Puebla, Javier. “La movilidad en Madrid. La configuración espacial de los flujos”. *Economía y Sociedad* (Revista de estudios regionales de la Comunidad de Madrid) 6 (abril 1992): 99–122.
- Halbwachs, Maurice. *La mémoire collective*. Édition critique établie par Gérard Namer. Bibliothèque de L'évolution de L'humanité. Paris: Albin Michel, 1997 (1ª ed., 1950).
- Hall, Edward. *La dimensión oculta*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1973 (1ª ed. en inglés, 1966).
- Hall, Peter. *Las grandes ciudades y sus problemas*. Madrid: Guadarrama, 1965.
- , ed. *The Inner City in Context: The Final Report of the Social Science Research Council Inner Cities Working Party*. Social Science Research Committee. Aldershot: Gower, 1986.
- . *Modelos de análisis territorial*. Barcelona: Oikos-Tau, 1975.
- Hamilton, Kerry; Linda Jenkins, Abigail Gregory. *Women and Transport: Bus Deregulation in West Yorkshire*. Bradford: University of Bradford Press, 1991.
- Hani, Jean. *El simbolismo del templo cristiano*. Palma de Mallorca: J. Olañeta, 1983.
- Hanson, Susan, Geraldine Pratt. *Gender, Work and Space*. London: Routledge, 1995.
- Harries, Karsten. *The Ethical Function of Architecture*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1997.
- Harvey, David. *Money, Time, Space and the City*. Cambridge, UK: Granta Editions, 1985.

- . *Social Justice and the City*. Oxford: Basil Blackwell, 1988.
- . *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI, 1977.
- Heumann, Leonard F.; Duncan P. Boldy. *Envejecer dignamente en la comunidad*. Madrid: Fundación Caja Madrid, 1995.
- Hayden, Dolores. "Catharine Beecher and the Politics of Housework". En *Women in American Architecture: A Historic and Contemporary Perspective*, editado por Susana Torre, 40–49. New York: Whitney Library of Design, 1977.
- . "Challenging the American Domestic Ideal". En *Women in American Architecture: A Historic and Contemporary Perspective*, editado por Susana Torre, 32–39. New York: Whitney Library of Design, 1977.
- . "La felicidad entre cuatro paredes. 'I'll buy that dream'". *A&V. Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid) 12 (1987): 34–37.
- . *The Power of Place: Urban Landscape as Public History*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1995.
- . *Seven American Utopias: the Architecture of Communitarian Socialism, 1790–1975*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1976.
- Hernández, Antxon; Antonio Ruiz Barberán. *Madrid mira a sus estatuas*. Madrid: Promoción Moda, 1992.
- Herrera, Francisco. "Referéndum sobre tráfico en Madrid". *Alfuz* 69/70 (1989): 5–10.
- Hesselgren, Sven. *El hombre y su percepción del espacio urbano. Una teoría arquitectónica*. México: Limusa, 1980.
- . *The Language of Architecture*. Lund, Suecia: Studentlitteratur, 1967. Trad. española por Miguel E. Hall, *El lenguaje de la arquitectura*. Buenos Aires: EÜdeBA, 1973.
- Heumann, Leonard; Duncan P. Boldy. *Envejecer dignamente en la Comunidad*. Madrid: Fundación Caja de Madrid, 1995.
- Hirschon, Renee. "Essential Objects and the Sacred: Interior and Exterior Space in an Urban Greek Locality". En *Women and Space: Ground Rules and Social Maps*, editado por Shirley Ardener, 72–88. New York: St. Martin's Press, 1981.
- Hobsbawn, Eric. "Man and Woman in Socialist Iconography". *History Workshop Journal* 6, no. 1 (Autumn 1978): 121–38.
- Horkheimer, Max; Theodor W. Adorno. *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta, 1994.
- Hughes, Francesca, ed. *The Architect: Reconstructing her Practice*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1996.
- Illich, Iván. "El género del espacio. El lugar vernáculo". *A&V. Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid) 12 (1987): 28–31.
- Íñiguez, Lupicinio; Enric Pol, comps. *Cognición, representación y apropiación del espacio*. Monografies Psico-Socio-Ambientals 9. Barcelona: Universitat de Barcelona, 1997.
- Institut d'Estudis Metropolitans de Barcelona. *Ciudades. Información estadística, administrativa y gráfica de las mayores aglomeraciones urbanas del mundo*. Vols. 1 a 5. Barcelona: Institut d'Estudis Metropolitans de Barcelona, 1988.
- Instituto de Estudios Madrileños. *Madrid*. 5 vols. Dirección Científica con Introducción y Coordinación de Manuel Terán Alvarez. Madrid: Espasa Calpe, 1980.
- Instituto de la Mujer. *No digáis que no hay mujeres abogadas, arquitectas, periodistas*. Serie Cuadernos Divulgativos 2. Madrid: Instituto de la Mujer, 1995.

Instituto Nacional de Estadística, España. *Anuario Estadístico*. Madrid: Instituto Nacional de Estadística, varios años.

———. *Indicadores sociales de España*. Madrid: Instituto Nacional de Estadística, 1997.

Iranzo, Rita. "Color y ciudad. Recreación y evolución del cromatismo urbano". En *Ciudad y mujer. Actas del curso Urbanismo y Mujer. Nuevas visiones del espacio público y privado*, editado por Adriana Bisquert, 199–204. Madrid: Seminario Permanente Ciudad y Mujer, 1995.

Isasi, Justo. "La arquitectura residencial de la Villa Olímpica". *A&V. Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid) 22 (1990): 26–54.

Isasi, Justo. "Un paisaje doméstico. El modelo permanente de la casa holandesa". *A&V. Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid), 1989: 24–26.

Israel, Frank. "Montage, Collage and Broken Narrative". En *Critical Architecture and Contemporary Culture*, editado por William J. Lillyman, Marilyn F. Moriarty, David J. Neuman, 104–22. New York: Oxford University Press, 1994.

Jacobs, Jane. *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Barcelona: Península, 1967.

Jacobs, Michael, et al. *Madrid: Architecture, History, Art*. London: Philips, 1992.

Jarauta, Francisco, ed. *Tensiones del arte y la cultura en el fin de siglo*. San Sebastián: Arteleku, Cuaderno 8, 1993.

Jencks, Charles. *Architecture Today*. New York: Harry N. Abrams, 1988.

———. *Heteropolis: Los Angeles, the Riots and the Strange Beauty of Hetero-architecture*. London & New York: Academy Editions, 1993.

Jourda, Françoise-Hélène. "Aside". En *The Architect: Reconstructing her Practice*, editado por Francesca Hughes, 51–73. Cambridge, MA: The MIT Press, 1996.

Katz, Cindi; Janice Monk. *Full Circles: Geographies of Women over the Life Course*. London: Routledge, 1993.

Kaufmann, Alicia E.; Rosario Frías Azcárate, Miguel A. Sánchez San Clemente. *Trabajando con los mayores*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), 1997.

Keller, Suzanne. *El vecindario urbano. Una perspectiva sociológica*. Madrid: Siglo XXI, 1975.

Kent, Susan, ed. *Domestic Architecture and the Use of Space: An Interdisciplinary Cross-cultural Study*. New York: Cambridge University Press, 1990.

Kerby, Anthony Paul. *Narrative and the Self*. Bloomington, IN: Indiana University Press, 1991.

Knights, Clive. "The Spatiality of the Roman Domestic Setting: An Interpretation of Symbolic Content". En *Architecture and Order: Approaches to Social Space*, editado por Michael Parker Pearson, Colin Richards, 113–46. London & New York: Routledge, 1994.

Kostoff, Spiro. *The City Assembled*. London: Thames and Hudson, 1992.

———. *The City Shaped: Urban Patterns and Meanings Through History*. London: Thames and Hudson, 1991.

———. *Historia de la arquitectura*. Madrid: Alianza, 1991 (1ª ed. en inglés, 1984).

Kruft, Hanno-Walter. *Historia de la teoría de la arquitectura*. Vol. 2: *Desde el siglo XIX hasta nuestros días*. Madrid: Alianza, 1990.

Kryter, Karl. *The Effects of Noise on Man*. London: Academic, 1985.

Laborit, Henri. *El hombre y la ciudad*. Barcelona: Kairos, 1973.

Lakoff, George; Mark Johnson. *Metaphors We Live By*. Chicago: Chicago University Press, 1980.

Lamblind, Bernard. *Peinture et temps*. Paris: Klincksieck, 1983.

Lamela Viera, María del Carmen. "La ciudad de provincias: lugar de cambios y de iden-

- tidades". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 67 (1994): 207–17.
- Le Corbusier. *Principios de urbanismo*. Barcelona: Ariel, 1973.
- Leach, Edmund. *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI, 1978.
- Leach, Neil. "Architectural Models". En *Desiring Practices: Architecture, Gender and the Interdisciplinary*, editado por Duncan McCorquodale, Katerina Rüedi, Sarah Wigglesworth, 186–205. London: Black Dog, 1996.
- . *Rethinking Architecture: A Reader in Cultural Theory*. London: Routledge, 1996.
- Leal Maldonado, Jesús. "Cambio social y desigualdad espacial en el área metropolitana de Madrid (1986–1991)". *Economía y Sociedad* (Revista de estudios regionales de la Comunidad de Madrid) 10 (junio 1994): 61–81.
- . "Los equipamientos como causa de la segregación de la mujer en la ciudad". En *El uso del espacio en la vida cotidiana*, Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinar sobre Uso del Espacio en la Vida Cotidiana, Seminario de Estudios de la Mujer, coordinado por Aurora García Ballesteros, 167–71. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 1986.
- . "Sociología del espacio: el orden espacial de las relaciones sociales". *Política y Sociedad* 25 (1997): 21–36.
- . "El urbanismo y las ciencias sociales". *Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales* (Madrid: Ministerio de Vivienda) 67 (marzo 1986): 31–34.
- ; Luis Cortés. "Desigualdades en el acceso a la vivienda". En *I Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y la Riqueza*, vol. 8. Madrid: Fundación Argentaria, 1993.
- Lefebvre, Henri. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península, 1969. (1ª ed. francés, 1968).
- . *La revolución urbana*. Madrid: Alianza, 1972.
- León, Fray Luis de. *La perfecta casada*. 11ª ed. Madrid: Espasa Calpe, 1980. Digitalizada en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (Alicante, 2003), <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=10104>
- Lillyman, William J.; Marilyn F. Moriarty, David J. Neuman. *Critical Architecture and Contemporary Culture*. New York: Oxford University Press, 1994.
- Lindsay, Jean. *Elizabeth B. Mitchell: The Happy Town Planner*. Edimburg: Pentland Press, 1993.
- Lipietz, Alain. "Lo nacional y lo regional: ¿Qué autonomía frente a la crisis capitalista mundial?". *Alfoz* 54/55 (1988): 35–49.
- Lison Tolosana, Carmelo. *Ensayos de antropología social*. Madrid: Ayuso, 1978.
- . *Invitación a la antropología cultural de España*. La Coruña: Adara, 1977.
- Little, Jo; Linda Peake, Pat Richardson, eds. *Women in Cities: Gender and the Urban Environment*. London: Macmillan, 1988.
- López Barrio, Isabel; José Luis Carles. "El significado del medio ambiente sonoro en el medio urbano". Ponencia en V Congreso de psicología ambiental (Barcelona, 1996). En *Ciudad y medio ambiente desde la experiencia humana*, editado por Enric Pol, 213–18. Barcelona: Universitat de Barcelona, 1996.
- López Gómez, Antonio. "Clima urbano: confortabilidad térmica". En *Atlas de la ciudad de Madrid*, coordinado por Carlos Buero Rodríguez. Madrid: Ideographics, 1992.
- López Jiménez, Ángela. "Zaragoza y sus jóvenes de fin de siglo". Informe Juventud. Zaragoza: Ayuntamiento de Zaragoza y Departamento de Sociología, Universidad de Zaragoza, marzo 1997.

- Lorenz, Clare. *Women in Architecture: A Contemporary Perspective*. London: Trefoil, 1990.
- Lowenthal, David. "Geography, Experience and Imagination: Towards a Geographical Epistemology". *Annals of the Association of American Geographers* 51, no. 3 (1961): 241-60.
- Lynch, Kevin. *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Infinito, 1970 (1ª ed. en inglés, 1960).
- Maceiras, Manuel. *La filosofía como reflexión hoy*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 1994.
- Mackenzie, Suzanne. "Balancing Our Space and Time: The Impact of Women's Organisation on the British City, 1920-1980". En *Women in Cities. Gender and the Urban Environment*, editado por Jo Little, Linda Peake, Pat Richardson, 41-60. London: Macmillan, 1988.
- Maggio, Marvi. "The Role of Women in Transformation: Between Production and Reproduction in the Space Time Structures of the Territory". Paper presented at the Conference on Women, City and Europe: A follow up of the European Charter for the Women's Rights in the City. Athens, Sept. 1996.
- Manzano Moreno, Eduardo. "Mayrit y el Madrid medieval". En *Atlas de la ciudad de Madrid*, coordinado por Carlos Buero Rodríguez, 180-83. Madrid: Ideographics, 1992.
- Maquieira, Virginia. "Asociaciones de mujeres en la Comunidad Autónoma de Madrid". En *Las mujeres de Madrid como agentes de cambio social*, dirigido por Margarita Ortega López, 263-328. Madrid: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, Universidad Autónoma de Madrid, 1995.
- Marchan Fiz, Simon. *Contaminaciones figurativas*. Madrid: Alianza, 1986.
- Marías, Julián. *La mujer y su sombra*. Madrid: Alianza, 1986. Véase especialmente "La interpretación de la mujer por la palabra", 161-69; y "Lo habitable: casa y ciudad", 173-81.
- Marsan, Pilar. "Promoción pública y promoción privada. Coste y calidad". En *Ciudad y mujer. Actas del curso Urbanismo y Mujer. Nuevas visiones del espacio público y privado*, editado por Adriana Bisquert. Madrid: Seminario Permanente Ciudad y Mujer, 1995.
- Martín Gaité, Carmen. *Desde la ventana: enfoque femenino de la literatura española*. Madrid: Espasa Calpe, 1987.
- Martin, Emily. *The Woman in the Body: A Cultural Analysis of Reproduction*. Boston: Beacon Press, 1987.
- Martin, Gary E.; Paul Laffort, eds. *Odors and Deodorization in the Environment*. New York, Weinheim, Cambridge: VCH Publishers, 1994.
- Martin, M. Kay; Barbara Voorhies. *La mujer, un enfoque antropológico*. Barcelona: Anagrama, 1978.
- Martínez López, Cándida. "Las mujeres y la ciudad en las sociedades mediterráneas clásicas". En *Del patio a la plaza. Las mujeres en las sociedades mediterráneas*, editado por Pilar Ballarín, Cándida Martínez, 17-38. Granada: Universidad de Granada, 1995.
- Martínez Pardo, Maite. "Equipamientos y vida cotidiana de la mujer". En *El uso del espacio en la vida cotidiana*, Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinar sobre Uso del Espacio en la Vida Cotidiana, Seminario de Estudios de la Mujer, coordinado por Aurora García Ballesteros, 172-79. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 1986.
- Martínez Veiga, Ubaldo. *Cultura y adaptación*. Barcelona: Anthropos, 1985.
- Matrix, eds. *Making Space: Women and the Man-Made Environment*. London: Pluto Press, 1984.

- Mauguen, Pierre-Yves. "Sobre la mejora de las relaciones entre la investigación y la práctica del urbanismo". *Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales* (Madrid: Ministerio de Vivienda) (abril-sept. 1987): 63–69.
- McCorquodale, Duncan; Katerina Rüedi, Sarah Wigglesworth. *Desiring Practices: Architecture, Gender and the Interdisciplinary*. London: Black Dog, 1996.
- McIntosh, Angus. *Towns and Cities: Competing for Survival*. London: E & FN Spon, 1997.
- McLeod, Mary. "'Other' Spaces and 'Others'". En *The Sex of Architecture*, editado por Diana Agrest, Patricia Weisman, Leslie Kane, 15–28. New York: Harry N. Abrams, 1996.
- McQuiston, Liz. *Women in Design: A Contemporary View*. London: Trefoil Publications, 1988.
- Méndez Gutiérrez del Valle, Ricardo. "Crecimiento periférico y reorganización del modelo metropolitano en la Comunidad de Madrid". *Economía y Sociedad* (Revista de estudios regionales de la Comunidad de Madrid) 10 (junio 1994): 149–73.
- Millon, Henry A.; Linda Nochlin, eds. *Art and Architecture in the Service of Politics*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1978.
- Minaca, Monique. "Diffusion de la charte européenne des femmes dans la cité en Europe et a l'International". Ponencia en la conferencia "Les femmes, la Cité: L'Europe et la présentation de Charte Européenne des Femmes dans la Cité". Atenas, sept. 1996.
- Mingione, Enzo. "Urban Survival Strategies, Family Structure and Informal Practices". En *The Capitalist City*, editado por Michael Peter Smith, Joe Feagin, 297–322. Oxford: Blackwell, 1987.
- Ministerio de Sanidad y Consumo de España. *Indicadores de salud*. Madrid, 1993.
- Miquel, Luis, coord. *El futuro de la ciudad, entre la miseria y la utopía*. Madrid: Fundación de Investigaciones Marxistas, 1995.
- Mitchel, William, J. *City of Bits: Space, Place and the Infobahn*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1996.
- Mitscherlich, Alexander. *La inhospitalidad de nuestras ciudades*. Madrid: Alianza, 1969.
- . *Tesis sobre la ciudad del futuro*. Madrid: Alianza, 1977.
- Moles, Abraham; Elisabeth Rohmer. *Psicología del espacio*. Madrid: Ricardo Aguilera, 1972.
- Monk, Janice; M. Dolores García-Ramón. "Geografía feminista: una perspectiva internacional". *Documents d'Anàlisi Geogràfica* (Barcelona) 10 (1987): 147–57.
- Montaño, Jorge. *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos*. Madrid: Siglo XXI, 1976.
- Moragas, Ricardo. *La jubilación: un enfoque positivo*. Barcelona: Grijalbo, 1989.
- Moral-Toranzo, Félix; Luis Gómez Jacinto. "Efectos psicosociales provocados por el ruido del tráfico". En *Actas del Congreso Ciudad y Medio Ambiente*, 219–33. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 1996.
- Morris, Anthony E. J. *Historia de la forma urbana. Desde sus orígenes hasta la Revolución Industrial*. Barcelona: Gustavo Gili, 1984 (1ª edición en inglés, 1974).
- Moser, Caroline. *Gender, Planning and Development: Theory, Practice and Training*. London: Routledge, 1993.
- Moser, Caroline; Linda Peake, eds. *Women, Human Settlements and Housing*.

London: Tavistock, 1987.

Mosser, Monique; Georges Teyssot, eds. *The History of Garden Design*. London: Thames and Hudson, 1991.

Mulvey, Laura. "Cinematic Space: Desiring and Deciphering". En *Desiring Practices: Architecture, Gender and the Interdisciplinary*, editado por Duncan McCorquodale, Katerina Rüedi, Sarah Wigglesworth, 206–15. London: Black Dog, 1996.

Mumford, Lewis. *Técnica y civilización*. Madrid: Alianza, 1971.

Naredo, José Manuel; Luis Sánchez Ortiz. "Las cuentas del automóvil desde el punto de vista del usuario". *Economía y Sociedad* (Revista de estudios regionales de la Comunidad de Madrid) 6 (abril 1992): 39–52.

Navarro Alcalá-Zamora, Pío. *Mecina. La cambiante estructura social de un pueblo de la Alpujarra*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), 1979.

Neumeyer, Fritz. "The Second-Hand City: Modern Technology and Changing Urban Identity". En *Architecture in Europe since 1968*, editado por Alexander Tzonis, Liane Lefaivre, 24–31. London: Thames and Hudson, 1992.

Newcombe, Nora; Mary M. Bardena, Dawn G. Taylor. "Sex Differences in Spatial Ability and Spatial Activities", *Sex Roles* 9, no. 3 (1983): 377–86.

Nochlin, Linda. *The Body in Pieces: The Fragment as a Metaphor of Modernity*. London: Thames and Hudson, 1994.

———. *The Politics of Vision: Essays on Nineteenth-century Art and Society*. London: Thames and Hudson, 1994.

———. *Women, Art and Power, and Other Essays*. London: Thames and Hudson, 1994 (1ª ed. 1989). Véase especialmente "Why Have There Been no Great Women Artists". London: Thames and Hudson, 1994.

200

Oliver Asín, Jaime. *Historia del nombre Madrid*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Instituto Miguel Asín, 1958.

Olsen, Donald. *The City as a Work of Art*. New Haven, CT: Yale University Press, 1986.

Ortiz Hojas, Ángeles. "Mi percepción de la ciudad". En *Ciudad y mujer. Actas del curso: Urbanismo y Mujer. Nuevas visiones del espacio público y privado*, editado por Adriana Bisquert, 185–91. Madrid: Seminario Permanente Ciudad y Mujer, 1995.

Ortner, Sherry B.; Harriet Whitehead, eds. *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality*. New York: Cambridge University Press, 1981.

Ottes, Liesbeth; Erica Poventud, Marijke van Schendelen, Gertje Segond von Banchet, eds. *Gender and the Built Environment. Emancipation in Planning, Housing and Mobility in Europe*. Assen, The Netherlands: Van Gorcum, 1995.

Panofsky, Erwin. *Arquitectura gótica y pensamiento escolástico*. Madrid: Las Ediciones de la Piqueta, 1986.

———. *Estudios sobre iconología*. Madrid: Alianza, 1972 (1ª ed. inglés, 1962).

———. *Meaning in the Visual Arts*. Harmondsworth: Penguin, 1970.

———. *Pandora's Box: The Changing Aspects of a Mythical Symbol*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1978 (1ª ed. 1962).

———. *La perspective comme forme symbolique*. Paris: Les Éditions de Minuit, 1975.

———. *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental*. Madrid: Alianza Universidad, 1986 (1ª ed. en Estocolmo, 1969).

———. *Tomb Sculpture: Four Lectures on its Changing Aspects from Ancient Egypt to Bernini*. London: Phaidon, 1992.

Pardo, Mercedes. "El impacto social en las evaluaciones de impacto ambiental: su conceptualización y práctica". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 66 (abril-junio 1994): 141–67.

Parker Pearson, Michael; Colin Richards, eds. *Architecture and Order: Approaches to Social*

- Space*. London: Routledge, 1994.
- Paulides, Eleftherios; Susan Buck Sutton, eds. *Constructed Meaning: Form and Process in Greek Architecture*. Minneapolis, MN: Modern Greek Studies Yearbook, University of Minnesota, vol. 10/11, 1994–95.
- Paul-Levy, François; Marion Segaud. *Anthropologie de l'espace*. Paris: Centre Georges Pompidou, 1983.
- Perloff, Harvey S. *La calidad del medio ambiente urbano*. Barcelona: Oikos-Tau, 1973.
- Perrot, Michelle. "Modos de habitar. La evolución de lo cotidiano en la vivienda moderna". *A&V. Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid) 14 (1988): 12–17.
- Phelps, Barton. "Critical and Artistic Convention". Introducción al cap. III, "Architecture and Conventions", de *Critical Architecture and Contemporary Culture*, editado por William J. Lillyman, Marilyn F. Moriarty, David J. Neuman. Oxford: Oxford University Press, 1994.
- Pizan, Christine de. *La ciudad de las damas*. Madrid: Siruela, 1995. (Edición original, 1405).
- Pol, Enric. "La apropiación del espacio". En *Cognición, representación y apropiación del espacio*. Monografías psico-socio-ambientales 9, compilado por Lupicinio Íñiguez, Enric Pol, 45–60. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Pol, Enric, et al. "Espacio y libertad en la vivienda. Redefiniendo el programa de necesidades". *Actas del Congreso Ciudad y Medio Ambiente*, 372–80. Barcelona: Universitat de Barcelona, nov. 1996.
- Pollock, Griselda. *Feminism, Femininity and Histories of Art*. London: Routledge, 1988.
- Praz, Mario. "La personalidad del ambiente. Sensibilidad artística y gusto ornamental". *A&V. Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid) (1988): 49–57.
- Pred, Allan. *Place, Practice and Structure*. Cambridge, UK: Polity Press, 1986.
- Querrien, Anne. "¿Cómo está la investigación urbana?". *Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales* (Madrid: Ministerio de Vivienda) 2/3 (abril-sept. 1987): 55–62.
- Ramírez, Juan Antonio. *Arte y arquitectura en la época del capitalismo triunfante*. Boadilla del Monte: Antonio Machado Libros, 1992. Véase especialmente "La persistencia de los 'grands chantiers' y los nuevos edificios rituales".
- Ramos Albesa, Joaquín. *Uso, habitación y vivienda familiar*. Madrid: Tecnos, 1987.
- Rapoport, Amos. "Systems of Activities and Systems of Settings". En *Domestic Architecture and the Use of Space*, editado por Susan Kent, 9–17. New York: Cambridge University Press, 1990.
- Ravetz, Alison. *The Government of Space: Town Planning in Modern Society*. London: Faber and Faber, 1986.
- Reese, Thomas. "Figuras canónicas. La imagen de la España reciente". *A&V. Monografías de Arquitectura y Vivienda* (Madrid) (1990): 25–32.
- Reissman, Leonard. *El proceso urbano*. Barcelona: Gustavo Gili, 1972.
- Remesay, Antoni, ed. *Urban Regeneration: A Challenge for Public Art*. Monografías psico-socio-ambientales 6. Barcelona: Universitat de Barcelona, 1997.
- Rendell, Jane. "Subjective Space: A Feminist Architectural History of the Burlington Arcade". En *Desiring Practices: Architecture, Gender and the Interdisciplinary*, editado por Duncan McCorquodale, Katerina Rüedi, Sarah Wigglesworth, 216–33. London: Black Dog, 1996.

- Révide, Pedro. *Las calles de Madrid*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1981.
- Revista Internacional de Sociología* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC) 18 (sept.-dic. 1997). Monográfico sobre "Tiempo y Sociedad". Coordinado por M.-A. Durán y R. Ramos. Contiene artículos teóricos, metodológicos, empíricos y bibliografía anotada.
- Rindisbacher, Hans. *The Smell of Books: A Cultural-historical Study of Olfactory Perception in Literature*. Ann Arbor, MI: The University of Michigan Press, 1992.
- Rizzi, Renato. "Rovereto: los modelos del lenguaje arquitectónico en la forma urbana". *Arquitectura* 270, (feb. 1988); 105-13.
- Rodgers, Silvia. "Women's Space in a Men's House: The British House of Commons". En *Women and Space: Ground Rules and Social Maps*, editado por Shirley Ardener, 50-71. New York: St. Martin's Press, 1981.
- Rodríguez, Julio. "El carácter redistributivo de la política de vivienda". En *I Simposio sobre Igualdad y Distribución de la Renta y la Riqueza*, 147-64. Madrid: Fundación Argentaria, 1993.
- Rodwin, Lloyd; Robin L. Hollister, eds. *Cities of the Mind: Images and Themes of the City in the Social Sciences*. New York: Plenum, 1984.
- Rorty, Richard. *Contingency, Irony and Solidarity*. Cambridge, UK: Cambridge University Press, 1989.
- Roseman, Curtis C.; Hans Dieter Laux, Gunther Thieme, eds. *EtniCity: Geographic Perspectives on Ethnic Change in Modern Cities*. Lanham, MD, and London: Rowman and Littlefield, 1996.
- Rosenau, Helen. *La ciudad ideal*. Madrid: Alianza, 1986.
- Rossi, Aldo. *The Architecture of the City*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1991.
- 202 Rotenberg, Robert; Gary McDonogh, eds. *The Cultural Meaning of Urban Space*. Westport, CT: Bergin and Garvey, 1993.
- Roullier, Jean E.; Gy Faure. "Tendencias actuales de la investigación". *Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales* (Madrid: Ministerio de Vivienda) 2/3, no. 72/73 (abril-sept. 1987): 43-54.
- Rowe, Colin. *The Architecture of Good Intentions: Towards a Possible Retrospect*. London: Academy Editions, 1994.
- Rowe, Colin; Fred Koetter. *Collage City*. Cambridge MA: The MIT Press.
- Rudofsky, Bernard. *Architecture without Architects*. London: Academy Editions, 1964.
- Ruiz de la Puerta, Félix. "Lo efímero y lo ilusorio: claves culturales de la arquitectura japonesa". *A&V. Monografías de arquitectura y vivienda* (Madrid) 28 (1991): 17-22.
- Russolo, Luigi. *The Art of Noises*. New York: Pendragon Press, 1986 (1ª ed. en italiano, 1916).
- Rybczynski, Witold. *La casa. Historia de una idea*. Madrid: Nerea, 1986.
- Salcedo, Juan. *Madrid, culpable*. Madrid: Tecnos, 1977.
- Sambricio, Carlos. *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*. 2 vols. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Transporte, Instituto de Territorio y Urbanismo, 1991.
- Sánchez Pérez, Francisco. *La liturgia del espacio*. Madrid: Nerea, 1990.
- Schendelen, Marijke van; Liesbeth Ottes. "Women and the Planning Process in the Man-Made Environment in the Netherlands - Linkages and Policy Imperatives". En *Women and Public Policy. The Shifting Boundaries between the Public and Private Spheres*, editado por Susan Baker, Johanna van Doorne-Huiskes, 217-34. Aldershot: Ashgate, 1999.
- Scientific American. *La ciudad. Monografías (sobre la historia de los asentamientos urbanos, las características de las modernas metrópolis: Estocolmo y Nueva York, etc.)*. Madrid: Alianza, 1967 (1ª ed. en inglés, 1965).

- Scott Brown, Denise. "Room at the Top? Sexism and the Star System in Architecture". En *Architecture: A Place for Women*, editado por Ellen Perry Berkeley, Matilda McQuaid, 237–46. Washington, London: Smithsonian Institution Press, 1989.
- Scully, Stephen. *Homer and the Sacred City*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1990.
- Ségalen, Martine; Béatrix Le Wita (sous la direction de). *Chez soi. Objets et décors: des créations familiales*. Série Mutations 137. Paris: Autrement, 1993.
- Segura, Isabel. *Guía de dones de Barcelona. Recorreguts historics*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona, 1995.
- Sennett, Richard. *Carne y piedra. El cuerpo. y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza, 1996.
- . *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona: Península, 1975.
- Sherlock, Hardley. *Cities are Good for Us*. London: Paladin, 1991.
- Shilman, N. et al. "El nacimiento de un barrio. Estudio de la identidad social urbana en la Villa Olímpica de Barcelona". *Actas del Congreso Ciudad y Medio Ambiente*, 157–62. Barcelona: Universitat de Barcelona, nov. 1996.
- Signs: Journal of Women in Culture and Society*. Vol. 5, no. 3, Supplement: *Women and the American City*, editado por Catherine R. Stimpson (1980). Con artículos de Dolores Hayden, Ann R. Markusen, Gerda Wekerle, etc.
- Smith, Michael Peter; Joe Feagin. *The Capitalist City*. Oxford: Blackwell, 1987.
- Smith, Neil. *Uneven Development: Nature, Capital and the Production of Space*. New York: Blackwell, 1984.
- Smith, Neil; Peter Williams. *Gentrification of the City*. Boston: Allen and Unwin, 1986.
- Sonesson, Gorän. *Pictorial Concepts: Inquiries into the Semiotic Heritage and its Relevance to the Interpretation of the Visual World*. Lund: Lund University Press, 1989.
- Spain, Daphne. *Gendered Spaces*. North Carolina: The University of North Carolina Press, 1992.
- Steiner, Wendy, ed. *The Sign in Music and Literature*. Austin, TX: University of Texas Press, 1981.
- Stern, Robert. "The Postmodern Continuum". En *Critical Architecture and Contemporary Culture*, editado por William J. Lillyman, Marilyn F. Moriarty, David J. Neuman, 46–63. Oxford: Oxford University Press, 1994.
- Storelli, Cristiana. "Rapport sur les stratégies pour améliorer le processus de la prise de décision en matière d'aménagement du territoire au point de vie de la situation et des intérêts des femmes". Presenté au Séminaire sur la participation des femmes aux décisions en matière d'aménagement du territoire et du cadre de vie. Athènes, 25–27 oct. 1990.
- Tafuri, Manfredo. *A cura di la piazza, la chiesa, il parco. Saggi di storia dell'architettura (XV–XIX secolo)*. Milano: Electa, 1991.
- Taubeneck, Steven. "The Ground is no Longer Flat: Postmodernity from Architecture to Philosophy". En *Critical Architecture and Contemporary Culture*, editado por William J. Lillyman, Marilyn F. Moriarty, David J. Neuman, 197–209. Oxford: Oxford University Press, 1994.
- Tauler, Ángela; Jaime Razquin. "Movilidad y grupos sociales en la región de Madrid". *Economía y Sociedad* 6 (abril 1992): 25–38.
- Terán, Manuel de. *Imago Mundi. Geografía Universal*. 2 vols. Madrid: Atlas, 1964.
- Thornton, Peter. *Authentic Decor: The Domestic Interior (1620–1920)*. London: Weidenfeld and Nicolson, 1993.

- Thrift, Miguel; Peter Williams, eds. *Class and Space: The Making of Urban Society*. London: Routledge and Kegan Paul, 1987.
- Tobío, Constanza; Concha Denche, eds. *El espacio según el género. ¿Un uso diferencial?* Madrid: Comunidad de Madrid, Dirección General de la Mujer, 1995.
- Torre, Susana, ed. *Women in American Architecture: A Historic and Contemporary Perspective*. New York: Whitney Library of Design, 1977.
- Torregrosa Peris, José Ramón. "Identidad personal y alienación en el hombre de la gran ciudad". En *Anales de Moral Social y Económica* (Madrid), 1969.
- Torrent, Rosalía. "Mujeres y diseño industrial: la escuela de la Bauhaus". *Asparkia* 5 (1995): 57-70.
- Tzonis, Alexander; Liane Lefaivre. *Architecture in Europe since 1968: Memory and Invention*. London: Thames and Hudson, 1992.
- Tzonis, Alexander; Liane Lefaivre. *Classical Architecture: The Poetics of Order*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1986.
- Vaiou, Diana. "Gender Division in Urban Space: Beyond the Rigidity of Dualist Classification". *Antipode* 24, no. 4 (Oct. 1992): 247-63.
- Vaiou, Diana; Costis Hadjimichalis. "La evolución del desarrollo desigual y formas de reproducción social en Grecia". *Documents d'Anàlisi Geogràfica* 10 (1987): 5-23.
- Valle, Teresa del. *Andamios para una nueva ciudad*. Madrid: Cátedra, 1997.
- Van Doren, Carlton S.; George B. Priddle, John E. Lewis, comps. *Suelo y ocio: conceptos y métodos en el ámbito de la recreación al aire libre*. Colección Nuevo Urbanismo 40. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1983.
- Venturi, Robert. *Complejidad y contradicción en la arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili, 1994.
- Venturi, Robert; Denise Scott Brown, Steven Izenour. *Learning from Las Vegas* [1972]. Revised Edition. Cambridge, MA: The MIT Press, 1977.
- Verdú, Vicente. *Emociones*. Madrid: Taurus, 1997.
- Villasante, Tomás R. *Los vecinos en la calle: por una alternativa democrática a la ciudad de los monopolios*. Madrid: Ediciones de la Torre, 1976.
- Vitruvio. *De architectura*. Trad. et comm. par P. Cros. Paris: Les Belles Lettres, 1992.
- Weisman, Leslie Kanes. *Discrimination by Design: A Feminist Critique of the Man-Made Environment*. Chicago: University of Illinois Press, 1992.
- Williams, Peter. "Constituting Class and Gender: A Social History of the Home, 1700-1907". En *Class and Space: The Making of Urban Society*, editado por Miguel Thrift, Peter Williams, 154-204. London: Routledge and Kegan Paul, 1987.
- Wilson, Elizabeth. *The Sphinx in the City: Urban Life, the Control of Disorder and Women*. London: Virago, 1991.
- Wingo (Jr), Lowdon, ed. *Ciudades y espacio. El uso futuro del suelo urbano*. Barcelona: Oikos-Tau, 1976.
- Wirth, Lous. *La ciudad como modo de vida*. Buenos Aires: Ed. Taller.
- Word, Colin. *The Child in the City*. London: Architectural Press, 1978.
- Wright, Gwendolyn. "The Model Domestic Environment: Icon or Option?". En *Women in American Architecture: A Historic and Contemporary Perspective*, editado por Susana Torre, 20-22. New York: Whitney Library of Design, 1977.
- Wright, Lawrence. *Clean and Decent: The History of the Bathroom and the W.C.* London: Routledge and Kegan, 1960.
- Zarone, Giuseppe. *Metafísica de la ciudad: encanto utópico y desencanto metropolitano*. Murcia: Universidad de Murcia, Pre-textos, 1993.
- Zeldin, Theodore. *A History of French Passions*. Oxford: Oxford University Press, 1993.
- . *An Intimate History of Humanity*. London: Minerva, 1995.

